LUIS DE LA LUNA VALERO

LA CONQUISTA DE ISPHANYA

Concluye la gran trilogía de *El León de Cartago*



Un Aníbal ya maduro supera los recelos de sus enemigos en el Senado de Cartago y se prepara para derrotar por fin a Roma. Para ello, se apodera de gran parte de Isphanya (península Ibérica en lengua púnica) y de sus riquezas con el fin de preparar la campaña sobre Roma, atravesando los Alpes.

Luis de la Luna Valero

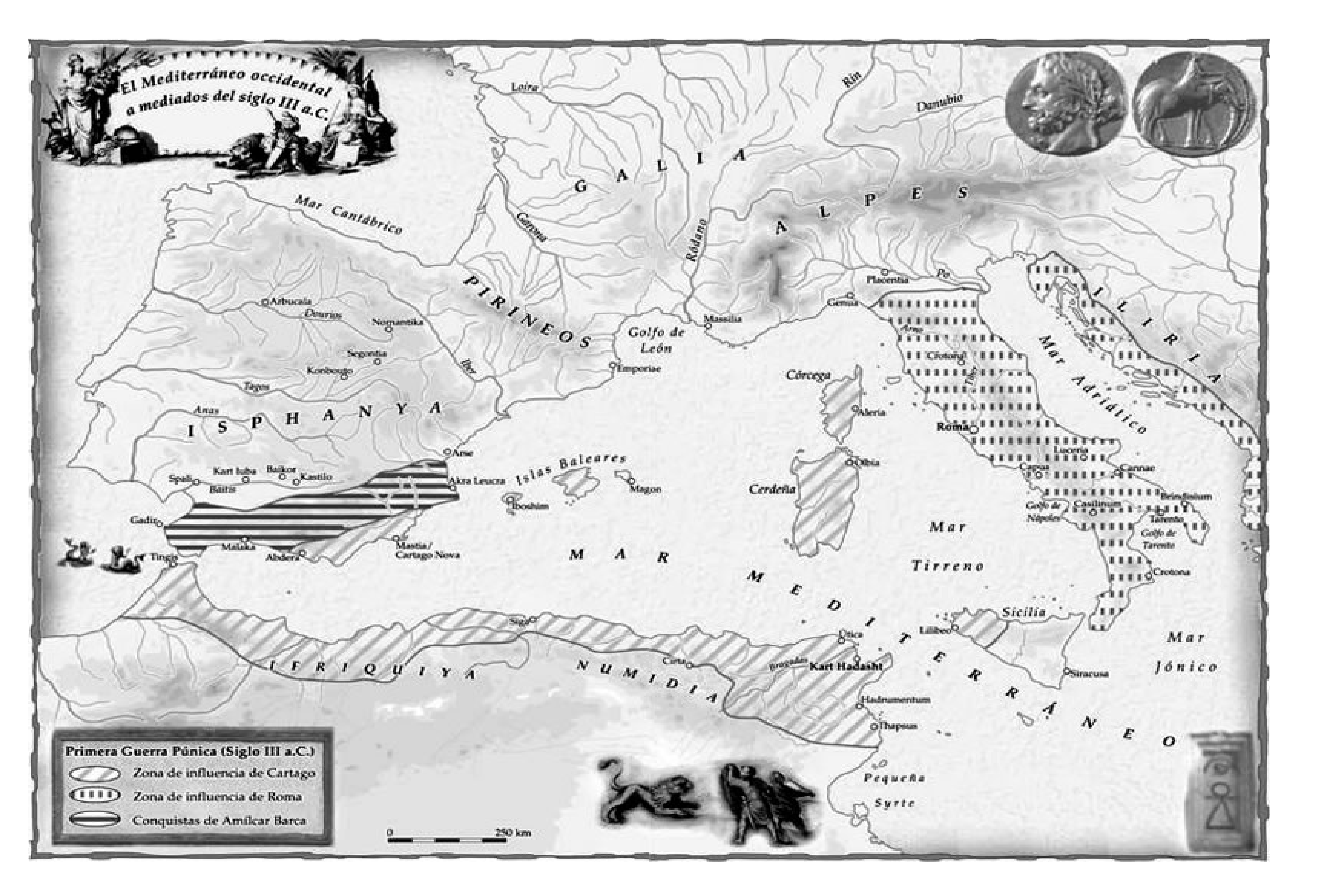
La conquista de Isphanya

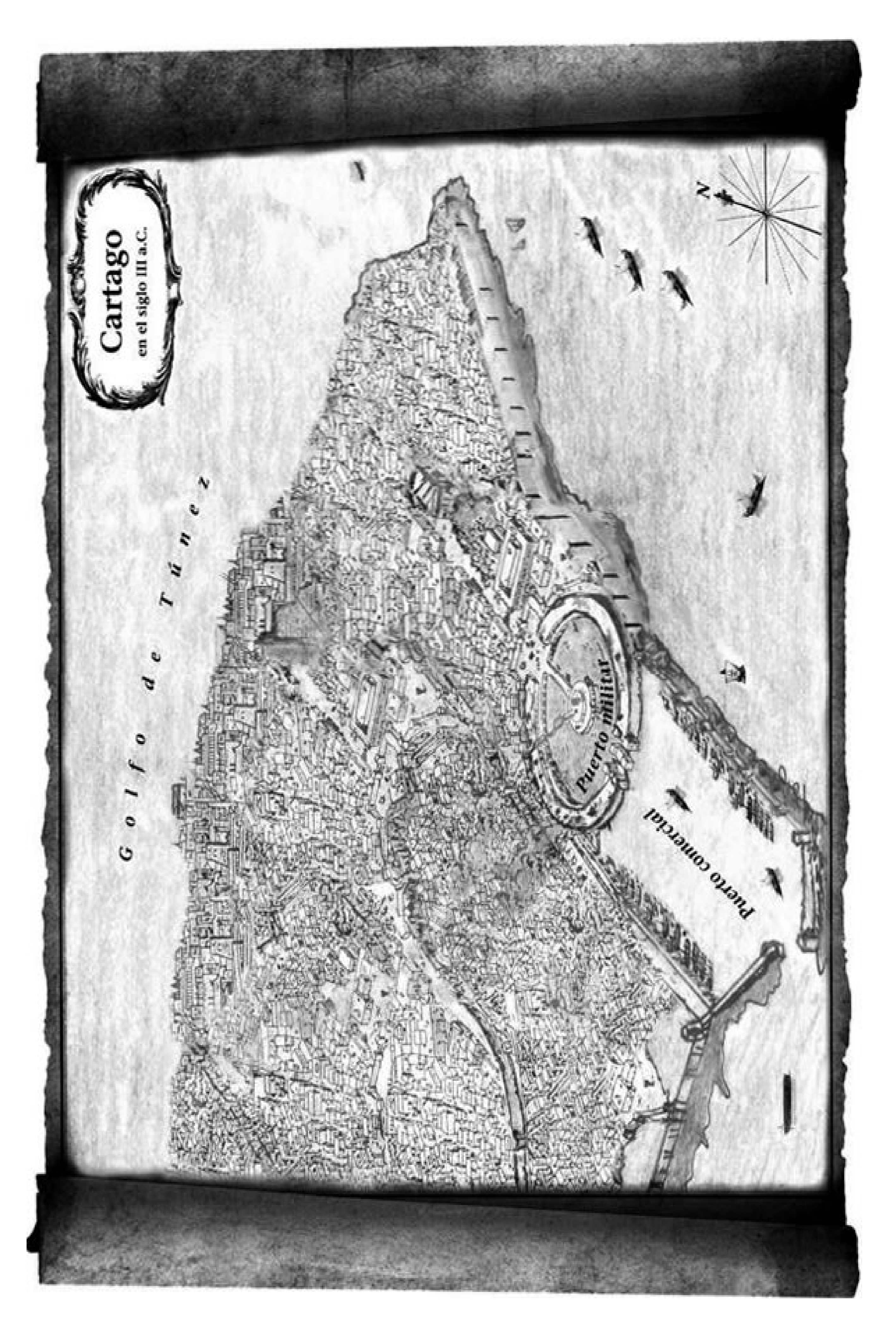
El León de Cartago - 3

ePub r1.0
Titivillus 03.07.16

Título original: *La conquista de Isphanya*
Luis de la Luna Valero, 2015
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2


El Mediterráneo occidental a mediados del siglo III a.C.
Primera Guerra Púnica (Siglo III a.C.)
Zona de influencia de Cartago
Zona de influencia de Roma
Conquistas de Amílcar Barca
G A L I A
A L P E S
I L I R I A
P I R I N E O S
I S P H A N Y A
I F R I Q U I Y A
N U M I D I A
M A R M E D I T E R R Á N E O
Mar Cantábrico
Mar Adriático
Mar Tirreno
Mar Jónico
Golfo de León
Islas Baleares
Córcega
Cerdeña
Sicilia
Pequeña Syrte
Loira
Rin
Danubio
Garona
Ródano
Po
Arno
Iber
Douros
Tagos
Anas
Arbucala
Nomantika
Segontia
Arse
Akra Leucra
Spali
Baitis
Kart Iuba
Baikor
Kastilo
Gadir
Malaka
Abdera
Mastia/ Cartago Nova
Tingis
Iboshim
Magon
Emporiae
Massilia
Genua
Placentia
Roma
Aleria
Olbia
Luceria
Cannae
Capua
Casilinum
Golfo de Nápoles
Brindisium
Tarento
Golfo de Tarento
Crotona
Lilibeo
Siracusa
Siga
Cirta
Utica
Kart Hadasht
Hadrumentum
Thapsus
0
250 km


Cartago
en el siglo III a.C.
Golfo de Túnez
Puerto militar
Puerto comercial
N

Prólogo

La pasión que puede llegar a sentirse por la historia de Cartago y su crepuscular declive, así como por su triste y doloroso final a manos de Roma no empaña ni menoscaba los logros que alcanzó esa civilización, la gloría que nos ha transmitido y el grado de progreso que nos ha legado, precisamente a través de su destructora y aniquiladora, Roma. Ya hemos sostenido antes que hay un antes y un después en la historia romana, y ese hito coincide con el enfrentamiento que ambas repúblicas mantuvieron durante las guerras púnicas.

En ese tiempo anterior a la Segunda Guerra Púnica, el relato de *La conquista de Isphanya* continúa lo ya apuntado en las dos novelas que la preceden: *El León de Cartago* y la *Camada del León* respecto de la cultura cartaginesa y la de los celtas, iberos y celtíberos prerromanos, así como el proceso por el que se fue formando el carácter del hombre más destacado de entre los cartagineses, Aníbal Barca o Baraq. En un marco histórico de aventuras, amor e intriga, sus páginas prolongan lo narrado en los anteriores relatos con Aníbal Barca como referente alrededor de quien gira toda la leyenda que se fue tejiendo a su alrededor; y cómo la influencia de lo hispano: el ardor guerrero, la fidelidad, la brutalidad, la lealtad a una causa hasta la muerte, la dureza extrema de su clima y su paisaje, cambiantes tras cualquier colina, fueron el eje alrededor del cual el gran caudillo cartaginés aunó, dentro de sí, lo púnico y lo hispano y fue moldeando su carácter y su genio personal.

Es un momento histórico en el que nos encontramos a un Aníbal que va dejando atrás sus dudas, sus tropiezos, sus dificultades… en brazos de una madurez más notoria e imparable, al frente de los ejércitos púnicos y el gobierno cartaginés de Isphanya. Aunque sigue habiendo recelos por parte de sus enemigos en el Senado de Cartago, es la etapa de su vida en la que consolida definitivamente su liderazgo político y militar, y en la que pone en marcha su premeditado y estudiado plan de preparación de sus mesnadas con un objetivo en el horizonte: la derrota de Roma; para llevar a cabo el objetivo y los planes de su padre, Amílcar, *el León de Cartago*.

Para alcanzar su meta, diseña y pone en marcha una minuciosa estrategia mediante la cual se internará en el interior misterioso de Isphanya para apoderarse de sus riquezas, intentará y, en parte logrará, atrapar el espíritu de sus combatientes celtíberos y, al mismo tiempo, adiestrará a sus tropas para hacer de ellas una auténtica máquina de combate, dotándola de la homogeneidad necesaria. No hay que olvidar que el ejército cartaginés estaba compuesto por docenas de pueblos, tribus y nacionalidades, y que era indispensable que sus componentes convivieran entre ellos, desarrollaran un espíritu de camaradería, sintiendo que pertenecían a un todo y se acostumbraran a combatir todos juntos bajo un mando único. De esta manera, Aníbal

y sus hombres viajarán hacia el centro, el este y el oeste de la Península, atravesando los territorios de los carpetanos, los vetones, los vacceos y los olcades, para alcanzar aquellas tierras tan septentrionales, con un objetivo, además del propiamente militar, hacerse con el control de los pasos para la llegada del codiciado estaño, imprescindible para elaborar el bronce con el que fabricar las panoplias cartaginesas, apetecidas y valoradas en todo el ámbito comercial y militar mediterráneo.

Su ímpetu, coraje y empuje le llevarán a extender el poder púnico por el centro, el este y el oeste de la Península. De esta manera, Aníbal cruzará grandes ríos como el Tajo y el Duero, cabalgará a lo largo de las mesetas centrales peninsulares, subirá sus montañas coronadas de nieve, combatirá con cuantas coaliciones de nativos se alzarán a su paso contra su pujanza militar, y conquistará Altea, Salamanca, Toro, Zamora… Además, a lo largo de esos meses realizará severas campañas militares durante las que, en ocasiones, Aníbal llevará a su ejército hasta extremos físicos, de cansancio y de resistencia humana, tremendamente exigentes, pues él quiere que sus soldados se acostumbren y superen todo tipo de sacrificios y privaciones habida cuenta de que ya planea el itinerario alpino que los conducirá desde la península Ibérica hasta las puertas de Roma, atravesando los Alpes. En el desarrollo de esas campañas preparatorias, recorreremos buena parte de la España antigua entre los celtas, iberos y celtíberos que la habitaban, cuyas costumbres conoceremos.

Como colofón a sus campañas y planes, la política y los propósitos del caudillo cartaginés lo llevarán junto con sus entrenadas tropas hasta Arse-Sagunto, cuyo asedio será parte final del relato y el detonante de la Segunda Guerra Púnica. La caída de la urbe saguntina será el comienzo del brutal y nuevo enfrentamiento entre Cartago y su enemiga, Roma, cuyos hombres principales, a lo largo de las páginas de *La conquista de Isphanya*, han estado espiando y siguiendo los pasos de Aníbal.

Aravaca, noviembre de 2014.

1

El sol, saliendo desde más allá de las murallas, desde más allá de los extensos campos sembrados que se ven por doquier, desde más allá del acertado laberinto de canales de riego que se entrelaza entre las inmensas plantaciones, desde más allá del gran lago que se extiende al sur, desde más allá del mar azul y misterioso…, ese mar que separa dos mundos rivales y enfrentados: el romano y el cartaginés; se eleva y va iluminando todo al paso de sus benéficos rayos que traen luz y calor.

Entonces, el gran puerto comercial, rectangular y amurallado va apareciendo de entre las sombras y la neblina que se produce como consecuencia de la diferencia de temperatura entre la noche y el día, sombras que solo disipaban apenas las antorchas y hachones colocados a lo largo de sus murallas y de sus muelles. Y, como por ensalmo, lentamente, comienzan a brillar los coloridos y broncíneos mascarones de proa de las embarcaciones allí amarradas, los metales de sus cordajes y mástiles, las banderolas… Poco después, el manto nocturno se va retirando del puerto militar, el *cothom*, imponente y severo, y desvela un gran espacio ovalado, casi una circunferencia de agua, que está rodeada por murallas y cuarteles, en cuyo centro se alza el edificio circular del Almirantazgo, que está dotado de defensas, almacenes, cuarteles y dársenas en las que, en tiempos pretéritos, encontraron cobijo doscientas galeras de guerra, temibles y marineras; hoy apenas hay cincuenta de ellas.

Los rayos del sol siguen su imparable avance y sacan a la luz la gran ágora central que se extiende a partir de los muros del puerto militar. Entonces, como si fueran espejos, comienzan a refulgir los adornos de bronce y plata de las hermosas columnas que sostienen el pórtico que rodea ese foro, así como las estatuas de bronce de factura helénica que han aportado los pueblos tributarios como contribución. A su alrededor, se unen a este festival de luz hileras de casas blancas edificadas a lo largo de calles y avenidas, trazadas a cuadrícula en estos barrios nuevos, que descubren sus pequeñas huertas, sus jardines con palmeras, sicómoros, pinos mediterráneos, sus techos de tejas intensamente coloradas.

El sol prosigue su avance, en su particular combate diario con la penumbra nocturna, y comienza a trepar hacia la cumbre de la gran colina principal de la ciudad. Así pues, va iluminando las plazas de los templos menores y sus alrededores, los barrios de los artesanos de la plata, el gran mercado donde todo se distribuye en puestos atiborrados de especias, de brocados, de elegantes y delicadas manufacturas de lino, tejidos prodigiosos, ropas de fino algodón, maravillosas alfombras, vestimentas de seda, las bien protegidas tiendas que venden espléndidas confecciones teñidas de púrpura… Los rayos del sol pasan sin detenerse junto a las platerías, que destellan como estrellas en un cielo nocturno, donde se ofrecen todo tipo de

artesanías realizadas con los más nobles metales y las más ricas y elaboradas piedras preciosas.

Enseguida, estos dejan atrás, bien iluminada ya, la imponente Plaza Central y callejean por las laberínticas, estrechas y empinadas calles de la ciudad vieja. Como si se persiguieran en una carrera vertiginosa, corren raudos por el barrio de los tintoreros, alcanzan una plazoleta alargada y desierta donde se sitúa el *tofet*[1] y dejan atrás su estremecedora evocación de muerte y redención. A continuación, ascienden alumbrando todo a su paso hasta alcanzar la plaza de los grandes oratorios, discurriendo por callejones más empinados todavía, y comienzan a iluminar la gran plaza donde están situados los santuarios de las divinidades principales de la ciudad: Baal Hammon y Tanit Pené Baal. La arquitectura exterior de ambos templos es austera, dos enormes edificios rectangulares de techo plano, rodeados por altas tapias almenadas que protegen un gran patio interior, un santuario y un sanctasanctórum con paso reservado al sumo sacerdote porque es la morada de la estatua del dios. Dispuestos el uno enfrente del otro, los rayos del sol resplandecen su bien tallada piedra caliza revestida de cal. Al instante, refulgen los símbolos áureos de la divinidad.

Más arriba aún, sin detenerse ni un momento para tomar aliento, los rayos solares alcanzan la gran plaza donde se ubica el Senado de la República, un imponente caserón rectangular, enjalbegado y rematado por una preciosa cúpula, abierta en su coronación, que está alicatada con azulejos y baldosines de vivos colores rojo sangre, crema y azul esmaltados al fuego, que resplandecen como pequeños soles, y sobre cuya entrada, flanqueada por dos espléndidas columnas de granito de Asuán de una sola pieza, comienza a brillar como una estrella el emblema oficial de la República: un caballo, unas hojas de palma y una media luna enormes, símbolos de la diosa Tanit; todos ellos manufacturados con plata pura.

Sin sosiego, los mensajeros del sol entran y encienden la plaza donde se yergue el albo edificio de la Lonja del Gremio de Comerciantes y Banqueros,[2] que está coronado por una cúpula semicerrada adornada por azulejos vidriados de vivos colores, y que hace las veces de Bolsa de cotizaciones de las sociedades de participación, así como de los intercambios de comercio exterior. De inmediato, el edificio parece hecho de plata y ciega a quienes miran sus muros encalados.

Por último, dan calor, vida y luz a los orgullosos barrios residenciales que coronan la colina Byrsa, donde se alzan los palacios, las residencias y las mansiones de los más acaudalados, los más privilegiados y pudientes de la ciudad, construidos entre arbolados exóticos, calles y plazoletas exclusivas, y el maravilloso vergel de frescor y vida que forman sus cuidados jardines, sus rosaledas y las terrazas colgantes rebosantes de floresta.

El sol se impone, las tinieblas se deshacen, un nuevo día comienza y ya toda la ciudad cobra vida y se despierta. Kart Hadasht, la reina de los mares, la que gobierna sobre las aguas, la morada del Señor de los Altares de Incienso, ante quien las

naciones tiemblan y se doblegan, llamada por sus enemigos latinos, Carthago…

Aníbal Barca observaba maravillado y estremecido el amanecer de Kart Hadasht. Tanta belleza le subyugaba. No había otra ciudad como aquella. Los ojos se le humedecieron. Estaba apoyado en una balaustrada de mármol que rodeaba una enorme terraza en el palacio de la familia Bárquida, su hogar de la niñez, edificado entre jardines y dependencias coronando la colina Byrsa. Un balcón desde el que se divisaba, a sus pies, una gran parte de la ciudad. Qué poco tiempo había pasado allí. Una parte exigua de su infancia, pues desde bastante niño marchó junto a su padre, el gran Amílcar, *el León de Cartago*, primero a Iboshim,[3] donde era gobernador y, posteriormente, a la isla de Gadir[4] base de operaciones y cabeza de puente del desembarco del ejército con el que se inició la conquista de Isphanya.[5] Ahí, en esa tierra extraña al principio, y ahora amada como ninguna, había pasado su niñez y juventud, donde se convirtió en un hombre, donde luchó y derramó su sangre, donde vio morir a su padre, donde perdió a su cuñado Asdrúbal, el sucesor de Amílcar al frente del ejército, donde se enamoró…

Hoy era un gran día, ya lo creo. Se iba a casar. Contraía matrimonio con Saphanbaal, de la familia de los Jhanto, una hermosa joven perteneciente a una de las más importante familias de Kart Hadasht. El enlace había sido pactado por la casamentera, como mandaba la tradición, y esta había visitado la casa de los padres de la pretendida, había realizado los pactos prenupciales correspondientes, había negociado los trámites del acuerdo, pues no había que olvidar que el matrimonio era un contrato y, tras las consabidas transacciones, había obtenido el consentimiento de los rectores de la familia Jhanto; todo ello organizado, naturalmente, desde la sombra, por su querida madre, Sapaníbal, que no descansaba nunca.

La verdad es que Saphanbaal le había causado una gran impresión. De estatura adecuada, parecía esbelta y de formas armoniosas, o eso es lo que le pareció, a través de las protectoras y castas vestimentas que portó las escasas veces que se habían visto, claro está, en presencia de la casamentera, las madres y una cohorte de servidores. Su futura esposa, en todo momento una mujer recatada y modesta, se había conducido con toda prudencia ante él. Supo jugar acertadamente con el tenue velo de lino que cubría parte de su faz, para dejar entrever un rostro moreno y atractivo de facciones marcadamente púnicas. Discreta, sin hablar más de lo estrictamente correcto, de modales suaves y moderados, se había conducido de la manera en que se podía esperar de una dama de la alta sociedad cartaginesa, de antigua familia de tirios y con un pasado influyente en la historia de Cartago. Sus ojos fueron más elocuentes. Negros, profundos, vivos, fueron velados, cuando la ocasión lo requirió, por el conveniente movimiento de sus párpados acompañados por unas pestañas primorosas, en caída libre.

Cuando se pronunciaron los votos matrimoniales y se fijó la fecha para la ceremonia nupcial, Aníbal se alegró de que su madre se hubiera entrometido en su vida, una vez más, arreglando su matrimonio con Saphanbaal. Eso le satisfizo y

produjo una sensación de normalidad. Le pareció que era un joven aristócrata más que estaba a punto de casarse. Como un simple mortal. Y olvidó durante unos instantes que era el comandante en jefe de las tropas púnicas de Isphanya y Libia, el gobernador de esos territorios y el hombre más poderoso, militarmente hablando, del orbe cartaginés. Un general que iba a emprender una serie de campañas para entrenar a su ejército, que pensaba emprender una larga marcha hasta Italia y soñaba con derrotar a Roma en sus mismas puertas. Sí, definitivamente era mejor ser únicamente un joven aristócrata que se iba a casar en breve plazo de tiempo…

2

El palacio de la familia Barca resplandecía como en un cuento fabuloso cananeo o babilonio. Situado en lo alto de la colina Byrsa, durante días sus muros exteriores habían sido enjalbegados, se habían abrillantado los azulejos esmaltados que coronaban las almenas de estos, se habían limpiado todos los lienzos de ladrillo vidriado hasta hacer que refulgieran. Con betunes y barnices especiales se trataron los portones, puertas y contraventanas hasta que quedaron como recién puestas. Todas las pasamanerías de bronce lanzaban destellos metálicos. Los dinteles y cercos de las ventanas lucían renovados con un cerco de color ocre, las tejas de los tejados habían sido limpiadas, los paseos de gravilla se habían rellenado con adecuada zahorra machacada, el arbolado de los cuidados jardines se mostraba más hermoso que nunca. Docenas de servidores y especialistas bajo la dirección de los mayordomos del palacio, habían realizado una labor excepcional, eso sí, bajo la atenta mirada y supervisión de Sapaníbal, la viuda de Amílcar Barca, *el León de Cartago*, que no descansó hasta que todo estuvo a su gusto.

Aníbal tampoco había parado quieto y, a través de los secretarios de su cancillería, había cursado invitaciones de boda a los diversos reinos mediterráneos con los que deseaba entablar estrechas relaciones políticas de alianza, para establecer una coalición antirromana. Antíoco III, el soberano del imperio seléucida, y el Egipto de Ptolomeo IV habían confirmado la asistencia de un representante. Ambos reinos eran rivales porque Antíoco deseaba extenderse por Siria y Palestina, bajo dominio ptolemaico. Desde Macedonia, su rey Filipo V envió un embajador. Hierón, el tirano de Siracusa, único reino vecino de los romanos en la antaño cartaginesa isla de Sicilia, había prometido que acudiría su primo Arquímedes. Y, naturalmente, el todo Kart Hadasht. Representantes del Senado, de la banca, de los comerciantes, del ejército, de la cada vez más poderosa Asamblea Popular. Los príncipes de los númidas, los principales de entre los libio-fenicios, de los pueblos tributarios del sur…

Efectivamente, era un gran día, y él tenía que aprovecharlo. Nada podía perturbarlo, no iba a consentir ni siquiera las preocupaciones ante el caudal inmediato e incesante de todas las tareas que tenía que abordar en Isphanya, ni las dificultades para alcanzar acuerdos y lazos de amistad con los reinos helenísticos, ni la sombra alargada de Roma, su enemiga en el horizonte, que ahora estaba a punto de iniciar una nueva guerra en Iliria para asentar su dominio y acabar con los piratas que tanto daño estaban haciendo al comercio en esa parte del gran mar interior. Ni siquiera… Himilce, su esposa oretana, de la que se despidió de manera tan desabrida en Cartago

Nova,[6] en una de cuyas mazmorras lo esperaba Sodalis, el asesino de su cuñado Asdrúbal, atrapado en Sagunto por un comando enviado por él, a quien tenía que interrogar para sonsacarle qué hubo detrás de aquel magnicidio y quiénes lo planificaron…

¡Oh, Himilce!, la dulce ibera, a la que había enviado a su ciudad natal, Kastilo,[7] para residir junto a su hermano el régulo Cerdubeles, a quien habían sentado en el trono los cartagineses para que fuera un títere que siguiera los dictados políticos y económicos que surgieran desde Cartago Nova, la capital del dominio cartaginés en Isphanya… Cómo se acordaba de Himilce. Cada vez más… Ahora que sus agentes habían matado a Orisón,[8] el padre de ella, y estaba lavada con sangre la afrenta perpetrada por aquel cuando atacó a traición al gran Amílcar y lo asesinó, ahora que la venganza estaba cumplida y el honor satisfecho de nuevo estaba a salvo; él podía perdonarla y volver a ser felices juntos en Isphanya, mientras Saphanbaal permanecía en Kart Hadasht en el hogar de los Barca, junto con su entrometida y adorable madre, Sapaníbal.

—¿En qué estará pensando mi querido hijo Aníbal, tan de mañana, el día de su boda? —exclamó una sonriente Sapaníbal, que llegaba caminando a buen paso por la terraza.

Este alzó la vista y la detuvo en la figura de su madre.

—Buena mañana, ¿haciendo una última ronda de inspección de cara a la ceremonia de esta noche? —respondió el interpelado con una sonrisa en los labios, pues estaba de muy buen humor.

Sapaníbal torció ligeramente la cabeza y sonrió a su hijo.

—El penúltimo, Aníbal, el penúltimo. Habrá que dar una última vuelta cuando el sol comience su declive más allá de las columnas de los templos de Melkart el Santo —contestó ella en referencia al occidente de Kart Hadasht, por donde se ponía el sol, concretamente a los templos dedicados a este dios, convertido por los griegos en Hércules, los cuales al parecer se situaban en aquella época a ambos lados del estrecho de Gibraltar.[9]

Aníbal sonrió.

—¿Estás feliz y satisfecho? —inquirió ella mientras se transformaba en una madre más.

—Sí, mucho… Y quiero agradecerte tu desvelo, tus esfuerzos, cómo has organizado todo…

Sapaníbal hizo un gracioso mohín al tiempo que alzaba los brazos y hacía un gesto con las manos para silenciar al caudillo cartaginés.

—Hijo mío, por Baal el misericordioso, soy tu madre…, una madre más que únicamente desea lo mejor para los suyos —replicó ella, convirtiéndose aún más en una progenitora protectora de los suyos.

—Por fin contraeré matrimonio con quien tú deseabas —dejó caer Aníbal con un tono ligeramente irónico.

Sapaníbal endureció la mirada, pues era una mujer resuelta y de carácter fuerte que, a lo largo de sus años de viudez, se había acostumbrado a mandar sin réplica alguna.

—Es lo más conveniente para todos. Tú, el primogénito de los Barca, no puedes estar casado únicamente con una bárbara de las tierras del norte, ni tus hermanas y yo podíamos estar aquí solas, en Kart Hadasht, sin tener la protección de otra familia poderosa, además de la nuestra y los amigos y clientes… Repara en que tú y tus hermanos estáis con el ejército en las tierras bárbaras de Isphanya…

—Madre, el ejército sirve a la República no a nosotros… —aclaró Aníbal.

Ella hizo un gesto impaciente.

—Tú ya me entiendes… Una palabra tuya… y te serviría únicamente a ti como un solo hombre…

Aníbal hizo oídos sordos a las palabras de su madre, que eran a todas luces una traición contra la República cartaginesa, y recondujo el asunto de nuevo hacia el ámbito marital.

—Como dispongas, madre. Celebraré solemnes esponsales con Saphanbaal e intentaré hacerle un hijo de inmediato —aceptó Aníbal, que sentía una creciente excitación interior—, y cuando vuelva a Isphanya…, ella se quedará aquí, contigo, para estar a salvo… Esperemos que embarazada…

—¡¿Cómo!? —exclamó contrariada Sapaníbal.

—Lo que has oído, querida madre… Ella permanecerá aquí, en Kart Hadasht, junto a ti… Ella es un tesoro demasiado valioso como para ponerla en peligro en las bárbaras tierras hispanas…, ¿no es cierto? —terminó con un tono casi burlón en su voz.

Sapaníbal torció el gesto visiblemente irritada, hizo un ademán con las manos y contraatacó.

—Claro, y tú mientras tanto, con las manos libres en las tierras del norte, podrás dedicarte a tu bárbara ibera…

Aníbal hizo un aspaviento de enfado con ambas manos.

—No olvides que estoy casado con ella, y que…

—Sí, sí… —le interrumpió la madre sin miramiento—, que gracias a ello cientos de tribus nos son fieles e innumerables tesoros de plata abarrotan el cuarto del funcionario que lleva las finanzas del Tesoro…

—¡Eso es! —afirmó enfadado Aníbal con simplicidad masculina.

—Y si ofendemos a la familia Jhanto, pues nada, no pasa nada… el señor tiene que convivir amorosamente con su bárbara, en el norte, estrechando lazos de inquebrantable amistad con las tribus iberas, contando los lingotes de plata… ¿No?

Aníbal reparó en el tono irónico de su madre, y no pudo por menos de sonreír antes de responder.

—Soy el hombre más poderoso del ámbito occidental cartaginés. Tengo que llevar a cabo misiones diplomáticas, campañas militares inaplazables, tengo que

entrenar y adiestrar a setenta mil soldados… Y, por encima de todo, tengo una misión que cumplir —terminó diciendo mientras miraba hacia el cielo, buscando una señal de su padre—. Tal vez no seas plenamente consciente de todo ello.

Sapaníbal hizo un teatral gesto de humildad suprema.

—Naturalmente, ¿cómo voy yo a penetrar los misterios insondables de la mente superior de los hombres, de la política, de todo… si solo soy una pobre mujer con un corto entendimiento inferior al tuyo, verdad?

Aníbal miró con cariño el rostro de ella y contestó con suavidad.

—Nada de eso. Eres una espléndida mujer y una gran madre, tal vez no terminas de alcanzar que, al igual que tú gobiernas con todo acierto esta casa, yo tengo que dirigir el orbe cartaginés, sacarlo de la nociva influencia de Hannón *el Grande* y los suyos, de un Senado de mercaderes, de una aristocracia talasocrática de negociantes que prefiere vivir de rodillas ante Roma con tal de poder seguir enriqueciéndose…

Sapaníbal sostuvo la magnética mirada de su hijo, ante la que temblaban sus generales, oficiales y soldados.

—Madre, no puedo llevar a mi nueva esposa al interior salvaje y misterioso de Isphanya, que debo conquistar por el bien estratégico de Kart Hadasht…

La madre se pasó la lengua por los labios para humedecerlos. Los tenía resecos de la tensión.

—Necesito la tranquilidad de saberla segura, aquí, quiera Melkart el Santo que con un hijo mío dentro de su vientre —prosiguió Aníbal—, para poder llevar a cabo todas las tareas y fatigas que no pudo abordar mi padre, asesinado vilmente por Orisón, para alcanzar los objetivos finales que él y yo soñamos y planeamos no hace tanto tiempo… Está decidido, Saphanbaal no puede venir conmigo.

Sapaníbal le miró de una manera extraña.

—Aníbal, ¡Proclámate rey!… Todo Kart Hadasht te seguirá —le propuso ella con un tono de desesperación en la voz.

Él la miró de una manera rara, distante, como si fueran de mundos distintos, antes de zanjar la cuestión con una voz dura y metálica que no admitía ningún tipo de objeción, mientras Sapaníbal bajaba la mirada abrumada por primera vez.

—Madre, yo seguiré sirviendo fiel y lealmente a la República de Kart Hadasht, a su Senado, a su Asamblea Popular… Comandaré los ejércitos del norte… Haré lo que tenga que hacer. Llevaré a cabo los planes de padre… Y Saphanbaal se quedará aquí, contigo, a tu cuidado… Y no hablemos nunca más de ello.

3

Atardecía y el viento del norte azotaba las ramas, las hojas y las copas de los árboles del bosque de sabinas y enebros. Todo el conjunto arbóreo se movía a un mismo compás provocando una ola vegetal que, a su vez, desencadenaba pequeñas ventiscas volátiles de nieve, según se iba desprendiendo a montones de las ramas por efecto del tremendo movimiento. Todo el ramaje se retiraba al unísono y parecía como si intentara huir estremecido ante el poderío irresistible del frío viento del norte, que soplaba con un ímpetu feroz. Las intensas ráfagas ventosas se colaban sin dificultad a través de los enormes espacios que dejaban los árboles entre sí, como correspondía a un sabinar del centro de la península Ibérica, haciendo que se plegara a su imperioso mandato hasta la corta hierba verde que tapizaba toda la pradera que se extendía entre los imponentes y centenarios árboles. Los torbellinos de aire eran tan violentos que barrían y acumulaban contra los troncos y cualquier obstáculo pétreo la nieve caída la noche anterior que, cual níveo manto, todavía cubría aquí y allá de manera caprichosa la pradera de hierba, según jugaba con ella Eolo.

En medio del bosque, clavadas en círculo en el césped cual menhires rectangulares, se erigían unas antiquísimas piedras muy desgastadas por los meteoros. Estas estaban talladas y mostraban espirales, extraños rostros de divinidades ancestrales y esvásticas girando a derecha e izquierda. El conjunto de piedras constituía un santuario que se alzaba en medio de la arboleda, a los pies de la ciudad fortificada arévaca de Voluce,[10] que era visitado y venerado por los pueblos celtíberos de los alrededores desde tiempo inmemorial.

Dentro del círculo pétreo, varias figuras humanas tiritaban arropadas bajo oscuros mantos de gruesa lana y portaban antorchas para iluminar las inminentes tinieblas. Mientras caminaban hasta su centro hacían crujir la nieve helada con sus pisadas. Fueron llegando de uno en uno hasta el corazón del santuario lítico, donde les esperaba un hombretón alto y fornido, parado junto a una hoguera que ahuyentaba el frío y las sombras de la inminente noche, cuyas llamas también eran objeto de vaivenes exagerados por obra del viento.

El aspecto de todos ellos era imponente, como correspondía a la categoría política que ostentaban. Eran los caudillos de varias plazas fortificadas de los pueblos celtíberos arévacos y carpetanos, así como de los ibéricos olcades.[11] Y en consecuencia con su estatus social, bajo los negros sagos portaban vestiduras ricamente adornadas con geométricos dibujos de colores, vestían fuertes pantalones de buen cuero curtido y maleable, calzaban recias botas de piel. Por último, sus cabezas estaban tocadas con cascos de bronce bruñido, en los que destacaba un

artístico repujado de hilo de oro en las carrilleras que dibujaba complicadas espirales unidas entre sí, alguno de los cuales exhibía una cimera de pelos de caballo teñidos de rojo sangre, y otros presentaban cuernos del mismo metal broncíneo y alas con plumas de buitre leonado, muy abundante en sus territorios; un ave rapaz a la que habían conferido un carácter cuasi divino, dado que creían que ayudaba a la migración de las almas, tras la muerte.

Enseguida, todos los dirigentes celtíberos estuvieron juntos formando un círculo alrededor del fuego.

—¡Salve, Alucio, caudillo de la poderosa ciudad de Konbouto…[12] Bienvenido, Tirreso, líder de la valiente y fortificada Konsabura…;[13] que los dioses te sean propicios; Tibaste, guía de los poderosos guerreros de Kontrebia Karbika…;[14] te saludo, Baitesir, tú que gobiernas a los olcades de Kelin y a cuantos alcanza su vigoroso brazo armado!… Yo, Kaukirino, rector de los arévacos[15] de Voluce y su comarca, saludo con respeto a los caudillos de los carpetanos[16] y olcades que han acudido a mi llamada —les dijo con una voz profunda y poderosa, a manera de saludo, el paladín de los arévacos que les había estado esperando junto a las llamas.

Los cuatro cabecillas hicieron una respetuosa inclinación de cabeza, mientras miraban de reojo a sus compañeros y sujetaban con firmeza sus espadas y falcatas, ocultas tras los espesos sagos, prestos a desenvainarlas a la primera señal de peligro, ya que cada uno de ellos desconfiaba de Kaukirino tanto como del resto de caudillos allí presentes, como era habitual entre los habitantes de la península Ibérica, tan dados a todo tipo de engaños, trampas y traiciones con tal de aniquilar a un odioso castro fortificado muy próximo al propio, a un clan rival en auge o a cualquier grupo étnico que hubiera prosperado lo suficiente como para atraer la envidia de sus vecinos.

Kaukirino se dio cuenta del casi imperceptible movimiento de sables bajo los negros sagos que acababan de efectuar los cabecillas celtíberos, y sonrió.

—No receléis de mí ni de mis intenciones —les intentó tranquilizar con su voz ronca—, sabed que no albergo propósitos aviesos contra ninguno de vosotros… Es más, estáis aquí porque no hay querella alguna entre vosotros.

Alucio de Konbouto torció el gesto con una mueca sarcástica.

—Sí, ya sé que en un pasado muy reciente hemos peleado entre nosotros por razones de tierras, propiedades y botín —prosiguió el caudillo arévaco—, pero ahora debemos olvidar nuestras diferencias…

—¿Por qué tenemos que olvidarnos de las acciones de rapiña que no hace tanto dirigisteis contra los nuestros, los arévacos de Nomantika aliados con los de Voluce? —interrumpió Tirreso de Konsabura, mientras el resto de los caciques celtíberos se agitaba presa de la indignación y se volvía hacia Kaukirino en busca de una respuesta contundente.

El arévaco miró a los otros cabecillas y contestó bajando el volumen de su voz para atraer la atención de todos.

—Por los oretanos.

—¿Qué les pasa a esos perros sarnosos? —inquirió extrañado el olcade Baitesir con un mohín de desagrado.

—Desde que asesinaron al León de Cartago en Heliké,[17] se han crecido mucho como nación, son más ricos, acumulan plata, trigo, aceite… y han descuidado la vigilancia de sus fronteras.

Los demás caudillos le miraron con caras plenas de escepticismo.

—Les protege una guarnición cartaginesa —precisó Tibaste con cara de triunfo, encantado de quedar por encima del caudillo arévaco delante de los demás.

—No hay guarniciones importantes. Mis espías me han informado de que Aníbal, el hijo del León, el que manda ahora sobre los cartagineses, se ha ido a Kart Hadasht… Y las guarniciones de Cartago Nova están muy alejadas.

El resto de los conspiradores se quedó en silencio, arrebujándose como podía bajo los mantos para combatir el frío, urdiendo, dando vueltas en su cabeza a los beneficios que podía haber detrás de lo que les estaba sugiriendo Kaukirino.

—En Kastilo tan solo se encuentra su hermano Asdrúbal Barca, convaleciendo de una herida en la pierna, con una escolta cartaginesa no demasiado numerosa, y unos pocos guerreros oretanos…

El silencio se volvió a cernir sobre los pensativos conspiradores, que interrumpió Kaukirino para precisar.

—Además, los guerreros de Baikor[18] aprovecharán para atacar y desquitarse de sus indeseables y ricos vecinos tan pronto como vean a nuestras bandas de guerreros.

Los conjurados siguieron meditando durante unos instantes. Al cabo de un momento intervino Baitesir, el olcade, pasándose la mano libre de la espada por la frente para quitarse de la misma algunos copitos de nieve que le habían caído desde los árboles.

—Si he entendido bien… Lo que tú propones es una expedición a la tierra de los perros oretanos, ¿y allí qué?

—Sencillo, aprovechando que no está Aníbal y los oretanos están muy apaciguados dedicados a sus negocios de aceite —les explicó Kaukirino mientras revoloteaban bajo el casco sus largas trenzas—, podemos atacar Kastilo…, una vez dentro, será fácil asaltar su palacio, entrar en la Sala del Tesoro, y apoderarnos de los lingotes de plata que tienen en abundancia.

Los conjurados se miraron entre sí olvidando pasadas injurias y recientes desconfianzas, haciendo signos de aprobación.

—Pero ¿cómo repartiremos el botín? —quiso el olcade que le matizaran.

—Dividiremos entre todos…

—¡De eso nada, repartiremos en proporción a los guerreros que cada uno aportemos a la expedición! —le corrigió Alucio a Tirreso.

—¡No estoy conforme! —saltó Tibaste, evidenciando las viejas y centenarias rencillas y suspicacias entre los pueblos de la península Ibérica, mientras sujetaba con

más firmeza aún su falcata y se apartaba parte de su melena castaña de la cara, impregnada de copitos de nieve—, tú lo que quieres es llevar más guerreros que los demás para atacarnos y quitarnos nuestra parte…

—Mi ciudad es la más grande y poderosa de entre los carpetanos, tiene muchos guerreros que no puedo dejar sin botín —intentó argumentar Alucio, siendo interrumpido de inmediato por Tibaste, que comenzó a vociferar.

—¡Imposible, absurdo, mentira!… Kontrebia Karbika es la más poderosa de las ciudades carpetanas, la que cuenta con más guerreros, la mejor dotada.

Alucio tiró de falcata y se enfrentó con su rival carpetano dándole un empujón.

—Los de Kontrebia Karbika sois unos perros sin amo…

—¡Alto ahí! —aulló Kaukirino colocándose en medio de los dos jefes carpetanos, en tanto que Tirreso sonreía de medio lado con suficiencia y le comentaba a Baitesir que, sin lugar a dudas, el castro fortificado más rico de la Carpetania era por supuesto su Konsabura, pero que no se iba a poner a discutir con esos dos aldeanos—. ¡No estamos aquí para querellas infantiles entre nosotros!

Los dos rivales se pararon en seco con el cabello y las barbas alborotadas por el viento y la nieve, los mantos abiertos, los soberbios cascos ceremoniales por el suelo.

—Esto no es un concurso griego para designar la mejor ciudad de la Carpetania… Recordad, nos estamos organizando para atacar a los oretanos y robarles su plata —les aclaró Kaukirino aullando para imponerse a la fuerza del sibilante viento, mientras sujetaba a cada uno de los contendientes por el brazo armado, inmovilizándolo con su fuerza.

—Debemos ponernos de acuerdo porque tenemos que robarles el aceite, la plata, el trigo, sus mujeres…, incendiaremos sus casas… y les dañaremos todo lo más que podamos… ¡Ah, y no dejaremos ni un cartaginés vivo! —especificó el caudillo olcade, con un tono de odio en la voz que asustaba, y una sonrisa de lobo que iba de oreja a oreja.

4

Asdrúbal Barca reflexionaba en Kastilo, tendido en la cama de su espléndido aposento, mientras se recuperaba de la herida sufrida al ser víctima de una emboscada fraguada en una conspiración entre varias plazas fuertes de los carpetanos[19] cuando retornaba al territorio bajo el imperio cartaginés.

Se encontraba mal, desasosegado, el corazón le latía con fuerza y un sudor frío perlaba su frente. Era consciente de que había cometido un grave error militar y estratégico: enviar a Cartago Nova una gran parte de las tropas cartaginesas, que lo acompañaban, y quedarse con un reducido destacamento comandado por un oficial de su entera confianza. Había sido una conducta inapropiada e imperdonable, sobre todo ante todo lo que se avecinaba.

Se revolvía inquieto en su interior y no hallaba consuelo. Al llegar herido a Kastilo, donde le esperaba su cuñada Himilce, la mujer de su hermano Aníbal, su única preocupación fue alejar a los oficiales de las falanges y unidades de caballería cartaginesas bajo su mando. No quería testigos. Él tenía en su corazón un sentimiento amoroso muy fuerte hacia Himilce, que creía correspondido por ella, el cual le llenaba plenamente pero le asustaba a un tiempo.

Se sentía un traidor a su hermano, a quien adoraba y veneraba desde que eran niños, pero no podía luchar contra ese sentimiento de amor que le arrebataba y le hacía feliz y desgraciado a la vez, y que, de alguna manera, ya le había confesado a ella. Ansiaba fervientemente que llegara cada mañana, después de estar unas horas separados, y ver el rostro de Himilce cuando venía a curarle y a traerle el desayuno, acompañada por varias sirvientas. Anhelaba con ardor esos toques ligeros en su piel al curarle, los más tenues aún de una mano al rozar la suya, o los dedos, como por casualidad, la intensidad de una mirada que lo decía todo, el sonido cálido de su voz interesándose por su estado de salud…

Por qué tuvo que conocerla antes Aníbal, que mostraba un desdén muy lacerante hacia ella. Todos sabían que era la hija de Orisón, el régulo oretano que asesinó a su padre Amílcar en Heliké, pero aquel ya estaba muerto y no podían permanecer postrados ante el dios del odio y el resentimiento toda la vida; porque la vida seguía. Por qué su cuñado, Asdrúbal *el Bello*, el caudillo cartaginés de Isphanya tras la muerte de Amílcar, la tuvo que casar con su hermano solo porque era el mayor, para cerrar una alianza con los incómodos oretanos… Ella no era una pieza de intercambio. Ella no era como un animal entregado al altar de los sacrificios. Ni era una mujer de escasa valía cuya mano se da para arreglar un matrimonio de conveniencia… Himilce valía más que todas las mujeres del mundo juntas.

Asdrúbal sufría, padecía intensamente. La amaba pero era la esposa de su hermano y ese sentimiento de amor era imposible y traicionero. No porque Aníbal no pudiera repudiarla, que según la Ley era posible, sino porque su hermano no cedía ante nada ni ante nadie en ningún ámbito humano. Sí, él sufría intensamente porque se debatía entre el amor de su vida y la lealtad a su hermano, a quien amaba mucho, no solo como hijo de su madre sino también como caudillo militar y líder de los intereses cartagineses en Isphanya. Si Aníbal llegaba a enterarse o a sospechar con qué intensidad él amaba a Himilce, era capaz de cualquier cosa.

Y, ahora, por intentar estar a solas con la mujer de su hermano, sin testigos inoportunos, había enviado a Cartago Nova casi todo su ejército y tenía que enfrentarse a una inminente invasión de una liga de pueblos celtíberos que amenazaba directamente Kastilo y las tierras de los oretanos, que estaban bajo custodia y jurisdicción cartaginesa, de conformidad con los informes que habían aportado los exploradores y batidores quienes, siguiendo los protocolos militares que había instaurado Aníbal desde que accedió al poder, se dedicaban a patrullar y vigilar las fronteras con todo celo tomando todas las precauciones posibles para no ser vistos.

La situación era grave porque para detener a varios centenares de guerreros del interior de Isphanya contaba únicamente con dos *syntágmatas*[20] de una falange y la variopinta y poco fiable guarnición oretana de la ciudad. Posiblemente, eran tropas suficientes para contener y rechazar las bandas de saqueadores que se habían formado para devastar el territorio oretano, pero no impedirían que el descrédito recayera sobre los cartagineses, bajo cuyo amparo se encontraba Kastilo y su territorio de influencia, porque los saqueos, violencias, muertes, robos, raptos de mujeres y pillaje no iban a poder ser evitados; y esa deshonra atentaba directamente contra el honor y la majestad de Kart Hadasht, dado que parecería una potencia de segunda fila incapaz de proteger a sus aliados. Que los podría inclinar a favor de Roma.

Lo cual no era una cuestión baladí pues, bien al contrario, era de la máxima importancia habida cuenta que los cartagineses tenían ambiciosos planes de expansión hacia el interior de los ignotos territorios que se extendían hacia el norte y el oeste.

—¿Qué tal se encuentra hoy el hermano de mi esposo, el estratega[21]. Asdrúbal? —preguntó con voz cantarina Himilce, con una sonrisa radiante y el paso rápido en tanto que entraba en la estancia acompañada por un par de viejas sirvientas, que cargaban palangana, jofaina y vendas limpias.

Asdrúbal hizo un mohín extraño, de abatimiento.

—Puedes hablar con toda libertad y confianza porque estas dos sirvientas no hablan nada de griego, ni lo entienden —le aclaró Himilce expresándose en lengua helénica, al advertir la cara de honda preocupación de su cuñado.

—Físicamente estoy mejor y la pierna no me duele tanto. Mañana comenzaré a caminar.

Himilce le interrogó con la mirada mientras levantaba la venda, comprobaba que los ungüentos iban haciendo bien su trabajo y la pierna, efectivamente, presentaba un aspecto muy mejorado con la herida cicatrizando de manera muy limpia.

—Una numerosa banda de carpetanos, arévacos y olcades se está descolgando desde sus tierras, atravesando las sierras, y va a invadir Kastilo —le explicó él intentando dar un tono neutro a su voz, sin poder evitar tener una cara de preocupación que no pasó desapercibida para Himilce.

—No será para tanto. Una partida de merodeadores que viene al pillaje, como ya ha pasado otras veces, descolgándose desde la meseta, ¿no? —replicó ella lavando la herida con agua tibia, con todo cuidado, sin entender la inquietud de su cuñado, mientras una honda pesadumbre le invadía sin querer. Aunque únicamente fuera una partida más de malhechores y salteadores que sería fácilmente reducida, eso implicaba alguna alteración, y ella ahora no quería que cambiara nada. Estaba feliz. Los dos se veían todas las mañanas y pasaban ratos juntos cuando ella iba a hacerle compañía. Curaba diariamente a Asdrúbal, veía cómo mejoraba y notaba satisfactoriamente cómo acababa con su sufrimiento físico. Se rozaban tenuemente con los dedos y las manos, lo cual provocaba que se erizara hasta el cabello más ínfimo de su piel. Estaban juntos. Era como si el tiempo se parara. Tenían su pequeño mundo para ellos y se conformaba con lo que tenían… Ella no necesitaba nada más. Tan solo quería que todo siguiera tal cual. Pero la cara de Asdrúbal desgraciadamente indicaba otra cosa.

—Yo… yo cometí un error fatal…

Himilce se lo quedó mirando fijamente y una angustia interior le fue ganando de manera imparable.

—Mandé demasiadas tropas a Cartago Nova y ahora temo por tu vida y por tu integridad física… —le confesó el cartaginés sufriendo una gran zozobra, incapaz de descubrirle a ella el porqué de su anómala conducta militar—, creo que no somos suficientes cartagineses, no estoy seguro de que seamos capaces de contenerlos…

Himilce echó la cabeza para atrás. Las dos sirvientas le miraron en silencio mientras recogían los útiles sanitarios. No entendían de qué hablaban su señora y el general cartaginés, pero por sus caras y expresiones de preocupación suponían que se trataba de lo que toda la ciudad pregonaba: una incursión de gentes bárbaras del norte, de esos celtíberos que olían a cordero y sangre, solían mostrar poca clemencia, estaban ávidos de los elaborados objetos manufacturados por los iberos y se llevaban todas las mujeres que podían.

—Pero algo se podrá hacer, ¿no? —inquirió Himilce con voz angustiada—, no estará todo perdido… Vosotros sois los mejores soldados del mundo…, ¿no?

Asdrúbal no pudo contenerse. Se levantó de la cama, apoyándose en el mobiliario de la habitación, y dio dos pasos hasta su cuñada. Cuando estuvo a su lado atrajo a Himilce contra su pecho. La abrazó y así estuvo durante unos instantes ante la mirada escandalizada de las silenciosas sirvientas. Después, con voz grave, le habló para

intentar tranquilizarla.

—He mandado emisarios a Cartago Nova y en poco tiempo vendrá un ejército a rescatarnos…

La oretana suspiró algo más aliviada.

—Aquí tenemos fuertes muros, mis dos *syntágmatas* dispuestas con sus auxiliares a caballo y los guerreros de tu hermano Cerdubeles… —le anunció intentando dar a su voz un tono seguro, militar, decidido, convincente.

Himilce se relajó un poco.

—Y yo nunca dejaría que nada o nadie de este mundo te hiciera el más mínimo daño… —confesó Asdrúbal.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos. Se separaron, bajo la atenta mirada de las sirvientas, y sonrieron de manera forzada mientras Asdrúbal volvía a dejarse caer sobre la cama, y una de las silenciosas asistentas le ayudaba a colocarse en una buena posición subiendo sus piernas con presteza, y la otra se situaba junto a su señora.

Himilce enderezó el cuerpo, se despidió cortésmente de su cuñado y salió de la estancia, seguida por las dos sirvientas cargadas con los aperos para la limpieza del convaleciente.

Caminaba por un pasillo de palacio y, enseguida, se topó con Agenor, el mayordomo fenicio del palacio de su padre, ahora de su hermano Cerdubeles. Un hombre que le adoraba desde que era pequeña, quien con un movimiento sutil la apartó de las sirvientas haciéndola entrar en una pequeña sala.

—Mi querida princesita, ¿qué tal se encuentra hoy el estratega cartaginés?

—Bastante recuperado, gracias —contestó la oretana de manera seca y cortante porque no le gustaba la sonrisa del mayordomo, y era la última persona que deseaba encontrar en ese momento.

—Cómo lo celebro, mi niña —exclamó con voz afectada el mayordomo, mirando a su princesa de manera intensa y significativa—. De esta forma, Asdrúbal podrá curarse pronto y retornar a sus obligaciones como gobernador, en breve plazo de tiempo, poniéndose al frente de las mismas en Cartago Nova…

—Parece como si desearas fervientemente que mi cuñado se marche cuanto antes de Kastilo, parece como si te estorbara su presencia en palacio —replicó Himilce molesta—. Y te recuerdo que tiene una herida que necesita cuidados…

Agenor la miró con una mezcla de cariño, preocupación, protección… como una leona a sus cachorros.

—Claro que sí, mi niña… Pero para eso están los físicos y los cirujanos del ejército cartaginés…, que tienen una experiencia sobresaliente en ese tipo de lesiones… —opinó mirando a Himilce con unos ojos que lo explicaban todo.

La princesa oretana lo miró haciendo una mueca infantil.

—Mi adorada niña… Entiéndeme bien… Yo considero que una vez curado y, cuanto antes mejor, lo más conveniente para todos es que el gran Asdrúbal Barca abandone Kastilo y vuelva a Cartago Nova…

—¿Eso es lo que mi hermano Cerdubeles te ha ordenado decirme? —saltó Himilce indignada.

Agenor hizo un mohín de paciencia y cariño.

—Mi querida princesita, a tu hermano, el régulo Cerdubeles, sucesor en el trono de tu padre, el gran Orisón, únicamente le preocupa que Asdrúbal Barca se restablezca bien cuanto antes y que no se nos muera en Kastilo…

Himilce sonrió y dijo.

—Pero a ti…

El anciano mayordomo le devolvió la sonrisa.

—A mí me preocupa tu felicidad, mi adorada niñita… Yo quiero que en la vida te conduzcas de tal manera que no te expongas a peligro de clase alguna, y que nada ni nadie te haga daño…, ni a ti… ni a la personita que llevas en tu interior…

Himilce lo miró con todo el cariño del mundo. De inmediato, sus ojos se humedecieron y se llenaron de lágrimas de agradecimiento.

—No se te pasa una, viejo amigo…

El mayordomo sonrió y tomó la mano de Himilce.

—Yo no me puedo permitir ese lujo, mi querida niña… Y tú tampoco te puedes permitir determinados lujos…, digamos que relacionados con el corazón… Porque debes pensar no solo en ti…, sino también en el hijo que llevas en tu vientre, que es de tu esposo Aníbal… De quien conviene no olvidar que es un señor justo y magnánimo…, pero, a un tiempo, puede ser un hombre terrible, cruel y poderoso…

5

La boda de Aníbal Barca con Saphanbaal Jhanto fue el acontecimiento social más importante de Kart Hadasht, desde el enlace de Asdrúbal *el Bello* con Sofonisba, la hermana de aquel, acaecida años atrás en vida de Amílcar, *el León de Cartago*. La ceremonia revistió la solemnidad propia que la ocasión requería y significó para Aníbal un antes y un después.

Él nunca había sido protagonista de un ritual tan magnífico, dado que sus esponsales con Himilce fueron emotivos y hermosos pero carecieron de la grandiosidad y pompa de este enlace. En este se notaba una mano maestra, ya que había sido preparado minuciosamente por su madre Sapaníbal, por ello resultó sencillamente soberbio. El palacio de la familia ofreció un aspecto deslumbrante, las vestimentas y el arreglo personal de los invitados fue suntuoso y fascinante, los alimentos y bebidas del banquete se recordarían durante años, las orquestas de músicos, traídos desde Alejandría, fueron lo más… Y el momento en que Saphanbaal, tras ofrecer sus votos ante los sacerdotes de Melkart, se alzó levemente el velo para mostrarle su rostro de mujer casada según la Ley cartaginesa, aquella sonrisa, aquellos ojos… fue para él inolvidable. Tanto que años más tarde, en la corte de Bitinia, próxima su muerte por suicidio ante la inminente traición del rey Prusias, todavía recordó el semblante de Saphanbaal y el momento en que se alzó sutilmente el velo revelando todo lo que una mujer podía ofrecerle y proporcionarle a un varón.

Pero no todo fueron agasajos nupciales y celebraciones. Aníbal quiso aprovechar la asistencia del enviado de Antíoco III, soberano del imperio seléucida, del embajador del Egipto de Ptolomeo IV, así como el delegado del rey Filipo V de Macedonia y el legado de Hierón, el tirano de Siracusa —único reino que, tras la Primera Guerra Púnica, quedaba todavía independiente en la isla de Sicilia, un señorío que estaba rodeado por los territorios bajo dominio de Roma, antaño en poder de los cartagineses—, para mantener entrevistas con dichos representantes e intentar obtener una alianza de cara a formar un frente común contra Roma.

—Señores delegados y embajadores de los poderosos reinos e imperios hijos del gran Alejandro…, ante todo, os doy las gracias por desplazaros desde tan lejos para acudir a mis nupcias —les exponía Aníbal a los representantes de los reinos helénicos y al de Siracusa, mientras una cohorte de servidores colocaba entre ellos sillones y mesas bajas llenas de bebidas, algunas fruslerías comestibles y golosinas—, para mí es una prueba de amistad y confianza que me llena de satisfacción, orgullo y honor.

Los embajadores helénicos y macedonios le observaron con un aire de espontánea curiosidad que ocultaba a medias un detenido y pormenorizado estudio del joven dirigente cartaginés ya que, en definitiva, habían viajado hasta Cartago para espiar.

La postura de todos ellos ante Aníbal no estaba exenta de un cierto desdén condescendiente, dado que estudiaban el proceder de un joven que seguía los pasos de su fallecido padre en referencia a su intención de enfrentarse a Roma, y que se empeñaba en mantener y apoyar una institución tan poco recomendable como era la república, en lugar de coronarse rey y conducirse con la pompa y el boato de los que hacían gala sus propios señores.

—Pero para poder disfrutar de las delicias del matrimonio —continuó Aníbal provocando las sonrisas de los delegados—, es menester asegurar la paz y la estabilidad del Mediterráneo.

—Aníbal, hijo de Amílcar Barca, el Mediterráneo es un mar demasiado grande como para poder tener todas sus riberas en paz, ¿no te parece? —argumentó el representante del Egipto ptolemaico.

—Efectivamente, Asclepiodoto, el Mar Interior es grande… pero no lo suficiente como para impedir que una flota de trirremes cargada de soldados navegue presta y en pocas singladuras se presente en las costas egipcias —replicó Aníbal con un tono de voz muy contundente—, o arribe a las ensenadas de Siria… O a los puertos de Macedonia y Grecia.

—Aníbal, tú estás hablando de una gran flota como si se tratara de una amenaza… ¿Quién dispone de una armada tan poderosa de esas características, acaso Cartago? —preguntó el delegado de Antíoco.

Aníbal sonrió para sus adentros porque entendía que esos soberbios barones helénicos, que le menospreciaban por ser joven y cartaginés, estaban empezando a entrar en diálogo con él.

—Amigos, como conocéis bien, Cartago no tiene una flota semejante… pero aunque la tuviera jamás se convertiría en una amenaza para los demás reinos mediterráneos…, y si hacéis memoria recordaréis que en un pretérito no tan lejano tuvo una armada imponente, pero nunca intimidó ni atacó a ningún reino de nuestra cuenca mediterránea como consecuencia de una política exterior de expansionismo imperialista, que jamás ha llevado a cabo —les explicó en su perfecto griego Aníbal, haciendo pausas, ya que estaba intentando que se tranquilizaran para poder conducirlos adonde él deseaba.

—Alto ahí, mi querido joven —le interrumpió sarcástico el representante macedonio—, en tiempos pasados Cartago combatía en Sicilia y mantenía guerras hegemónicas contra los principados griegos de la isla y contra Massalia…

—Yo no he querido dar a entender que Cartago sea una potencia pacífica ni que desdeñe o renuncie al uso de la fuerza militar o naval, cuando la ocasión así lo requiere —intentó explicarles Aníbal—, ni estamos aquí ahora para estudiar la historia pasada con sus errores y aciertos…

—Roma tiene una escuadra poderosa, un ejército fuerte y disciplinado y una ambición imperialista sin límites —afirmó pausadamente el embajador de Siracusa, mientras Aníbal se veía invadido por una enorme satisfacción al encontrar un aliado

en las palabras de Olimpiodoro, cuando en el pasado ambas potencias habían sido enconadas rivales y habían combatido habitualmente para conseguir la hegemonía en Sicilia.

—También los romanos son, en este momento, vuestros indeseables vecinos, ¿verdad? —soltó con descaro y una sonrisa cautivadora el tal Asclepiodoto de Alejandría.

Todos los asistentes permanecieron en silencio durante unos instantes a la espera de la respuesta del siracusano, que no se hizo esperar.

—Hoy, mis dilectos colegas embajadores, Roma por cuestión bélica es vecina de Siracusa. Repito, hoy. Pero mañana lo será de Egipto…, pasado, de Macedonia…, y, finalmente, será vecina del imperio seléucida… Únicamente es cuestión de tiempo.

Los embajadores degustaron los exquisitos vinos y licores que se habían puesto a su disposición, y recapacitaban en silencio sobre el contenido de la reunión.

Al cabo de un momento, Aníbal retomó la palabra.

—Amigos, creo que Olimpiodoro ha resumido la situación de peligro futuro para nuestros reinos y gobiernos.

Los asistentes miraron a Aníbal con interés y un enorme grado de satisfacción por parte de Olimpiodoro.

—Señores, Roma es una loba insaciable. Se ha quedado con Cerdeña, Córcega y Sicilia —explicó el caudillo cartaginés—, ahora anda ocupada con los piratas ilirios, lo que significa que piensa intervenir en los asuntos de Grecia, que es solo de competencia macedonia…

Aníbal hizo una pausa antes de proseguir para que sus palabras fueran calando.

—Que a su vez es frontera con Siria y el imperio de Antíoco…

—Y desde allí, el siguiente paso será la invasión de Egipto —apuntó el de Siracusa, haciendo que Asclepiodoto diera un respingo involuntario del que se repuso al momento, y ya con mejor ánimo tomó la palabra.

—Si yo estoy entendiendo bien… nos estáis proponiendo una alianza entre nuestros gobernantes para hacer frente a una joven república de agricultores, que lucha en el occidente del Mar Interior con su ejército de campesinos para hacerse un hueco dentro de la política internacional, que mantiene su dominio sobre parte de una península, que es acosada por los pueblos galos del norte y que, por cierto, se encuentra ciertamente lejos de las cálidas playas de Alejandría… —expuso el ptolemaico con un tono irónico en su voz, aunque educado y pausado.

El representante de Antíoco aseveró haciendo movimientos de cabeza antes de decir con voz engolada y fatua:

—Las legiones romanas no son y nunca podrán ser una amenaza seria para el poderoso ejército de mi rey. Pues contamos con disciplinadas falanges de hoplitas, arqueros, caballería blindada de catafractas, elefantes…, todo el poder y la gloria de un imperio que se extiende desde Siria hasta la India…

El ánimo de Aníbal decayó ya que su plan se estaba viniendo abajo, pese a que él

tenía la certeza absoluta de que estaba en lo cierto respecto de Roma, cuyo peligro se les escapaba a esos engreídos helénicos de cortas miras, que se recreaban en un pasado glorioso y se desgastaban en guerras absurdas entre ellos que solo conseguían debilitarlos.

—Ah —remachó el sirio con ironía—, y también estamos un poco lejos de esa república de campesinos-soldados tan peligrosa…[22]

—La cuestión está clara, Aníbal —intervino Olimpiodoro de Siracusa—, no perdamos el tiempo con hermosos juegos verbales… Cartago y Siracusa sí son vecinas de Roma, sí son conscientes del poder omnímodo de esa república de campesinos y soldados, y son quienes tendrán que establecer una alianza y un tratado de defensa conjunta contra la Loba.

El ambiente entre los delegados se distendió. Bebieron. Brindaron. Desearon lo mejor a Aníbal en el plano matrimonial y comenzaron a levantarse charlando entre ellos.

Al pasar junto a él, Filotas, el embajador macedonio, se detuvo un momento y le comunicó:

—Aníbal, también puedes contar con Macedonia. Allí somos plenamente conscientes de que la expansión de Roma hacia el este es solo cuestión de tiempo. Ya los tenemos campando a sus anchas en Iliria… Y a Grecia y Macedonia también le llegará su momento. Por eso conviene tener un aliado poderoso y que esté físicamente tan próximo a la Loba, como decís vosotros, que la incomode hasta extremos impensables y Cartago reúne esas condiciones…

Aníbal asintió satisfecho.

—Amigo Filotas, yo considero que estos helenos sirios y egipcios, que observan a los romanos desde la lejanía de sus reinos, ensoberbecidos por su poder y las continuas guerras que hacen entre ellos, no son plenamente conscientes del peligro que representa Roma, cuya ambición no tiene límites, cuyo ejército de ciudadanos es magnífico y cuya falta de pereza a la hora de iniciar una guerra y de desplazarse hasta donde sea, la animará a moverse y no la detendrá jamás… Pero creo, como mal menor, que podremos contar también con Siracusa.

—Eso espero yo también. En fin, me marcho. La política y los intereses de los reinos suelen formar extrañas parejas de alcoba… —sentenció Filotas el macedonio con una sonrisa mientras se despedía.

—Amigo Filotas, ya hablaremos más despacio porque el futuro está por escribir, pero algo hay seguro, para garantizar la paz y la prosperidad de todos, es imprescindible cortarle las garras a la Loba —dijo el cartaginés a modo de adiós.

Cuando Aníbal se quedó solo en la sala, repasó los acontecimientos y las posturas de todos los asistentes y concluyó con satisfacción que por lo menos había obtenido dos aliados poderosos, habida cuenta que él nunca estuvo muy convencido de que Egipto y Siria se unieran a la causa; pero había sido positivo que les transmitiera el temor de Roma y les previniera contra la misma, ya que podrían cambiar de opinión

más adelante.

—¿Señor, me permites? —dijo una voz potente interrumpiendo sus pensamientos desde la puerta de entrada del gabinete.

Aníbal reparó en la presencia de uno de los oficiales de alta graduación de la guarnición de Cartago Nova.

—Claro, pasa, Bóstar, ¿qué sucede?

—Señor, acabo de desembarcar proveniente de Cartago Nova y hay noticias importantes.

—¡Habla, presto! —le ordenó Aníbal.

—Señor, una coalición de pueblos celtíberos de muchos centenares de guerreros está invadiendo el territorio de los oretanos y amenaza la ciudad de Kastilo.

Aníbal le miró extrañado y dijo:

—Mi hermano Asdrúbal está en Kastilo con un fuerte contingente, no tiene que haber problemas para destrozar a los asaltantes.

Bóstar se resistía a hablar y Aníbal se percató de ello.

—¿Qué pasa?… ¡Habla con libertad, vete directo al asunto, como un soldado! —vociferó el caudillo cartaginés.

—Asdrúbal envió gran parte de su ejército a Cartago Nova… Él se quedó con unos quinientos soldados más los oretanos de tu cuñado Cerdubeles…

Aníbal dio la espalda al oficial, se puso muy pálido y en su mente solo hubo sitio para un pensamiento: ¡Himilce…, Himilce estaba en peligro!

6

Las bandas de guerreros carpetanos, arévacos y olcades, comandadas por sus jefes, se reunieron en las inmediaciones de Konbouto. Tras las discusiones de rigor, pues no olvidaban que eran pueblos rivales y cada uno de ellos pretendía sacar mayor tajada que el resto, acordaron formar cinco columnas de no más de trescientos hombres cada una de ellas. Además, acordaron que penetrarían en el territorio oretano atravesando las sierras y sus pasos para converger todo, el mismo día sobre Kastilo, rodeándola con sus guerreros para que nadie se aprovechara ni tomara ventaja sobre los demás.

—Queda, pues, claro que cada uno de nosotros sacará toda la ventaja que pueda hasta llegar a Kastilo, y se ocupará de repartir lo obtenido entre los suyos sin dar cuentas a los demás —afirmó Alucio, uno de los caudillos carpetanos.

—Así haremos todos, arrasaremos y cogeremos lo que podamos hasta llegar a nuestro objetivo, y recompensaremos a los hombres bajo nuestro mando, sin dar nada al resto de los aliados… Ahora bien, considero que es imprescindible que dejemos un corredor de seguridad sin asolar… —opinó Kaukirino el arévaco.

—¿Y eso para qué? —le interrumpió extrañado Baitesir, el olcade.

—Burro… para poder volver a nuestros territorios por lugar seguro, donde no nos falte de nada, agua, refugios y comida, en lugar de huir a través de tierra quemada —le respondió Tibaste, guía de los guerreros de Kontrebia Karbika.

El olcade se enderezó y echó mano de su falcata con cara de pocos amigos.

—¡Alto ahí, guardad vuestras energías para conquistar Kastilo! —se interpuso con sensatez Kaukirino, jefe de los arévacos de Voluce—. Ese pasillo de seguridad nos es imprescindible para tener pastos, agua y comida, lugares donde acampar, y refugio si fuera preciso durante nuestra retirada.

Baitesir aceptó la explicación y se tranquilizó.

—Ya. ¿Pero dónde dejaremos ese corredor preservado para garantizar nuestra vuelta? —preguntó receloso Tirreso, líder de Konsabura, pues se temía que pudiera establecerse en la zona rica que él pensaba atacar.

Esa consulta motivó una viva reacción entre los demás jefes, porque de inmediato pensaron lo mismo que Tirreso y se sintieron agraviados. Así las cosas, las discusiones volvieron a comenzar con más virulencia a cada momento que pasaba, con cualquier proposición que hiciera uno de ellos, incluso cuando alguno se avenía a razones o se allanaba a lo propuesto por otro jefe. Todo era motivo de querella, ofensa y recelo.

Kaukirino, el jefe arévaco, cansado de todo aquello, dejó de litigar y permaneció en silencio durante unos momentos, mientras el resto de los jefes seguía la disputa con más encono si ello era posible. Observaba preocupado el comportamiento de los

demás y llegaba a la triste conclusión de que era muy difícil llegar a pactos con los carpetanos, los olcades, los arévacos… Recapacitó sintiendo que todos ellos eran gentes muy independientes, muy individualistas y con un sentido muy escaso de la solidaridad y la unión entre ellos. Entonces, fue consciente de que cualquier potencia extranjera organizada y avanzada que contara con un poderoso ejército, bien fuera la lejana Roma, de la que había oído hablar tanto, o los poderosos cartagineses, que ya dominaban un gran territorio y eran vecinos de los pueblos celtíberos, no tendrían demasiadas dificultades para someter a los habitantes de estas tierras, celtas o iberos, únicamente llevando a cabo una política de aislamiento y desunión para poder atacar aislados con todo su poder militar a cada pueblo o etnia de uno en uno; y todos inexorablemente, antes o después, terminarían siendo vasallos de los cartagineses o de esos misteriosos romanos a los que todavía no conocía pero de los que hablaban maravillas, en el ámbito militar, los mercenarios griegos que pululaban por las tierras de Iberia, así como los que habían combatido contra ellos en las guerras por la dominación de la isla de Sicilia.

—Que los dioses nos sean propicios —soltó con fuerte voz al cabo de un rato—, porque en verdad que vamos a precisar de su concurso si queremos llevar a cabo la expedición contra los oretanos de Kastilo, ya que cuantos aquí se hallan querellando parecen incapaces de ponerse en razón y llegar a un acuerdo para enriquecernos todos con el saqueo de los sureños.

Al oír sus palabras, los caudillos guerreros que andaban pugnando entre ellos se fueron callando.

Cuando el silencio se hizo entre ellos, Kaukirino volvió a tomar la palabra.

—Escuchadme bien. Una fuerza tan considerable como la nuestra, a la que a buen seguro se unirán más guerreros, no pasará desapercibida durante mucho tiempo. Los cartagineses reaccionarán con prontitud y enviarán soldados a Kastilo. Vamos a atacar cuanto antes, aprovechando la debilidad de la actual guarnición cartaginesa.

—¿Por qué el hermano de Aníbal se quedó con tan pocas tropas para defender la ciudad? —preguntó uno de los carpetanos, a quien sus espías habían informado también de la marcha del grueso del ejército cartaginés.

—Porque es un general deficiente y al estar herido se le nubló la visión militar y táctica del asunto —opinó Baitesir, el olcade, arrancando risas despectivas de los allí congregados.

—Yo creo que lo que le nubla la vista es su cuñada, la esposa de Aníbal, una ibera muy bella y rotunda —les explicó Kaukirino con voz profunda y serena—. Gente de dentro del palacio real me ha informado de que pasan mucho tiempo juntos, casi a solas, que él está como en una nube y que Himilce, que así se llama esa mujer, canturrea y se la ve muy feliz y más guapa que nunca, pese a tener que aguantar a ese triste de Cerdubeles, que es su hermano.

—Entonces, supongo que al pobre Aníbal Barca no le entrará bien el casco de combate… —bromeó Tibaste—. Lo digo por los cuernos.

Las risotadas de los aliados celtíberos fueron estruendosas y se acrecentaron, aún más, cuando el jefe carpetano que había soltado el hiriente comentario se llevó las manos a la cabeza, y colocó los dos dedos índices a manera de cuernos de toro.

—Ni todo el poder político y militar del mundo puede evitar que una esposa corone a su esposo si ella quiere —sentenció el receloso Tirreso—, sobre todo si está fuera de su ciudad fortificada.

Las risas de un momento antes se tornaron en silencio reflexivo, roto una vez más por el juicioso Kaukirino.

—Nosotros no somos como los meridionales, ni nuestras costumbres son tan decadentes, ni nuestras mujeres, tan ligeras e indecentes —les exhortó con voz firme y convincente—. Que Aníbal se preocupe de sus cuernos, que nosotros debemos preocuparnos por hacernos con un buen botín oretano.

Todos los asistentes sonrieron satisfechos mientras Kaukirino se ponía de cuclillas y con un palo trazaba sobre la arena un mapa simple y claro.

—Lo más sensato es dejar el corredor de vuelta en línea recta tomando Kastilo como punto de salida —comenzó a explicar, trazando un par de líneas en el suelo que partían desde un dibujo que parecía una cadena de montañas, hasta otro similar a una ciudad fortificada—. Subiremos por el mismo y atravesaremos las sierras por el desfiladero donde despeñan a los perros. Eso significa que al invadir las tierras oretanas, tenemos que dejar toda esta zona libre, y respetar esta otra porque es la de Baikor y sus territorios; ciudad que no conviene ofender.

—Dibuja el río porque Kastilo tiene uno bastante ancho y caudaloso y cuenta con un puerto y todo —apuntó infantilmente uno de los carpetanos, con la aprobación igual de pueril del resto.

Kaukirino puso los ojos en blanco. No obstante, se armó de paciencia, accedió y procedió a trazar sobre la arena una sinuosa línea.

—El río… ¿dibujo también los barcos? —preguntó con sarcasmo.

—No, no, no hace falta, tampoco hay que ser tan detallista —aceptó el carpetano que propuso el dibujo del río—, con este croquis todos nos entendemos.

—Entonces, cuando sea luna llena de nuevo, dentro de diez días, nos vemos en el valle que hay detrás de Kastilo y, una vez allí, planificamos el asalto —ordenó Kaukirino, que se había convertido de manera espontánea en el líder del grupo—. El que no esté allí se perderá el asalto porque no vamos a esperar a nadie, y se quedará sin su parte del botín.

Hubo algunos murmullos que disentían, que fueron zanjados de nuevo por el arévaco.

—Todos estamos a la misma distancia. Todos tardamos lo mismo en llegar. El que se entretenga saqueando otras zonas más de la cuenta… se quedará sin la plata de Kastilo… o de los cartagineses…

Los jefes le miraron interesados y extrañados.

—¿Los cartagineses nos van a dar plata a nosotros por atacar Kastilo o por

retirarnos de sus murallas? —inquirió intrigado uno de ellos.

Kaukirino sonrió con cara enigmática y aguardó un poco antes de responder para alargar el misterio.

—Mientras vosotros os preocupabais por los cuernos de Aníbal, yo pensaba en su esposa.

—Te gusta la princesa oretana, ¿verdad?

Kaukirino respiró hondo y como si no hubiera oído aquella sandez, y continuó su parlamento.

—Si la raptamos y pedimos un rescate razonable pero contundente, el gobernador cartaginés no tendrá más remedio que satisfacerlo para recuperarla sana y salva…

—Incluso podría pagarlo el otro hermano si está más interesado.

Todos los jefes guerreros soltaron la carcajada ante la ocurrencia de uno de ellos. Se pusieron de acuerdo, se repartieron más o menos las zonas por las que pensaban transitar desde la Meseta hasta la tierra de los oretanos, y se despidieron emprendiendo la marcha.

—Recordadlo. No esperaremos a nadie. Atacaremos sin los guerreros y sus jefes que no estén en el valle acordado, en la fecha señalada.

Como el rayo y el fuego, las partidas de guerreros carpetanos, arévacos y olcades cayeron sobre los desprevenidos habitantes de una parte importante de la Oretania y llevaron la desolación a ese territorio bajo jurisdicción de Kastilo, así como a las plazas y castros aliados de aquella ciudad; cuidándose mucho, en principio, de no importunar a los pobladores de Baikor y otros pueblos fortificados oretanos a los que convenía no atacar, para no provocar una alianza entre los distintos castros y ciudades fortificadas pertenecientes a esa etnia, lo cual no evitó que cayeran también sobre aquellas alquerías, aldeas y pequeños pueblos débilmente fortificados en busca de botín y mujeres.

La táctica fue la habitual. Esconderse de noche en algún bosquecillo y esperar hasta que llegaba la mañana y los guardianes abrían las puertas de la ciudadela en cuestión. Enseguida, la turba de guerreros entraba dando fuertes voces y alaridos y comenzaba a matar y saquear a su antojo. De esta manera, sacos de trigo, cántaros de vino, aceite y miel, caza macerada y la plata que pudieran tener pasaba a manos de los asaltantes, junto con algunas mujeres del poblado, pues siempre había escasez de mujeres jóvenes entre los carpetanos, dejando detrás los muertos de ambos bandos, la posible hambre para el invierno entre los asaltados y la sensación de estos de haberse dejado sorprender por los celtíberos del norte.

En otros casos, si se había dado la voz de alarma, se cercaba el poblado y se asaltaba por los guerreros de manera más metódica, aunque se hubiera perdido el factor sorpresa. Si el empuje y el coraje de los asaltantes era suficiente, o los hombres que defendían la fortificación —generalmente un muro de tierra apisonada de dos metros coronado por una empalizada de madera de un metro que rodeaba la población— no estaban bien armados o no eran suficientemente duchos en el manejo

de las armas, el resultado era el esperado. Se saltaban las empalizadas, se luchaba en el interior de la población y, al final, se derrotaba a los defensores, se obtenía el botín acostumbrado y a otra cosa.

Lo que no se hacía era incendiar los poblados asaltados para evitar que el humo alertara a las posibles víctimas a las que todavía no habían visitado. Y si el castro ofrecía una resistencia enconada, porque contara con un muro de piedra rematado por la habitual empalizada de madera, o sus guerreros fueran buenos defensivamente, porque hubieran luchado como mercenarios en algún ejército cartaginés o griego, lo normal era levantar el asedio y dirigirse con ligereza al siguiente objetivo.

7

—¿Cómo que dejas Kart Hadasht y te marchas a Isphanya? —preguntó hecha una furia Sapaníbal a su hijo, al tiempo que accedía al gabinete donde este se encontraba estudiando unos informes.

Aníbal levantó la mirada de los documentos que estudiaba y observó perplejo a su madre. Se preguntaba cómo lo sabía ella si era una decisión que había tomado hacía bien poco, y únicamente era conocida por dos hombres de su entera confianza, dos compañeros de armas cuya discreción era tan sobresaliente que cualquiera de ellos se habría dejado matar antes que revelar cualquier detalle.

—Tú no puedes agraviar de esta manera a tu esposa… Tenéis que pasar juntos unos días de esponsales, consumar el matrimonio, hacer vida marital… —le enumeraba Sapaníbal como si fuera una casamentera—. Desde que se celebró la boda, casi no has pasado tiempo con tu esposa, no has dormido con ella, apenas si le has dedicado algo de tiempo… No podemos ofender de esta manera a la familia Jhanto.

Aníbal miró a su madre. Asombrado. Admirado. Él tenía un magnífico servicio de información y espionaje que le mantenía al corriente de cuanto ocurría, pero lo de su madre era impresionante, iba más allá de todo lo imaginable. Nada que ocurriera y le interesara a ella se escapaba a su conocimiento y control.

—¿Cómo sabes lo de mi marcha a Isphanya?

Sapaníbal sonrió con encanto a su hijo e hizo un ademán de suficiencia.

—Entonces, ya que lo sabes todo —prosiguió Aníbal—, también sabrás que una invasión importante de bárbaros coaligados desciende desde más allá de la tierra de los oretanos y amenaza con asaltar Kastilo, donde está mi hermano con una guarnición exigua…

—Kastilo, un pueblucho bien amurallado y defendible donde, efectivamente, está tu hermano Asdrúbal, por quien no temes en absoluto porque estás convencido de que es un gran soldado y solventará el asunto…, ah, pero allí también está tu concubina ibera… Himilce, ¿no?

Aníbal permaneció en silencio durante unos instantes. Notaba cómo una cólera furiosa le iba invadiendo. Apretó los puños y los dientes para calmarse.

—Seamos sinceros —continuaba su madre—, Asdrúbal es un buen general que cuenta con soldados cartagineses en número suficiente como para contener y repeler a unas bandas de guerreros desarrapados, indisciplinados y piojosos, mientras llegan tropas de socorro desde Cartago Nova…

Aníbal se revolvió todavía más incómodo y furioso en su asiento, pero permaneció callado.

—Tropas que, por cierto, ya están en camino…

Ahora sí que el caudillo cartaginés se quedó verdaderamente sorprendido. Su madre estaba al tanto de las maniobras de los invasores celtíberos y, lo que era más asombroso todavía, conocía los movimientos de las tropas cartaginesas. Suspiró profundamente y le dio las gracias a Melkart el Santo, mentalmente, por crear a su madre cartaginesa en lugar de haberla hecho cónsul romano.

—Tú todas estas cosas no deberías saberlas, querida madre.

Sapaníbal le observó con cariño y suficiencia, como cuando era un niño allá en la lejana Iboshim,[23] y su marido Amílcar era el gobernador de aquellas islas situadas enfrente de las costas de Isphanya, tras la primera guerra contra Roma.

—Mi querido primogénito… —le explicó con un tono muy cariñoso en la voz—, yo tengo que saber todo aquello que afecte a la vida de cada uno de mis hijos, sea positivo o negativo, para poder auxiliarles en el supuesto de que ellos lo precisen.

—Mi querida madre, estamos hablando de razones de Estado que requieren imperiosamente mi presencia en nuestras posesiones del norte.

Sapaníbal le dirigió una mirada burlona.

—Mi adorado Aníbal… Estamos ante una de tantas expediciones de rapiña protagonizada por una pandilla de zarrapastrosos iberos del norte…

—Celtíberos —interrumpió Aníbal, que era muy puntilloso y le gustaba la precisión en todo.

—Esos mismos —reconoció su madre sonriendo, mientras pensaba que su hijo ya empezaba a razonar sobre la ausencia de un peligro real para los dominios de Kart Hadasht—, a los que tu hermano y los refuerzos pondrán a la fuga en pocos días.

Aníbal resopló derrotado.

—Hijo mío. Tú debes cumplimentar a tu esposa como se merece. Halagar a su poderosa familia. Tienes que dejarte ver en los ambientes y salones más influyentes de nuestra ciudad. Aprovechar para hacer unas buenas relaciones públicas, que buena falta te hacen. Contrarrestar la influencia de Hannón *el Grande* y los suyos en el Senado, frecuentando la Asamblea Popular… —enumeró Sapaníbal—. Fíjate tú si eso son razones de Estado, de verdad, y los quehaceres, obligaciones y beneficios que su atención con todo celo conlleva.

Aníbal, desarmado una vez más por la lógica aplastante de su madre, por su experiencia y por la información que manejaba como nadie, se mesaba la negra y rizada barba en silencio. Estaba muy enfadado consigo mismo. Ella siempre conseguía llevar las discusiones y negociaciones, mediante maniobras envolventes como la caballería númida, hasta un territorio que ella dominaba, en el que era imposible ganar. Su madre siempre se salía con la suya.

Además, mantenía un gran debate interior. Por un lado, deseaba fervientemente convivir con Saphanbaal, gozar de su presencia y su persona, disfrutar de su compañía, hacer uso del matrimonio cuando la noche llegara y la luna, cual mensajera de la diosa Tanit, iluminara los aposentos destinados al matrimonio dentro

del palacio de los Bárquidas. También era consciente de que sería muy ventajoso estrechar lazos de amistad y conveniencia con la alta sociedad púnica, neutralizar el poder de Hannón y sus partidarios, una oligarquía de mercaderes y comerciantes que manejaban la República cartaginesa desde sus escaños, únicamente en beneficio propio. Para ello, debía trabajar con los sectores influyentes de la sociedad cartaginesa, con los gremios de artesanos, tenía que mantener contactos y establecer lazos sólidos con los miembros de la Asamblea Popular. Todo lo que su madre apuntaba.

Se daba perfecta cuenta de que era un extraño en Kart Hadasht porque apenas había pasado tiempo en la ciudad. Casi toda su vida había transcurrido en Iboshim, en Isphanya, al lado de su padre Amílcar, junto a su cuñado Asdrúbal *el Bello*, donde había guerreado, había vivido, se había hecho un hombre adulto y también había sufrido. Y era evidente que si ahora quería llevar cabo los planes del León de Cartago contra Roma, en nombre de Nueva Ciudad,[24] necesitaba el apoyo de todos los sectores de la República, habida cuenta que en el Senado iba a tener una más que enconada resistencia por parte de una oligarquía acostumbrada a mandar.

Pero por otro lado, su corazón y su alma pugnaban contra su cabeza, que, a su vez, le daba la razón a su madre, y deseaban con todo anhelo saltar a una pentera veloz y marinera, navegar presto hasta Cartago Nova, ponerse al frente de un ejército de salvación y liberar el cerco de Kastilo, salvando a su esposa Himilce. Con todo, una pregunta le martilleaba el cerebro: por qué su prudente y capaz hermano, un gran militar, experimentado, valiente y capaz, que era un excelente general, había cometido esa torpeza militar tan inexplicable…

Tal y como había previsto Sapaníbal, su hijo permaneció en Kart Hadasht, asistió a cenas y reuniones con los partidarios de su difunto esposo Amílcar, estrechó lazos con los seguidores del partido de los Bárquidas, mantuvo contactos con los miembros más importantes de la Asamblea Popular —un órgano institucional que iba tomando cada vez más importancia en Kart Hadasht, por cuanto representaba a los ciudadanos que no pertenecían a la poderosa oligarquía aristocrática de los mercaderes, que imponía su ley desde tiempo inmemorial—. Además, se reunió con los oficiales de alto rango del ejército, que no estaban bajo dominio del Senado, y pudo conocer una vez más el estado lamentable del mismo y el abandono relativo al que estaba sometido. Y dedicó tiempo a su esposa Saphanbaal.

—Esposa mía, me alegro mucho de que la casamentera hiciera su trabajo de manera tan adecuada y de que nuestras familias consintieran en nuestra unión —le iba confesando galantemente Aníbal a su mujer, mientras daban un paseo por los jardines del palacio de los Bárquidas cogidos del brazo.

Ella sonrió de manera recatada y bajó la mirada.

—La verdad es que no ha habido tiempo para el cortejo y también es cierto que apenas nos conocemos —prosiguió el caudillo cartaginés con voz emocionada—, pero yo te prometo que seré un buen esposo. Saphanbaal, yo te protegeré, te cuidaré,

velaré por tu bienestar, no te faltará nada ni a ti ni a nuestros hijos, y todos os respetarán.

Ella le sonrió de manera dulce y respondió.

—Y yo no lo dudo, esposo mío. Estoy plenamente convencida de que cumplirás todas tus promesas nupciales dado que te considero un hombre sincero y noble… Pero como eres un gobernante poderoso… —comenzó a pedirle haciendo pausas al hablar—, te rogaría que no descuidaras tu afecto hacia mí…

Aníbal se quedó sorprendido ante semejante ruego.

—Esposo mío, aunque los matrimonios entre las personas de nuestra posición social y nuestras obligaciones suelen acordarse mediante pactos y contratos nupciales, que encuentran su base en los intereses, los beneficios y las finalidades que cada una de las familias de los contrayentes ha establecido… —prosiguió Saphanbaal con un tono de voz tierno y fascinador—, opino que dado que los esposos pasan bastante tiempo juntos, que van a tener la mayor de las intimidades posibles, que deberán ser portadores de la mayor confianza que pueda existir entre varón y mujer…, tiene que nacer y crecer un amor mutuo que será lo que les una verdaderamente a lo largo de su vida en común.

Aníbal, que nunca había oído hablar de esta manera a una mujer, se conmovió. Se soltó del brazo con delicadeza, dio un paso más largo, se colocó delante de ella, la abrazó intentando transmitirle algo parecido a la ternura y la besó en la boca con pasión.

—Mi querida esposa, no me requieras como una súplica imposible un sentimiento que ya sale de mí, de manera espontánea y directa. Pues para mí amarte es algo tan natural como respirar, tan fácil como desenfundar una espada, tan habitual como querer lo mejor para Kart Hadasht… —le confesó con voz ronca, poseído por la pasión creciente que comenzaba a sentir hacia ella—, porque desde que te conocí en casa de tus padres, cuando realizamos la solemne ceremonia de la petición de tu mano, ya comencé a amarte.

Saphanbaal se abrazó a su marido, apretó su cuerpo contra el de él y así se quedó, sin prisas, como si no existiera el tiempo, como si este se hubiera parado. Aníbal quedó envuelto en esa ola de sentimientos sensuales, estaba hechizado y, por un momento, se olvidó de Isphanya, de las tareas de gobierno, de Kart Hadasht, de Roma… y hasta de Himilce. Pues únicamente pensaba en llevar a su esposa hasta el tálamo nupcial y engendrarle un hijo.

8

Asdrúbal Barca, preocupado pero en perfecto estado de alerta y decidido ante lo que había que hacer, estaba acompañado por Giscón, su segundo en el mando, y se asomaba desde una de las almenas de una torre de la muralla de Kastilo que rodeaba la ciudad. La fortificación, como casi todas las que habían edificado iberos, celtas y celtíberos, en la península Ibérica, era de una gran calidad defensiva y estaba muy bien construida. Contaba con cuatro metros de altura de sillares de piedra bien encajados y unidos en muchos puntos con una argamasa consistente y de buena factura, y se encontraba rematada, a tramos, por una sólida empalizada de troncos de madera de pino afilados y endurecidos al fuego, así como con almenas de piedra en otras zonas más expuestas. En conjunto, era un magnífico muro defensivo como correspondía a una ciudad ibera tan importante como aquella.

Asdrúbal y Giscón miraban en lontananza a los guerreros celtíberos que habían estado saqueando la Oretania durante días, ya que por fin habían aparecido y lo habían hecho surgiendo desde el valle que estaba situado tras unas colinas, que ocultaban el mismo, y les había impedido su visión desde la ciudad. No obstante, los exploradores cartagineses los habían detectado y, rápidamente, habían dado la señal de alarma a sus superiores lo cual posibilitó que estos enviaran de inmediato varios correos a caballo a Cartago Nova, solicitando refuerzos. Ahora, cerca de mil seiscientos guerreros arévacos, carpetanos y olcades, a los que se habían unido numerosos guerreros de la vecina y rival ciudad de Baikor se aproximaban ruidosamente acompañados por gran número de caballos y mulos, carros repletos de sacos llenos del botín que habían conseguido, además de una larga cuerda de prisioneros entre los que destacaban bastantes mujeres.

—¿Qué te parece? —le preguntó el Bárquida a su acompañante.

Este observó en derredor con mirada profesional, evaluó la situación y emitió un comentario.

—Estoy convencido de que podremos resistir hasta que llegue la caballería de Mahárbal desde Cartago Nova, pero tendremos que efectuar un par de salidas con las dos *syntágmatas* y los jinetes que tenemos disponibles.

—Bien pensado, así les causaremos muchas bajas antes de que puedan realizar el cerco de la ciudad e intenten asaltar los muros.

—Exactamente —confirmó Giscón, que era parco en palabras.

—La muralla del puerto fluvial es alta y fuerte, toda de piedra, y cuenta con un recio portón de madera de sabina tachonado con clavos de hierro[25] —prosiguió Asdrúbal—, estoy convencido de que esa zona la defenderemos adecuadamente con

pocos hombres porque el río es una defensa natural que nos beneficia, y el muelle del puerto que discurre hasta el portón de entrada es estrecho y no permite atacar a muchos guerreros a un tiempo.

—Sí, pero tendremos que abandonar la gran cadena que cierra el río y los dos fortines de defensa desde donde se sube y se baja la misma, que hay a cada lado del río, porque son indefendibles —opinó Giscón.

—Estoy de acuerdo, si los celtíberos suben por el río es cosa suya y si hay paisanos de Kastilo que quieren huir en barca, río abajo, no es problema que afecte a la defensa. Después de un par de salidas de las dos compañías de nuestra falange y sus jinetes, que a buen seguro causarán gran mortandad entre los celtíberos, nos replegaremos y defenderemos la población desde posiciones seguras y fáciles para repeler los ataques —resolvió Asdrúbal con toda decisión—. Vamos a ver al resto de los oficiales, tenemos que pasar lista, evaluar los riesgos, contabilizar nuestro armamento, el agua que tenemos en las cisternas de la ciudad, los alimentos de los silos y los medicamentos con los que contamos…

Desde la torre accedieron a la muralla deslizándose hacia abajo por una escala de madera, acción que a Asdrúbal le hizo sufrir intensamente porque su herida, causada por el lanzamiento certero de un *soliferrum*[26] en la emboscada de los carpetanos, aunque magníficamente curada por el físico del ejército y muy mejorada, gracias a los cuidados de Himilce, estaba cicatrizando muy bien pero todavía dolía mucho al forzar la pierna y la cicatriz tiraba bastante. A continuación, comenzaron a bajar la escalera de piedra que bajaba desde la muralla y llegaba hasta la calle. Al pie de la misma se encontraron con Cerdubeles, el régulo oretano de Kastilo, que les esperaba rodeado por varios de sus oficiales.

—Salud, gran Asdrúbal, veo que tu tremenda herida no te impide escalar hasta lo más alto de la muralla. Eso demuestra que eres un gran soldado y que no te impide cumplir con tus obligaciones como el gran gobernador púnico, aliado de los oretanos, que eres, enorgulleciendo a todos por tenerte y contar con tu sabia y capaz dirección militar —le cumplimentó el régulo ibero con un afán exageradamente halagador.

—Gracias, Cerdubeles, régulo de Kastilo y los oretanos, eres muy amable y generoso. La verdad es que la pierna me duele terriblemente pero hay que sobreponerse —le confesó Asdrúbal, que cojeaba ostensiblemente, en tanto que comenzaba a caminar despacio con la ayuda de un bastón, para localizar un lugar donde sentarse un momento y descansar.

Cerdubeles hizo una reverencia cortés y le pasó su hombro por debajo de la axila para que se pudiera apoyar en él, y caminara algo mejor.

—Me congratula enormemente tu presencia junto a la muralla —hablaba Asdrúbal resoplando por el esfuerzo—, ya que tenemos que organizar las defensas, preparar el plan de combate, organizar a los civiles…

—Gobernador, ¿no sería preferible que unos hombres te llevaran en una litera o en una silla de mano? —le interrumpió Cerdubeles claramente interesado.

—No, no, de eso nada… —rechazó categórico el Bárquida—. Los soldados deben verme al frente de ellos, herido pero con autonomía suficiente como para moverme y mandar. Ellos deben tener la sensación de que su general está en plenas facultades físicas y mentales…

—Pero te veo sufrir mucho por culpa de esa dichosa pierna —insistió el régulo oretano.

—Agradezco tu preocupación, rey Cerdubeles, pero mi padre nos enseñó a mis hermanos y a mí que hay que ser duro, no ceder ante el dolor, ni el miedo, ni circunstancia alguna… Un general de Kart Hadasht debe comportarse siempre como nos enseñó Jantipo el espartano,[27] del que Amílcar Barca fue discípulo y seguidor, y en consecuencia debe estar siempre al frente de sus soldados, dando ejemplo, salvo que la muerte se lo impida. Imagina tú el efecto que produciría entre la tropa ver a su comandante acomodado en una silla de mano como una mujer, o un afeminado general persa, cuando muchos de ellos están heridos de más o menos gravedad y combatiendo por sus vidas.

Cerdubeles asintió en silencio sin llegar a descifrar muy bien las claves de la postura del general cartaginés. Él, al contrario que Asdrúbal, entendía que los dirigentes debían aprovecharse de todo aquello que estuviera a su disposición, les fuera favorable y les hiciera la vida más cómoda porque eso era lo natural y lo que habían dispuesto los dioses para los humanos. Algo que siempre había sido así desde la noche de los tiempos. Eso de sacrificarse para dar ejemplo a sus subalternos le parecía algo extraño y, a la vez, peligroso. De esa manera se perdía el respeto de los inferiores dado que estos no tendrían miedo, que era el mejor aliado de todo gobernante. El miedo y la falta de información eran las armas que mantenían sumiso al pueblo. Ese pueblo que estaba para servirle, para realizar todos sus deseos, para trabajar duramente en su beneficio, para sacrificar su vida si llegaba el caso, que para eso era él su caudillo. Ese pensamiento tan extraño de dar ejemplo a los inferiores a costa del propio dolor era tan absurdo y poco natural como pensar que había que dar ejemplo con las riquezas. Él era el rey de los oretanos y le pertenecían los tesoros, cuanto más pudiera acrecentarlos mejor para él, cuanto mejor pudiera vivir él gracias a su plata y a sus monedas, que lo compraban todo, más excelente sería todo para él. En consecuencia, él, que era el rey, cómo se iba a poner a distribuir su oro, su plata, sus monedas, las joyas, el trigo, el aceite… entre sus inferiores para dar ejemplo, ¿ejemplo de qué, de que era un gran idiota? Ese ideal era algo antinatural, ese proceder atentaba contra las costumbres, las tradiciones y el orden establecido. El pueblo debía sacrificarse en beneficio de su rey, ya que si tuviera un bienestar excesivo y estuviera acomodado se volvería holgazán y dejaría de servirlo… por eso sus agentes y sus oficiales se encargaban de apretar bien a los inferiores.

Poco después, se reunieron con el resto de los oficiales cartagineses y los que estaban bajo el mando de Cerdubeles, en el salón del trono de este.

—Señores, la situación es complicada aunque no es crítica —empezó diciendo

Asdrúbal, sentado en una silla alta delante de una enorme mesa en la que se desplegaba un rudimentario mapa de Kastilo y sus alrededores, mientras un sentimiento de culpabilidad le corroía, una vez más, dado que volvía a sentir el látigo del remordimiento y el arrepentimiento. Se torturaba internamente porque se juzgaba y se hallaba culpable de una conducta inaceptable en un general cartaginés que seguía las directrices de Jantipo y de su padre Amílcar. Como consecuencia de su imperdonable error, motivado por la pasión insana que sentía por la esposa de su hermano, iba a morir, a buen seguro, un buen número de excelentes soldados sin necesidad alguna. Únicamente porque él no había actuado como correspondía a un general de Kart Hadasht, hijo del León y hermano de Aníbal, y sí como un amante sarnoso.

Los allí congregados escuchaban con toda atención las palabras de su general, pues era un hombre recto al que admiraban y apreciaban. A lo largo de los años, el hijo y ahora hermano del comandante en jefe supremo de Kart Hadasht les había demostrado sobradamente su valía, luchando hombro con hombro junto a ellos y sus soldados. Era un oficial al mando que había comido y bebido lo mismo que todos sin privilegios, pasando hambre cuando había tocado. Que había arrostrado todo tipo de peligros, sacrificios y privaciones durante las campañas que había dirigido en Isphanya su padre Amílcar, sin una queja, ni un paso atrás. Y, sobre todo, nunca había tomado decisiones tácticas que pusieran en peligro a los soldados que estaban bajo su mando.

—Kastilo es una plaza fuerte con unas buenas defensas amuralladas. Contamos con una guarnición aguerrida a las órdenes del rey Cerdubeles, entre los que se encuentran mercenarios turdetanos y lusitanos —les fue explicando el Bárquida con voz firme sobreponiéndose a sus fantasmas interiores—, y las fuerzas cartaginesas acantonadas para ayudar a mantener la paz con los pueblos rivales están suficientemente preparadas. La ayuda exterior desde Cartago Nova ya está en camino y en unos pocos días llegará hasta aquí.

Todos los oficiales y el rey Cerdubeles asintieron complacidos.

—Vamos a colocar a los turdetanos vigilando el muro que da al puerto fluvial. Los lusitanos y oretanos patrullarán y defenderán los muros que dan al río y parte de la empalizada que se eleva frente a las colinas. Los soldados cartagineses nos apostaremos en el muro principal y la muralla del este, para proteger y defender las torres y la puerta principal. —Mientras distribuía idealmente a las fuerzas defensivas de la ciudad, señalaba con un pequeño bastón de mando las posiciones en el mapa, bajo la atenta mirada de todos—. Esta distribución se irá variando según las necesidades del servicio y las circunstancias bélicas, propiamente dichas, y para que los espías tengan trabajo y no se vuelvan holgazanes, acomodándose sin trabajar —explicó con ironía, comentario que arrancó las risas de todos los asistentes—. Respecto de esos solo una orden. Cuando se les coja se les colgará de los pies desde lo alto de las murallas, para que los vean bien sus pagadores, y allí estarán hasta que

mueran.

De nuevo las risas de confianza de sus oficiales le devolvieron a Asdrúbal una parte íntegra de sí mismo y se sintió mucho mejor. A propósito no había comentado en la reunión de oficiales su idea de efectuar un par de salidas por miedo a los espías, ya que deseaba que se tratara de algo inesperado para los celtíberos atacantes, y aprovechar al máximo el factor sorpresa.

—Por último, a los guerreros y soldados bajo nuestro mando que se les sorprenda dedicados a labores de saqueo o pillaje, o violencias contra la población de Kastilo, o que intenten desertar, se les dará el mismo trato que a los espías. Advertidlo bien entre los hombres a vuestras órdenes.

Un poco más tarde, la asamblea de oficiales se disolvió y ya casi anocheciendo Asdrúbal volvió a sus habitaciones. Estaba muy cansado. La pierna le dolía terriblemente y únicamente quería reposar y recuperar fuerzas. La cabeza, afortunadamente, le daba un respiro y ya solo pensaba como la de un militar profesional, y se abstraía ideando la defensa de Kastilo y la manera de perder el menor número posible de soldados.

Los sirvientes le habían dejado solo y en reposo con las contraventanas cerradas. En la penumbra, el abundante vino ingerido con las medicinas le estaban produciendo una somnolencia muy placentera que tiraba de su consciencia hacia un mundo de descanso y olvido, que él precisaba urgentemente. De repente, la puerta se abrió con sumo cuidado, sin ruido apenas, y una sombra humana se deslizó al interior de la habitación. Asdrúbal, luchando contra la modorra que le iba ganando, se puso alerta, tenso. De inmediato buscó y encontró debajo de la almohada su espada corta de combate, y se preparó para lo peor mientras la sombra se acercaba sigilosamente hacia su cama.

9

Asdrúbal se incorporó ligeramente en su cama, sin hacer apenas ruido y prestó toda su atención a la figura que se había introducido en su aposento. En la penumbra observó que era poco corpulenta, que se envolvía en una capa y una vestimenta más bien pobres. Se tensionó aún más, pues era de esperar que los asaltantes celtíberos hubieran sobornado y ordenado a algún siervo joven o a una criada que lo asesinara mientras dormía.

La sombra se acercó aún más y Asdrúbal se lamentó interiormente por no encontrarse en plenitud física por su pierna herida. No obstante lo cual, reaccionó como el soldado profesional y bien entrenado que era, y comenzó a prepararse para detener el golpe y contraatacar. Para ello, colocó adecuadamente su cuerpo y se apoyó sobre el codo izquierdo para poder tener libertad de movimientos con la mano derecha, que es la que empuñaba la ibérica y magnífica espada corta de combate que los ejércitos púnicos de los dominios de Isphanya estaban adoptando, al comprobar el extraordinario resultado que producía en la lucha cuerpo a cuerpo, pues no estaba diseñada para tirar tajos y dar mandobles que cortaran, sino para pinchar agresivamente constituyéndose en una de las armas más sobresaliente de la panoplia de los guerreros iberos.[28]

Unos instantes más tarde, la amenazadora silueta se situó justo delante de la cama. Asdrúbal reaccionó con rapidez. Notó que se trataba de una persona poco robusta y dedujo que sería una sirvienta que no tendría mucha fuerza. Por ello, se incorporó sobre el codo con un pequeño salto, cogió raudo de la cintura a su agresor con el brazo y lo atrajo hacia la cama, tumbándolo sin miramientos mientras le colocaba la *gladius* sobre la garganta.

—¡Presto, miserable, dime quién te manda para asesinarme! —le espetó a la cara hablando entre dientes para no alertar al palacio, mientras la misteriosa figura le ponía una mano sobre la boca.

—Asdrúbal, silencio, calla la boca, por nuestra vida, que soy yo —le contestó una voz harto conocida para él.

El cartaginés, sorprendido, alzó la capucha de la persona que así le había hablado y le permitió que se incorporara.

—¡Bendita Sangre de Baal! Eres tú, Himilce… —exclamó con voz queda en tanto que se fijaba mejor en la figura que se escondía bajo los ropajes de sirvienta, y veía cómo resplandecía el rostro de su cuñada en la oscuridad de la estancia—, ¿te ha visto alguien entrar sola en mi habitación?

—No, estate tranquilo —respondió ella de manera categórica entre susurros—.

Conozco cada palmo de este palacio y este disfraz de sirvienta me ha servido para pasar desapercibida.

—Si te descubrieran aquí, a solas conmigo, sería un escándalo mayúsculo y no podríamos explicarlo… —balbuceó él con cara de honda preocupación, sentimiento que compartió al instante con otro más prosaico que creció rápidamente en su interior, pues de inmediato aquella oscuridad, la cama sobre la que ambos se sentaban, la intimidad que podía proporcionar la estancia, la ausencia de ruidos exteriores…, produjeron en él una ola de pasión.

Himilce perdió toda noción del miedo. Estaba segura de que nadie había visto sus movimientos sinuosos. Había partido desde la habitación donde la servidumbre dormía y guardaba sus cosas, se había deslizado en silencio a través de las cocinas casi vacías sin llamar la atención de los pocos que allí quedaban limpiando y, acto seguido, subió ligera por una escalera que conducía hasta las estancias y era poco conocida por la servidumbre. Después, fue muy sencillo llegar hasta la habitación de Asdrúbal atravesando los pasillos desiertos.

—No temas, nadie sabe que estoy aquí —le explicó ella en voz baja, sentándose en la cama, mientras aprovechaba para arrimar sutilmente su cuerpo al de su cuñado unos milímetros.

—Esto es una locura, si nos descubren juntos sería un grandísimo escándalo —protestó él sin mucho afán, arrimando también un poco su cuerpo al de su cuñada.

—No te repitas, Asdrúbal, ya conocemos de sobra los riesgos que corremos contra nuestra reputación… Pero estamos implicados los dos y lo hecho, hecho está… —le interrumpió Himilce con impaciencia.

—Pero… ¿por qué has venido, mujer? —le preguntó de manera retórica Asdrúbal, a quien el miedo se le iba disipando por momentos y notaba cómo su interior no le censuraba y daba rienda suelta a las ganas tremendas que sentía por besar a Himilce.

Ella le miró a los ojos, en la penumbra que les envolvía.

—Yo tenía miedo… Mucho miedo…

—Mujer, no hay nada que temer, tenemos una buena fortaleza y tropas suficientes para rechazar a esos bastardos —le contestó él con simplicidad masculina.

—Tengo miedo a perderte, a que te pase algo, a que caigas muerto en el combate —le aclaró ella con cara muy angustiada, mirando fijamente sus ojos.

Asdrúbal resopló y paso su brazo por encima de los hombros de Himilce, juntando definitivamente ambos cuerpos. De esta manera permanecieron durante un rato, sentados sobre la cama, en silencio, abrazados, con las manos entrelazadas. Mirando la oscuridad de la habitación.

Al cabo de ese momento, que les pareció eterno, Himilce se volvió hacia su cuñado, le tomó la cara con las manos y depositó un beso largo y cálido en sus labios. Asdrúbal, a su vez, tomó a su cuñada y suavemente le hizo reclinarse sobre los almohadones de la cama. Después, le besó como besa un hombre a una mujer, con

pasión, con todo, ella devolvió los besos de manera ardorosa. Acto seguido, él comenzó a recorrer la piel de su cuñada con las manos mientras ella arqueaba el cuerpo. Himilce no esperó más, se despojó de la capa y la túnica y mostró la rotundidad de su cuerpo joven y hermoso. Asdrúbal se despojó del taparrabos de lino que le cubría y liberó cuanto aquel tapaba, aguantando el fortísimo dolor de la pierna, que tenía que acomodar como podía al nuevo escenario en el que se había convertido su cama. Con esfuerzo y cuidado se colocó sobre el cuerpo de Himilce y se lanzó a devorar golosamente sus pechos desnudos, duros y apetecibles. Ella, al principio, aguantó como pudo las risitas que le produjeron las caricias de la lengua de él en sus pezones pero, de inmediato, tuvo que contener los gemidos de placer en los que se convirtieron aquellos mimos mientras agarraba el miembro palpitante y caliente de su cuñado y lo conducía suavemente hacia su entrepierna, húmeda y receptiva…

—¡Ojo rojo de Melkart!… ¿Qué hemos hecho? —exclamó Asdrúbal, tiempo después, poniendo en voz alta sus pensamientos mientras ambos se recostaban en los almohadones y miraban la oscuridad del lejano techo.

Al cabo de un instante le contestó Himilce con rotundidad.

—Amarnos.

Volvió el silencio culpable al alma del cartaginés, en tanto que la oretana, con un estado de ánimo apaciguado y una sensación corporal muy placentera, pensaba que acababa de mezclar la simiente de los dos hermanos Barca aunque, en realidad, ella ya estaba embarazada de Aníbal cuando había entregado su cuerpo a Asdrúbal, hacía apenas unos instantes.

—Tendremos que hablar con mi hermano, explicarle todo, que nos amamos, que queremos estar juntos el resto de nuestras vidas… él lo entenderá —propuso de manera ingenua el cartaginés encendiendo una lámpara de aceite que iluminó apenas un círculo alrededor de los amantes.

Himilce miró a Asdrúbal, suspiró hondo y pensó que cómo era posible que los hombres fueran quienes mandaran en el mundo en lugar de las mujeres.

—No podemos hacer eso —le espetó ella seca y tajante, rechazando su propuesta.

—¿Cómo que no?… Mi hermano me quiere mucho y entenderá…

—Hombre sin seso, ¿pero es que no te das cuenta de que tu hermano es el gobernador de todos los territorios cartagineses arrebatados a los iberos?… —le cortó Himilce irritada—. Aníbal es la autoridad máxima de Kart Hadasht, ¿cómo va a admitir que su hermano y su esposa son amantes?… Además, él tiene un pacto por matrimonio con los oretanos y no puede ofenderlos repudiándome para entregarme a su hermano… El resto de los iberos bástulos, edetanos, contestanos, turdetanos… dejarían de creer en sus palabras… y en sus actos.

Los dos permanecieron en silencio. Asdrúbal recapacitaba sobre las palabras de su cuñada y llegaba a la conclusión de que tenía razón. Ella, por su parte, era consciente de lo que acababa de hacer y de por qué lo había hecho y, sobre todo, era fiel a sí misma ya que no se habría acostado con Asdrúbal de no haber estado ya

embarazada, puesto que no se habría arriesgado a quedar encinta estando alejada de su esposo durante tanto tiempo. En ese momento se acordaba de Aníbal, lo añoraba y se sentía furiosa contra él, le parecía como si la separación forzosa a la que él la había obligado, la hubiera condicionado sentimentalmente para, llevada por un despecho natural y lógico, caer en brazos de su cuñado, por el que sentía una atracción real; pues era un hombre guapo y con unas cualidades personales tan encantadoras y una bondad natural tan atractiva que cualquier mujer podía enamorarse de él.

El cartaginés rompió el silencio.

—Entonces, esto es el final, ¿verdad?

Ella esperó unos instantes antes de contestar, buscando las palabras adecuadas, mientras comenzaba a vestirse.

—Sí, Asdrúbal. Ha sido mágico lo que ha pasado entre nosotros… pero por el bien de todos tenemos que poner aquí el punto y final…

Él miró con tristeza cómo se levantaba de la cama Himilce y le invadió una sensación de orfandad, de abandono, de pérdida irreparable… De soledad.

—Pero antes has dicho que tenías miedo de perderme, miedo a que yo pudiera caer en combate ante los celtíberos —dejó caer Asdrúbal con un tono de triste desesperación en su angustiada voz.

Ella le sonrió con ternura.

—Mi querido y maravilloso hombre meridional… Nos hemos dicho tantas cosas el uno al otro, tan solo hace un rato, sin pronunciar palabra alguna…

Asdrúbal, abatido, bajó la cabeza.

—Que lo dicho, dicho queda… —sentenció ella caminando hacia la puerta, en mitad de la oscuridad, con el corazón roto y un sentimiento extraño dentro de su interior porque le aterraba pensar que pudieran matar a Asdrúbal durante el combate, pero ya no se lo quería confesar para no darle falsas esperanzas amorosas.

Asdrúbal la vio alejarse y perdió de vista su contorno cuando ella salió del círculo de luz que producía la lamparita de aceite.

—Yo sí te amo y siempre te amaré… Amor de mi vida, amor verdadero… —le confesó él hablando a la oscuridad.

Himilce llegó hasta la puerta de la habitación. Sollozaba en silencio e intentaba sobreponerse a la tremenda presión sentimental que sufría en ese momento. Volvió el rostro y, a lo lejos, al fondo de la habitación, vio a Asdrúbal sentado en la cama con cara triste, la misma que acababan de utilizar como si hubieran sido dos esposos recién casados y felices. Se le veía abatido por la lógica, derrotado por la razón de la vida y pensó que todo eso no era más que una mierda muy grande que hacía infelices a las personas. Cuando estaba cerrando la puerta, con todo sigilo, oyó las palabras de Asdrúbal.

—… y por eso te cuidaré y te protegeré, y no dejaré que me pase nada malo durante el combate para que me puedas tener a tu lado… Ahí, siempre fiel, siempre a tu vera para evitarte cualquier mal…

10

Aníbal, tras los días de vino y rosas pasados en Kart Hadasht junto a su esposa, se despidió de esta, de su familia, de sus clientes y dejó a su fiel partidario Himílcar, viejo amigo de su padre, para que prosiguiera su eficaz labor de ensanchar y ampliar el partido pro Bárquida,[29] en aras de obtener el máximo apoyo posible por parte de la cada vez más influyente Asamblea Popular. En su memoria estaban muy presentes las multitudinarias manifestaciones populares de apoyo a su persona, organizadas por Himílcar y sus agentes, en las que miles de ciudadanos cartagineses le acompañaron hasta el Senado y que provocaron que los *sufetas*[30] y senadores contrarios a los Barca tuvieran que ceder en su enconada posición negativa, respecto de él, y se vieran forzados a ratificar su nombramiento como comandante en jefe de los ejércitos púnicos en Isphanya. Investidura efectuada anteriormente en el norte por los oficiales del Alto Estado Mayor cartaginés, no sin que antes mediara el esfuerzo y el notable trabajo de sus partidarios, ya que aquellos se inclinaban por nombrar un jefe militar mayor y con más experiencia, seguramente por la influencia y el dinero de Hannón *el Grande*, el *sufeta* contrario a los Barca.

Con su madre tuvo una de sus clásicas conversaciones de ida y vuelta, pues esta se resistía a que dejara a Saphanbaal en Kart Hadasht y, hasta el último momento, porfió para que se la llevara con él a Cartago Nova. Al final de la discusión, Aníbal no estuvo seguro de si su madre quería que se llevara con él a su mujer porque los esposos debían vivir juntos o porque, en realidad, le molestaba la presencia de Saphanbaal en el palacio familiar y se la quería quitar de en medio.

De su esposa le costó separarse más de lo que él hubiera imaginado.

—Adiós, esposa mía, que el Altísimo Señor de los Altares de Incienso te proteja y cuide hasta mi vuelta —se despidió Aníbal de ella, vestido con el deslumbrante uniforme de gala de comandante en jefe púnico, en el que sobre una coraza de bronce bruñido se destacaban finos trabajos de orfebrería en plata repujada representando el caballo y la palma, símbolos de la diosa Tanit.[31]

Saphanbaal, pese a clavarse la coraza en el cuerpo, se abrazó a su esposo con todas sus fuerzas, con desesperación, con amor, como un náufrago a una tabla de salvación en medio del océano… Era muy propensa desde niña a las melancolías, tristezas y estados psicológicos depresivos y, en ese momento, se sentía desamparada, abandonada, denigrada… No quería separarse de él y un cúmulo de pensamientos negativos volvió a apoderarse de su cabeza y a dar vueltas dentro de la misma. Sin haber llegado la ocasión, ella ya aborrecía su vida sola en Kart Hadasht y prefería arrostrar cualquier tipo de dificultad en la bárbara y salvaje Isphanya, al lado de su

esposo, antes que permanecer sola en el palacio de los Bárquidas bajo el mando y la supervisión de su suegra Sapaníbal. Una mujer de cuidado. La sensación de desesperanza y vacío que invadió su espíritu fue insufrible e imparable.

—Llévame contigo, esposo mío —le instó ella con voz suplicante, sugestiva, ronroneando como una gata, mientras apretaba aún más su cuerpo contra el de él—. No me dejes aquí sola, sin tu amor, sin tu compañía… Yo me mustiaré como una flor en un sótano, pues tú eres para mí como el sol que nace cada mañana, el agua que me da vida, mi aire para respirar…

Aníbal la apartó suavemente de él. Empezaba a enfadarse con ella dado que se trataba de un asunto que ya habían hablado con largueza los dos, durante esos días de leche y miel en los que se dedicó casi por entero a ella, algo que no había hecho nunca antes en su vida.

—Esposa, ya está todo dicho al respecto —le habló él de manera terminante y categórica, para acabar con la discusión e impedir que ella le replicara—. Isphanya todavía es un lugar muy peligroso y por ello no me puedes acompañar. Allí, para los hijos de Kart Hadasht es todo demasiado provisional, muchas incomodidades, hay poca seguridad, escasas garantías de supervivencia… Y, además, yo tengo que adentrarme en su interior para apoderarme de sus riquezas, de sus gentes y del espíritu indómito de ese país… Y no quiero estar preocupado por tu bienestar y tu inmunidad, o que puedan atentar contra tu integridad física para perjudicarme —le explicó mientras pensaba en los atentados que sufrió su padre en Isphanya, pagados y organizados desde el propio Senado púnico—. Mi padre dejó a mi madre y a mis hermanas aquí en Kart Hadasht, cuando se internó en Isphanya, y eso es lo que voy a hacer yo contigo.

Saphanbaal fue a replicar, pero Aníbal, con un gesto autoritario, le cortó toda posibilidad de hacerlo.

—¡Basta ya! Una esposa debe obediencia y sumisión a su esposo, no discute sus decisiones y, menos aún, sus órdenes y mandamientos… Y yo, en este momento, te estoy ordenando que te quedes en Kart Hadasht.

—Pero tendré que vivir aquí, en este palacio, sola, sin mi familia —balbuceó llorosa Saphanbaal—… y junto a tu madre.

Al escuchar la alusión tan directa que su esposa acababa de proferir acerca de su madre Sapaníbal, el caudillo cartaginés tuvo que hacer un esfuerzo notable para poder reprimir la sonrisa que se le escapaba.

—La Ley prescribe que la mujer dejará la casa de su padre e irá a vivir a casa del esposo… —recitó inexorable Aníbal—, y el palacio de los Barca en Kart Hadasht es mi casa, desde que mi padre fue asesinado. Eso es todo. Aquí vivirás y aquí te encontraré yo cuando venga desde Isphanya. Tú gobernarás mi casa, en mi ausencia, auxiliada por mi madre, ya que ha sido su casa durante muchos años… —le propuso en venganza contra su entrometida madre, aunque enseguida se arrepintió de estas últimas palabras, pues buena era su madre como para permitir, a estas alturas de su

vida, que otra mujer intentara llevar la dirección doméstica del palacio y le fuera a llevar a ella la contraria, máxime cuando había estado mandando durante años a sus anchas sin que los mayordomos, la servidumbre o cualquiera de sus hijos, incluso su padre Amílcar, osara rechistar.

Saphanbaal, que no tenía un carácter excesivamente peleón, cedió ante Aníbal. Alzó indolente los hombros en señal de conformidad. De repente, tomó la decisión infantil de combatir a la madre de su esposo y disputarle el dominio de la casa, aunque de inmediato pensó que no estaba muy segura de cuánto tiempo sería capaz ella de pleitear diariamente con su suegra y, encima, hacerse cargo de una obligación tan enorme, con un palacio tan grande, con tantas estancias, y tantos criados, y tantos compromisos sociales… Eso haría, la chincharía y la contrariaría durante una temporada y luego la dejaría tranquila… Era pronto para saberlo, pero para darse ánimos pensó para sí esperanzada, que ojalá se hubiera quedado encinta, porque entonces ya veríamos cuánto tardaba su esposo en volver presuroso junto a ella.

—¿Cuándo regresarás, esposo mío? —le preguntó con voz resignada Saphanbaal, mientras notaba la impaciencia de él por partir hacia el *cothom*, o puerto militar, donde tenía proyectado embarcar rumbo a Cartago Nova en la pentera más veloz y marinera que ya estaba aparejada y dispuesta para él.

—En cuanto pueda —contestó secamente Aníbal, al tiempo que comenzaba a sentir una gran liberación personal porque ya le incomodaba sobremanera esa falta de acción y de movimiento que conllevaba la vida conyugal, y estaba deseando ponerse al frente de sus tropas, vivir entre sus soldados y entrenarles adecuadamente para llevar a cabo los planes de invasión de Italia.

—Eso es muy poco concreto —protestó débilmente Saphanbaal, haciendo un mohín infantil con la boca.

—Es que no lo sé… Lo antes que me sea posible, en cuanto pueda… —repitió él distraído, agobiado y evasivo. Aníbal tenía intención de regresar a Kart Hadasht tan pronto como se lo permitieran sus obligaciones, pero ignoraba que su destino estaba escrito y que tardaría muchos años en volver a Kart Hadasht, en unas circunstancias muy duras y complicadas para él y para la República cartaginesa, ya que tendría que defenderla en los llanos de Zama ante Escipión *el Africano*, y sobre los muros de la propia ciudad para conseguir su supervivencia.

Por fin logró deshacerse de los brazos de su esposa. Seguido por varios criados cargados con sus espadas, capas y los bultos de última hora, corrió escaleras abajo hasta alcanzar el gran patio de carruajes y caballos, donde ya le esperaban hombres de su entera confianza que hacían compañía a Masinisa, el joven príncipe númida que viajaría con él a Isphanya, donde seguiría aprendiendo el oficio de soldado y el de gobernante, bajo su tutela, en cumplimiento de la promesa que le hizo a su padre, el príncipe Gaia, en el desierto de Numidia.[32]

Cuando llegó hasta el muchacho, le cogió de los hombros al estilo militar y le dio la bienvenida.

Masinisa era un joven de dieciséis años, de piel más morena que los cartagineses, era fuerte y alto para su edad. Llevaba el pelo corto y rizado, al estilo militar púnico, que era el que estaba en boga en la cuenca mediterránea. Calzaba unas fuertes sandalias militares y estaba vestido con una túnica castrense limpia y sin adornos, con una capa echada sobre los hombros. Su único ornamento era un formidable cinturón de cuero, de manufactura númida, del que colgaba una espada griega en cuya empuñadura se destacaba una piedra preciosa de color rojo intenso.

—Por fin nos vamos a Isphanya —le dijo Aníbal a modo de saludo.

Masinisa le miró con sus ojos negros y profundos y sonrió. Fue una sonrisa de medio lado que denotó algo de doblez en su forma de ser, defecto que influiría siempre en su manera de obrar.

—Sí, estratega máximo, por fin a Isphanya… para ponerme al frente de los guerreros númidas allí acantonados, y seguirte hasta los confines de esas misteriosas tierras —exclamó el muchacho con entusiasmo.

Aníbal carraspeó y le invitó a subir y a acomodarse junto a él en una litera doble de mano llevada por ocho porteadores.

—Nos bajará rápidamente hasta el puerto, y de esta manera evitaremos aglomeraciones multitudinarias de despedida… Deseo dejar Nueva Ciudad lo más discretamente posible —le aclaró.

El númida volvió a asentir en tanto que el cartaginés proseguía con su discurso en el que se desarrollaban los planes que tenía para él.

—Masinisa, tu evolución militar es notable, pero todavía no tienes ni edad ni experiencia suficientes como para ponerte al frente de todos los jinetes númidas que tenemos acuartelados en Isphanya —el caudillo cartaginés se detuvo unos instantes para observar la reacción de Masinisa, y no le gustó la manera como torcía este el gesto—. Un militar siempre debe recordar en todo momento que la disciplina y la obediencia al mando, junto con el entrenamiento y la solidaridad, son las claves de un buen soldado y un buen oficial.

El príncipe númida asintió en silencio, muy contrariado.

—Comenzarás como ayudante de uno de los suboficiales que están al frente de una sección de diez jinetes, de uno de los cuatro escuadrones de cien miembros, que forman una unidad de caballería númida —le explicó Aníbal precisando bien la estructura de la caballería y la posición que iba a tener que ocupar él, en la que podría desplegar todo su talento—. Y creo que es suficiente para tu dignidad principesca. No comenzarás como soldado, serás suboficial y aprenderás a obedecer y a mandar. En poco tiempo, si lo mereces, dirigirás una escuadra de diez jinetes y así irás ascendiendo poco a poco, por méritos, hasta alcanzar la graduación que te permitirá acudir a mi Estado Mayor…

Masinisa puso cara de desilusión, pues esperaba que al ser un príncipe númida, llamado a ser el heredero de su padre y con miras a dirigir algún día las tribus que estaban bajo su mando, su posición dentro del ejército cartaginés sería más adecuada

a su rango.

—Aníbal, tú le prometiste a mi padre que serías mi tutor y que me enseñarías a ser un gran mílite sin atentar contra mi dignidad de príncipe —le expresó a manera de queja pero con respeto en el tono de su voz, ya que el caudillo bárquida imponía con su sola presencia y su mirada de águila.

Ya estaban llegando al puerto y Aníbal quería zanjar la cuestión.

—Masinisa, yo acordé con tu padre Gaia que te enseñaría a ser un buen oficial y un buen gobernante, y eso quiero hacer. Yo con mi padre comencé como suboficial, en el mismo puesto que quiero para ti. En él estuve cerca de la tropa y de los mandos. Aprendí a querer y a respetar a ambos. Mi padre Amílcar, *el León de Cartago*, era el comandante en jefe de todos los ejércitos y yo nunca sentí menoscabada mi dignidad ni mi honor por empezar tan cerca de la tropa, al contrario, me pareció lo más sensato y lo más adecuado en un ejército moderno como el nuestro.

El joven príncipe se encogió de hombros convencido a medias.

—Para saber mandar primero hay que saber obedecer. Además, solo el que ha hecho una cosa bien, sabe mandar cómo hay que hacerla y, por supuesto, sabe si sus subalternos la han hecho bien. Ah, mi querido Masinisa, las cosas no se aprenden en los despachos, ni en los sillones del Estado Mayor, se aprenden haciéndolas por uno mismo y estando al pie de la trinchera. Únicamente conviviendo con la tropa, codo con codo, puedes conocer sus sufrimientos y sus problemas antes de exigirles un sobreesfuerzo, que posiblemente no serán capaces de hacer…

Aníbal hizo una pausa porque lo que vio a través de las cortinillas de la litera le dejó sin habla. Una multitud enorme e inmensa llenaba la gran ágora central cuyo magnífico arco daba paso al puerto militar.

La litera se fue abriendo paso lentamente entre vítores, aplausos y consignas cantadas en alabanza de la familia de los Barca, loas a Aníbal, peticiones a los dioses para que lo protegieran en la lejana tierra del norte, mientras miles de manos agitaban palmas y ramos de olivo, y la muchedumbre iba haciendo un pasillo por el centro de la plaza para permitir que pasara la litera de Aníbal, que se iba llenando de flores de todas clases. Los porteadores de esta, según las habituales consignas que tenían, aceleraron el paso para llegar sin percances hasta la entrada del *cothom*, que estaba custodiado por una numerosa representación de la Sagrada Banda,[33] que de inmediato franqueó el paso al palanquín de Aníbal.

Masinisa estaba admirado puesto que nunca había visto una manifestación de apoyo a una autoridad tan importante y multitudinaria como aquella.

—Si para llegar a esto tengo que empezar como suboficial, lo doy por bien empleado —exclamó con el rostro encendido, pleno de entusiasmo.

11

El viaje de Aníbal desde Kart Hadasht a Cartago Nova se realizó sin novedades significativas. La flota de penteras y navíos de transporte, custodiada a su vez por una escuadra de quinquerremes de combate, salieron del *cothom* y tomaron dirección oeste hacia el estrecho que separaba Ifriquiya de Isphanya. El enorme convoy realizó durante dos días una travesía de cabotaje a lo largo de la costa norteafricana, bajo dominio cartaginés, hasta llegar a una colonia-factoría situada cerca de lo que años después sería la ciudad de Orán, en la costa argelina. Allí, en una espléndida ensenada se habían edificado unos buenos muelles y pantalanes, ya que era uno de los puntos, geográficamente hablando, más cercano por mar a la costa hispana donde se alzaba Cartago Nova.

En ese mismo embarcadero, durante las semanas precedentes, los servicios de intendencia del ejército de Aníbal habían estado acarreando varias yeguadas militares, para abastecer a la caballería númida, y cuarenta elefantes ya preparados y entrenados para la guerra; que esperaban en sus cuadras y establos, debidamente alimentados y adiestrados, el momento de embarcar rumbo a Isphanya. De esta forma, al imponente conjunto de navíos se le unió una flotilla de embarcaciones más anchas y planas, los gaulos, en las que subieron a bordo los caballos y los elefantes. Dos días llevaron los preparativos y la ejecución de dicho embarque, al cabo de los cuales, al amanecer de un día seco y soleado, se dio la orden de soltar amarras. La armada, aprovechando la distancia, los vientos favorables y las corrientes marinas, cuyos pilotos conocían a la perfección, navegó directamente hacia Cartago Nova, seguida a prudencial distancia por algunas galeras romanas que, sin duda, realizaban labores de espionaje e información. Así que bogaron incluso de noche con tan indeseables seguidores.

La entrada en el puerto cartagenero fue toda una declaración de intenciones del pueblo hacia su nuevo líder y sus seguidores. Siempre es un misterio saber cómo llega la información a tantas personas, pero centenares de ciudadanos sabían que volvía Aníbal Barca al frente de una flota imponente, lo que significaba movimiento de personas, de mercancías, de plata, de oportunidades… Por ello, ese amanecer docenas de cartageneros se agolparon en los muelles y en las dársenas, en las abarrotadas calles y ante la puerta principal que se abría en la imponente muralla que unía dos de las colinas de la ciudad.

Su fundador, Asdrúbal el Bello, escogió el lugar idóneo en el año 228 antes de Cristo, pues Cartago Nova se alza dentro de una península defendida al norte por una extensa laguna salina de escasa profundidad (El Almarjal), que tiene un canal estrecho de salida que da a la zona del puerto. A los lados de ese istmo el mar y la

abrupta costa conforman su perímetro abriéndose el puerto al sur, dentro de una magnífica ensenada natural que se cierra sobre sí misma y se comunica con el mar abierto (el Mediterráneo) a través de un canal grande pero fácil de defender. Todo el recinto portuario se encuentra rodeado y protegido por un alto muro, flanqueado por torres de defensa, y está a los pies de una segunda línea perimetral de fuertes y altas murallas que rodean todo el casco urbano, cuyos lienzos y poderosas torres unen las cinco colinas que dominan la ciudad, a la que prestan una defensa natural. Su forma peculiar se debe a que es una península redondeada con cinco colinas en su derredor que dejan un amplio centro llano y despejado, y su gran capacidad estratégica defensiva se debe a las obras que han permitido unir esas escarpadas colinas en círculo con altas murallas que ascienden lo suficiente por sus laderas hasta donde ha sido preciso, con un evidente e importante ahorro de energías y materiales de construcción. El resultado es un magnífico recinto amurallado casi en círculo que está rodeado de agua y que deja en su centro geográfico una ciudad con un tamaño medio en expansión, trazada en cuadrícula según los parámetros helenísticos más modernos y al uso.

Desde su privilegiada posición en la proa de su pentera, Aníbal, con el naciente sol a su espalda, vislumbraba el puerto, la imponente muralla que protegía la ciudad y las dos colinas que esta unía: a su izquierda la colina de Asdrúbal, donde estaban los palacios, el edificio de Gobernación, el mausoleo de su padre y de su cuñado Asdrúbal, y un templo dedicado a Melkart. A su derecha, la colina dedicada a la advocación de Eshmún, el sanador, el dios de la salud y los cuidados médicos —que se equipara al griego Asclepios y al romano Esculapio—, cuyo templo era gemelo del que estaba construido en la isla de la ciudad hermana de Gadir,[34] en el sudoeste de Isphanya. Iba pensando que lo último que deseaba en ese momento era una multitudinaria manifestación popular de adhesión a él y a los suyos, ya que prefería un desembarco rápido y discreto, pasar revista al estado general y ponerse de inmediato a sus tareas: Entrevistarse con Ahusa, su amigo de la infancia en Iboshim, y ahora convertido en jefe de una partida de honderos baleares que se iban a incorporar a su ejército. Y Sodalis, el miserable bastardo que asesinó a su cuñado, Asdrúbal *el Bello*, atrapado por sus agentes en Arse,[35] a quien había que hacer hablar porque él no creía en venganzas de antiguos siervos. Detrás de ese asesinato había una conspiración y él tenía que conocer quién estaba detrás.

Ambas reuniones le tenían muy alterado. Con Ahusa tuvo una relación infantil de amistad muy entrañable, se querían mucho, eran inseparables, pasaban días enteros jugando y recorriendo los alrededores de la aldea de este, que estaba a los pies del fuerte levantado por los cartagineses donde se ubicaba el alcázar del gobernador púnico de las islas, en ese momento su padre, en el que residía toda la familia Barca. Ahusa le enseñó muchas cosas de niño allá en Iboshim, durante sus correrías de pillastres, le ayudó en todo cuanto estuvo en su mano, incluso salvó la vida de su padre Amílcar cuando fue a rescatarlo cerca de Deniu,[36] tras el secuestro del que él

fue objeto por parte de unos piratas pagados por Hannón el *sufeta* de Nueva Ciudad. Hacía mucho que no se veían, más de diez años, y ahora se encontraban de nuevo pero ya no eran niños. Habían pasado muchos años y en ese momento él era el comandante en jefe del ejército donde se iba a alistar su antiguo amigo; y no sabía muy bien cómo se tenía que comportar.

La otra reunión no le ponía nervioso, le resultaba inquietante y le desasosegaba porque personalmente le desagradaba mucho la aplicación de la violencia a los prisioneros, al contrario que alguno de sus colaboradores, que disfrutaba porque se sentía superior al desgraciado que estaba sufriendo y se retorcía bajo su látigo. Su misión era hacer justicia y, para ello, debía bajar a las mazmorras de la prisión de Cartago Nova y sacarle la verdad a un pobre miserable, un asesino a sueldo pagado por alguien que quería el mal para la familia Barca. Así las cosas, se antojaba imprescindible la aplicación de la tortura que fuera necesaria para ese menester, durante todo el tiempo que fuera preciso. Y como final de todo aquello, tendría que ajusticiarlo en algún lugar bien visible para escarmiento y advertencia a posibles magnicidas. Él había asistido en numerosas ocasiones a sesiones de tortura de cabecillas indígenas, cuando su padre Amílcar dirigía el ejército púnico en Isphanya y él era un oficial bajo su mando. También había visto ajusticiar y, a su vez, él había mandado ejecutar a algunos dirigentes iberos, de manera brutal, en el transcurso de acciones militares de castigo; pero detestaba tener que actuar de esa manera. No obstante, no le había temblado el pulso a la hora de llevarlo a cabo. Por ello, ordenó empalar o crucificar a los sediciosos, es decir, los ajustició de una forma que fuera disuasoria y ejemplarizante para aquellos que albergaran ideas traicioneras contra los cartagineses. Con todo, aunque estaba acostumbrado y consideraba que esa conducta brutal y esa justicia eran imprescindibles, le desagradaba la crueldad y la violencia ejercidas directamente sobre una persona indefensa, y su puesta en práctica le revolvía mucho el estómago.

Nunca disfrutó con los castigos, ni con la severidad en su aplicación, y bien al contrario, solo lo consideraba como un arma de guerra convincente para extender la paz en los territorios conquistados. A él le parecía lógico y natural que los caudillos iberos y celtas, y los guerreros a sus órdenes, se alzaran contra el poder de Kart Hadasht para defender su autonomía, sus riquezas y sus familias. Pero tras la batalla y la rendición de estos, lo que no perdonaba era la traición y el comportamiento que vulnerara los pactos y la confianza depositada; esa conducta tan vil y deshonrosa lo ponía muy furioso. Por eso, cuando los hispanos guerreaban contra las armas cartaginesas y perdían, él en la victoria se mostraba generoso y magnánimo de una manera natural no forzada. Y esa conducta se veía motivada porque él admiraba la valentía, la nobleza en el combate y la gallardía de defender la libertad propia. Ahora bien, si los iberos cometían cualquier tipo de acto traicionero y vulneraban la credibilidad y la amistad de los cartagineses, él se enfurecía y reaccionaba con toda severidad porque deseaba lanzar un mensaje claro: quien guerrea con nobleza

defendiendo su libertad y su tierra, será perdonado con magnificencia en la derrota; pero quien una vez derrotado y perdonado vulnere los pactos de paz, amistad y confianza, atacando a traición y causando estragos de todo tipo, será ajusticiado de una manera brutal, dolorosa y sin honor.

Su galera entró en el puerto cartagenero con majestuosidad, en medio de una gran algarabía, pues se desató una salva de aplausos, vítores, tocar de fanfarrias y trompas, batir de palmas y tambores, agitar de pañoletas y banderolas de todos los colores posibles, así como explosiones de una alegría que parecía sincera. Además, él pudo comprobar cómo se habían engalanado las murallas, la puerta de acceso, las galeras y embarcaciones que estaban atracadas, desde cuyas cofias y palos le saludaban los marineros. Le recibía una ciudad entera cuando él deseaba hacer una entrada discreta y rápida.

Saltó con agilidad al muelle donde fue cumplimentado, de inmediato, por las autoridades civiles y militares de Cartago Nova que allí lo esperaban. A continuación, la guardia urbana, armada al estilo macedonio con cascos y corazas de bronce, y enormes escudos redondos, comenzó a abrir un pasillo con sus lanzas entre la multitud que inundaba los muelles, los atracaderos y los pasajes para poder entrar en la ciudad. Nada más atravesar el gran portón de entrada, Aníbal vio que en la plaza que se formaba tras la muralla de defensa, le esperaban varias bigas de tipo griego.[37] Siguiendo las indicaciones pertinentes, saltó ágilmente a una de ellas y se colocó de pie junto al auriga, mientras se sujetaba de las asas que había en el borde del carro.

—Agárrate fuerte, estratega —le advirtió el conductor mientras azuzaba a los caballos y el carro partía raudo en dirección a la colina de Asdrúbal hacia el palacio de la Gobernación, seguido por el resto de las bigas, que arrancaron enseguida detrás de ellos por la calle empedrada.

El trayecto desde el puerto fue breve ya que, de inmediato, tomaron una avenida a la izquierda que subía hasta lo alto de la colina que contaba con apenas ciento cincuenta metros de altitud y en cuya cima, debidamente aplanada, se abría una plaza central cerrada, en la que desembocaba dicha avenida. Alrededor de la plazoleta se elevaban los palacios, el templo de Melkart y el espléndido mausoleo donde hallaba reposo eterno el cuerpo de Asdrúbal *el Bello*, y una parte de las reliquias de Amílcar Barca, pues la gran mayoría estaba en su propio mausoleo en la ciudad de Akra Leuke.[38]

Durante el recorrido en carro por las rectilíneas y bien empedradas calles, que apenas duró diez minutos, Aníbal tuvo ocasión de contemplar cómo la ciudad iba creciendo y de qué manera tan notable se desarrollaba y extendía dentro del espléndido sistema de defensa amurallado, pues en apenas cuatro meses, que era el período de tiempo que él faltaba de la misma, Cartago Nova había edificado más casas para las familias que por decenas acudían a vivir, había levantado más almacenes llenos de productos y mercaderías, así como talleres donde se manipulaba el esparto, y con esa riqueza vegetal se elaboraban cantidad de cosas útiles, había

abierto más calles… También pensó que iba a ordenar que se reforzaran aún más sus defensas, que se estableciera una guarnición más numerosa y que se protegiera mejor el puerto y el canal que comunicaba el mar con la laguna del Almarjal, porque un ataque de los hispanos desde esa laguna podía coger de improviso e indefensa a la ciudad.[39]

Al llegar a la gran plaza central se apeó del carro de un salto. Se abrazó a su hermano Magón, el varón más pequeño de la camada del León, que le esperaba con el resto de los oficiales y altos funcionarios púnicos, al pie de la gran escalera de piedra que conducía hasta los palacios. Y esperó la llegada de Masinisa, el príncipe númida, ya que deseaba que estuviera junto a él todo el tiempo posible para que fuera aprendiendo el oficio de gobernar.

—Hermano… Este es el hijo de Gaia, príncipe de Numidia, se llama Masinisa y vamos a enseñarle todo lo que sabemos del arte de la guerra, así que tenemos que recordar las lecciones de nuestros maestros, y hacer labor de campo —le saludó con un tono de cariño moderado en la voz, mientras le daba dos puñetazos suaves en el hombro y reparaba en que, con veintidós años, se había convertido en un hombre hermoso y fuerte, en quien se apreciaba enseguida los ojos de su padre, Amílcar, y la sonrisa de su madre, Sapaníbal—. Vamos a subir al mausoleo para visitar los restos de Asdrúbal y de padre.

Magón saludó a Masinisa de manera cortés y severidad castrense. Acto seguido, los dos hermanos acompañados por aquel caminaron unos metros hasta la siguiente escalinata que subía hacia el mausoleo, y la ascendieron con rapidez y en silencio. Al llegar junto al mismo, un edificio cuadrado de piedra caliza pulida de seis metros de lado y cuatro de altura, cuya entrada estaba flanqueada por cuatro columnas de mármol, de una sola pieza, los hermanos empujaron y abrieron su portón. Penetraron en la capilla funeraria y con toda solemnidad y respeto se dirigieron a uno de sus lados, donde se encontraba un féretro antropomorfo de pulido granito rojo egipcio, en el que se había esculpido el cuerpo y la efigie de su cuñado Asdrúbal, en cuyo interior se hallaba el sarcófago con su cuerpo embalsamado y aquellos objetos y bienes que en vida le fueron más gratos, como sus cascos de bronce, las corazas, las espadas… Además de dos huevos de avestruz.[40] Ante la tumba se detuvieron, hincaron una rodilla en tierra y todos rezaron una oración a Melkart el Santo en memoria del difunto. Al cabo de unos instantes se levantaron y cruzaron la estancia porque, a manera de homenaje, enfrente de los restos de Asdrúbal se había colocado un magnífico busto de mármol pintado con vivos colores que representaba a Amílcar Barca, cuya cabeza estaba coronada por un espléndido casco ático con cimera.[41]

Los dos hermanos Barca y Masinisa, mostrando mucho sentimiento y dolor, se acercaron con fervor y recogimiento hasta dicha representación, depositaron en el pedestal de la estatua, donde lucían parte de las insignias y las armas de Amílcar, unas coronas de laurel y rezaron unas oraciones en memoria de su padre.

12

Tras la visita al mausoleo, los dos hermanos Barca y Masinisa alcanzaron el palacio de la Gobernación y pasaron al despacho de Aníbal donde, sobre una mesa en la que estaba extendido un mapa, le pusieron al corriente de las novedades de Isphanya.

—Aníbal, todas nuestras plazas fuertes prosperan sin inconvenientes, cuentan con sus guarniciones completas y envían abundante oro, cobre, estaño y plata al Tesoro —le explicó Magón—. Spali, Malaka, Abdera, Akra Leuke… Incluso habrás observado que Cartago Nova se está expandiendo dentro de su recinto amurallado.

—Así es —contestó el interpelado con una sonrisa.

—Además, Gadir quiere negociar un nuevo tratado de amistad con un convenio de colaboración, que puede ser muy satisfactorio, porque están navegando hacia el norte, más allá de Olissipo…[42]

—A Gadir, acudiré yo en breve, quiero visitar el templo de Melkart el Santo, y asistir a su oráculo —les confesó Aníbal—. Y tú, Masinisa, es posible que me acompañes.

—Allí te espera Kharbaal, esta vez sin Himílcar…

—Ay, Himílcar, uno de nuestros mejores hombres sin duda —apostilló Aníbal hablando con cariño del ausente—. Imprescindible para padre. Insustituible para mí.[43] No os podéis imaginar cómo organizó en Kart Hadasht al pueblo en mi favor, estos días de atrás, hasta lograr que el Senado ratificara mi nombramiento…

—¿Se presentaron muchas dificultades para ello? —preguntó Magón mientras tomaba un racimo de uvas de una bandeja llena de fruta.

Aníbal respiró hondo y asintió.

—Ya sabéis que los dos *sufetas*, Hannón y Bóstar, que son reelegidos en cada elección por el partido aristócrata que les apoya, fueron enemigos acérrimos de padre y nosotros los hemos heredado…

Su hermano sonrió ante la explicación del mayor de ellos, se sirvieron unas copas de vino y siguieron escuchando.

—Pero Himílcar movilizó al pueblo, miles de ciudadanos, y a la Asamblea Popular. Ante esa demostración de fuerza y apoyo popular, los dos *sufetas* y sus partidarios cedieron y no tuvieron más remedio que aceptar mi designación como comandante en jefe del ejército cartaginés de Isphanya y Libia, que el propio ejército había realizado.

—Por Astarté, recuerdo aquellos días. Qué duros fueron. Horas y más horas de entrevistas y reuniones con el resto de los oficiales y mandos, en las que ofrecíamos premios y presionábamos con futuras represalias —recordó Magón en voz alta, en

tanto que apuraba una copa de vino.

—Cómo trabajamos, entonces, los tres hermanos unidos como un solo hombre… —rememoró Aníbal, que sonrió complacido recordando la unidad de todos ellos, el esfuerzo común, las promesas, las amenazas, el objetivo alcanzado… pero, acto seguido, hizo una mueca—. Hablando de hermanos… ¿Qué pasa con nuestro hermano Asdrúbal, cómo está en Kastilo, es tan importante la invasión de esos bárbaros del norte? —preguntó con algo de rudeza en la voz.

—Según los correos que llegaron a caballo —se apresuró a contestar Magón—, la situación es complicada pero no crítica. Además, hacia Kastilo ya partió Mahárbal al frente de un escuadrón de caballería, son cuatro centenares de jinetes suficientes para aplastar a unos cuantos centenares de iberos y celtas coaligados —añadió para quitar importancia al asunto, cubrir a su hermano y que el error pareciera mínimo.

Aníbal se quedó pensativo y preocupado, antes de expresar sus pensamientos en voz alta.

—Pero… ¿por qué se quedaría nuestro hermano con tan pocos soldados en Kastilo?…, algo ilógico en un extraordinario militar como es él…

Una hora más tarde, Aníbal dio por finalizada la reunión con su hermano y con Masinisa, lo despidió encargándole que atendiera al príncipe númida y le enseñara las dependencias del edificio y sus puestos de guardia. A continuación, mandó que trajeran a Ahusa a su presencia.

Unos minutos después, se presentó ante él su amigo de la infancia, el muchacho balear. Aníbal se fijó enseguida en que era más alto y más fuerte que él. Su porte era imponente. Fuerte y ágil a un tiempo. Moreno de pelo y de piel, sus penetrantes ojos castaños seguían teniendo la misma vivacidad de siempre. Estaba vestido con una buena túnica corta de lino, de factura militar. Calzaba unas excelentes sandalias semicerradas, y del magnífico cinturón de cuero curtido que ceñía su cintura colgaba una bolsa de piel resistente e impermeable que contenía las hondas junto con sus proyectiles, que todo hondero balear llevaba siempre encima. Eso sí, por motivos de seguridad, lo habían despojado del formidable puñal que, a buen seguro, debía llevar dentro de la vacía funda de cuero y madera que ahora colgaba del cinto como un pequeño animal sin vida.

—Así que te reclutó nuestro viejo amigo Hannás, vaya, vaya —le dijo Aníbal a manera de presentación, mientras Ahusa mantenía el porte digno, recto, firme de pie ante su nuevo general.

—Sí. Se presentó con unos oficiales de reclutamiento… y aquí estamos.

Aníbal le observó con una emoción contenida. Ahí estaba su amigo del alma, su amigo de la infancia, y él era incapaz de romper el hielo. Incluso lo mantenía de pie ante él.

—¿Cuántos honderos han venido contigo?

—Doscientos, señor. Los que convinimos. Los mejores… —contestó el balear formal y seguro.

—¿Los mejores?… —le interrumpió el cartaginés.

Ahusa, muy serio en su papel de oficial de honderos, afirmó con la cabeza desorientado pues dudaba sobre qué decir.

—¿Estás seguro, mejores que nosotros cuando íbamos de correrías por la isla? —le preguntó Aníbal sin poder contener ya la emoción que le embargaba, mientras se levantaba de su sillón con los brazos abiertos y se dirigía hacia el balear.

Este se vio sorprendido al principio pero cuando su antiguo amigo le abrazó con cariño, él también devolvió el abrazo y se fundió con Aníbal. Así estuvieron durante un momento. Apretados, como un solo hombre. En silencio. Embriagados por su olor, por su cercanía, por el transcurso del implacable tiempo, ese que ya había pasado. Temerosos por lo que tendría que acontecer.

—Ven, siéntate aquí, a mi lado. ¿Quieres vino?… Porque supongo que beberás vino, ¿verdad? —le invitó Aníbal con una renovada ilusión en su ánimo, al tiempo que servía la bebida en dos copas de oro.

—Claro que sí… pero únicamente del bueno —contestó el balear con ironía, provocando la risa de ambos mientras tomaba una de las copas que le ofrecía el cartaginés.

—¡Sangre de Baal!… De niños nos prohibían beber vino y ahora solo bebemos vino del bueno, cómo cambian las cosas en la vida —soltó Aníbal dando un buen trago a su copa, siendo imitado al momento por Ahusa.

—Sí… Y después de jugar durante tantos años a que éramos soldados, ahora nos hemos convertido en soldados de verdad —recordó con nostalgia Ahusa.

—No solo eso, querido amigo, además vamos a tener que demostrar que somos soldados de verdad y de los buenos… como este vino —matizó Aníbal, sopesando mentalmente si podría confiar en su amigo de antaño, algo que deseaba fervientemente. Su apariencia era la de un hombre sano y fuerte. Parecía seguir siendo un hombre noble. No se había tomado demasiadas confianzas, lo que demostraba que era prudente, ¿o era taimado y se escondía tras una apariencia bonachona, el viejo Ahusa de siempre?… Lo lamentaba profundamente, pero en ese momento el balear era un perfecto desconocido para él, y por ello se alegró de que los guardias le hubieran requisado el puñal ibérico o *pugio*,[44] un arma mortal que los iberos solían utilizar en las distancias cortas con verdadera maestría.

—Tú ponnos a prueba y ya verás cómo los honderos baleares[45] te demostramos lo que valemos… Sigue confiando en nosotros y podrás comprobar que mi escuadra de honderos es la mejor que jamás haya combatido en un ejército cartaginés —le expuso Ahusa con vehemencia y respeto, pero con seguridad y un ligero tinte de orgullo en la voz.

Aníbal sonrió ante la explosión de ímpetu, sinceridad y algo de fanfarronería militar de su antiguo amigo.

—Bien pronto lo comprobaremos, Ahusa, bien pronto… —le respondió el cartaginés poniéndose de pie.

El balear se levantó de un salto y, mostrándose discreto y prudente, no le pidió ninguna información a Aníbal sobre las futuras campañas militares durante las que se batirían los honderos baleares, según le acababan de insinuar. Un detalle de personalidad que no pasó desapercibido a ojos del líder cartaginés, y que le agradó mucho.

—¿Estáis bien instalados, tenéis de todo?…, cualquier cosa que os sea necesaria…

—Muchas gracias, estratega —le respondió solemne y educadamente Ahusa—. Los honderos estamos muy bien instalados, en uno de los cuarteles de la ciudad, y no nos falta de nada. Tenemos buen rancho, buena soldada, buen ambiente castrense… Y un fervoroso deseo de servirte bien, Aníbal.

Unos minutos más tarde, el dirigente cartaginés proseguía su vertiginosa jornada y recibía a Hannás, su fiel esclavo, que se había encargado de reclutar a Ahusa y, posteriormente, junto a cuatro agentes a su servicio, había localizado y atrapado en Arse-Sagunto a Sodalis,[46] el miserable asesino de su cuñado Asdrúbal *el Bello*.

13

—Dilecto amo, mi más sincera enhorabuena por tu dichosa y venturosa boda con la dama Saphanbaal, de la familia de los Jhanto —le expresó con su ironía habitual el esclavo, entrando en la estancia—. Te deseo que sea una unión próspera.

Aníbal le miró circunspecto.

—Hannás, contén tu desvergonzada lengua o harás que me arrepienta de lo que vamos a solemnizar a continuación —le espetó Aníbal con una sonrisa extraña en su rostro, llenando de curiosidad al esclavo. Al mismo tiempo, entraba en el despacho un *sufeta* acompañado por dos ayudantes, dos jueces menores de su juzgado, que portaban unas bolsas de cuero, se dirigía hacia una mesa que había en un rincón que parecía dispuesta para llevar a cabo alguna ceremonia, y les hacía señas con la mano para que se acercaran.

Aníbal empujó suavemente a su esclavo por la espalda y ambos acudieron junto a la mesa. Entretanto, el *sufeta* colocaba sobre la misma una serie de documentos y una estatuilla de plata del dios Melkart, y uno de sus ayudantes sacaba de una bolsa un infiernillo precioso de oro labrado con forma de barco y prendía su mecha.

Cuando todo estuvo dispuesto, el *sufeta* comenzó a hablar.

—Vamos a proceder a darle forma jurídica y solemne a la declaración de libertad del esclavo, llamado Hannás, que pertenece a Aníbal de la familia de los Barca, por parte de quien ostenta los derechos legítimos de propiedad y está, por tanto, legitimado para ello.

Hannás se quedó impresionado y sorprendido. Miraba todo cuanto acontecía en aquella maravillosa ceremonia con la boca abierta. En ese momento, recordó la promesa que le había hecho Aníbal, en ese mismo palacio, meses atrás, poco antes de partir él hacia el Levante de Isphanya, donde tenía la misión de asesinar al padre de Himilce, Orisón, y atrapar a Sodalis,[47] mientras Aníbal partía para Kart Hadasht para que el Senado ratificara su nombramiento de comandante en jefe del ejército.

A una señal del *sufeta*, Aníbal le entregó el documento de propiedad y otro con su declaración escrita y sellada de libertad. Aquel los leyó en silencio y procedió.

—Aníbal Barca, ¿expresas de viva voz tu conformidad con la emancipación de tu esclavo, Hannás, tal como figura en el documento de liberación que me has entregado?

—Así lo afirmo y lo sostengo, tal y como ha quedado escrito y sellado por mi precinto en el documento de liberación que te he entregado —confirmó Aníbal con voz seria y firme, y los ojos brillantes.

El magistrado aceptó haciendo un gesto con la cabeza.

—Ante esta ratificación de pleno derecho, yo, de conformidad con cuanto antecede, por la potestad y jurisdicción que me han sido conferidas en virtud de la Ley de Kart Hadasht, procedo a declarar como hombre libre al antiguo esclavo llamado Hannás —exclamó el *sufeta* solemnemente al tiempo que colocaba brevemente una barra de cera teñida de color rojo intenso sobre el infiernillo para, acto seguido, una vez ablandada esta, poner dos trozos de la reseñada cera sobre ambos documentos. De inmediato, colocó encima su precinto cilíndrico de pesada plata y selló los mismos con la marca que le era propia. A la vez, uno de sus ayudantes extendía el pergamino que acreditaba la condición de hombre libre de Hannás, que también fue oportunamente sellado.

El *sufeta* realizó una pequeña oración para ponerse bajo la advocación de la estatuilla del dios.

—Todo lo cual se protocoliza para que constituya prueba irrefutable frente a cualquiera, y para archivar en el templo del dios Melkart, que es testigo divino de la verdad de cuanto aquí se ha llevado a cabo, junto a mis dos colaboradores, que podrán y darán fe de esa certeza y realidad.

El *sufeta* y sus ayudantes hicieron una reverencia y se pusieron de rodillas ante la estatuilla de Melkart. De inmediato, a una seña de uno de los jueces menores, también se arrodillaron Aníbal y Hannás e inclinaron la cabeza en señal de respeto. Así permanecieron durante unos breves instantes. Al cabo de los cuales se pusieron en pie.

—¡Levántate, Hannás, como hombre libre! —le instó el *sufeta* mientras todos se incorporaban—. Te arrodillaste como esclavo y te pones en pie como hombre libre… que no como ciudadano de Kart Hadasht. En tu nueva condición social de liberto, ¿deseas mantener ese nombre, Hannás, o prefieres uno nuevo para que te acompañe en tu nueva existencia?

Hannás lo miró largamente y contestó con su sorna habitual.

—Magistrado, mi primer deseo y voluntad como hombre libre consiste en conservar el nombre que me pusieron al nacer, que me ha acompañado durante toda mi vida, ya que no me ha ido nada mal con ese compañero de viaje…

El *sufeta* se encogió de hombros y asintió.

—Sea como es tu deseo. Hannás, hombre libre —exclamó y procedió a sellar las dos copias del documento de libertad, a nombre de Hannás. Se las pasó a Aníbal, que también colocó su sello familiar sobre la cera tibia de las mismas y, por último, le entregó una de ellas a Hannás que la recibió haciendo una reverencia al magistrado, mientras su corazón saltaba de júbilo y se desbocaba en su interior, y sus ojos brillaban como estrellas en la noche.

Aníbal despidió a los jueces, les entregó discretamente una bolsa con shekeles de plata y se volvió hacia Hannás.

—Ahora deberíamos bajar a las mazmorras para ver a ese miserable de Sodalis…, claro está, solo si tú quieres acompañarme… ya que eres un hombre libre y puedes

hacer lo que te plazca… —le propuso el cartaginés abriendo los brazos, con una gran alegría y paz en su interior.

Hannás, muy emocionado, se abrazó a su libertador y, conteniendo las lágrimas, contestó:

—Me place, general, me place acompañar a su excelencia a todas las partes del mundo, todo el tiempo que haga falta, hasta el fin de los días.

Los dos hombres bajaron a las entrañas del palacio de Gobernación, accedieron a la zona de los calabozos que, como era habitual, se trataba de un lugar inhóspito, lúgubre y triste que encogía el corazón y el estómago. Los guardias les flanquearon el paso. Marcharon por un pasillo largo y semioscuro y llegaron hasta una celda alejada y aislada del resto de los prisioneros. Penetraron en la misma, se acostumbraron a la penumbra y Aníbal se encontró con su objetivo.

Un hombrecillo desnudo y ensangrentado estaba sujeto con cadenas, por las muñecas, a uno de los muros. Presentaba un aspecto lamentable. Tenía marcas de latigazos, le faltaban algunos dedos de la mano, uno de sus pies era un muñón sanguinolento, una oreja semiarrancada le caía hacia un hombro…

Aníbal interrogó con la mirada a uno de los verdugos.

—No ha dicho casi nada —contestó el interpelado—, pero nos queda suficiente ciencia y medios para hacerle hablar.

—Excelencia, no temas, dentro de poco cantará este gorrión… —apuntó otro de los verdugos, emitiendo una desagradable risita que helaba la sangre, y que ponía de manifiesto cuánto disfrutaba ejerciendo su despreciable oficio.

El caudillo cartaginés se acercó al torturado, le observó en silencio, se mesó la barba y le preguntó.

—¿No nos piensas decir nada?

Sodalis levantó la vista y se quedó mirando fijamente a Aníbal, sin articular palabra.

—¿Sabes quién soy?

El prisionero, después de observar el porte y la personalidad de quien así le interrogaba, afirmó con la cabeza.

—¿Se le ha lastimado la boca a este individuo? —preguntó a los verdugos, recibiendo una respuesta negativa.

El dirigente cartaginés se aproximó al prisionero.

—Así que puedes hablar… Pues entérate bien, perro miserable. Yo puedo hacer que los últimos días de tu repelente vida sean dichosos pero, por el contrario, puedo hacer que sean un infierno insufrible… durante los que nos suplicarás a cada instante que te ajusticiemos para acabar con tu sufrimiento… Y no olvides que estás solo y que tus protectores no pueden ayudarte de ninguna manera… Porque es posible que prefieran que te matemos silenciando para siempre a un molesto testigo…

El preso, tozudo, se mantuvo callado.

—Hasta el momento únicamente te han hecho caricias, esperando a que yo

llegara. Pero ahora empieza lo bueno —le amenazó con un tono de voz que asustaba, mientras los verdugos le soltaban los grilletes de la pared y lo ataban a una cruz en aspa que le obligaba a mantener piernas y brazos separados—. ¿Quién te pagó para asesinar a mi cuñado Asdrúbal, quién preparó el atentado?

—¡No pienso decirte nada, hijo de una perra sarnosa! —espetó con furia Sodalis para darse valor.

Aníbal se congestionó de rabia al oír aquello.

—¡Córtale un testículo y méteselo en la boca! —ordenó sin que le temblara el pulso.

El verdugo que disfrutaba torturando se abalanzó hacia el prisionero con unas tenazas de hierro en la mano. Este puso los ojos en blanco al verlo avanzar y casi se le salieron de las órbitas de dolor, cuando sintió el terrible mordisco metálico que produjeron al cerrarse sobre su escroto y, tras varios y eternos tirones dados entre sus alaridos de animal torturado, conseguir su objetivo. Unos minutos más tarde, entre espasmos de dolor, uno de sus testículos era colocado a la fuerza dentro de su boca.

—Si quieres, general, puedo hacer que lo mastique y se lo trague —le ofreció solícito el sayón complaciente, intentando agradar al mando y deleitarse a la vez con la ejecución de sevicias contra alguien indefenso.

—No hace falta, por ahora —declinó con frialdad Aníbal el ofrecimiento—. Prefiero que le arranques un ojo…

—¿Se lo meto también en la boca? —preguntó el carnicero, esperanzado ante la posibilidad de hacer más terrible aún la tortura.

—Sí… —contestó secamente el caudillo cartaginés, a quien desagradaba mucho aquel individuo—. Y tú, vete poniendo esa barra de hierro sobre las brasas —le ordenó al otro verdugo—. Vamos a violar el ano de este miserable mudo, a ver hasta dónde llegas explorando y hasta cuánto resiste él… Si no da resultado, lo sentaremos en una barra sobre su perineo… como a los crucificados por rebelión.

De nuevo se repitieron los horribles alaridos cuando le arrancaron uno de los ojos al prisionero que, no obstante el inmenso dolor, se mantuvo firme y obstinado, decidido a no hablar, pues solo sollozaba medio mareado en tanto que recibía un jarro de agua en medio de la cara.

El más canalla de los dos verdugos estaba contrariado por la resistencia pertinaz que oponía el reo, y pensaba en la ejecución de nuevas y dolorosas torturas para soltar la lengua de este.

Al cabo de un momento, se aproximó el verdugo con la incandescente barra al rojo vivo.

—Tú me has prometido que si hablo harás que mis últimos días de vida sean felices… —masculló Sodalis dirigiéndose a Aníbal, después de escupir el testículo y el ojo de su boca.

—Solo si me dices la verdad.

—Te lo diré todo, porque no puedo más, pero aparta de mí esa barra al rojo

vivo… —claudicó Sodalis.

Aníbal hizo una señal y los verdugos desataron al reo, lo sentaron en una silla, le dieron unos trapos para que cubriera y apretara su desgarrado escroto ensangrentado, y le colocaron otro en el hueco del ojo vacío. A continuación, le dieron una copa de barro cocido llena de agua, que Sodalis bebió con ansia y necesidad.

—Y bien… —exclamó el caudillo cartaginés, mientras denegaba con la mano una segunda copa de agua al prisionero—. Enseguida beberás y comerás hasta hartarte.

—Asdrúbal tenía muchos enemigos en el Senado de Kart Hadasht porque algunos senadores habían descubierto sus planes e intenciones… —comenzó explicando con mucha dificultad en el hablar, al tiempo que volvía a solicitar más agua moviendo la copa vacía.

Aníbal autorizó el rellenado de la copa y esperó a que bebiera Sodalis, quien enseguida sintiéndose derrotado, abandonado y con su ánimo quebrantado por la tortura, comenzó a explicar los detalles de su acción y las circunstancias que motivaron la misma.

—Asdrúbal *el Bello* se quiso proclamar rey de los territorios conquistados en Isphanya, como paso previo para dar un golpe de Estado contra la propia República, en Libia, contra Kart Hadasht, derribando el poder del Senado y de los dos *sufetas*…

—¡Eso es imposible! —protestó Hannás.

—Qué sabrás tú, miserable esclavo, perro al servicio de tus amos —le espetó con desprecio Sodalis, escupiendo las palabras.

El sayón más despreciable de los dos le pegó un fuerte bofetón para que no siguiera insultando a Hannás, pero fue detenido de inmediato con la mirada por Aníbal, ante su intención, mano en alto, de repetir el golpe.

—Continúa —le ordenó el caudillo cartaginés, percatándose de que Sodalis era un hombre que se expresaba más que correctamente, parecía instruido y no daba la impresión de ser un simple sicario.

—Para abatir el orden establecido, Asdrúbal había armado el mejor ejército que nunca se hubiera visto en Nueva Ciudad ni en Libia, y lo hizo aquí, en Cartago Nova… Más de setenta mil hombres bien armados y entrenados cruzarían el mar a bordo de una poderosa flota, y se unirían a los que ya estaban acantonados en la propia ciudad… Muchos oficiales de alto rango formaban parte de la conjura…

—¿Quién lo descubrió y quién te pagó para asesinarlo? —inquirió Aníbal, cuya paciencia estaba llegando a su límite.

Sodalis titubeó.

El verdugo vocacional le señaló con un dedo las brasas rojas y centelleantes entre las que estaba colocada la barra de hierro.

—Yo formaba parte de una red de espionaje, tejida por Hannón *el Grande* y sus partidarios, alrededor de todos vosotros… Yo era el encargado de realizar un seguimiento exhaustivo de Asdrúbal el Bello. Para ello me hice pasar por siervo celtíbero a su servicio… —Le fue desgranando Sodalis la información poco a poco,

ante el mudo asombro de Aníbal, que desconocía muchas cosas—. Asdrúbal y bastantes oficiales de alto rango de su Estado Mayor estaban de acuerdo y pensaban proclamarle rey, al estilo helenístico, acabar con la República… Y establecer una alianza duradera con el reino de Egipto…

—Para defenderse de Roma, supongo —opinó Aníbal.

—Había senadores romanos, dentro de la conspiración, que apoyaban la coronación de Asdrúbal.

Aníbal se quedó estupefacto y en silencio. Eso sí que no se lo esperaba.

—Esos senadores romanos vinieron camuflados dentro de la embajada que se desplazó hasta aquí para firmar con Asdrúbal el Tratado del río Iber…,[48] mediante el que se repartieron los territorios de cada una de las potencias.

—¿Y tú asististe a alguna reunión? —le inquirió Hannás ante el silencio de Aníbal.

—Sí, mientras servía bebida y alimentos a los invitados, o escondido o sobornando a otros siervos, estuve en todas las reuniones y entrevistas que mantuvo Asdrúbal con sus seguidores y con los romanos. Todo lo oí, la idea era dejar esta parte del Mediterráneo a Roma, junto con la mitad de Iberia y todos los territorios al norte de esta, que están poblados por los galos —les detalló Sodalis—. Nueva Ciudad se quedaría con cuanto descubriera a lo largo de las costas de Ifriquiya, navegando desde Gadir, y todo aquello de su interés por el oeste hasta la tierra de los kalaikos, y más allá hasta las lejanas islas Casitérides[49] sin competencia griega…, además, sería una potencia aliada que haría nexo de unión con Egipto…

—Todo esto lo supo Hannón el Grande al detalle —afirmó Aníbal.

—Sí.

—Y él te ordenó que asesinaras a Asdrúbal, ¿verdad?

Sodalis asintió con movimientos afirmativos de cabeza.

—No te he oído bien…

—Sí, Hannón el Grande, el *sufeta* máximo me ordenó la muerte de Asdrúbal el Bello… para salvar a la República…

Aníbal se levantó de su silla. Estaba agotado física y psíquicamente.

—Me prometiste… —intentó argumentar Sodalis, siendo interrumpido de inmediato por el dirigente cartaginés.

—Te concedo dos días de vida, y como serán los últimos de tu repelente existencia, serán dichosos y no te faltará de nada —le informó Aníbal secamente—, al cabo de los cuales serás azotado, cegado y crucificado en público, en lo alto de la muralla que da al puerto, para que todos sepan que eres el asesino de Asdrúbal el Bello y contemplen cómo se aplica la Ley de Kart Hadasht a los traidores, para que puedan ver tu sufrimiento y, seguramente, se sientan advertidos quienes tengan que hacerlo.

—Pero tú me prometiste…

El dirigente cartaginés le hizo un gesto imperativo para que se callara.

—Yo no te he prometido nada ni he dicho cuánto tiempo duraría tu repelente vida… Únicamente te acabo de proponer la posibilidad de que tus últimos días fueran dichosos si nos contabas todo… Tú has hablado y has dicho la verdad y nosotros vamos a cumplir nuestra parte del acuerdo. Te concedo dos días de vida, tus últimos días, los cuales vamos a hacer que sean dichosos… —precisó Aníbal con voz firme, convencido de que no faltaba a lo ofrecido a Sodalis unas horas antes—. Con todo, yo creo que el trato es bueno para ti… Morir ibas a morir seguro pero, de esta forma, has conseguido que te demos todo lo que desees, durante dos días, tras los cuales te llegará la muerte…, y eso es preferible a morir lentamente entre horribles tormentos a partir de ya mismo, porque tú ya estabas sentenciado a morir desde que te atrapamos en Arse… Además, y esto sí que te lo prometo, cuando llegue el desenlace fatal te daremos una bebida a base de jugo de adormidera, que mitigará tus dolores, y de esa manera sufrirás menos en las horas finales…

14

El ataque de los celtíberos a Kastilo fue firme y decidido. La horda salió del valle, donde había estado escondida, con un aspecto imponente y aterrador. Los distintos clanes avanzaron en orden de batalla formando unidades militares compactas según su procedencia. En el centro se alinearon hombres armados de las distintas ciudades carpetanas. Así pues, esos feroces guerreros celtíberos marchaban vestidos con túnicas cortas de lana sin teñir, protegían el pecho y la cintura con anchas bandas de cuero crudo claveteado y portaban cascos de cuero y bronce, tipo capacete; y atacaron organizados en seis líneas de cien guerreros cada una, tras sus grandes y redondos escudos de madera pintada que tenían en medio del círculo un umbro o pieza central de bronce defensiva, blandiendo sus mortíferos soliferrum, lanzas de hierro, y sus espadas cortas célticas de antenas.

A su izquierda, los olcades, que se ataviaban con túnicas de cuero flexible que las fajaban en el pecho y la cintura con bandas protectoras de cuero crudo, reforzado por un ancho cinturón claveteado, del mismo material, del que pendían las falcatas y puñales, y que a la altura de los muslos estaban recortadas en tiras abiertas para proteger y facilitar el movimiento de las piernas. La cabeza y el cuello se defendían mediante un verdugo de cuero, en el que destacaba una cresta rígida del mismo material. Estos formaban en tres líneas compactas de cien hombres, tras sus *caetras*[50], y con sus jabalinas listas para el asalto.

Por último, los arévacos, que se situaron a la derecha de los carpetanos en orden de combate cerrado, iban organizados presentando un cuadro de cuatro filas de cien combatientes. Estos celtíberos eran los que mostraban un aspecto más vistoso y terrible a la vez. Con sus pantalones de colores, sus espléndidas cotas de malla célticas, sus enormes escudos ovalados fabricados con tablas de madera de roble pintadas, rematados con nervios y umbro de hierro en el centro de los mismos, y que estaban adornados con brillantes pinturas representando espirales y cruces gamadas. Las cabezas altivas, protegidas con sus eficaces cascos mixtos de hierro y bronce, de tipo celta francés, mientras oponían al enemigo sus lanzas y sus largas espadas de antenas. Tras estos, a manera de fuerzas de reserva, avanzaban los guerreros de Baikor, oretanos enemigos y vecinos de los de Kastilo, con sus grandes escudos pintados, sus falcatas, las túnicas de cuero reforzado y los capacetes de bronce.

De inmediato, Asdrúbal dio orden a sus oficiales para que, en campo abierto y antes de que los asaltantes alcanzaran los muros, las dos unidades de la falange púnica enfrentaran a los bárbaros y les causaran la mayor mortandad posible. Al toque de las tubas y al amparo de las flechas de los arqueros propios y de los muros

de la ciudad, se formaron las dos syntágmatas de infantería con doscientos cincuenta y seis soldados cada una de ellas. Su apariencia era realmente imponente. Dos cuadros de hoplitas integrados por dieciséis falangitas de frente y dieciséis por cada lado. Dos muros de bronce que presentaban un frente de grandes escudos, tras los cuales soldados profesionales vestidos con corazas y cascos, al estilo griego y macedonio, oponían filas de largas lanzas, llamadas sarissas, de tal suerte que las picas de las cinco primeras filas sobresalían de la primera de ellas, en tanto que las demás hileras de falangitas mantenían en alto las suyas para proteger a todos los compañeros, ya que podían frenar con estas los proyectiles que se lanzaran contra la formación. Tras ellos, una pequeña banda de cornetas, flautistas y tambores marcaban el ritmo y el compás para los desplazamientos.

Completaban la formación cartaginesa ciento sesenta jinetes divididos en cuatro escuadrones de caballería, de cuarenta caballeros, que se disponían a cada uno de los lados de las dos syntágmatas. De esta manera, cada unidad de infantería se veía flanqueada por una compañía de jinetes númidas del norte de África con sus cabellos cardados adornados con plumas, sus pequeños escudos de caña, sus ligeras túnicas de lino con adornos de piel de leopardo, y sus mortíferos venablos. Y por una unidad de caballería de iberos edetanos con sus armaduras de esparto reforzado con láminas de metal, sus cascos áticos con penachos de colores, sus pequeñas *caetras* de caballería, y las temibles falcatas y los soliferrum para atacar y pinchar.

La coalición de celtíberos, confiada en su número y fuerza pues triplicaban a los cartagineses, avanzó contra estos a la carrera lanzando horribles alaridos y cánticos guerreros apoyados por tubas y flautas, que emitían un ruido estridente y espantable, en tanto que golpeaban sus escudos con las lanzas. Su estrategia era elemental, gracias a su superioridad numérica querían embestir el centro púnico y, al tiempo, envolver a las dos formaciones de infantería cartaginesa.

A su vez, las dos syntágmatas, previendo la maniobra de los atacantes, marcharon a buen paso flanqueadas por sus apoyos de caballería que mantenían el paso para mantener la formación. Sus órdenes estratégicas estaban claras, romper el centro de la formación enemiga, donde se situaban los seiscientos carpetanos, dado que constituían el grueso de los atacantes, dividiendo en dos el frente de batalla de los celtíberos. En unidad de acto, dos de las alas de caballería númida arremeterían contra los flancos, formados por los olcades y los arévacos, para impedirles realizar la maniobra envolvente que se veía venir, mientras que las dos compañías de jinetes edetanos cargarían apoyando a la infantería cartaginesa.

El choque fue brutal. Las dos compañías de la falange púnica pararon el impetuoso ataque de los carpetanos y, poco a poco, comenzaron a avanzar de manera arrolladora con su compacto e impenetrable frente de picas y escudos. En apenas unos minutos destrozaron la línea de los celtíberos, pues estos no pudieron resistir el empuje de los libio-fenicios ni sus sarissas, que ensartaban a los feroces e imprudentes guerreros que se veían empujados por esa fuerza tremenda de los

disciplinados soldados cartagineses, protegidos tras los grandes escudos de bronce y que hacían valer el brío y el peso de ese tipo de formaciones en orden cerrado. Así las cosas, la pequeña falange se convirtió en un erizo mortal que avanzaba imparable por el centro de los seiscientos carpetanos, incapaces de resistir esa presión, cayendo al suelo a su paso merced a la energía agresiva de la unidad cartaginesa.

A su vez, los escuadrones de jinetes edetanos cargaron contra el centro de los olcades y de los arévacos con sus lanzas y falcatas causándoles muchas bajas, mientras los númidas hostigaban los extremos de la formación celtíbera con su peculiar estilo de guerrear: ataques y contraataques, retiradas y cargas rápidas, durante las que lanzaban una auténtica lluvia mortal de venablos por los costados de los guerreros, consiguiendo que las compactas formaciones de combatientes se abrieran mientras perdían la cohesión que habían presentado hasta ese momento.

Al cabo de media hora, las dos syntágmatas habían deshecho el centro del frente carpetano y habían puesto en fuga a sus integrantes junto con los de Baikor que no habían entrado en combate, la desorganizada masa de los que se retiraban se vio perseguida por los escuadrones edetanos. Enseguida, cada una de las syntágmatas giró disciplinadamente sobre el terreno, como habían ensayado y practicado en combate tantas veces, y encararon con su bosque de picas a los olcades y arévacos, respectivamente, que de repente se vieron atacados por la infantería cartaginesa además de seguir sufriendo el acoso incesante de los jinetes númidas.

Las alas de la confederación celtíbera, que habían planeado envolver a los púnicos, se vieron separadas del centro de la formación carpetana y presionadas por aquellas terribles picas. Aun así, resistieron cuanto pudieron, pero en un momento dado ya no pudieron aguantar más la presión y los estragos que causaban entre ellos los hoplitas cartagineses y emprendieron la huida, hostigados por los implacables jinetes númidas, mientras la infantería púnica se reorganizaba, mantenía el terreno conquistado y se preparaba para volver ordenadamente a Kastilo.

—Estratega, la salida de nuestras fuerzas ha sido todo un éxito —le explicaban una hora más tarde a Asdrúbal sus oficiales de alto rango, sentados en lo alto de la muralla de la ciudad, desde donde él había podido contemplar el desarrollo del combate.

—Bravo, ¡Ojo rojo de Melkart!… ¿Balance de daños, por favor? —inquirió el hermano de Aníbal.

—Les hemos matado unos quinientos guerreros, amén de los que hayan quedado malheridos.

—¿Y nosotros?… —preguntó nervioso y preocupado Asdrúbal.

—Unos cien entre jinetes y hoplitas de infantería.

Asdrúbal se quedó meditabundo. El resultado le dejaba alarmado. Se trataba de un balance peor de lo que esperaba. Perder cien soldados era un número demasiado elevado para una escaramuza como aquella, ante una horda de saqueadores que todavía eran más de mil, y según los exploradores a caballo, se verían reforzados en

unas pocas horas por otros trescientos guerreros de Baikor que se unirían a los trescientos que ya estaban en el campo enemigo sin haber combatido.

—Sé más concreto, Milas… —le exigió enfadado Asdrúbal.

—Setenta y ocho hoplitas, y treinta y dos jinetes… —especificó Giscón, el segundo en el mando y hombre de confianza de Asdrúbal—, eso sin contar con los heridos, ya que tenemos cerca de veinte infantes bastante lastimados…

—Mal balance, señores, muy mal balance defensivo… —exclamó Asdrúbal contrariado, mientras Giscón asentía—. Perder casi cien soldados de infantería libio-fenicia es muy mala noticia para nosotros, porque cuando los de Baikor refuercen a nuestros asaltantes, volverá a atacar casi el mismo número de guerreros, unos mil cuatrocientos, y nosotros no podremos sacar las syntágmatas a campo abierto porque ya conocen nuestra táctica de combate y están incompletas.

—Podríamos completar una de las dos unidades y tener una syntágmata entera con sus doscientos cincuenta y seis efectivos —propuso uno de los oficiales.

—U organizar una sola unidad, un cuadrado de veinte hombres por fila… Así utilizaríamos a nuestros cuatrocientos catorce hoplitas, con catorce para cubrir las bajas, y dos alas de sesenta y cinco jinetes a cada lado —propuso otro, ante la atenta mirada de Cerdubeles, el régulo de los oretanos de Kastilo.

Asdrúbal miró durante unos instantes a su amigo Giscón, un soldado experimentado, frío en el combate y con un temple extraordinario, pero no exento de valor y decisión. Durante ese lapso de tiempo meditaba en silencio la mejor manera de sacar provecho a sus reducidas fuerzas. Al cabo de un momento, le preguntó.

—¿Tú qué opinas, Giscón?

Este se mesó la tupida y negra barba, que ya plateaba en el mentón, suspiró profundamente y respondió.

—Yo me replegaría tras estos muros. Aquí son más útiles los soldados aptos y los heridos levemente… Me temo que ya en campo abierto tendríamos pocas posibilidades de victoria, ni sorprenderíamos al enemigo y, bien al contrario, podríamos vernos rodeados y arrollados…

—Yo estoy de acuerdo contigo —opinó Asdrúbal—. La idea de formar una sola unidad de hoplitas no es mala, pero veo un inconveniente decisivo, podría ser envuelta y rodeada con cierta facilidad… Un frente de veinte falangitas es demasiado escaso ante un enemigo mucho más numeroso, y más aún sin el apoyo de otra unidad de infantería de sus mismas características. Nos podrían masacrar, y posteriormente les sería sencillo asaltar las murallas y defensas.

El régulo oretano tembló internamente al escuchar esas palabras tan duras como ciertas, sobre el posible desarrollo del combate con un asalto rápido de la ciudad.

—Si cubrimos los muros y torres, ahí mis guerreros serán de más utilidad que en campo abierto —comentó Cerdubeles, pues era sabido que sus oretanos no eran buenos guerreros, dado que su vida era más próspera y confortable que la del resto de los iberos y celtíberos que les rodeaban, gracias a la plata de sus minas, al comercio

de aceite y a la prosperidad de sus tierras—. Además, siempre podremos armar a los jóvenes…

—Decidido, establezcamos las líneas de defensa tal como planeé y os expliqué, y esperemos los refuerzos de Cartago Nova que ya están en camino. Combatiremos al amparo de estos muros con la ventaja de que los bárbaros no parece que tengan torres de asalto, ni catapultas, ni tren de asedio —ordenó Asdrúbal incorporándose penosamente, con la ayuda de una muleta de madera, pues estaba deseando ver a Himilce—. Ahora necesito descansar en mis aposentos durante un rato…

Unos minutos más tarde, Himilce, que tenía conocimiento puntual de todo cuanto acontecía en el palacio de su hermano, aprovechó el revuelo de hombres, armas y destinos provocado por el ataque de la confederación de celtíberos, se deslizó al interior de la estancia donde descansaba plácidamente su cuñado, envuelto en una agradable penumbra con las contraventanas de madera cerradas y el sol a punto de ponerse.

—¿Te relajas cuando nuestras vidas corren peligro ante el inminente asalto de esos salvajes celtíberos? —le espetó Himilce entre susurros, a manera de reproche, después de entrar furtivamente en la habitación.

Asdrúbal se encendió internamente, y el deseo sexual se apoderó de él.

—Ven, Himilce, acércate a la cama y descansemos… Hasta mañana no atacarán esos bastardos y nosotros los estaremos esperando frescos, descansados y con ganas de mandarlos al inframundo. —Le invitó el cartaginés con voz acariciadora.

—Asdrúbal, déjate ahora de diversiones. No está la situación para juegos de cama —le reprochó la oretana, en tanto que se pasaba ambas manos por su vientre cargado de vida, lo cual constituía su única preocupación.

—Pero mujer… Yo te amo, te necesito…, yo te deseo fervientemente… —le confesó él con voz suplicante.

Himilce lo miró con cara de asombro y de asco.

—¿De verdad que te apetece hacerlo ahora, con el peligro tan cercano y apremiante que nos acecha, que nos puede costar la vida…?

Asdrúbal se encogió de hombros y se sentó en la cama.

—Ni el peligro está tan próximo ni hay motivos para temer nada… Podemos amarnos —replicó con simpleza egoísta masculina.

—Es verdad, podemos hacerlo tranquilamente, varias veces incluso, las que hagan falta… hasta el amanecer de mañana… No existen trabas porque yo no soy tu cuñada, no hay cientos de bárbaros al acecho que van a asaltar Kastilo, mi hermano Cerdubeles no sospecha nada acerca de nosotros…, ¿sigo? —le soltó de manera desabrida pues estaba muy furiosa y enfadada con él, porque no se explicaba cómo podían ser los hombres de esa manera y pensar solo en sexo y en acostarse, en un momento como ese, con lo que se les venía encima.

Asdrúbal se quedó parado, en silencio, sin entender cómo se había podido apagar el fuego del que había hecho gala Himilce días atrás, cuando parecía que los dos

compartían el mismo sentimiento amoroso y pasional.

—Yo he venido solo porque quiero saber de verdad si corremos un peligro real, si vamos a derrotar a los celtíberos, si nos van a hacer algún daño físico irreparable, si llegarán a tiempo los refuerzos de Cartago Nova… —le explicó ella con voz angustiada, mientras se sujetaba el vientre preñado.

—¿Tú crees que Cerdubeles sospecha algo? —preguntó alarmado Asdrúbal, sin reparar en el significativo gesto de ella, que se protegía el incipientemente abultado vientre.

Ella lo miró fulminándole con fuego en sus ojos.

—No lo sé, Asdrúbal, no lo sé… Yo creo que todavía no sabe nada cierto pero ya no se puede disimular más… Por eso no debemos forzar tanto ni arriesgar… No podemos seguir juntos… Ya lo hablamos y quedó claro el otro día. Tenemos que dejarlo para siempre —le comentó ella de manera tajante—. Y yo no habría venido a visitarte pero tengo que saber qué pasará…, y si me he arriesgado de nuevo ha sido para poder preguntarte…, y no deseo nada más de ti, únicamente preciso saber si vamos a sobrevivir sin daños, sin heridas, sin dolores…

El cartaginés estaba desanimado, disgustado y entristecido por el rechazo que le acababa de hacer su cuñada, su gran amor, y desorientado porque no entendía cómo pudo estar tan amorosa y entregada, días atrás, y ahora le paraba en seco y cortaba con él de manera definitiva. Se sentía muy dolido porque creyó que eso de dejarlo no iba en serio. Su ánimo estaba revuelto y contrariado, por ello contestó con un tono de voz desagradable y osco.

—Tranquila…, tranquila, porque no te va a pasar nada, querida Himilce… Tú estarás siempre bien protegida en lo alto de la torre del palacio de tu hermano y nadie te tocará allí ni un pelo de la ropa… Ni siquiera te enterarás de los combates… Aplastaremos a los celtíberos y los pocos que queden vivos correrán hasta las altas montañas llenas de nieve… Y tú seguirás sana y salva… De verdad, no entiendo esa preocupación tan repentina y tan obsesiva que te ha dado por tu integridad física… Ni que estuvieras embarazada…

15

Tal y como había previsto Asdrúbal Barca, los celtíberos coaligados se recuperaron durante toda esa jornada, se lamieron las heridas y, una vez que recibieron los refuerzos de Baikor y alguna otra ciudad menor de los carpetanos, volvieron a la carga y atacaron Kastilo a la mañana siguiente.

Los soldados cartagineses, bien dispuestos en las almenas, en las defensas y en los muros, los vieron salir desde el valle donde tenían sus campamentos. De conformidad con lo que habían acordado los mandos púnicos, la infantería de hoplitas no efectuó una nueva salida en campo abierto y permaneció dispuesta en las zonas de la muralla que se les había asignado, bajo el mando de sus oficiales.

—Estratega, allí vienen —le informó un soldado en lo alto de la muralla a Asdrúbal, mientras señalaba con el dedo hacia el cercano valle de donde surgían los combatientes celtíberos en un número que se aproximaba a los mil quinientos.

Asdrúbal, apoyándose en su muleta de madera y ayudado por uno de sus asistentes de campo, se recostó contra la almena de piedra de la defensa principal de Kastilo y miró hacia el horizonte haciendo pantalla con las manos para que el sol naciente no le deslumbrara, aunque, en realidad, no se fijó en nada porque su mente no estaba en las almenas y divagaba atormentada por sus demonios interiores. A su incomodidad física se unía su desazón interna. El repudio por parte de Himilce. Los remordimientos por haber accedido carnalmente a la mujer de su hermano y seguir deseándola con todas sus fuerzas. El arrepentimiento por estar enamorado de ella. Eso unido al asedio que iban a padecer, de cuyo resultado no estaba seguro del todo. La fatalidad de haber enviado tantos soldados a Cartago Nova. Solo con que se hubiera quedado con un par de syntágmatas más, todo solucionado. Con otros quinientos hoplitas y ochenta jinetes más él habría podido realizar una maniobra envolvente, enviándolos tras las líneas de los celtíberos, para que sorprendieran y atacaran por su espalda a estos cuando estuvieran asaltando los muros y, de esta manera, poder destrozarlos sin piedad mientras el resto de los hombres desde las murallas los mataban con lanzas, flechas y piedras. Así Himilce no sufriría ningún daño físico mortal habida cuenta de que ella estaba realmente obsesionada y atemorizada con sufrir algún mal. Algo inexplicable de repente, ya que ella nunca había mostrado un temor de esa magnitud por esa causa física.

—¿Mandamos subir ya a los arqueros y honderos oretanos? —oyó preguntar a su segundo en el mando.

Asdrúbal volvió en sí. Desechó de su mente las preocupaciones y fantasmas familiares que le acechaban, y se concentró en la enorme responsabilidad que tenía ante sí en ese momento, así como en la cantidad de vidas que dependían de él, de sus

órdenes acertadas y de su entereza. Respiró hondo, sacó de dentro su fuerza interior y dejó que aflorara el magnífico oficial que era.

—Sí, Giscón, que suban ya —ordenó con voz firme—. Y que cada soldado, batidor y ayudante acuda presto a su puesto. Cada uno debe defender la posición hasta la muerte si es preciso.

Giscón envió a un suboficial a cumplir las órdenes del estratega en jefe.

—Además —prosiguió Asdrúbal—, que la caballería esté dispuesta y forme dos escuadrones, es posible que hagamos una salida lateral por la puerta norte, en el punto en que haya menos atacantes, que maten a los más posibles… Salidas rápidas, fulgurantes, dos o tres cargas selectivas, matar y malherir y vuelta rápida al amparo de los muros.

—Es una gran idea —reconoció Giscón con una sonrisa—, ya sabía yo que un Barca siempre planifica algo de ese estilo… aprovechando que los bárbaros no tienen caballería.

Asdrúbal sonrió y le dio un puñetazo suave en el hombro.

—Creo que nos vamos a divertir bastante…, pero ¡maldita sea, sangre de Baal!…, si no fuera por esta condenada pierna… —soltó con un tono de voz alegre y castrense, arrancando las carcajadas sinceras de los soldados que estaban cerca de los dos oficiales superiores, en tanto que su espíritu se elevaba y animaba, mientras dejaba atrás, momentáneamente, la tristeza depresiva que a veces lo dominaba y atenazaba.

Los celtíberos avanzaron formando batallones y, como el día anterior, se organizaron según sus ciudades y jefes porque habían pactado entre ellos que el botín ganado se repartiría según etnias y grupos tribales. Su estrategia era simple, atacar los muros rodeando Kastilo, desde los tres lados a la vez, y escalarlos merced a las escalas de madera y pértigas que llevaban y que habían construido durante el día anterior. Era verdad que carecían de un tren de asedio en condiciones: torres de asalto, catapultas, rampas de madera…, pero como Kastilo era un poblacho grande y con buenas defensas pero no una gran ciudad, consideraban muy factible avanzar tras los escudos y defensas portátiles de madera y cuero construidas, llegar hasta el pie de las murallas y, gracias a su superioridad numérica, escalar y subir con las escaleras de mano, matando a los defensores, era cuestión de valentía; para cuya tarea contaban con la ayuda de arqueros y honderos que barrerían las almenas con sus proyectiles.

El plan de ataque estaba claramente definido. Los arévacos alcanzarían el río y el puerto fluvial, e intentarían asaltar los muros que defendían Kastilo por ese lado, fuertes y anchos pero no muy altos. Los carpetanos, más numerosos, se dirigirían contra la puerta principal y la muralla más alta de la ciudad, que tenían de frente según salían del valle donde se escondieron. Por su parte, los olcades y las partidas de oretanos de Baikor y sus pedanías irían contra la muralla norte y su puerta e intentarían forzarla para entrar.

Para facilitar su acercamiento a los muros y preservarse de las flechas y piedras

que, a buen seguro, les iban a lanzar los cartagineses desde lo alto de los muros, los celtíberos habían preparado unas pantallas móviles hechas con bastidores de madera que, en unos casos se habían rellenado de paja y en otros, con cueros y pieles estiradas. Los atacantes las colocaron en primera línea para que sirvieran de defensa a los arqueros y honderos propios, los cuales avanzarían parapetados detrás de ellas. De esta manera, podrían disparar sobre las almenas para despejarlas de defensores, matando a cuantos más mejor, para facilitar el asalto a los guerreros que iban a subir con las escalas y pértigas hasta lo alto de los baluartes.

Los guerreros se acercaron gritando y formando una batahola indescriptible, parapetadas las primeras filas tras los manteletes, y se pararon a unos cincuenta metros de los muros. De inmediato, lanzaron centenares de flechas y de piedras que cayeron sobre las almenas, pero, aunque las flechas trazaron una parábola, no hirieron a ningún defensor pues estos se cubrieron rápidamente con los escudos. Por su parte, las piedras de las hondas, mal lanzadas, se estrellaron contra las defensas de piedra y de madera de la ciudad de manera inocua.

—Mala puntería. ¡Ahora, nos toca a nosotros! —ordenó Giscón con voz potente.

Los arqueros africanos al servicio de Kart Hadasht metieron las puntas de sus flechas, que estaban envueltas en una estopa empapada con una sustancia inflamable, en unos hornillos en los que crepitaba un fuego vigoroso.

—Apuntad a las pantallas de paja y a los manteletes para incendiarlos y vosotros, honderos oretanos, aquí prestos y tan pronto como se quemen, apedread a los que se esconden detrás de esas defensas móviles —les ordenaron sus suboficiales.

En un momento, la plácida mañana jienense en la que, apenas una hora antes, los pájaros cantaban, se convirtió en un pequeño infierno.

Las flechas incendiarias de los africanos surcaron veloces los cielos, alcanzaron sus objetivos y enseguida se comenzaron a incendiar las pantallas de paja, lo que motivó que los guerreros que se escondían detrás de ellas salieran al descubierto y se dispersaran momentáneamente.

—¡Honderos, ahora! —aulló uno de los oficiales al mando, mientras una treintena de hondas eran disparadas a la vez y sus mortíferos proyectiles caían sobre los desprevenidos asaltantes—. ¡Ahora!… ¡Ahora!… ¡Ahora!…

La muerte surgida del cielo se llevó su ración diaria de vidas, porque según fueron cayendo las andanadas de piedras sobre los asaltantes, estos fueron dejando por tierra a bastantes de ellos, descalabrados, muy aturdidos, con algún ojo saltado.

Los defensores no se pararon.

—Segunda fila de arqueros, ¡disparad, ya! —ordenaron los suboficiales africanos.

Estos se acercaron a las almenas y enviaron varias tandas de flechas contra los guerreros aturdidos por las piedras y sofocados por el humo que producía la paja incendiada. La acción fue eficaz, pero cayó alguno de ellos porque los celtíberos no se detuvieron, avanzaron detrás de las pantallas con cubiertas de cuero y pieles mojadas, que no se incendiaban, y dispararon centenares de flechas con un cierto

éxito militar, pues hirieron a bastantes de los hombres apostados en lo alto de la muralla; mientras el grueso de las fuerzas de asalto seguía protegiéndose como podía con sus escudos y *caetras*.

—Giscón, que las dos unidades de caballería se desplacen hasta la puerta lateral y estén preparadas para intervenir —ordenó Asdrúbal—. Todo indica que los olcades van a intentar asaltar la muralla del norte.

Las instrucciones se transmitieron con celeridad y, de inmediato, los jinetes montaron sobre sus caballos y permanecieron a la expectativa, junto al portón de salida, a la espera de la orden de carga.

Al tiempo, los encargados de preparar los calderos con aceite hirviendo subieron estos con sumo cuidado hasta lo alto del adarve y los colocaron entre las almenas, dispuestos para su uso.

Mientras tanto, los arévacos rodearon la ciudad y llegaron hasta la orilla del río.[51] Al no haber defensores, rápidamente se apoderaron de los dos torreones de pequeño tamaño que se levantaban paralelos uno enfrente del otro en cada orilla, y que contenían las enormes palancas de madera y bronce que servían para levantar o bajar al agua la gruesa cadena de hierro que, sujeta a un mecanismo dentro de las mismas, impedía o permitía la salida o entrada al puerto fluvial.

Una vez que el pelotón encargado se apoderó de dichas torretas de control, se dieron grandes gritos de alerta a los que acudieron presurosos docenas de guerreros arévacos que se extendieron por las orillas del río blandiendo sus armas, dando alaridos estridentes. El motivo del aviso era que varias lanchas de buen tamaño, a bordo de las cuales se querían escapar algunas familias ricas de mercaderes portando una cantidad considerable de objetos de valor, amén de saquitos repletos de shekeles de plata, bajaban corriente abajo intentando llegar hasta el enorme río Baitis y escapar del asedio; una fuga que iba en contra de las ordenanzas de Asdrúbal, que no quería defecciones ni que se debilitara la defensa de la ciudad. Aun así, los sobornos realizados por los ricos comerciantes a los soldados de la guarnición que cuidaba del puerto y su muro facilitaron la salida, aunque no la salvación, porque los arévacos se incautaron de las lanchas y barcas que había amarradas en la ribera del río, remaron con energía en dirección a los fugitivos y enseguida comenzaron a hostigar a los que intentaban huir.

Comenzó un corto y violento combate naval en medio del río, dado que alguna de las gabarras contaba con desertores de Kastilo que, tras el soborno correspondiente, habían preferido abandonar la defensa de la ciudad y huir con sus nuevos patronos como guardaespaldas de estos. En un plazo de tiempo bastante breve, los desertores armados fueron abatidos con prontitud y precisión bélica y arrojados al agua por los guerreros asaltantes quienes, a continuación, en medio de los gritos de júbilo de sus compañeros de armas, que esperaban apostados en la orilla, consiguieron empujar las lanchas hasta la orilla dominada por los suyos.

Lo que allí pasó en un abrir y cerrar de ojos fue una muestra más de la brutalidad,

inhumanidad y crueldad de los seres llamados humanos. En cuanto las lanchas vararon sobre la arena de la orilla, los guerreros que los esperaban excitados y feroces se lanzaron sobre los que iban a bordo como una jauría de lobos. Lo primero fue arrojarse sobre los hombres y mujeres adultos y masacrarlos en un momento, abatiendo a cuantos bajaban o eran lanzados a tierra desde las embarcaciones con sus largas espadas célticas y las mortíferas lanzas de combate. Poco después, la arena de la ribera se tiñó toda de rojo así como las aguas. A continuación, atraparon a los jóvenes. Los muchachos y los niños no muy pequeños fueron reducidos rápidamente y atados por las muñecas y los cuellos para ser vendidos como esclavos a los mercaderes fenicios y griegos, quienes se los llevarían a las minas de plata de Cartago Nova y de Sierra Morena, donde siempre había demanda de mano de obra esclava. Las mujeres jóvenes y las niñas se quedaron durante un horripilante momento dentro de las lanchas, espantadas ante lo que estaban viendo, abrumadas por el horror violento que se desarrollaba ante sus ojos, temblando ante lo que estaba a punto de abatirse sobre ellas, incapaces de asumir y entender lo que ocurría.

Los guerreros arévacos discutieron entre ellos, durante ese horripilante momento, y cuando se pusieron de acuerdo cayeron sobre las féminas. Las muy niñas fueron dejadas dentro de las barcas junto con los críos que se habían salvado de la esclavitud dado su escaso tamaño y valor productivo. Las demás fueron apresadas y hubo de todo. Bastantes de ellas, con independencia de su edad, belleza o tamaño fueron golpeadas, arrojadas al suelo y violadas brutalmente en grupo por los guerreros. Las menos desafortunadas porque eran más agraciadas físicamente fueron alejadas de aquel lugar de horror y conducidas por los jefezuelos y los guerreros que se habían apropiado de ellas para hacerlas sus esposas, pues era bien sabido que en las tierras norteñas de estos celtíberos no abundaban las mujeres, y aquellas iberas limpias, morenas y educadas eran una gran adquisición, un botín que por sí solo era suficientemente valioso como para considerar muy buena la campaña de rapiña emprendida.

Por descontado, los sacos de monedas de plata, los candelabros, las piezas de plata, los lingotes de este metal precioso y todo lo de valor, que llevaban los oretanos en su precipitada huida, cayó en manos de sus agresores, quienes se lo llevaron para hacer bolsa común, como era costumbre entre ellos, la cual repartieran los jefes junto con lo que obtuvieran tras la conquista de Kastilo.

Aquel actuar por su cuenta de los arévacos, sin atenerse a la táctica planificada en común por los caudillos de todos los confederados, retrasó bastante la ofensiva que tenían que haber llevado a cabo contra las posiciones cartaginesas que defendían los muros sobre la zona portuaria. Eso alivió la presión sobre esa zona y permitió que los oficiales cartagineses, informados al punto de esa demora, comunicaran ese hecho a Asdrúbal, quien ordenó la urgente salida de los dos escuadrones de caballería.

16

Los ciento veinte jinetes supervivientes salieron en tropel por el portón de la muralla norte de Kastilo. Nada más traspasar los muros, este fue cerrado y atrancado, y los que habían salido formaron rápidamente dos escuadrones delante de las defensas amuralladas. Los edetanos calaron sus cascos y escudos y cargaron a galope tendido contra la infantería de los olcades, que avanzaba tras sus pantallas de madera, escudos y defensas. Con gran ímpetu, los edetanos entraron a saco entre las filas sorteando los manteletes e irrumpieron en medio de los olcades, clavando lanzas y venablos, y dando furiosos tajos con sus espadas mientras los empujaban con sus fuertes y bajos caballos y sus *caetras*. Una vez pasado el primer momento de sorpresa, los olcades reaccionaron con brío y atacaron a los jinetes, trabándose un combate feroz y violento en el que rodaron por tierra hombres de ambos bandos.

A su vez, los númidas realizaron una de sus maniobras más habituales. Cabalgaron de un modo que pareció como si ignoraran a los olcades ya que los rodearon a gran velocidad en dirección opuesta. Estos los vieron pasar a una distancia considerable por su flanco izquierdo y a galope tendido, haciendo una curva mientras se alejaban. De inmediato, creyeron que se dirigían contra las compactas unidades de los carpetanos que se aproximaban a la muralla un par de centenares de metros más allá. En consecuencia, se olvidaron de ellos y se concentraron únicamente en repeler la carga salvaje de los edetanos que estaba causando estragos entre las primeras filas de los suyos.

Ese error táctico, unido al desconocimiento de las cualidades militares númidas, que nunca habían combatido ni contrarrestado, junto con el exceso de confianza, les costó muy caro a los olcades porque, sin previo aviso, los ligeros númidas, que parecía que se dirigían contra otro objetivo, cambiaron de dirección y a una velocidad impensable sus pequeños y resistentes caballos giraron al momento. Sin tardanza, recorrieron un arco corto dando la vuelta ya que acababan de recibir esa indicación de sus jinetes mediante unos golpes suaves y precisos dados con las rodillas,[52] y se lanzaron como un solo hombre e igual de deprisa contra los desprevenidos asaltantes que solo se preocupaban de repeler la carga de los edetanos. En un momento, una lluvia certera de venablos cayó sobre las espaldas de los desprevenidos olcades, y sesenta de ellos cayeron al suelo malheridos. Al percatarse de la acción, estos se giraron y opusieron sus escudos y *caetras* plantando cara a los númidas que emprendieron una falsa huida, según sus habituales tácticas guerreras de combate. Al verlos retirarse, algunas docenas de incautos olcades se envalentonaron y, excitados por el combate y furiosos por lo que consideraron una traicionera conducta de

aquellos oscuros jinetes que no combatían como hombres, salieron en su persecución, pero solo unos metros más adelante los númidas volvieron grupas rápidamente y encararon a la desordenada infantería olcade que les perseguía. El resultado fue desastroso para los infantes dispersos porque una nueva andanada cayó a toda velocidad sobre ellos, antes de que les diera tiempo a cerrar filas, mientras los jinetes se volvían a retirar rápidamente, apenas unos metros, y preparaban una nueva descarga de venablos sobre sus oponentes, ya que solían llevar en la mano hasta seis de estos en cada combate, dado que en la otra empuñaban los protectores escudos que los mandos púnicos les obligaban a llevar en las cargas para resguardarse; a pesar de que no los habían llevado nunca porque su táctica guerrera no aconsejaba su uso. Así las cosas, otros sesenta olcades recibieron las mortíferas y acertadas jabalinas con mejor o peor fortuna.

Desde su privilegiada posición, Asdrúbal vio las exitosas maniobras de los dos escuadrones de caballería y, según había ordenado, consideró que era el momento de no tentar más a la diosa Fortuna ni exponerlos a unas pérdidas inasumibles si el asedio se prolongaba.

—Ordena a la caballería que regrese con prontitud y sin tardanza.

Uno de los oficiales que estaba a su lado asintió con la cabeza y de inmediato hizo señas con una brillante bandera de color rojo oscuro, contraseña que fue vista al momento por los oficiales situados sobre el portón de la muralla norte.

En un instante, desde lo alto del muro se contestó a dicha señal y comenzaron a sonar las tubas de la caballería ordenando la retirada inmediata. Los númidas, a una orden de sus jefes, presionaron con sus rodillas los flancos de sus corceles y emprendieron un repliegue raudo. Cabalgaron a lo largo de las filas olcades y mientras pasaban ligeros y veloces aprovecharon para lanzar una última descarga de jabalinas. Los edetanos, por su parte, volvieron grupas y se retiraron a toda prisa hacia el portón de la muralla mientras los olcades se reagrupaban exhaustos detrás de sus manteletes de madera y piel, y seguían avanzando contra el muro del portón.

Asdrúbal escudriñaba a lo lejos e intentaba evaluar las pérdidas pero no tuvo que esperar mucho para saberlo, enseguida llegó un jinete que informó a los mandos, y estos a su general.

—Hemos perdido diecinueve jinetes y hemos debido de matar unos sesenta olcades, a lo que se debe sumar los que han quedado malheridos, que serán otros tantos… —le explicó Giscón cuando llegó a su lado.

Asdrúbal resopló. No estaba mal, pero él había calculado unas pérdidas menos considerables. Diecinueve muertos y varios más que morirían en los días venideros, a consecuencia de las heridas, eran demasiados. Malditos iberos que luchaban con tanto coraje y arrojo, que estaban tan bien armados y sabían a lo que habían venido.

Como no había cuartel los guerreros carpetanos habían llegado hasta el pie de los muros e intentaban colocar sus escalas de madera, lanzar sus cuerdas con gancho a lo alto de los muros y apoyar sus gruesas pértigas para trepar hasta lo alto y luchar

cuerpo a cuerpo con los defensores. Además, habían acarreado con ellos un rudimentario ariete para golpear la puerta, un enorme tronco de sabina al que habían quitado las ramas y clavado unas asas básicas y unos cordajes para poder blandirlo y balancearlo. En cuanto los tuvieron debajo los defensores comenzaron a lanzar sobre estos piedras de buen tamaño, flechas, lanzas y todo aquello que pudiera causar la muerte. A su vez, los honderos seleccionaban aquellos guerreros que comenzaban a subir los primeros y los intentaban abatir a pedradas para que cayeran sobre los que subían detrás.

Himilce, asomada al balcón del torreón del palacio de su hermano lo observaba todo con cara de pánico. Miraba horrorizada cómo los asaltantes habían superado los ataques de la caballería y se apostaban junto a los muros. Veía aquel espanto y pensaba que seguramente los escalarían, matarían a la guarnición, la atraparían a ella y le harían de todo… Y perdería a su hijo… No pudo aguantar más la tensión, penetró en su alcoba y se puso de rodillas delante de una estatuilla de oro colocada dentro de una vistosa hornacina de plata, en la que había siempre velas encendidas.

—Bendita madre Ashtoreth,[53] ¡oh tú, que lo puedes todo!…, protege la vida de mi hijo, ¡oh tú!, que riges las existencias terrenales de quienes te adoramos —comenzó a rezar Himilce en voz alta, sobreponiéndose al estruendo de la batalla, pues como muchos iberos era muy devota de esa divinidad traída por fenicios y cartagineses—. Porque él es inocente de la locura de los hombres…

—¿A qué hijo te refieres, querida hermana? —le preguntó Cerdubeles a sus espaldas según entraba en la estancia, sobresaltando a Himilce.

Ella se volvió y se lo quedó mirando. Acto seguido, se levantó del reclinatorio donde estaba orando.

—¿Ahora te dedicas a espiarme? —le preguntó con acritud.

—¿Espiarte yo?… Todo lo contrario, solo he venido para saber cómo te encuentras —le contestó Cerdubeles con cinismo—. Y para comprobar que los guardias que te custodian y velan por tu seguridad están alertas y en su puesto.

Himilce realizó un mohín extraño con la boca.

—O debería decir mejor tu seguridad y la de tu hijo… —apostilló el régulo de Kastilo sonriendo.

Ella le hizo una mueca de repulsa parecida a las que le dedicaba cuando eran pequeños y peleaban.

—Por cierto, mi queridísima hermana, ya que me vas a hacer tío… Deberías confiarme el secreto…, ¿de quién es el niño, de Aníbal o de tu cuñado Asdrúbal?… —le preguntó con una sorna insoportable, mientras soltaba a continuación una risita sarcástica, irritante y desagradable, muy similar a la que le dedicaba cuando eran niños y disputaban en el palacio de su padre Orisón.

Himilce estaba furiosa. Se sentía vulnerada. Espiada. Denigrada.

—El hijo es de mi esposo Aníbal… De hecho, yo ya estaba embarazada cuando llegué a Kastilo[54] —le contestó afirmando su verdad, intentando hacerle sentir todo

el desagrado que sentía y darle al tono de su voz mucha arrogancia—. ¿Qué te has pensado tú?

Cerdubeles volvió a soltar la risita que sabía que tanto molestaba a su hermana, hizo unos signos de rechazo con las manos y respondió con toda naturalidad haciendo pausas intencionadas y arrastrando un poco las palabras.

—Yo no he pensado en nada, mi querida hermanita…, en nada…, pero, eso sí, yo creo que tú has sido, digamos… que un poco traviesa y que no has dejado descansar a cierto noble magullado como necesitaba…, en función de la gravedad de sus heridas…

Himilce se quedó petrificada al escuchar las insinuaciones de su hermano. Estaba claro que los avisos de Agenor tenían un fundamento real. Cerdubeles había seguido y espiado todos sus pasos desde que ella había vuelto al palacio familiar, y sus precauciones no habían servido para nada.

—Yo únicamente he cuidado lo mejor posible de mi cuñado, según me ordenaste tú, porque el verdadero problema residía en que se nos pudiera morir aquí, en Kastilo… —le explicó ella alzando el volumen de su voz, aunque sin llegar a gritar.

Cerdubeles le dirigió una mirada llena de sorna y malicia.

—Y nadie te ha acusado, querida hermanita, de que lo hayas cuidado mal…, todo lo contrario… Mírale, allí, al frente de sus soldados —le dijo señalando con un dedo hacia el bastión donde Asdrúbal se había instalado para dirigir la defensa—, todo lo contrario… Demasiado bien lo has cuidado…, demasiado bien, diría yo… —y volvió a emitir la desapacible y molesta risita.

—Hermano…, ¿tú no tendrías que estar en las murallas combatiendo junto a los soldados, como están haciendo en este momento todos los hombres en edad de portar armas? —le preguntó ella haciendo su peor mueca de desagrado.

Cerdubeles volvió a reírse de manera molesta.

—Mujer, no seas así con tu hermanito que te quiere tanto… Los combates y mis guerreros pueden pasarse sin mi concurso durante un breve lapso de tiempo, el suficiente para que yo me entere bien del estado físico de mi querida hermanita pequeña… —replicó el régulo oretano con toda la sorna del mundo—. Sobre todo ahora que vamos a tener un heredero… ¡El primogénito del primogénito de los Barca!… ¿verdad?

Himilce le volvió a fulminar con la mirada.

—Yo ya estaba embarazada… —intentó repetir ella, aunque se vio interrumpida por su hermano.

—No te preocupes, eso lo vamos a saber seguro y muy pronto…, para tener toda la certeza posible… Ya sabes cómo es tu esposo Aníbal, ¿verdad? —Le comentó Cerdubeles mientras Himilce se empezaba a alarmar—. Cuando yo he llegado tú estabas de rodillas orando a la divina Ashtoreth…, ¿cierto?

—Sí, cierto, estaba rezando…, ¿por qué me lo preguntas? —inquirió ella con cautela y toda la prevención posible.

—Por nada, mi querida hermanita, por nada… —contestó él con una cara de zorro astuto que asustaba—, lo digo porque yo me voy a reincorporar al combate ahora mismo, al frente de mis hombres…, y como ya te dejo tranquila y con tiempo para ti, creo que lo mejor que puedes hacer es que sigas rezando a la diosa Ashtoreth…

—¿Y eso por qué?…, si puede saberse —le preguntó ella intrigada, pues su hermano no era precisamente un hombre devoto de los dioses, ni tenía inclinación por la oración.

Cerdubeles sonrió enseñando los dientes.

—Porque dentro de un rato te visitarán los físicos, las parteras y las comadronas de palacio —le explicó pausadamente con una sonrisa—, que te examinarán concienzudamente, bien a fondo, hasta donde haya de llegarse para que puedan determinar con toda exactitud cuánto tiempo llevas embarazada…

Himilce le miraba con toda tranquilidad, confiada, sin hablar, con una sonrisa sardónica dibujándose en los labios, sin hacer gasto de genio o de personalidad.

—Porque para ti, mi querida hermanita, es preferible que el hijo sea de Aníbal… —expuso disfrutando del mezquino momento, aunque aquella sonrisa de su hermana lo hacía recelar porque la veía muy confiada, como cuando eran niños—. Por eso considero que, por lo que pueda pasar, te conviene seguir rezando… Te va mucho en ello, mi querida Himilce, y debes rezar mucho y ponerte bajo la advocación de la divina Ashtoreth…, la madre de todos los hombres… La protectora de los partos…

17

Cuando pasaron los dos días dichosos que Aníbal había prometido al traidor Sodalis, comenzó el terrible final para el asesino de Asdrúbal el Bello. Por todo Cartago Nova se había extendido rápidamente la noticia de la captura del asesino en tierras de los edetanos, así como la de su confesión y su condena a muerte. Y eso mismo es lo que se iba a llevar a cabo ante toda la ciudad.

Antes de sacarlo a las calles de la urbe, los guardias le administraron en su mazmorra una botella llena de jugo concentrado de adormidera que este bebió con avidez. A continuación, lo condujeron a la calle por la puerta principal de la prisión, que estaba enfrente de la muralla donde lo iban a ajusticiar. Su aspecto era lamentable. Desnudo. Macilento y muy sucio. Tuerto de un ojo. Con un costurón en el escroto que goteaba sangre.

Sodalis, deslumbrado al principio por la falta de luz en su prisión, se llevó las manos al ojo sano, durante unos instantes titubeó y permaneció parado en el dintel de la salida. Enseguida vio la calle empedrada que iba hacia la muralla, flanqueada por dos largas filas de ciudadanos que le esperaban ansiosos por dañarle, que gritaban como malditos y que dejaban un pasillo en medio. También observó, en lo alto del adarve, el fuerte madero vertical dispuesto para las ejecuciones, donde se encajaría el travesaño en el que lo iban a crucificar a la vista de todos los que estaban esperando contemplar tan macabro espectáculo.

Uno de los guardias lo empujó ligeramente para que comenzara a caminar y el gentío se quedó en silencio. Otro se acercó y le colocó sobre los hombros un travesaño de unos dos metros de largo, no muy grueso y que no pesaba demasiado aunque su madera rasposa le arañó la espalda. Otro le pegó un latigazo tremendo en la espalda, que restalló en toda la calle, sonido que tuvo un efecto de despertador de la muchedumbre, que comenzó a gritarle e insultarlo mientras le tiraban toda clase de proyectiles dañinos según pasaba a su lado. Así, entre terribles latigazos que le cortaban la piel, escupitajos, pedazos de fruta podrida y pedradas, Sodalis caminó sin detenerse hasta el pie de las escaleras de piedra que conducían al adarve de la muralla. Allí, el travesaño fue izado por unos hombres con unas cuerdas y él subió penosamente los escalones mientras unos guardias le iban espoleando y otros contenían al populacho para que se quedara mirando desde el pie de la escalinata, sin subir. Cuando Sodalis llegó a lo alto, dos guardias lo agarraron por los brazos y lo exhibieron ante la histérica muchedumbre, que gritó exaltada aún más si ello era posible, bajo la atenta y severa mirada de Aníbal y Magón Barca, de todos los oficiales de alta graduación del ejército púnico, así como los presidentes de los gremios de los comerciantes y mercaderes, los sacerdotes de los templos, y los

representantes de los estamentos más importantes de Cartago Nova.

—¡Sodalis, miserable perro traidor! —gritó uno de los verdugos que leía una hoja de papiro con la sentencia a muerte del condenado—. Traicionaste la confianza de nuestro gran Asdrúbal el Bello, te aprovechaste de su buena fe, y de manera alevosa lograste perpetrar contra él un magnicidio execrable… Por ello, toda la nación cananea te aborrece y desea tu perdición… ¡Pero nadie escapa al poder de Kart Hadasht, ni de su hijo más ilustre, aquí presente, Aníbal Barca, el hijo del León de Cartago!…

El gentío aplaudió fervorosamente y gritó toda clase de alabanzas a favor de Aníbal y toda la familia Barca, loas a Kart Hadasht y, de inmediato, volvió a soltar todo tipo de improperios contra el condenado mientras le lanzaban a lo alto aquello que consideraba que le podía llegar, golpear y dañar.

—¡Silencio!… —exigió el verdugo pregonero—. Y por todo ello… La Ley de Kart Hadasht, cuyo brazo ejecutor está aquí presente, te condena a ser cegado y clavado a una cruz como un animal hasta que mueras… A la vista de todos… Después, tu cadáver será descuartizado y tus trozos serán arrojados a los perros… ¡No tendrás exequias funerarias, ni serás enterrado, ni tendrás vida en el más allá, y te condenarás a transitar por el inframundo hasta el final de los tiempos!… ¡Hasta tu nombre se borrará del recuerdo de los hombres para que no pervivas ni siquiera de esa manera!…

Cuando terminó el siniestro parlamento condenatorio, dos verdugos sujetaron fuertemente a Sodalis por los brazos y un tercero le arrancó el único ojo que le quedaba con una tenacilla en forma de cuchara. A continuación, le arrojaron al suelo y, entre aullidos de dolor, le clavaron los antebrazos al travesaño de madera que él mismo había acarreado hasta el lugar del suplicio, el cual, acto seguido, fue encajado por cuatro hombres en la punta del fuerte poste vertical que servía para sujetarlo, que tenía dos metros de altura. De esta manera, en un momento Sodalis quedó colgando de sus ensangrentados antebrazos clavados pero, para que sus pies no dieran con el suelo y el tormento se pudiera prolongar aún más, le doblaron las piernas y le clavaron cada uno de sus talones al poste vertical; pues de esta manera, cuando se asfixiara por el peso de su cuerpo que oprimía el diafragma y los pulmones, Sodalis se podría incorporar sobre los talones y los antebrazos clavados para estirarse mínimamente hacia arriba, tomar un poco de aire y respirar. Esta práctica tan cruel formaba parte del horror de la crucifixión porque conseguía que el reo tardara más en asfixiarse y en morir, ya que iba respirando poco a poco hasta que, agotado y reventado, ya no podía incorporarse más y moría al no llegar aire a sus pulmones encharcados; así el suplicio se dilataba durante más tiempo y la agonía era más lenta, pues de eso trataba tan ejemplarizante castigo.[55]

Una hora más tarde y, mientras Sodalis permanecía ciego y agonizando clavado en la cruz, Aníbal se dirigió al puerto militar pues, tal como tenía previsto y anunciado a sus colaboradores y hermano, partía por mar con su fiel Hannás hacia la

isla de Gadir.[56] Dicho viaje estaba motivado porque deseaba visitar el templo de Melkart, orar en su santuario y escuchar el oráculo del dios respecto de su futuro, y porque deseaba entrevistarse con una persona que ya le esperaba en Gadir, Kharbaal, un viejo amigo de su padre que ahora se había convertido en uno de los suyos. Este hombre era un avezado explorador y cazador de elefantes con quien había estado recorriendo los bosques del Atlas, unos meses antes,[57] siguiendo, precisamente, a una manada de elefantes de bosque como los que incorporaba habitualmente el ejército cartaginés. Con Kharbaal tenía que organizar la expedición por mar hacia la tierra de los kalaikos,[58] donde entrarían en contacto y mercadearían con los régulos de esas latitudes para obtener estaño y vía libre por su territorio.

—¿Qué tal sienta la libertad? —le preguntó Aníbal a su antiguo esclavo Hannás, acodados ambos en la amura de estribor cuando comenzaron a navegar en mar abierto, teniendo la costa bajo dominio púnico siempre a la vista y con un excelente viento del norte que llenaba la vela de la pentera y la empujaba con brío y velocidad, haciendo innecesario el uso de los remos, para regocijo de los remeros.

El interpelado sonrió.

—No sé qué contestarte…

Aníbal lo miró extrañado y sorprendido.

—Es que nunca he sido consciente de que estaba privado de libertad porque, como trabajaba a tu lado e iba y venía a mi antojo, siempre me sentí un hombre libre… —le explicó Hannás—. Más allá del aspecto legal del asunto.

—Ya veo… —dijo Aníbal desilusionado.

—Pero la ceremonia del otro día fue el momento más emotivo y más importante de toda mi vida —le confesó con voz emocionada el antiguo esclavo.

Aníbal enarcó una ceja y soltó con un tono de voz moderadamente irónico.

—Me parece a mí que yo era un amo demasiado blando y complaciente…

—Eras y siempre serás un gran hombre —le dijo Hannás con admiración—. Me quedé muy impresionado en la mazmorra de Sodalis. Qué entereza y firmeza, qué convicción la tuya… cómo llegaste hasta el final y le sacaste la verdad…

Aníbal hizo un gesto de modestia.

—Yo te conozco bien, mi señor…, y sé cuánto te repugna torturar a un hombre indefenso…

El caudillo cartaginés sonrió, no dijo nada y le dio un puñetazo ligero en el hombro a Hannás, como les hacía su padre Amílcar a él y a sus hermanos.

—Señor, tenemos viento muy favorable —le informó el capitán del navío, llegando hasta ellos—, a la puesta de sol atracaremos en el puerto de Abdera[59] y, como seguirá este viento, al atardecer del día siguiente, en el puerto de Malaka.

Tal y como había anticipado el patrón de la pentera por la tarde, poco antes de ponerse el sol, entraron en el puerto de Abdera. Era esta una población fundada por los fenicios que se había ido desarrollando alrededor de un fuerte en lo alto de una colina situada al lado de la ensenada donde se levantó el puerto, la cual dominaba la

desembocadura de un río. Ahora, desde la conquista realizada por Amílcar de los territorios ibéricos, había pasado a depender de los cartagineses y, con ello, se comenzaron a explotar más adecuadamente sus cercanas minas de hierro, situadas en la Sierra de Gador, razón por la que la ciudad había adquirido gran importancia.

A la mañana siguiente, y con buen viento del norte, la flotilla de Aníbal puso rumbo a la ciudad de Malaka que, como la anterior, había sido fundada también por los fenicios y, al igual que la ciudad de la costa almeriense, desde la invasión y conquista de Amílcar, había prosperado mucho bajo el poder cartaginés, tanto que se convirtió en el puerto más importante de los territorios púnicos en Isphanya.

Aníbal y su pequeño séquito desembarcaron en Malaka y, mientras subían hacia el palacio del gobernador, pudieron admirar las soberbias defensas de la acrópolis que dominaba el puerto, los templos dedicados a dioses de diversa procedencia, las calles y plazas llenas de sol y de luz, en las que una cantidad notable de personas deambulaban y mercadeaban en los cientos de puestos y tenderetes que se repartían por doquier, entre los que destacaban aquellos que vendían el sabroso condimento llamado gárum,[60] elaborado en las cercanas factorías malacitanas a base de macerar en sal y vinagre las vísceras y las raspas de pescados azules como el atún, la caballa, el esturión, la morena… Ya que los filetes y las partes nobles de estos peces se dedicaban a la provechosa industria de las salazones. En Malaka, Aníbal recibió el homenaje del gobernador, del jefe de la guarnición y de los principales de la ciudad, y este les prometió la ayuda y el apoyo de Cartago Nova y les explicó la gran importancia que tenía ese puerto para el mundo púnico, dada su privilegiada posición, tan cercana a las Columnas de Melkart, el estrecho que daba paso al misterioso Mar Exterior, las costas de Ifriquiya y la propia capital púnica en Isphanya; ayuda que se materializaría mediante el apoyo monetario a las sociedades de participaciones que los navieros malacitanos pusieran en marcha para financiar la construcción de naves; ya que en un futuro no muy lejano se iban a necesitar muchas embarcaciones de transporte de personas, bestias y cargamentos.

A la mañana siguiente prosiguieron su periplo y recorrieron una singladura hasta el rico puerto de Bailo,[61] donde una próspera industria de salazón y de gárum enriquecía la ciudad, aunque antes de arribar a esta echaron el ancla en la ensenada que estaba bajo el gran peñón sobre el que estaba erigido el templo dedicado a Melkart. Allí, Aníbal y alguno de los suyos, entre ellos Hannás, visitaron una cueva a los pies del gran peñón donde los antiguos navegantes fenicios y cartagineses habían levantado un santuario en el que hacían todo tipo de ofrendas y depositaban exvotos a los dioses del mar, antes de adentrarse en el océano Atlántico para dirigirse hacia la costa portuguesa, las islas Británicas o para costear por las factorías establecidas en las playas de Marruecos y Mauritania, o las navegaciones más al sur hasta alcanzar el golfo de Guinea, a lo largo de sus viajes de exploración de la costa oeste de África. Ellos también hicieron sus ofrendas y se sometieron a la advocación de sus dioses, ante lo que Aníbal y los suyos iban a emprender en un futuro próximo y, a

continuación, desde esa caverna entraron en otra cueva más pequeña, apenas unos metros recién excavados por los lugareños, que pensaban que tenía unas dimensiones mayores, en la que vieron enterramientos antiquísimos, huesos de hombres grandes con collares, instrumentos y armas talladas en piedra muy primitivos pero maravillosos a la vez, y muescas en las paredes y pinturas tan extrañas como antiguas, que no pertenecían a ninguna cultura conocida por ninguno de ellos.[62]

A la caída de la tarde atracaron en el puerto de Bailo y pasaron allí la noche ya que deseaban arribar a Gadir de día.

—¿Qué esperas encontrar en el oráculo del templo del dios Melkart? —le preguntó Hannás a Aníbal mientras cenaban por la noche en una taberna del puerto.

—No lo sé bien… Algo me ha empujado a volver y a consultarlo —le respondió—. ¿Recordarás que fui al templo de pequeño cuando tenía ocho años, con mi padre, al desembarcar en Gadir?

—Ya lo creo… Fue recién llegados desde Iboshim, durante la primera invasión.

—Pues no sé, algo en mi interior quiere que retorne allí y que visite el oráculo, para que me sea predicho el futuro —le confesó Aníbal apesadumbrado.

—Yo no tengo mucha fe en esas cosas —se sinceró Hannás—. Entiendo que hay que creer en los dioses para que nos protejan… pero eso de los oráculos… No sé yo… Y respecto del futuro, opino que siempre es incierto y que está por escribir mediante nuestros actos y decisiones…

—¿Tú crees que el futuro está en nuestras manos?

—Claro que sí… y lo escribimos nosotros con mejor o peor letra sobre una tablilla de cera —le contestó Hannás soltando una risa sincera y contagiosa.

Aníbal le pegó un suave puñetazo en el hombro.

—¿Entonces tu libertad ha dependido de ti, y no de mí? —le preguntó mirándolo con toda intención.

Hannás sonrió antes de responder.

—Mi querido antiguo amo… Algo habré hecho bien yo para que tú te vieras impelido a concederme la libertad, ¿no?

Esta vez rieron los dos con ganas porque Hannás era único argumentando y Aníbal disfrutaba con la mente ágil, creativa e independiente de su antiguo esclavo.

Después, se quedaron los dos en silencio el uno al lado del otro, disfrutando de la navegación. Al cabo de un rato, Aníbal retomó la palabra.

—En todo caso, estamos a unas horas de navegación de Gadir y sea como sea el futuro… yo volveré al templo y allí escucharé el oráculo… Esperemos que me sea propicio.

—Lo será, Aníbal, ya lo verás… ¿Cómo te va a negar sus favores y su gracia Melkart, aunque tú seas una dádiva de Baal?[63]

Aníbal rio, una vez más, la ocurrencia de Hannás.

—De todas formas, será gracioso volver esta vez yo solo al templo —le explico el caudillo cartaginés sonriendo—. ¿Sabes que cuentan por ahí que mi padre, el gran

Amílcar, me hizo jurar odio eterno a los romanos precisamente en el templo de Melkart de Gadir?

Hannás se echó a reír haciendo un gesto de negación con la cabeza.

—Desde luego, la gente tiene una imaginación… Odio eterno, qué concepto tan poco cartaginés…, debe de ser una fabulación romana para desacreditarte, una vez más, que esos sí que son de pensar en un concepto del tiempo que se extiende para siempre… —opinó su amigo.

Aníbal se encogió de hombros y sonrió.

—Con Ahusa todo bien, ¿verdad? —inquirió Hannás.

—Sí, muy bien. Ya me habías advertido tú de la presencia del amigo en el interior de su corazón. Al principio yo estuve tenso y preocupado, porque eran diez años sin vernos, pero enseguida salieron de nuestro interior los amigos de la infancia, y nos encontramos como dos hombres —contestó el líder cartaginés—. Además, llegó a Cartago Nova con doscientos honderos de los mejores que yo he visto en acción.

—Eres admirable, te da tiempo a todo…

—La verdad es que sí. Mira, aproveché para hacer una escapada rápida, de incógnito, para verlos entrenar y practicar en la palestra militar de uno de nuestros cuarteles —le respondió Aníbal con sinceridad—. Que una cosa es admitir al viejo amigo con los brazos abiertos, y otra bien distinta es comprobar que los hombres a los que vamos a incorporar a filas y a pagar una soldada considerable sean realmente buenos soldados y excelentes honderos… En Kart Hadasht no estamos para desperdiciar ni tiempo ni shekeles de plata en mílites aficionados.

—Sí, creo que hay demasiado en juego…

—Exacto, Hannás, tienes razón, hay demasiado —reconoció con pesar Aníbal, un poco abrumado ante la ingente tarea que tenía por delante—. Los cartagineses no disponemos del magnífico ejército que heredó Alejandro de Macedonia, de su padre Filipo, la excelente falange macedonia y la mejor caballería pesada de su tiempo. Ni poseemos una estructura social y política en la que los ciudadanos se alisten por millares en las legiones, como pasa en Roma. Nosotros tenemos que levantar ejércitos de mercenarios, provenientes de mil y una naciones distintas, con armamentos heterogéneos. Hacer de ellos buenos soldados si son buenos guerreros. Cohesionar a todos ellos para que combatan con una disciplina única en pos de una victoria. Además, hay que conseguir que obedezcan las órdenes y que se olviden de su forma ancestral de guerrear… ¡Ah!, y pagarles bien para que luchen bajo nuestras banderas. Su fidelidad tiene un precio, y muy caro por cierto.

—Dime una cosa, Aníbal, ¿de verdad consideras que es posible invadir Italia por tierra, con un ejército de esas características, y vencer a Roma y sus legiones en su propio terreno, rodeada de aliados itálicos…? —preguntó Hannás resoplando, porque pese a no ser un entendido en cuestiones bélicas aquella tarea le parecía titánica e irrealizable.

Aníbal se quedó en silencio durante unos instantes, mirando sin ver hacia el

infinito. Al cabo de ese lapso de tiempo respondió muy resuelto.

—Tendrá que ser posible porque vamos a hacerlo… Antes nos prepararemos bien y dentro de un año lo haremos… Ya verás cómo sí es posible… Lo haremos porque no sabemos que es imposible.

18

La pentera en la que viajaba Aníbal salió con las primeras luces de Bailo y puso rumbo a la bahía donde estaba ubicada la isla de Gadir. La ciudad había sido fundada por navegantes de Tiro[64] y había pasado a ser una de las más gratas aliadas de los cartagineses, desde que el dominio púnico se extendió y unificó todo el sur de la península Ibérica.

La embarcación navegó a lo largo de la amurallada y alargada isla, que estaba dividida en dos por un canal de agua navegable, donde se situaban los puertos levantados uno a cada lado del mismo en sus urbanizadas riberas. Lentamente pasaron junto al islote donde se ubicaba el templo de Melkart,[65] que se veía desde el mar y se dirigió hasta el protegido puerto militar donde estaban amarradas las naves de la flota bélica de Kart Hadasht, en uno de cuyos muelles tenían pensado atracar. Bien gobernada por los expertos pilotos que manejaban el timón doble, la pentera se deslizó hasta el atracadero que correspondía a la nave insignia que estaba más cerca del protegido palacio del gobernador y del cuartel general. Cuando las maromas eran sujetadas a los puntos de amarre, comenzó a levantarse el fuerte y fresco viento de poniente, tan característico de esas latitudes.

Aníbal y su séquito saltaron con ligereza de la nave al centenario embarcadero de piedra, húmedo y comido por el musgo, en tanto que el resto de su flotilla llegaba hasta sus malecones y lanzaban los cabos para el amarre. Sobre el muelle le esperaban formadas varias escuadras de soldados de infantería vestidos con uniformes al estilo griego, al mando de las cuales estaban los oficiales de mayor rango de Gadir. Estos eran mayores que él, permanecían firmes con sus corazas de bronce bruñido, sus capas de color vino fuerte, sus grebas de metal resplandeciente, sus cascos áticos coronados con penachos de crin de caballo negro y, junto a ellos, su buen amigo Kharbaal vestido con el uniforme de jefe de exploradores.

—Estratega, seas bienvenido a Gadir —le saludaron respetuosamente los allí reunidos con marcialidad.

Aníbal devolvió el saludo y pasó rápida revista con la mirada a los militares que lo recibían. Al primer vistazo le gustó mucho lo que vio. Oficiales y soldados maduros y fuertes, con un aspecto saludable que demostraba una preparación física adecuada y un excelente estado de forma física de todos ellos, algo imprescindible y exigible a un buen oficial y a un soldado que quisieran servir bajo sus estandartes. Y allí estaban ellos, marciales y dignos, con sus uniformes impecables, reglamentarios y castrenses, sin ninguna concesión a los lujos asiáticos ni a las ostentaciones de oro y plata que resultaban tan inadecuadas, las cuales le habían disgustado tanto cuando las

observó adornando las corazas de los oficiales del ejército acantonado en Nueva Ciudad. Un talante que denotaba falta de disciplina, de instrucción y de un mando enérgico, amén de una entrega escasa y dejadez. Todo lo contrario que el ejército de Isphanya, que hacía gala de una uniformidad, una entereza militar y una unión que se iban apreciando cada día más; actitudes positivas que ponían de manifiesto la influencia de su mano firme, detrás de todo aquello, y la obediencia sin reservas a su mando que le profesaban los oficiales y soldados.

Tras las salutaciones de rigor, pasó revista a las tropas que estaban formadas para rendirle honores y, a continuación, se pusieron en camino hacia el cuartel general. No callejearon demasiado porque ese edificio estaba situado cerca del puerto que los cartagineses habían hecho suyo, aun así tuvieron que subir hacia la plaza donde se levantaban los palacios y Aníbal pudo recordar momentos de su infancia callejeando por Gadir. Las mismas rúas estrechas para proteger las casas del calor del verano cuando soplaba viento del continente, abrasador porque recorría el valle del Baitis[66] y la Turdetania, y llegaba recalentado por el calor del suelo. A lo largo de las calles había hileras de casas de hasta tres plantas, encaladas, con sus tejados planos en los que se habían instalado amplias azoteas, protegidas del sol por espléndidos toldos de colores vivos, donde sus ocupantes encontraban un lugar para disfrutar de las delicias de la buena compañía, los manjares y los vinos que se hacían en tierra firme, enfrente de la isla.

—Señores oficiales, y jefe de exploradores Kharbaal —les habló Aníbal con seriedad. En el acto, todos los allí presentes, que estaban de pie alrededor de una imponente mesa en el despacho del comandante de la guarnición púnica, sobre el que destacaban mapas muy detallados de las costas cercanas a Gadir, lo miraron con toda atención. Conocían a su jefe y sabían que le gustaba aprovechar el tiempo y que todos atendieran con celo sus órdenes y explicaciones—. Mi presencia en Gadir se debe fundamentalmente a una razón que supongo imagináis. Quiero que se prepare con detalle la expedición marítima hasta la tierra de los kalaikos, y que parta sin tardanza a las órdenes de Kharbaal.

Los oficiales al mando asintieron.

—Pero antes de nada. Quiero noticias de Kastilo.

El oficial al mando del servicio de correos a caballo tomó la palabra.

—Estratega, una coalición de guerreros del norte de la Oretania, liderada por los carpetanos, a los que se han unido partidas de arévacos y de olcades…

—¿Olcades? —preguntó extrañado Aníbal.

—Sí, estratega, hay un numeroso contingente de olcades entre los sitiadores… —concretó el militar sin titubear, ya que Aníbal siempre quería conocer los detalles con exactitud, lo principal de cada hecho y, sobre todo, exigía rigor en los informes para poder sacar conclusiones fiables cuando tomara una decisión—. Todos ellos asedian Kastilo, que resiste bien, y casi con toda certeza mañana la caballería de Mahárbal llegará ante sus muros.

Aníbal se quedó pensativo. Ese informe lo tranquilizaba. Kastilo estaba fuera de peligro y su amigo de la infancia, Mahárbal, galopaba al frente de sus jinetes y en breve aplastaría a los celtíberos. Aun así, a su vuelta a Cartago Nova prepararía sin dilación una expedición contra los olcades, dado que estos vivían cerca de la Oretania y de las posesiones púnicas de Akra Leuke. Esa decisión se la iba a callar porque tenía que ser un ataque sorpresivo y rápido como el rayo, y no quería que los espías hicieran su trabajo con información que él facilitara.

—Bien, como ese frente está controlado, volvamos a la expedición galaica.

El comandante responsable de los navíos cartagineses tomó la palabra.

—Estratega, atendiendo a las órdenes que nos cursaste nos pusimos en contacto con Baalbo,[67] aquí presente, y tenemos preparados tres buques grandes con altas bordas y velas cuadradas y recias, adecuados al Mar Exterior, bravío y peligroso, que baña las costas por el oeste hasta el norte. También podremos embarcar noventa soldados, por si hay que combatir a los kalaikos al establecer allí una cabeza de puente, y en sus amplias bodegas podremos traer gran cantidad de estaño.

—Gracias, Baalbo, nunca le fallaste a mi padre y veo con agradecimiento que ahora me apoyas a mí —le expresó Aníbal su gratitud al armador y financiero gaditano, con sinceridad y sentimiento.

—Honrado por ello. Ya sabes tú que desde que desembarcasteis en Gadir he apoyado la causa de los Barca, con lealtad y dedicación —contestó Baalbo con una sonrisa encantadora en los labios, que realzaba los espléndidos ropajes y joyas con los que se adornaba de manera elegante y poco ostentosa.

—Incluso desde antes, Baalbo, recuerda la expedición en *hippo*[68] río Baitis arriba que hicimos Himílcar y yo hasta Kastilo para llevar plantas de olivo a cambio de lingotes de plata —le recordó un sonriente Kharbaal.

Baalbo, un poco abrumado por tanto agasajo a su persona, solo sonrió.

—Estratega —volvió a intervenir Kharbaal—, para realizar esta expedición uno o dos navíos deberían navegar por delante y tocar tierra galaica para no alarmar en exceso a los guerreros kalaikos, porque si nos ven desembarcar con tantos soldados se podrían soliviantar. Yo, basándome en mi experiencia, propongo llevar los tres barcos pero dejar uno de ellos en el puerto de Olissipo.[69] Si todo sale como esperamos, posteriormente se pondrán enviar más barcos hasta tierras galaicas para llenar las bodegas y establecer una colonia más estable…

Aníbal meditó en silencio ambas propuestas. El viaje circunnavegando las tierras de Isphanya por el Mar Exterior era largo y peligroso, a tenor de los mapas y de las experiencias marítimas acumuladas hasta esas tierras y las islas Casitérides. Él era consciente de la dificultad que entrañaba dicha empresa, porque quería la conquista de las tierras galaicas llegando desde el interior, para proteger y administrar la llamada vía del estaño que, desde tiempos de los tartesios, unía el sudoeste con el noroeste de Isphanya. Un camino por el que transitaban hacia el sur oro y estaño desde las tierras galaicas, y desde la Turdetania[70] con dirección norte, la plata y las

manufacturas. También era cierto que presentarse con tres naves llenas de soldados armados podía ser tomado por los kalaikos como una amenaza y, en consecuencia, una invitación para que se unieran entre ellos y opusieran una fuerte resistencia.

—Estoy muy satisfecho con vuestra labor porque ya tenéis aparejados los tres navíos y está dispuesta tanto la tripulación como la tropa que irá como escolta… —les comunicó Aníbal—. Pero creo que esta vez Kharbaal tiene razón. Parece más prudente no enviar una flotilla y soldados si queremos ganarnos la voluntad de los habitantes de esas tierras, que a decir de quienes los conocen son muy desconfiados.

Los oficiales escucharon con atención el anuncio de las instrucciones que les hacía llegar su comandante y ninguno de ellos replicó. Ya lo conocían bien y sabían que cuando él decidía algo era muy difícil que cambiara de parecer. No porque fuera terco y no escuchara a los demás, sino porque Aníbal primero atendía las explicaciones y razonamientos de dos de ellos con ideas distintas sobre algo, como ahora sucedía, después analizaba mental y rápidamente los pros y las contras, y finalizaba tomando una decisión que casi siempre era muy acertada. Aníbal, a diferencia de otros oficiales al mando, incluido su padre Amílcar, siempre estudiaba las opiniones de quienes estaban bajo sus órdenes antes de decidir, y lo venía haciendo desde bien jovencito, diez años atrás, cuando comenzó a mandar unidades de caballería o de infantería, esa etapa en la que era un suboficial al mando de diez soldados. Esa conducta hacía que los oficiales estuvieran orgullosos y satisfechos porque veían que sus opiniones y su experiencia militar contaban a la hora de una acción, conseguía que se sintieran dichosos por estar a sus órdenes y les integraba en un todo. Como, además, compartía el rancho, confraternizaba y también se dejaba aconsejar y asesorar por los soldados, estos lo adoraban y eran capaces de cualquier cosa para agradarle, incluso seguirle hasta las puertas del averno.

Una hora más tarde, Aníbal, Hannás y Kharbaal tomaban vino, tostadas de pan con gárum y algo de fruta tendidos en divanes alargados, al estilo griego, con cojines de vivos colores en los aposentos privados del primero de ellos, junto a Baalbo, el financiero gaditano que otrora tanto ayudó a Amílcar.

—Esta copa de vino y esta fruta será lo último que tome hoy. Tengo que guardar ayuno de todo tipo. Mañana acudiré al templo de Melkart para asistir al oráculo —les explicó el caudillo cartaginés.

—Vaya, yo pensé que solo habías venido hasta Gadir para supervisar la salida de la expedición organizada por Baalbo hacia el norte, desconocía que estuvieras en tan buena relación con los dioses —le dijo Kharbaal con un tono de sorna en la voz, ya que él era descreído y solía discutir con Himílcar, muy piadoso, sobre los sentimientos religiosos.

Aníbal sonrió. Le gustaba Kharbaal. Un tipo íntegro, leal, valiente, inteligente, directo y el mejor explorador de todo el orbe cartaginés.

—Es importante que yo me muestre piadoso en público y que acuda al oráculo de Melkart el Santo… Sobre todo ante la ingente tarea que tenemos por delante —le

explicó con paciencia—, y no me vas a arrastrar a una discusión sobre la existencia o no de los dioses.

Los cuatro hombres rieron y apuraron sus copas de vino.

—Entonces hablemos de mi viaje hasta el noroeste —propuso Kharbaal, que siguió hablando ante el beneplácito de Aníbal, que hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Agradezco tu apoyo y el esfuerzo de Baalbo para armar tres grandes navíos, pero yo me adelantaré con uno o dos navíos, con una tripulación de mi confianza y, en lugar de llevar tantos soldados se vendrán conmigo gente que conozcamos Hannás y yo, como los que le acompañaron a Arse para secuestrar a Sodalis el asesino: Bhocas, Iñurbe y mi buen amigo Uiro… Menos ruido, menos carnaza para los espías romanos y los de Hannón el Grande y sus secuaces de Nueva Ciudad…

Aníbal, como era habitual en él, permaneció pensativo durante unos instantes. La idea de Kharbaal era acertada, pero una expedición de esas características no podía estar defendida por tan poca gente.

—No me opongo a tu proposición, pero quiero que vayan más hombres armados en la expedición —concedió Aníbal poniendo condiciones porque era el jefe militar y tenía que dar la última orden.

—Claro, Aníbal, yo no había pensado ir con pocos hombres.

—De acuerdo pues —zanjó el líder cartaginés poniéndose de pie para dar por terminada la reunión—. Los navíos para aguas bravías, una tripulación acorde y en tu nave doce hombres para la seguridad de la empresa. Hannás, tú te ocupas de proporcionarle a Kharbaal dinero en efectivo para los primeros pagos, y mañana, en el templo de Melkart, negociarás con los banqueros las condiciones para que te extiendan pagarés y cartas comerciales, a su nombre, contra el Tesoro de Cartago Nova para que los pueda cambiar en Olissipo.

—Muy bien —aceptó el explorador levantándose—, como estamos de acuerdo me marcho a celebrarlo con Uiro a una taberna donde están las mejores bailarinas de Gadir[71] y el mejor vino, yo no tengo que hacer abstinencias de ningún tipo.

Hannás se echó a reír y al despedirse le preguntó:

—¿De ninguna clase?

—Ninguna abstinencia, todo lo contrario —contestó Kharbaal con seguridad—, desde que mi esposa Lythia se fugó del hogar con un constructor de casas, soy libre de hacer cuanto me plazca —le explicó con un timbre triste en la voz, que intentaba ocultar—. Y pensar que me jugué el cuello por ella al ir a rescatarla de las garras de Orisón,[72] que le he dado años de felicidad, he sido totalmente fiel…

Los dos le miraron e intentaron animarle.

—Podría ser una chiquillada de tu esposa… Un enfado conyugal… Ya sabes cómo son ellas.

—Ya verás como vuelve…

—Antes de embarcarme para Gadir, entregué al *sufeta* los documentos por los

que la repudio de por vida y, en unas semanas, redactará y publicará el divorcio —les explicó Kharbaal con una sonrisa triste.

—Eres un buen hombre y te has portado como tal —le dijo Hannás, ya que entendía de leyes porque era el administrador de Aníbal desde hacía años—. Si la hubieras denunciado por adulterio, posiblemente le habrían impuesto una fuerte multa, la habrían marcado en la frente y le habrían cortado la nariz…

A la mañana siguiente, al romper el alba, los servidores de Aníbal lavaron todo su cuerpo, le depilaron y afeitaron cara, brazos, pecho, cabeza y piernas y le ungieron con óleos perfumados. Después, lo vistieron con ropas sencillas, blancas e impolutas y descalzo lo subieron a una litera de mano cerrada que callejeó rápidamente por la ciudad y, en poco tiempo, se plantó en la plaza del mercado que se abría delante del templo de Melkart, dejándolo ante su umbral, donde lo esperaba Hannás.

Durante el recorrido, Aníbal había ido haciendo memoria sobre ese dios, recordando que Melkart, además de ser el patrono del comercio y de la navegación, era un dios solar y agrícola y, por esa razón, nacía y moría eternamente todos los años según la posición de las estrellas y de la luna.

Aníbal se bajó de la litera y se acercó hasta Hannás, quien, al revés que él, vestía y calzaba de manera muy ostentosa, no en vano iba a mantener negociaciones con los banqueros gaditanos, para contratar los pagarés, y había que impresionar a los mismos con un aspecto imponente. Los dos cartagineses penetraron a través del portón de bronce, que se abría en el muro almenado que rodeaba el enorme templo, y accedieron a un patio amplio y porticado bajo cuyas arcadas se instalaban los puestos y bancos de los cambistas y los banqueros.[73] En medio del enorme patio se erigían tres altares sagrados. Enfrente de estos estaba el santuario propiamente dicho. Un edificio rectangular y alargado, con una escalinata de acceso en cuyo exterior no había representaciones humanas ni del dios. En su frontispicio destacaban dos columnas de bronce, de unos cuatro metros de altura, que flanqueaban el dintel de entrada. A su lado se abría la capilla donde se encontraba el oráculo del Señor de la Vida, lugar de práctica de ceremonias secretas y adivinatorias que era donde tenía que entrar Aníbal para conocer su futuro y el de sus empresas.

El cartaginés caminó descalzo y con la cabeza gacha. Atravesó el patio cuyo suelo, de un mármol blanco e impoluto, resplandecía bajo los primeros rayos de sol del día mientras un viento fresco agitaba los gallardetes colocados en lo alto del muro que rodeaba el recinto. Cuando llegó hasta el pie de los escalones del santuario propiamente dicho se detuvo y se puso de rodillas, según le habían instruido anteriormente, y allí permaneció con un aspecto y una posición de cuerpo humildes. Al cabo de un buen rato, tres sacerdotes de Melkart muy ancianos, con la cabeza y el resto del cuerpo depilado, incluso las pestañas, que estaban vestidos con túnicas de lino blanco y caminaban también descalzos, aparecieron a través de las columnas de bronce. Con parsimonia descendieron los escalones y se llegaron hasta Aníbal.

—Síguenos, ¡oh, tú, varón cananeo portador de la semilla reproductora!

Aníbal se puso en pie y les siguió, escaleras arriba, en solemne procesión.

Penetraron en el santuario, la puerta se cerró suavemente detrás de ellos y la oscuridad se cernió sobre los recién llegados. Al fondo, unas lamparillas de aceite y unas velas daban tan poca luz que únicamente permitían que se adivinaran los contornos difusos de la estatua de Melkart. Para su asombro, Aníbal, que estaba en estado de máxima alerta, pudo escuchar voces muy quedas que salían de no se sabía dónde, que entonaban himnos y cadenciosas letanías en tono grave.

Dos sacerdotes le cogieron de las manos y le condujeron a través de la penumbra. Caminaron lentamente por el santuario y le colocaron detrás de la estatua del dios, lo que le impidió a Aníbal ver su rostro o, por lo menos, adivinarlo entre las sombras. De improviso, de la espalda de la estatua se abrieron dos portezuelas que daban paso al sanctasanctórum. Detrás de ellas, Aníbal pudo vislumbrar unas escaleras de piedra desgastada que bajaban por un túnel abovedado hacia una oscuridad apenas alumbrada por unos espectrales destellos de luz.

—Baja y entra en el claustro interior, en el abrigo de los hombres —oyó que le decían unas voces.

Aníbal obedeció al momento y bajó con todo cuidado las estrechas escaleras del angosto pasillo que permitía su paso con dificultad. Para no caerse se fue agarrando a sus paredes de piedra viscosa. Al llegar abajo, se había acostumbrado algo a la escasísima luz. Enseguida entró en una pequeña capilla, capaz para albergar a una persona, donde se ubicaba una antiquísima estatuilla áurea de Melkart.

—De rodillas, hijo del León.

Aníbal se arrodilló de inmediato y sintió una oleada muy agradable de calor tibio y relajante que lo envolvía, produciéndole una sensación muy placentera de paz de espíritu y de armonía cósmica. Al cabo de unos instantes, pudo oír con toda nitidez la plegaria que se hacía en su nombre, cuya voz era incapaz de precisar de dónde provenía.

—¡Oh, tú, Melkart el Santo, Señor de la Vida!… ¡Oh, tú, Señor de la Luz y de lo Oculto!… ¡Oh, tú, Soberano de los laberintos subterráneos del mundo recóndito que recorres sin límites de tiempo ni de espacio! —rezaba entre susurros el gran sacerdote, mientras como por arte de magia, Aníbal comenzaba a oler el incienso y un humo denso y penetrante llenaba la pequeña capilla, como si alguien lo estuviera echando sobre las brasas de un altar, pero allí no había ni pebetero ni brasas—. ¡Oh, tú, Melkart!, que eternamente mueres, bajas al interior de la tierra, moras en el inframundo y renaces para traer a la humanidad tu mensaje salvador de renovación de la vida… ¡Oh, tú!, el que Es, escucha el rezo de tus siervos y renueva el vínculo de unión intemporal con nosotros.

De repente el sacerdote dejó de hablar, y Aníbal permaneció en silencio sintiéndose muy bien.

—¡Melkart, dador de vida! —volvió la enfervorizada letanía—. Escucha al hombre aquí arrodillado y responde a su pregunta…



—¡Oh, tú, Melkart, Altísimo Señor, escúchame y contesta a mi pregunta, yo te lo ruego humildemente!… —se oyó decir a sí mismo Aníbal, anonadado, conmovido y admirado, cuando el sumo sacerdote dejó de hablar.

19

Tras varios días de asedio continuado, la situación en Kastilo comenzó a complicarse bastante porque las tropas de los defensores habían descendido hasta niveles muy bajos.

Los confederados celtíberos, una vez repuestos de los primeros choques y enfrentamientos con los cartagineses, durante los que sufrieron un descalabro importante, se aplicaron con mayor rigor a las tareas de asalto. Y en ese sentido, los arévacos impidieron a la ciudad toda posibilidad de recibir alimentos o refuerzos por el río, ya que controlaban el mismo así, como el puerto fluvial, y ambos fueron cerrados a sangre y fuego, mientras presionaban a los defensores de los muros que protegían esa zona. Los olcades, por su parte, sostenían un estrecho cerco sobre el portón de la muralla norte y lanzaban continuas cargas e intentos de asalto de los muros con las escalas y pértigas. Eran los carpetanos, posiblemente los guerreros más poderosos y numerosos de entre todos los confederados, quienes llevaban el mayor peso del sitio de Kastilo. Extendidos a lo largo de la muralla principal, habían realizado acometidas permanentes contra aquella así como contra el portón de entrada, que casi habían logrado derribar con su rudimentario ariete, y se habían dejado la vida en el intento.

Ahora, los aliados estaban reunidos en el campamento principal y se organizaban para el asalto final.

—Nuestras fuerzas se han visto reducidas de una manera notable —protestaba Alucio, caudillo de los carpetanos de Konbouto mientras miraba el desolador campo de batalla, donde todavía quedaban cuerpos de guerreros suyos sin retirar y sin poder recibir ni enterramiento ni las honras funerarias imprescindibles para la vida posterior en ultratumba, según preceptuaban todos los credos religiosos de los pueblos de la península Ibérica—. Hay que dar el golpe final ya… O retirarnos…

—Es cierto, hasta Tirreso de Konsabura ha muerto… —apuntó Tibaste, guía de Kontrebia Karbika.

—Y Baitesir, jefe de los olcades y muchos de sus guerreros —intervino Kaukirino, líder de los arévacos con su voz profunda—. Ya solo quedamos tres caudillos aquí presentes, y entre todos juntamos apenas setecientos guerreros.

Alucio de Konbouto torció el gesto con una mueca sarcástica y preguntó a los demás, sabiendo que con ello ofendía al resto de los confederados.

—Entonces… ¿nos retiramos como mujeres asustadas?

Tibaste tiró de su espada para enfrentarse a quien le había ofendido de esa manera, pero Kaukirino le contuvo.

—¡Alto ahí!… Nada de querellas entre nosotros. El enemigo está allí enfrente de

nosotros —exclamó de manera contundente y estimulante, dando un tono vibrante y convencido a su voz, mientras señalaba con su larga espada céltica hacia los muros de Kastilo—. Todos unidos tenemos que hacer un último esfuerzo y conquistar esa plaza fuerte. Es más, lo vamos a lograr. Y también nos vamos a apoderar de la mujer llamada Himilce… Camaradas, el pago de su rescate nos compensará con creces la pérdida de tantos compañeros de armas.

Las palabras elocuentes de Kaukirino tuvieron un efecto muy positivo y sirvieron para arengar al resto de los caudillos confederados que, de inmediato, comenzaron a efectuar exclamaciones y gritos de victoria, mientras brindaban efusivamente por el seguro triunfo de los suyos, con vino y cerveza.

—Parece que están muy contentos esos bárbaros de ahí fuera, ¿no? —opinó con sorna Cerdubeles, desde lo alto de la muralla de Kastilo, al oír los gritos y la algarabía que se iba extendiendo por todo el campamento enemigo.

Asdrúbal, algo más recuperado de su pierna, le miraba con desprecio. Estaba sentado en una silla de tijera apoyada contra una de las almenas interiores del adarve, desde donde dirigía la defensa con algo más de protección que el resto de sus oficiales.

—Están preparando el ataque definitivo y se estimulan los unos a los otros para darse ánimos y valor —le contestó el cartaginés mirando de reojo a su amigo Giscón, su segundo en el mando, que descansaba a su lado sentado en el suelo y bebía de una pequeña cantimplora de cuero impermeabilizado.

—¿Cuántos guerreros les quedarán todavía a los bárbaros? —preguntó con semblante preocupado Cerdubeles.

—Alrededor de setecientos —respondió Giscón con sequedad.

—¿Y a nosotros? —prosiguió el régulo oretano, cada vez más alarmado, pues se había pasado casi todo el tiempo que duraban los asaltos encerrado en su palacio, y desconocía el número de bajas de ambos bandos.

—No llegaremos a doscientos cincuenta —le informó Giscón con voz cansada.

—¡Casi nos triplican! —exclamó espantado Cerdubeles, que pensaba en un ataque furioso, las defensas desbordadas, sus riquezas robadas, él atravesado por lanzas… Aunque si las cosas se ponían mal, él tenía pensado pactar con los jefes de los asaltantes y pagarles una buena indemnización en plata para que se fueran de su ciudad. Eso siempre era posible desde su palacio fortificado y guardado por sus soldados.

—¡Por Melkart el Santo!, andas bien de aritmética… De valor muy escaso, eso sí, pues no has estado junto a tus hombres ni en uno solo de los asaltos a las murallas… Pero de aritmética estás bien, como corresponde al avaro que cuenta monedas y tesoros propios todos los días —le espetó Asdrúbal con toda acritud.

El régulo oretano, que vestía una rica túnica de manufactura griega bordeada y enriquecida con un recamado en oro, y le colgaba del cuello una cadena y un medallón riquísimos elaborados en plata pura, se giró hacia el púnico y le replicó con

un tono malévolo en su voz:

—He estado muy ocupado protegiendo a tu cuñada, la esposa de tu hermano Aníbal…

—¿Y de qué tienes tú que proteger a Himilce en lo alto de la torre de tu palacio? —preguntó Asdrúbal celoso y un poco amoscado, mientras miraba a Giscón, que se hacía el distraído porque a su amigo y jefe se le notaba en exceso que bebía los vientos por su cuñada—. Si nosotros estamos combatiendo en las murallas para impedir que la ciudad caiga en manos de los celtíberos.

—¡Ah, canastos embreados!, entonces no lo sabes… vaya, vaya… y yo que creía que los cuñados se lo contaban todo… y más vosotros que os lleváis tan divinamente —le picó malévolamente Cerdubeles, que disfrutaba con ese tipo de mezquindades.

Asdrúbal, muy furioso, hizo un intento para incorporarse en la silla. Se apoyó en la muleta con energía haciendo un aspaviento brioso, tomó su espada y comenzó a levantarse con cara airada.

—Calma, gran estratega, calma —le pidió rápidamente Cerdubeles levantando las dos manos, y poniendo voz apaciguadora—. Y vuelve a sentarte, te lo ruego, porque es una buena noticia la que te voy a participar… Por lo menos para mí lo es, ya que voy a ser tío por primera vez en mi vida…

Asdrúbal, a quien fatigaba en exceso el esfuerzo con la muleta, se dejó caer de nuevo en el asiento.

—Yo protejo a mi querida hermanita pequeña, la dulce Himilce, la joya de la Oretania, con ahínco y dedicación… —empezó a decir Cerdubeles arrastrando las palabras con lentitud para poner más nervioso aún a su interlocutor—, porque hay que cuidarla mucho… —terminó observando malévolo la reacción del cartaginés—, habida cuenta de que está embarazada de tu hermano…, su esposo…, el gran Aníbal Barca… gobernador militar de la Iberia púnica…

Asdrúbal se quedó mudo de la sorpresa y un aluvión de preguntas se agolpó de repente en su interior: Pero, ¿cuándo?… ¿Cómo?… Entonces ¿ya estaba embarazada cuando se entregó a él?… Pero, entonces, ¿por qué lo hizo?… Iba a ser tío, iba a tener un sobrino… Quién podía entender a las mujeres…

—Te das cuenta, Asdrúbal, el primogénito del líder indiscutible del orbe cartaginés, el hombre más poderoso de Kart Hadasht —continuaba hablando Cerdubeles con un tono exaltado en la voz—. Y nacerá aquí, en Iberia, de una mujer oretana…

—¿Cómo lo sabes, Cerdubeles, estás seguro? —preguntó Giscón ante el sospechoso silencio de su jefe y amigo, al tiempo que le daba a este un fuerte codazo en la pierna, para que reaccionara—. Si es cierto lo que nos cuentas, qué gran noticia…

—Pues sí… Una gran noticia… Hace unos días, los físicos, las parteras y las comadronas de palacio examinaron a mi dulce hermana, largo y tendido, y todos ellos han confirmado que cuando llegó a su hogar de la infancia, aquí en Kastilo… Ella ya

estaba embarazada… —detalló el régulo oretano con una sonrisa radiante que escondía la honda preocupación que sentía, dado que Aníbal posiblemente desconocía que su esposa estuviera encinta y eso solo podía acarrear graves problemas—. ¿No es la mejor noticia posible?… Por eso no quise ni quiero separarme de ella… quiero decir, de ellos…

—Ya lo creo, qué noticia —aceptó secamente Asdrúbal, mientras pensaba que su hermano no debía de saber nada de ese embarazo y por eso había desterrado a Himilce a Kastilo—. Pero ¿y si es una niña?

Cerdubeles encajó bien el golpe y contestó con su ingenio sureño.

—Pues nada, hombre, no pasa nada… la querremos mucho… y la casaremos con un hijo tuyo… cuando tengas descendencia… Si vales para ello…

Los alaridos de los asaltantes y los gritos de alarma de los cartagineses pusieron fin a la discusión en las almenas.

Con una rapidez temeraria, Cerdubeles corrió escaleras abajo y se dirigió velozmente a su palacio. Una vez en su interior, se puso bajo la custodia de su guardia personal, cuyos soldados atrancaron el portón de entrada y se apostaron en los balcones y ventanas en prevención de algún ataque sorpresa por parte de los celtíberos.

Los celtíberos atacaron en tromba y, como un solo hombre, se lanzaron contra las murallas. Los cartagineses los recibieron con una salva de flechas, de las que ya empezaban a andar escasos, y piedras causando bastantes bajas entre los que no se protegían debidamente tras los manteletes de madera y pieles que todavía les quedaban. A su vez, los asaltantes lanzaron una andanada de los mismos proyectiles contra las defensas y también recibieron el premio que esperaban, pues algunos jinetes cayeron atravesados o apedreados dado que no tenían costumbre de combatir a pie, y menos aún en un baluarte.

—Rápido, el tablón lleno de piedras, han llegado hasta el pie del muro —gritaron los defensores desde lo alto de la muralla.

Inmediatamente, fueron acarreados pedruscos de buen tamaño que los cartagineses colocaron sobre unos tablones largos de madera recia y que fueron izados a lo alto de las defensas con cuerdas y poleas. A continuación, transportados por varios hombres, estos fueron colocados en lo alto de las almenas y, a una voz de mando, fueron volcados al vacío haciendo que las piedras cayeran sin misericordia sobre los asaltantes que, pese a protegerse con sus escudos y las pantallas de piel, quedaron muchos de ellos dañados y heridos con las cabezas rotas, los huesos astillados, los miembros aplastados.

Mientras tanto, Giscón y un piquete de soldados recorrían las calles de Kastilo, acompañados por varios carros tirados por ciudadanos, pues ya no quedaban mulos, sobre los que se destacaban enormes vasijas de barro. Iban por las casas pidiendo a sus habitantes que les entregaran el aceite que tuvieran para poder convertirlo en un arma ardiente y eficaz contra los bárbaros.

—Señor, es lo poco que nos queda para comer —le dijeron en más de una casa, y siempre recibieron la misma contestación.

—Si los celtíberos asaltan los muros y toman Kastilo, no comerás ni aceite ni nada porque estarás muerto.

Tras las requisas e incautaciones obligatorias, los cartagineses consiguieron una cantidad razonable de aceite que mezclaron con algunos productos inflamables, y todo ello lo pusieron a calentar en enormes ollas de bronce. Tan pronto como comenzó a hervir el líquido resultante, fueron subidas con cuerdas y poleas hasta el adarve del muro. Una vez allí, las transportaron con todo esmero y cuidado hasta los huecos de las almenas, introduciendo unas varas largas y resistentes a través de sus asas, ya que las quemaduras podían ser terribles.

Los celtíberos confederados atacaban las altas tapias del puerto con cien guerreros, con otros cien presionaban y combatían en la puerta de la muralla norte y habían concentrado el máximo de fuerzas, quinientos guerreros, ante la muralla principal. Estos últimos, tras una hora de lucha, consiguieron apoyar sus escalas y pértigas y comenzaron a subir por ellas, ya que los defensores contaban con escasos proyectiles arrojadizos, y preferían conservar los que tenían para combatir cuerpo a cuerpo en las almenas.

Cuando ya estaban alcanzando casi las almenas del muro principal, los cartagineses volcaron las ollas sobre los que trepaban por las escalas y pértigas, derramando una muerte ardiente y espantosa sobre los que subían. Los alaridos de dolor de los que recibieron el baño de aceite hirviendo se impusieron al fragor del combate, y más aún cuando les lanzaron hachones incendiarios que prendieron rápidamente las ropas, el pelo y todo cuanto tocó el líquido abrasador que, al instante, se convirtió en fuego devastador trocando a muchos guerreros en antorchas humanas que huían despavoridas arrollando todo a su paso.

Los gritos de triunfo de los asediados se mezclaron con los de dolor, furia y desesperación de los que intentaban tomar Kastilo y ahora se veían impelidos a retirarse vergonzosamente.

—Mira cómo corren esos demonios flamígeros —exclamó Asdrúbal con semblante alegre, mientras observaba cómo se replegaban los carpetanos que habían atacado la zona del muro que defendían sus hombres.

Los olcades, al ver correr a los carpetanos hacia la retaguardia, abandonaron el asedio y comenzaron a retirarse sin dar la espalda a los cartagineses para aparentar mayor dignidad.

Los arévacos, que no conseguían asaltar las altas tapias del puerto, se alejaron de estas y se retiraron estratégicamente dispersándose entre los muelles y las embarcaciones.

—¡Callad todos, silencio, escuchad! —aulló Giscón a los suyos—, me viene un sonido repetitivo como si fuera un trueno lejano.

Los soldados y oficiales callaron. Enseguida les pareció oír efectivamente como

un trueno que se acercara hacia Kastilo.

Los carpetanos mandaron emisarios a los arévacos para que se unieran a ellos y a los olcades, en un momento se juntaron tras rodear la ciudad. De inmediato se pusieron todos de acuerdo. Atacarían juntos, los más de seiscientos guerreros en condiciones óptimas de combatir. Se dirigirían contra la muralla desde donde les arrojaron aceite hirviendo, en un intento último por ganar la plaza de Kastilo.

Con un estruendo inhumano y demostrando una valentía suicida, los hispanos supérstites lanzaron un alarido al viento y, escudo en alto y lanza en ristre, se arrojaron a la carrera al asalto de la fortificación, a cuyos pies estaban las escalas y pértigas tirados por el suelo, y en cuyas almenas les aguardaban, a pie firme, menos de doscientos cartagineses que defendían la posición casi sin municiones ni armas arrojadizas, sujetando firmemente sus escudos o lo que quedaba de ellos, sus espadas y las lanzas defensivas; bien dispuestos para contener y repeler el asalto final.

Cuando los asaltantes habían recorrido la mitad del trayecto que iba desde su campamento hasta los muros de Kastilo, el trueno que se había dejado oír un rato antes se convirtió en un rumor sordo que crecía y crecía y este, a su vez, en un retumbar más cercano y, por fin, en un tronar de cascos de caballos. Enseguida, desde un bosquecillo que estaba situado a la izquierda de los celtíberos, apareció el general Mahárbal al frente de sus cuatrocientos jinetes a galope tendido, los cuales se dividieron en cuatro escuadrones y embistieron con arrojo y una violencia brutal a los sorprendidos hispanos. Sin un momento de respiro, se trabó de inmediato un combate sin cuartel entre los infantes celtíberos y los jinetes: númidas, turdetanos, edetanos y caballería pesada cartaginesa; mientras que desde lo alto de las murallas jaleaban con vítores y salvas de aplausos la oportuna llegada de la caballería, que salvaba la ciudad.

—¡Rápido, Giscón!, hay que aprovechar esta situación. Que formen los hombres de la falange que hayan sobrevivido y que salgan de los muros, formando un cuadro, para apoyar el ataque de la caballería de Mahárbal —ordenó Asdrúbal sin perder tiempo, demostrando un criterio militar muy acertado.

Las órdenes se transmitieron con celeridad, todos corrieron hasta el patio de la fortificación y en un corto lapso de tiempo ochenta y cuatro soldados estaban dispuestos para la ofensiva. Sin pérdida de tiempo, se abrió el portón principal y los infantes salieron con orden y presteza al campo de batalla. Una vez extramuros, con su disciplina y velocidad habituales, formaron un cuadro de nueve hombres por línea todos ellos con escudos de hoplita, las sarissas reglamentarias y el casco de bronce. Su aparición fue excesiva para los celtíberos que, de repente, se vieron empujados por los jinetes de Mahárbal contra ese pequeño erizo de bronce y púas de acero que avanzaba disciplinadamente y a buen paso contra ellos, como si fueran inmunes al cansancio y no llevaran soportando tantos días de asedio y privaciones. El ataque combinado de la caballería y los hoplitas cartagineses provocó la desbandada generalizada de los otrora asaltantes, quienes huyeron y se desperdigaron en todas

direcciones para salvar el pellejo.

20

Tras la desbandada del ejército confederado celtíbero, las tropas cartaginesas retornaron a Kastilo, infantería y caballería, el puerto se volvió a abrir y la ciudad fue recobrando lentamente el pulso. Se empezaron a recoger los cadáveres para darles las correspondientes exequias funerarias, se comenzaron a reparar los desperfectos causados por el asedio, la gente salió de sus casas y escondites…

Asdrúbal Barca, agotado física y psíquicamente, se derrumbó literalmente hablando en un diván del comedor del palacio, convertido en cuartel general. Necesitaba reponerse antes de recibir el parte de novedades que le traería en breve su lugarteniente Giscón.

—Por favor, Mahárbal, escánciame un poco de vino, lo necesito para levantar el ánimo, estoy agotado —le pidió a su antiguo compañero de juegos y correrías infantiles,[74] que descansaba a su lado tras la carga al frente de sus jinetes que había derrotado a los celtíberos. Un hombre unido a su hermano Aníbal con un vínculo máximo de amistad, incluso superior al que su padre Himilcón mantuvo con Amílcar, de cuya caballería también fue el general.

Mahárbal, tumbado en otro de los divanes colocados alrededor de una mesa rectangular, se incorporó sobre un codo, tomó una espléndida jarra de plata y llenó dos copas de vidrio esmaltado cartaginés.

—Hoy ha sido una jornada gloriosa, sí señor —opinó el comandante en jefe de la caballería de Aníbal, después de beber un largo trago de su copa—, no hay nada mejor en la vida que una buena carga… El viento en la cara, el caballo y su velocidad entre las piernas, la espada en la mano, el enemigo armado enfrente de ti… Nada superior a eso, ni cien mujeres desnudas…

—Naturalmente que sí. La acción combinada de una unidad de hoplitas maniobrando en formación de orden cerrado, los elefantes avanzando, las alas de caballería efectuando una acción envolvente para estrechar un cerco sobre el enemigo, planeado con anterioridad… —apuntó Asdrúbal con voz de agotamiento.

Los dos hombres se echaron a reír.

—Asdrúbal, tienes muy mal aspecto —le dijo Mahárbal preocupado.

El interpelado resopló porque se encontraba mal y muy débil. Después de la subida de la adrenalina venía el bajón. Además, su herida no se había cerrado y había sangrado bastante. Había comido y dormido muy poco y no se había podido reponer de la herida del soliferrum como requería la misma, porque había estado al frente de sus hombres dirigiendo las labores de defensa…

—Lo sé, y en cuanto Giscón me dé el parte de novedades, me retiraré a mi

aposento, tomaré las medicinas prescritas por los físicos del ejército, permitiré que me cosan de nuevo la herida de la pierna y me echaré en la cama a descansar y a dormir…, creo que no me moveré de allí en un mes —contestó con voz desmayada el hermano de Aníbal.

Los dos rieron ante la exageración del Bárquida.

—No aguantarás ni dos días sin hacer nada… Ya lo verás. Si quieres apostamos shekeles de plata, ¿cuántos te juegas? —le retó Mahárbal.

Asdrúbal sonrió dándole la razón con un movimiento afirmativo de su cabeza.

—Según te veo, creo que todavía no estás en condiciones de viajar —prosiguió el comandante de la caballería.

—Efectivamente, no puedo, tengo que reponerme…

—Me gustaría quedarme contigo un par de días pero mañana tengo que volver a Cartago Nova, he quedado allí con tu hermano Aníbal —le explicó Mahárbal—, pero te dejaré doscientos jinetes que te supondrán un buen refuerzo hasta que movilicemos tropas desde la capital.

—Sí, claro, me parece muy bien… Creo que esos bastardos no volverán en una buena temporada —le contestó Asdrúbal sin enterarse bien de lo que le decía su amigo.

En ese momento entró Giscón en la estancia.

—Cuéntanos —le pidió escuetamente su jefe.

—Han sobrevivido ochenta y un hoplitas. Cincuenta jinetes y bastantes oretanos de Cerdubeles… —le informó ayudándose con un papiro que traía escrito—, y en la zona del puerto se ha recuperado a algunos niños de corta edad, unas cuantas mujeres jóvenes y unos sacos llenos de monedas, joyas y rapacerías diversas que habían efectuado los arévacos… La ciudad se va reponiendo y, en unos días, todo volverá a la normalidad, todo volverá a ser como siempre…

Asdrúbal suspiró hondo y pensó abrumado: «¿qué tipo de vuelta a la normalidad puede ser una vida en la que Himilce está embarazada de mi hermano Aníbal?»

Acto seguido se incorporó penosamente del diván, se despidió de sus dos interlocutores y, auxiliado por dos criados, se marchó a su habitación. Al llegar, estos lo tumbaron con todo cuidado en la cama y los físicos le volvieron a coser la herida, ya que se había abierto en algunas zonas.

—Las heridas de soliferrum cicatrizan muy mal —le explicó uno de los experimentados galenos del ejército cartaginés, mientras le ponía una cataplasma de miel, mostaza y hierbas sanadoras, y le vendaba con cuidado y profesionalidad—. Y en tu caso, estratega, sometiste a tu pierna y a tu herida a una exigencia máxima, excesiva.

Otro de los galenos cerró las contraventanas, hizo salir al resto del personal sanitario y le dio a beber un jarabe caliente con miel diluida en vino, hierbas curativas y adormidera; y Asdrúbal se sumergió en un agradable y reparador sueño en el que ya no se oían gritos de combate, ni entrechocar de espadas, ni golpes contra las murallas

ni los portones de entrada. Únicamente silencio, ausencia de luz y de ruido, una agradable sensación de bienestar cálido y acariciante, un abandonarse sin pensar en nada y caer como hacia el interior del claustro materno y en el olvido.

—Hola, cuñado, ¿cómo te encuentras?

Asdrúbal comenzó a volver en sí, aunque una parte importante de él permanecía todavía en ese dulce mundo de relax, de paz, de armonía en el que debía de llevar inmerso una hora.

—Llevas dos días enteros durmiendo y yo ya estaba preocupada —le informó Himilce abriendo un poco las contraventanas de madera, para iluminar sin excesos la habitación.

Asdrúbal consiguió abrir un poco los ojos, cuyos párpados estaban muy hinchados y eran de plomo. Chasqueó la boca, la tenía muy seca, alguien la había forrado con arena de playa y, de paso, le había cambiado la lengua por un pedazo de esparto. Tenía el cuerpo medio paralizado, como si lo hubieran fajado con vendas unos sacerdotes egipcios de los que momificaban a los faraones. Hizo un tremendo esfuerzo y consiguió señalar con la mano hacia una jarra esmaltada que contenía agua.

Himilce se acercó a la mesita donde descasaba la pequeña vasija y escanció un vaso de agua. Se acercó a la cama y se lo entregó a su cuñado. Este tomó el vaso con cuidado y tragó su contenido con la rapidez de un náufrago.

—Más, por favor —pidió con una voz cascada de ultratumba.

Himilce lo miró preocupada pero se acercó enseguida a por más agua, dados los insistentes aspavientos petitorios que realizaba Asdrúbal. Este volvió a beberse el vaso vidriado a toda velocidad. Pero aquella era una sed que no se apagaba con agua.

—Dame una copa de vino bien llena, Himilce, por favor —pidió esta vez Asdrúbal con una voz un poco más humana.

Ella lo complació de inmediato, se acercó hasta una mesita donde había una preciosa crátera, sirvió y le entregó una buena copa de rebosante vino.

Asdrúbal se la bebió de un trago, con ansia, sin pestañear. Pidió más, y se bebió una segunda copa llena hasta el borde, y una tercera.

Después de las libaciones, ambos cuñados se quedaron en silencio. Ella, de pie, junto a la cama y él, tumbado, boca arriba, mirando el techo.

Cuando el vino hizo su efecto, Asdrúbal notó un calorcillo interior muy estimulante que lo mareaba. También sintió que su lengua ya no era de esparto y que podía utilizarla para hablar con ella.

—Así que estás embarazada de mi hermano Aníbal… Voy a ser tío…

Himilce suspiró profundamente antes de contestar.

—Sí. Estoy embarazada de mi esposo…

—Qué bien… Mis más sentidas felicitaciones…

Himilce lo miró dolida, pero se apresuró a aclarar unos plazos de gestación que le parecían de suma importancia.

—Y ya estaba embarazada de Aníbal cuando llegué a Kastilo.

Asdrúbal se despabiló, y se incorporó sentándose en la cama con la almohada a manera de respaldo.

—Es obvio que él no sabe nada, ¿verdad?

Himilce negó con la cabeza.

—Ya veo… Tú en Kastilo, desterrada por tu esposo… Embarazada… Sin saber si él te iba a repudiar… —argumentó Asdrúbal hablando como un *sufeta* de juzgado—. O se iba a divorciar de ti… Ya que se estaba casando en Nueva Ciudad con una joven de la alta sociedad cartaginesa…

Ella permaneció en silencio, dejando que él hablara.

—Y claro está, lo más práctico para ti fue intentar encontrar un padre nuevo para ese hijo…, ¿no?… Un tonto enamorado que cargara con el mochuelo…

Himilce se echó a llorar en silencio.

Asdrúbal se arrepintió de sus palabras en el acto. Le parecieron ruines, rastreras, dañinas, indignas de un Barca.

—Perdóname…, Himilce… —le pidió con un tono de voz sincero y contrito—. Te está hablando el enamorado abandonado y despechado que pierde el amor de su vida, y a quien el vino ha soltado la lengua en demasía… Y por ello se expresa con resentimiento, con dolor, con pena… y escuchar sus palabras produce un verdadero asco…

Himilce dejó de llorar, se acercó a la cama, tomó con sus manos la cara de su cuñado y depositó un dulce beso en sus labios. Un beso que le supo a Asdrúbal a gotas de un mar cálido y a despedida para siempre.

—Ojalá tú fueras el padre de mi hijo… Y estuviéramos casados… Y viviéramos en la otra punta del mundo… Y yo no fuera Himilce ni tú Asdrúbal Barca… Y yo no hubiera conocido nunca a Aníbal… —le confesó ella muy seria y decidida, hablando de un tirón aunque hizo pausas por la trascendencia de su mensaje—. Pero… las cosas no son así… Todo es muy complicado porque también amo mucho a tu hermano, es mi esposo, Asdrúbal el Bello nos casó y yo, en aquel momento, fui la mujer más feliz de la tierra… y, sobre todas las cosas y sentimientos que haya o podamos tener…, el hijo es de Aníbal… Y eso es algo que ahora sabe todo el mundo en palacio porque Cerdubeles, aunque yo le dije la verdad, no me creyó y me hizo examinar exhaustivamente por sus físicos y parteras… Después de la exploración física a conciencia, ya no quedaron dudas y todos están seguros de que yo arribé a Kastilo embarazada… Tal y como yo le había explicado al miserable de mi hermano…

Tras esas últimas palabras, los dos cuñados permanecieron en silencio durante un buen rato.

—¿Cómo se lo vas a decir? —preguntó él.

—No lo sé —respondió ella resoplando.

—Mañana parte Mahárbal para Cartago Nova, al frente de sus jinetes.

—¿Y qué?

—Podríamos enviarle una carta… cada uno… —propuso Asdrúbal—. En pocos días recibiría nuestras misivas…, ninguno de nuestros correos despertará sospechas en Mahárbal… El mío porque soy el comandante en Kastilo y debo informarle del asedio y la huida de los celtíberos… La tuya… tú eres su esposa…

—No sé qué pensar —dudó ella, a manera de rechazo, porque temía la reacción de Aníbal.

—No pienses y escribe —insistió Asdrúbal—. Yo estoy seguro de que tu hermano Cerdubeles va a informar a tu esposo, para apuntarse la medalla y estrechar lazos fraternales con el hombre más poderoso del orbe cartaginés…

Ella cedió y asintió con la cabeza.

—Y ahora… adiós… para siempre… —se despidió Asdrúbal.

—Yo había venido a tu habitación… para intentar explicarte… quería decirte…

Asdrúbal se incorporó en la cama, tomó con sus manos la cara de Himilce y depositó en sus labios un emotivo beso de despedida.

Días más tarde, Aníbal recibió la noticia de la liberación de Kastilo en Cartago Nova, a su vuelta de Gadir. En la capital cartagenera le esperaba su fiel amigo Mahárbal, quien le informó de aquella acción militar y le entregó tres cartas.

—Así que llegaste a tiempo para poner en fuga a esos celtíberos —le dijo distraídamente a Mahárbal, mientras leía las tres cartas. Una de Himilce, otra de su hermano Asdrúbal y otra, la que más le extrañó, de Cerdubeles.

—Sí, llegué al frente de mis jinetes cuando unos setecientos hispanos se disponían a dar el asalto final —le comentaba Mahárbal entusiasmado a Aníbal sin reparar en que este le hacía poco caso porque devoraba los mensajes recibidos.

—Muy bien, muy bien… Y de tu caballería tenemos que hablar, porque tengo planes para mejorar su eficacia dentro de una nueva estrategia de combate que estoy diseñando en la que va a tener una importancia máxima —le explicaba Aníbal mientras releía las cartas y extraía una conclusión que, a la vez, le hacía muy feliz y le dolía profundamente. Himilce estaba embarazada de él y de eso no había duda. Iba a ser padre y tenía un heredero. Pero por dejarse llevar por un odio ciego hacia Orisón, el padre de Himilce, la había desterrado junto con su primogénito. El odio, un aciago sentimiento que nubló su buen entendimiento, le hizo ser injusto y despiadado, y le pudo hacer perder lo más valioso de su vida, una nueva vida. En el silencio y profundidad de sus pensamientos, se juró a sí mismo que eso no se volvería a repetir. Jamás el odio u otro sentimiento negativo similar a ese le tiranizaría de esa manera… Él podía haber perdido a su hijo y a su esposa, por una inaceptable decisión suya basada en una subjetividad irracional y dañina.

Al notar su prolongado silencio leyendo las cartas, quienes participaban en la reunión preparatoria de una expedición al río Iber, que Aníbal deseaba conocer personalmente, se lo quedaron mirando preocupados.

—Hermano, ¿todo va bien? —Se interesó Magón Barca muy inquieto—, ¿se

encuentra bien nuestro hermano Asdrúbal?…

Aníbal volvió de su ensimismamiento como de un largo viaje interior. Ya se había juzgado severamente por lo que había hecho y se había condenado, pero también, según su carácter y personalidad, siguió adelante sin lamentaciones ni pérdida de tiempo en zarandajas ni estados permanentes de culpabilidad. Tenía una misión que cumplir y nada le apartaría de ella.

—Sí, todo va muy bien… Magón, ten la bondad de escanciar vino para todos… Hay grandes nuevas que celebrar. Asdrúbal se recupera muy favorablemente de su herida y yo… yo voy a tener un hijo de mi esposa Himilce —les participó con cara de felicidad.

Los allí presentes, entre los que se encontraban Hannás, Masinisa el príncipe númida y Hannón Strago, uno de los militares que Aníbal había ascendido por méritos propios y que sería el comandante de una de sus alas en la batalla de Cannas, años más tarde, se acercaron a él con regocijo, lo abrazaron y le participaron sus congratulaciones más efusivas.

—Un heredero, hermano, tú eres el primero de la camada del León que tiene descendencia aquí, en Isphanya… Un nuevo leoncito… —exclamó Magón exultante de alegría.

Los dos hermanos se fundieron en un conmovedor abrazo.

—Magón, no adelantemos acontecimientos que aún no sabemos si será un varón. Himilce y yo presentíamos que estaba embarazada y por eso viajó a Kastilo para estar con su familia, en el palacio de su infancia, mientras yo viajaba a Kart Hadasht —les contó a sus interlocutores, ante el silencio cómplice de Hannás, que sabía la verdad.

—Será un mocetón cartaginés. Lo será, ya lo verás, apuesta todas los shekeles de plata que quieras —opinó vibrante Mahárbal—, y yo le enseñaré a montar a caballo.

Masinisa, más joven y tímido, callaba prudentemente, al igual que Hannón Strago, que carecía de la confianza y familiaridad que tenían los demás.

—Bueno, señores, seriedad, ya está bien de jolgorio, que parecemos un grupo de mujeres sentadas en la puerta de casa cosiendo y celebrando el embarazo de una de ellas —les reconvino Aníbal con un tono alegre en la voz, después de beber otro largo trago de vino mientras se sentaba en la mesa de reuniones, siendo seguido por los demás—. Estamos preparando mi viaje al río Iber.

—Pero, Aníbal, vuelvo a insistir, vas muy al norte, demasiado lejos de nuestros dominios, ¿y todo para qué?, pueden ir nuestros exploradores, tenemos la mesa llena de cartografías diversas, y es un viaje peligroso —opinó su hermano Magón al tiempo que removía los papiros que contenían los planos del nordeste de Isphanya.

—Hermano, soy un Barca y, al igual que padre, creo que el destino me ha señalado para llevar a cabo sus planes, y en esa lid todos vosotros me tenéis que auxiliar. Roma nos observa y, en cuanto pueda, acabará con los cartagineses. Eso es algo que tengo muy claro. Ahora los romanos se encuentran ocupados con los galos y celtas del norte de Italia, así como con los piratas ilirios… Pero en cuanto liquiden

esos problemas, y estad seguros de que así será, volverán sus miradas contra Nueva Ciudad y le declararán la guerra por una causa o por otra, porque les estorba y desean su perdición y aniquilamiento total.

Todos escuchaban en respetuoso silencio las opiniones y dictámenes de su comandante en jefe.

—Amigos, el Iber es el río más grande que tendremos que vadear en Isphanya —prosiguió explicando Aníbal—, y lo haremos con un ejército de noventa mil hombres, diez mil caballos y cien elefantes… Y yo quiero ver personalmente cómo es ese río, el mejor vado, su tamaño, su caudal… Todo. No me puedo permitir el lujo de que me lo cuenten.

Magón, impresionado una vez más por el arrojo y la decisión de carácter que tenía su hermano, se bebía sus palabras.

—Ya sé que más allá de los altos y nevados montes que separan Isphanya de la tierra de los galos, existen ríos más grandes, cerca de la colonia griega de Massalia,[75] fiel aliada de la Loba como Arse-Sagunto. Pues esas enormes corrientes de agua también las atravesaremos pero yo no me puedo desplazar hasta allí, tan cerca de Roma, sin levantar sospechas —prosiguió Aníbal con su explicación—. El Iber está más cerca y me acercaré a observarlo. Es el primer gran río que tendremos que sortear, y de esa exitosa travesía dependerá el resto de la expedición hasta Italia…

21

—Mis queridos asociados, por favor, dejad de charlar entre vosotros y prestadme atención. Comencemos la reunión, que vamos mal de tiempo —les pedía el *sufeta* Hannón el Grande a los socios comanditarios con los que asumía contingencias y repartía rendimientos en las lucrativas sociedades,[76] que habían fundado juntos. La plana mayor directiva estaba sentada alrededor de una espléndida mesa de mármol y ébano, situada en el centro de uno de los magníficos salones con los que contaba el suntuoso palacete de estilo helenístico, donde tenían constituida su sede central, el cual estaba edificado en lo alto de la colina Byrsa en Kart Hadasht, en el centro de negocios de la ciudad.

—Hagamos caso a nuestro presidente. Comencemos la reunión —propuso Bóstar, uno de los socios mayoritarios y también *sufeta* máximo en el Senado cartaginés, como Hannón el Grande—. Una pregunta, ¿cómo ha cerrado hoy el Mercado de Operaciones y Altas Finanzas?

Uno de ellos les explicó que las sociedades de comercio exterior que importaban estaño desde las islas Casitérides habían experimentado un alza en su cotización. Razones: El mineral llegaba con regularidad a Kart Hadasht, las sociedades que adquirían participaciones de los armadores que lo traían invertían sumas importantes y era muy rentable adquirir estaño en origen, a través de aquellos, porque después se podía especular con los futuros beneficios.

—Entonces seguiremos invirtiendo en ellas. Tenemos situados muchos shekeles de plata en ese negocio, se trata de un valor seguro y rentable que nos ha proporcionado pingües beneficios, dado que la demanda de estaño para hacer bronce se mantiene constante —señaló otro de los socios.

—Invertiremos solo por el momento en el estaño de las islas… —opinó Hannón, con voz misteriosa.

—Hannón, ¿cuál es tu motivo para que digas solo por el momento?…, ¿acaso es porque estamos en paz con Roma?…, si es así tenemos que recordar que Nueva Ciudad ahora no necesita mucho bronce para fabricar corazas destinadas al consumo propio, pero los mercados de Macedonia, Egipto y Siria siguen siendo grandes consumidores y demandan sin cesar nuestros formidables productos terminados —apuntó sutilmente otro socio, gordo hasta límites imposibles, vestido con ropajes de inspiración babilonia y cargado con todo tipo de joyas de oro y piedras preciosas como anillos, pendientes, collares y pulseras de una riqueza incalculable.

—Y no olvidemos que Roma, gran comprador, sigue en guerra con galos e ilirios y adquiere nuestras panoplias para sus tribunos, legados y cónsules, y en ningún

momento ha dejado de importar nuestros competitivos lingotes de bronce —precisó otro de los partícipes con voz muy optimista—. El estaño tiene futuro.

—Está claro que hay mercado, mis queridos socios comanditarios, y yo no lo niego —aceptó Hannón, tal como si hablara consigo mismo—. Pero tengo informaciones fidedignas de las recientes andanzas de Aníbal Barca por Isphanya que pueden perjudicar el rentable negocio de esas sociedades en las que invertimos tanto dinero…

—¿Cómo es eso?… Cuéntanos sin demora, por favor —solicitó Qartbal, otro de los socios más ricos.

—Mis informadores me acaban de comunicar que Aníbal ha estado en Gadir, en el templo de Melkart, donde su esbirro Hannás estuvo negociando créditos y condiciones favorables ofreciendo como contragarantía el Tesoro de Cartago Nova…

—Y esas negociaciones ¿qué objeto tenían? —preguntó Bóstar extrañado.

—Están encaminadas a preparar y armar una expedición marítima por la costa oeste de Isphanya hasta la tierra de los kalaikos, donde mercadearán para conseguir trato de favor e importar estaño más barato que el de las islas Casitérides; ya que esa tierra es rica en ese mineral —les aclaró Hannón el Grande con cara de preocupación —. Hasta ahora era más rentable traerlo de las islas, pero…

—¡Sangre de Melkart!… Ese pacto de Aníbal con los bárbaros del oeste, a la larga, perjudicará gravemente nuestros intereses. Por eso, estimo que sería más provechoso y seguro invertir desde ya en alguna de las compañías de participaciones en cuenta, que cotizan en el mercado de Byrsa, y que explotan las factorías de púrpura establecidas en la ciudad de Lyxus, en la costa oeste de Ifriquiya —les propuso Qartbal, contrariado, sin percatarse en absoluto del mensaje que, en realidad, les estaba transmitiendo Hannón el Grande a sus socios.

—Amigos, socios, hermanos de cofradía… Entendedme bien. Yo no estoy hablando únicamente de negocios… —intervino de nuevo Hannón—. Esto va más allá… Si Aníbal manda una expedición por mar hasta esas lejanas tierras de Isphanya, con una idea de continuidad, será, a buen seguro, porque también es factible llegar por tierra desde el interior… Desde Cartago Nova y Kastilo…

—¡Por el bendito Baal Hammon!… Ahora lo veo claro, ese ambicioso quiere conquistar las tierras del interior de Isphanya y fundar un imperio —precisó Qartbal dejando que su imaginación y su miedo a los Bárquidas fabularan.

—¿Acaso para convertirse en rey de las mismas? —les instó Hannón con gravedad y toda la maledicencia posible—. Como intentó hacer su cuñado Asdrúbal el Bello…

—Y, en ese supuesto, emprenderá una nueva guerra contra Roma y perjudicará nuestros intereses, porque ese es como su padre, solo piensan en combatir contra los romanos a cualquier precio y adquirir más poder al frente de su ejército —opinó Bóstar.

—No hay duda, con los romanos hay que llevarse bien porque viviendo en paz

Kart Hadasht queda liberada de generales ambiciosos y de soldados costosos, y podrá prosperar aún más. La guerra es un desastre para los cartagineses.

—Es más, en la mano de Aníbal estaría traicionarnos y dejarnos indefensos ante Roma, si esta decide atacarnos por su culpa, al llevar a cabo una política agresiva contra los romanos… —rezongó Qartbal con malicia, echando una cucharadita de incienso en un pebetero de oro situado delante de una estatuilla del dios Baal Hammon, entonando una letanía de advocación.

—Que el Señor de los Altares de Incienso nos proteja a todos como ha hecho hasta ahora… —rezaron a coro todos los asociados.

—Él agrediría a Roma, se escondería en las salvajes tierras hispanas y nos dejaría a nosotros desamparados ante los romanos, sin haber hecho nada malo…

—¡Hablemos con Roma! —exclamó, exaltado, Bóstar—. Reiteremos nuestra inocencia y nuestro afán de colaboración con ellos… Solo queremos vivir en paz… Denunciemos sus actividades, expliquémosles que estas pueden suponer la guerra y, al tiempo, sigamos comerciando prósperamente con ellos… Roma se ocupará de Aníbal.

—No, de ninguna manera, no podemos meter a los romanos en nuestros asuntos. Primero, porque está ocupada con los galos del norte de su república y no prestará atención a nuestras denuncias y, segundo, porque se trata de una conducta peligrosísima para nosotros —rechazó categórico y muy serio Hannón—. Daríamos a Roma muestras de debilidad si somos incapaces de solucionar un problema de régimen interno y, si nuestra denuncia llegara a oídos de los miembros de la Asamblea Popular, eso nos costaría muy caro, incluso la muerte…

—Tienes razón, Hannón, el pueblo llano ha olvidado la derrota ante los romanos, la pérdida de Sicilia, de Córcega, de Cerdeña… porque no ganaba nada manteniendo los mercados, las colonias y las factorías establecidas en esas islas… pero, en cambio, adora a Aníbal y eso encierra un peligro muy grande para nosotros —añadió otro socio.

—Estoy de acuerdo. Aníbal es el riesgo máximo porque es más popular que su antecesor al mando de Isphanya y Libia, Asdrúbal el Bello, yo diría que incluso más que su propio padre Amílcar… Y es más poderoso porque se está beneficiando de los logros conseguidos por esos dos, de la gran riqueza en bienes y en hombres de los territorios conquistados en Isphanya… y se aprovecha de su propio talento natural. —Comentó Hannón el Grande, que odiaba a muerte a los Bárquidas porque siempre los había considerado una amenaza para Kart Hadasht y para ellos, pero reconocía la valía de sus enemigos y las grandes virtudes de las que hacían gala, sobre todo Aníbal.

—Habría que acabar con Aníbal cuanto antes. Fuimos capaces de quitar de en medio a Asdrúbal, y lo conseguiremos también con el Barca —exclamó con vehemencia Qartbal.

—Amigos y cofrades… se trataría de realizar un acto de política preventiva… Le

liquidamos y, de paso, mantenemos la paz con Roma a futuro, y nuestros negocios no solo no se verán afectados sino que progresarán como nunca —le apoyó Bóstar, alzando las manos—. Todo sea por el bien de nuestra querida y sagrada Kart Hadasht…

—Tenéis razón —aceptó Hannón, que frunció el ceño—. Pero Aníbal tiene la simpatía política de la mitad de los senadores y de todos los representantes de la Asamblea de Ciudadanos, así como el pueblo, que no tiene nada que perder…

—Y a nosotros nos apoyan la otra mitad de los senadores, los indecisos, todos los hombres ricos cartagineses, las asociaciones de mercaderes, los dirigentes de los mercados de inversión y de las sociedades de participación, los grandes latifundistas, los sacerdotes… En fin, todos aquellos que tienen un peso específico por sus riquezas, por su poder o por sus negocios y tienen mucho que perder con la guerra… Ellos son los que pueden y deben decidir el futuro de Kart Hadasht… No ese militarote sanguinario que no vela nada más que por sus intereses bélicos, su gloria, por su soldadesca, sus campañas, sangre, destrucción, muerte… Ese no es el espíritu cartaginés… Nosotros no somos imperialistas ni bélicos como él y su desgraciada familia. Nosotros deseamos vivir en paz y prosperar con el comercio. Insisto, lo mejor para todos sería eliminarlo —reiteró Qartbal con parsimonia como si hablara de sacrificar un perro con rabia—. Su política atenta contra nuestros intereses y nos terminará haciendo un daño irreversible —añadió frío como un témpano.

—Amigos, ¿estáis todos de acuerdo? —les preguntó Hannón.

La respuesta fue unánime y afirmativa.

—Está bien, yo me ocuparé de Aníbal… —se comprometió Hannón el Grande.

El viaje por barco hacia el norte, hasta la desembocadura del río Iber, permitió a Aníbal adquirir directamente una información detallada de la costa hispana, sus accidentes, sus pueblos, sus dificultades…, como antes había hecho cuando viajó a la tierra de los númidas y a los bosques del sur de Kart Hadasht, para ver a los elefantes.[77] La primera escala fue Akra Leuke, hoy Alicante, donde desembarcó para visitar el mausoleo de su padre Amílcar, en el que depositó flores, quemó incienso a una estatua de Melkart y rezó unas oraciones. En dicha ciudad comprobó cómo la prosperidad se extendía por los dominios cartagineses, ya que había crecido mucho, al amparo y a los pies de la imponente fortaleza edificada en la colina que dominaba la urbe. Además, constató que el puerto era activo y mantenía numerosas relaciones comerciales. Al amanecer dejaron Akra Leuke y navegaron cerca de la costa, enseguida vislumbraron desde el barco la ubicación de Althaía o Cártala,[78] una de las capitales de los olcades.

—Esos olcades nos son muy hostiles, ¿verdad? —les preguntó Aníbal a Hannón Strago y a Mahárbal, que se acodaban con él en la amura de babor.

—Siempre que pueden, se alían con otros iberos o celtíberos del interior, como los que han atacado Kastilo, y realizan correrías por nuestros dominios —le explicó Hannón Strago.

—Y, además, viven demasiado cerca de Akra Leuke y de nuestra ciudad aliada, Illici,[79] capital de los contestanos, donde mantenemos una importante industria alfarera y de cerámica que exporta a los territorios de los alrededores.

Aníbal se quedó pensativo analizando la situación. De inmediato, llegó a la conclusión de que los olcades constituían una seria amenaza para el poder de Kart Hadasht en Isphanya, dada su situación geográfica tan próxima a ciudades cartaginesas o aliadas, y a la ciudad de Arse-Sagunto, aliada de Roma, y enemiga en potencia. Cártala se podría convertir en un puerto aliado de los romanos, donde podrían desembarcar tropas cuando él llevara las suyas a Italia.

Al atardecer, entraron en el puerto de Arse-Sagunto[80] y navegaron a golpe de remo a través de las tres lagunas que lo conformaban, que estaban defendidas del oleaje marino por un excelente espigón de piedra recto y bien asentado, de origen y construcción griegos. Bogaron hasta la última laguna y allí atracaron en un muelle apartado de manera discreta. Aníbal desembarcó en la ciudad que marcaría su destino acompañado por Hannás, Mahárbal, Hannón Strago y un par de hombres de confianza, el libio Bhocas y el arévaco Iñurbe.

—Hannás, tú estuviste con Bhocas e Iñurbe en esta ciudad cuando atrapasteis al miserable de Sodalis, guíanos pues —le ordenó.

El antiguo esclavo, hombre inteligente y de buena memoria, les condujo por los muelles y, sin apenas detenerse, transitaron por la ciudad baja, recorrieron las callejas cercanas al puerto y, enseguida, aprovechando la gran afluencia de personas, franquearon el portón de entrada bajo la primera línea de murallas y se introdujeron en la ciudad media, que crecía y se protegía al amparo de esa primera defensa. Al poco de pasar por varias calles y un par de plazoletas llegaron hasta el pie donde comenzaba la estrecha y empinada calle que subía hasta la acrópolis de Arse.

Aprovechando el tránsito de los que subían y bajaban desde las casas y el barrio que se desparramaba aquí y allá, al amparo de los riscos y quebradas sobre las que se asentaba la ciclópea muralla, rodearon con cuidado la misma, los baluartes y fortificaciones observando con detenimiento las paredes de tierra y piedras, las pendientes, los farallones y los quebrados que ascendían hasta los cimientos de los muros, los cuales constituían de hecho una muralla más de escasa vegetación y pocas agarraderas. Cuando tuvieron una idea aproximada de la magnitud colosal de la defensa saguntina, bajaron hasta una taberna que hacía esquina con una de las rúas principales, donde se hospedaron.

—Aquí nos quedamos a pasar la noche. Es un sitio limpio y discreto donde no llamaremos la atención —les comunicó Hannás, que había organizado a conciencia toda la expedición de observación.

Aníbal, una hora más tarde, miraba hacia lo alto bebiendo vino con sus acompañantes alrededor de una mesa al aire libre, situada en el patio del mesón donde tenían dos habitaciones para pasar la noche.

—Es una fortificación verdaderamente formidable —comentó en voz baja.

—Ya lo creo. Nosotros la hemos visitado por dentro —puntualizó Hannás, mientras sus compañeros de aventura durante la captura de Sodalis movían la cabeza afirmativamente— y podemos afirmar que se trata de una magnífica defensa, que se ve reforzada por su alianza con la Loba.

—Entonces, ¿estaríamos en lo cierto si pensamos que los saguntinos están muy crecidos con esa alianza? —dejó caer Hannón Strago.

—Nuestras observaciones e informes así lo indican —estimó Hannás.

—¿Entrar en la acrópolis para examinar *in situ*…? —dejó caer Aníbal, para quien la escarpada fortaleza suponía un reto.

—En este momento es imposible. A esa acrópolis únicamente tienen acceso los guerreros saguntinos de élite, así como el Senado de la ciudad, su caudillo y los principales; y solo encuentran cobijo en la misma una parte de la población y un número mayor de guerreros cuando combaten contra sus vecinos, por ejemplo los de Edeta,[81] que es la capital de la etnia de los edetanos a la que pertenecen y su mayor rival, pero desde que son aliados de Roma las ciudades vecinas no suelen entrar en combate con los saguntinos que, crecidos como antes hemos hablado, no dudan en agredir a otras poblaciones y expandirse. Su puerto y su comercio florecen, generan mucha ganancia que les permite contratar mercenarios y les lleva a comportarse con arrogancia. Pero, además, los saguntinos se han vuelto muy suspicaces y no dejan acceder a casi nadie ahí arriba…

—Y eso, ¿por qué? —se interesó Hannón Strago.

—Porque llevamos un tiempo introduciendo agentes nuestros, comprando voluntades, creando un rechazo hacia todo lo romano… En definitiva, hemos implementado métodos que cada vez consiguen más partidarios para Kart Hadasht. Ahora la población y su Senado están divididos casi a partes iguales entre los que prefieren a Roma y los que escogen a Kart Hadasht. En consecuencia, limitan mucho el acceso a la acrópolis donde, entre otras cuestiones defensivas, tienen las espléndidas fábricas de armamento que yo visité —les detalló Hannás—. Y volviendo a ese baluarte en alto, nos costó mucho entrar pero conseguimos acceder al mismo disfrazados de mercaderes interesados en adquirir falcatas, y tomamos buena nota de todo… No es preciso arriesgarse para intentar pasar de nuevo.

—Lo sé, he leído varias veces los informes que elaborasteis y los de mis ingenieros militares, que también vinieron de incógnito y estudiaron Arse-Sagunto, y considero que son magníficos, concisos y detallados, como a mí me gustan. Pero ya sabes cómo soy yo, si puedo ver las cosas por mí mismo… —confesó Aníbal con una sonrisa encantadora—. De todas formas, acabamos de caminar y de explorar sus alrededores y he visto el contorno, los riscos, las pendientes y paredes de piedra y tierra, lo escarpado de ese cerro alargado… y, junto con tus informes, me he hecho una idea muy aproximada de todo. Una formidable plaza fuerte atacable por el oeste, la Puerta del Toro, con un puerto extraordinario que no se debe dejar a las espaldas como enemigo de nuestros dominios y avances.

—Estaba pensando que podríamos entrar ahí arriba con un ejército poderoso —soltó riéndose Mahárbal, siempre tan despistado, mientras Aníbal le miraba de una manera extraña.

Dos días más tarde, la llegada a la desembocadura del Iber en barco causó en Aníbal una honda impresión. Le invadió una sensación de magnificencia y un sentimiento de plenitud y quietud como nunca antes había vivido. Era como llegar al paraíso cananeo de las leyendas y de los mitos religiosos de los fenicios de Tiro.

Visto desde el mar, sorprende porque el paisaje de la costa es monótono. Acantilados bajos de piedra caliza incolora, arenales y playas de arena tras las cuales se divisa en lontananza una cadena de cerros y colinas grises, peladas y requemadas por el sol, pequeños asentamientos de pescadores… Y, de repente, una enorme alfombra verde extendida a lo largo de la costa, que deja en el medio un ancho cauce por donde discurre el gran río de las tierras de los iberos. Una corriente poderosa pero que entra en el mar con delicadeza, sin violencia, poco a poco, tiñendo las aguas del mar de color marrón gracias al rico limo que portan las mismas desde su nacimiento, en las altas montañas, en tierra de astures y cántabros.

Subiendo a golpe de remo, por el ancho y pausado río, Aníbal y los suyos pudieron deleitarse al contemplar docenas de canales formados a cada lado de la desembocadura y el cauce que, a su vez, formaba marismas herbáceas, lagos y pequeños mares interiores donde se alimentaban inmensas bandadas de flamencos, de garzas, de todo tipo de ánades, cigüeñas, gaviotas… bajo el ojo acechante de las águilas pescadoras que planeaban sobre las aguas en busca de su alimento diario.

Echaron el áncora en las aguas poco profundas para contemplar el paisaje, hacerse una idea precisa del entorno y comer con unos pescadores, que se acercaron hasta ellos, quienes les ofrecieron platos de anguila guisada con verduras. Un pez muy abundante en el delta y que los habitantes de esas marismas pescaban y se deleitaban comiéndolo en guiso, o secándolo al sol, o de mil maneras distintas.

Tras esos contactos humanos exploraron la zona y concluyeron que era una parte del río muy adecuada para vadearlo porque contaba con aguas poco profundas, una corriente sin fuerza, isletas de vegetación en medio, mares de hierba alimenticia para caballos y elefantes. Muy transitable, en definitiva.

También aprovecharon para recabar información acerca de los pueblos y las etnias de los alrededores. De esta manera, Aníbal conoció que los ilergetes, al mando de dos caudillos llamados Indíbil y Mandonio, eran buenos y poderosos guerreros, cuya capital era Iltirta,[82] que tenían mucha experiencia bélica ya que habían combatido como mercenarios para los griegos de Massalia y de Siracusa, y que su zona de influencia eran ambas márgenes del río Iber desde su desembocadura hasta muy al interior. Más al norte, por la costa, estaban los cosetanos, los layetanos y una serie de pueblos iberos.

Al día siguiente remontaron a remo el Iber y se cruzaron con unas cuantas embarcaciones de todo tipo, incluidas naves comerciales griegas de Massalia y de

Emporiae; de lo que dedujeron que esa espléndida corriente de agua navegable constituía un camino rápido y seguro para ejercer el comercio con las tierras del interior de Isphanya. Durante la travesía fluvial fueron buscando otros vados y pasos donde el río no fuera demasiado ancho ni profundo, con el objeto de encontrar el mejor paso para el ejército cartaginés cuando llegara el momento. Les hablaron de uno muy utilizado que estaba cerca de una ciudad llamada Salduie,[83] pero aquel estaba muchas millas tierra adentro, razón por la que lo descartaron.

Aníbal, a su vez, aprovechó para estudiar la composición de sus orillas, los arenales, los posibles bancos, los mares de hierba que servirían de pasto a caballos y elefantes, y no paró de leer todos los informes que habían recabado, así como todas las notas que habían tomado durante esos días.

Tras su lectura y reflexión, el caudillo cartaginés llegó a la conclusión de que necesitaba la amistad de esos dos poderosos régulos, Indíbil y Mandonio, así como de sus ilergetes, ya que eran los iberos más fuertes y dominantes de la región, lo cual sería imprescindible cuando él y su ejército atravesaran esas tierras camino de Italia. Pero lo primero, antes de cruzar el Iber, tenía que ser la cuestión de Sagunto, porque en su avance no podían dejar a sus espaldas una plaza fuerte tan bien fortificada, dado que los saguntinos tenían un poderoso ejército de ciudadanos y de mercenarios, que se vería reforzado si, además, recibían apoyo y material de guerra desde Roma, todo lo cual supondría un serio peligro para Cartago Nova y los dominios cartagineses en Isphanya. Había que tener muy claro que una nueva guerra con Roma se podía perder, precisamente, aquí en Isphanya, fuente de riquezas, de plata, de hierro, de estaño… e inagotable flujo de hombres para alimentar a los ejércitos de la República. A continuación, comenzó a preparar órdenes, pactos con los ilergetes, procedimientos de vado del río, protocolos para la caballería y la infantería, así como la posibilidad verdadera para pasar el río Iber con elefantes.

22

En Roma se seguía la evolución de la política cartaginesa en las tierras de la salvaje y lejana Hispania con más interés de lo que podía parecer, ese año 220 a. C. La verdad era que sus cónsules y dirigentes se habían ocupado de la sucesión «*mortis causa*» de los caudillos Amílcar Barca y Asdrúbal el Bello, sin detenerse en exceso, solo preocupados en que Cartago pagara las tremendas condiciones de indemnización de guerra, fijadas tras la Primera Guerra Púnica. De esa manera, tan solo se firmó con Asdrúbal el Bello el Tratado del Iber del año 226 a. C., mediante el cual Cartago se comprometió a no rebasar los márgenes de ese imponente río ibero en el transcurso de las conquistas que pudiera efectuar en Isphanya, para procurarse los recursos y los fondos precisos con los que seguir atendiendo la indemnización en lingotes de plata debida a Roma.

Las razones por las que Roma dejó a sus enemigos púnicos sin más controles de los estrictamente necesarios eran por un lado que no hubo motivos de enfrentamiento con los cartagineses, dado que cumplieron en todo momento con los tratados y enviaron puntualmente la indemnización, y por otro, el avance imparable del propio proceso histórico romano que estaba encaminando a la urbe hacia su destino imperial. De esta forma, toda la atención y los recursos humanos de la República romana se estaban volcando en la consecución de metas relacionadas con la reconstrucción y el asentamiento del orden público, tales como acabar con las sempiternas incursiones de los destructivos galos del norte de la península Itálica. También, en su condición de primera potencia militar mediterránea, y a instancias de los reinos y ciudades de Grecia, tuvieron que preparar y poner en combate una poderosa escuadra con la que estaban combatiendo a los piratas istrios e ilirios. Y, por supuesto, se implementaron sistemas para paliar la hambruna del pueblo y para dirigir lo más eficazmente posible la recuperación nacional, pues Roma también quedó exhausta tras la guerra contra la metrópoli púnica, y la cuantiosa indemnización de plata que satisfacía Cartago únicamente mitigaba la gran carga que suponía la reconstrucción. A todo lo anterior, había que sumarse nuevas tareas y obligaciones, cuales eran la administración y el gobierno de los nuevos territorios como Sicilia, Cerdeña y Córcega, que arrebataron por la fuerza a los cartagineses aprovechando su debilidad.

Y la problemática que suponía el enriquecimiento, cada vez mayor, del aristocrático partido agrícola, representado por los senadores latifundistas que adquirían tierras a bajo coste a las viudas de los soldados muertos en Sicilia, aprovechando su estado de necesidad, en contraposición con los intereses de los senadores que se dedicaban al comercio y las grandes finanzas, que formaban una corriente confrontada de intereses puesto que estos, a semejanza y por influencia de

sus homólogos cartagineses, preferían la expansión imperialista de Roma hacia las ricas tierras de oriente, Grecia, Siria, Palestina… cuyos mercados les podían lucrar al importar a la capital, para la naciente clase senatorial enriquecida, sus lujosos productos, sus exóticas telas, sus perfumes, vidrierías, especias… Máxime si esos ricos reinos eran conquistados por las legiones romanas.

En consecuencia, las muertes y las tomas de posesión del poder entre Amílcar y Asdrúbal se materializaron en la bárbara y apartada Hispania, sin intervención romana, y habían dado como resultado el ascenso al poder del hijo de Amílcar Barca, un joven pero experto militar, por entonces de veintisiete años de edad, llamado Aníbal, que llevaba casi dos años al frente de los territorios cartagineses sin haber dado motivos, hasta el momento, de alarma de clase alguna ni de reclamaciones por parte de las autoridades romanas.

Pero hete aquí que desde una poco conocida ciudad aliada ibera establecida en la costa este de Hispania, llamada Sagunto, antigua colonia griega donde vivían numerosos griegos, un buen puerto y un espléndido mercado colonial, había llegado una embajada con quejas contra la política expansionista de Aníbal. Decían que se volvía cada vez más poderoso, un enconado enemigo de los saguntinos apoyado por el partido saguntino procartaginés, y un peligro para Massalia y Roma, algo que la delegación creía que no debían permitir los romanos.

—Padres de la patria, escuchadme, por favor, vamos a comenzar para que podamos debatir acerca de los asuntos del orden del día en el Senado —quien se dirigía con estas palabras a los senadores romanos era Lucio Emilio Paulo, que sería uno de los dos cónsules el año siguiente, 219 a. C., junto a Marco Livio Salinator. Paulo era un hombre de gran prestigio militar que el año anterior había sido enviado por Roma contra los ilirios, quienes se habían sublevado de nuevo dirigidos por su rey, Demetrio, durante la denominada Segunda Guerra Ilírica. Paulo lo derrotó en una brillante campaña militar, tomó el puerto de Pharos, base de la escuadra de esos piratas, y movió a sus tropas con tal maestría y determinación que Demetrio, acosado y bloqueado por los romanos, tuvo que huir a Macedonia en la corte de cuyo rey, Filipo V, solicitó asilo político y se refugió. Una salida política que no gustó en Roma, que premió a Paulo con un triunfo a su regreso.

—Sí, escuchemos gustosos lo que nuestro cónsul Quinto Lutacio Catulo tiene a bien decirnos… seguro que es muy interesante —soltó con tono irónico en la voz Quinto Fabio Máximo Verrucoso,[84] enemigo político y social de Paulo, dada su cercanía a la familia de los Escipiones, verdaderos rivales de Máximo, y a la de Catulo.

Cuando se hizo el silencio en las bancadas del marmóreo hemiciclo del Senado romano, Catulo tomó la palabra.

—Padres de Roma, senadores. Desde la distante Hispania, donde los cartagineses se afanan para acrecentar sus tesoros con el fin de alcanzar la argéntea indemnización que tienen que satisfacer a la República de Roma, gracias, entre otros prohombres

romanos, a mi padre,[85] ha venido una embajada de nuestra aliada la ciudad de Sagunto.

Los asuntos de Hispania, una tierra extraña, apartada y sin civilizar donde los senadores no tenían ganancias comerciales, despertaban un interés más bien escaso en estos, más inclinados hacia el rico, próspero y cultivado Mediterráneo oriental, origen inagotable de lujos, placeres y disfrutes. Por ello, atendieron desganados.

—El Senado de Sagunto ha enviado unos emisarios, que se han reunido conmigo y con mi colega en el cargo, Lucio Veturio Filón, para exponernos que Aníbal Barca ha visitado la ciudad, disfrazado, y acompañado por varios de sus hombres y que, al parecer, ha estado estudiando la situación y la fortaleza de sus defensas.

—Cónsul, ¿quién es ese tal Aníbal Barca? —preguntó Scaevola, uno de los senadores afines a Quinto Fabio Máximo.

—Aníbal es el hijo de nuestro difunto enemigo, Amílcar Barca, con quien combatieron los nuestros, a las órdenes de mi padre, en la isla de Sicilia —contestó Catulo—, que fue nombrado comandante en jefe de los ejércitos púnicos de Hispania hace casi dos años.

—Ya, pero ¿en qué nos afecta a nosotros que ese tal Aníbal entre en una ciudad portuaria de esas lejanas tierras para estudiarla? —insistió Scaevola.

Catulo se quedó pensativo.

—Como el tratado que se firmó con Asdrúbal el Bello situaba al gran río Iber como frontera de expansión cartaginesa, y esa Sagunto está edificada en un territorio al sur de dicho río —fue desgranando punto por punto Scaevola para poner incómodo al cónsul—, el tal Aníbal puede viajar por todas las tierras iberas al sur del Iber sin problemas, incluida la posibilidad de visitar esa ciudad…, ¿no es así? Mientras envíe la plata acordada en el tratado y nuestro Tesoro reciba la indemnización estipulada, qué nos importa a nosotros si ese joven púnico dispone de su tiempo viajando por tan brutales tierras… —terminó diciendo en tono jocoso, lo que provocó risas y aplausos entre los partidarios de Quinto Fabio Máximo.

Ahora fue Lucio Veturio Filón, el otro cónsul, quien intervino sin poder disimular el enfado que se reflejaba en su rostro.

—Senadores de Roma… muy mal nos irá en el futuro si subestimamos el poder de las armas de Cartago aunque estén bajo el mando un joven —les arengó el cónsul paseando su mirada de ojos de águila sobre las gradas de mármol—. Han pasado veintiún años desde la derrota de los cartagineses, desde que se firmó el tratado, y ¿ya nos hemos olvidado de las penalidades y quebrantos que padeció la República?… ¿Tan flaca es nuestra memoria colectiva?…

Los senadores se removieron inquietos en sus asientos. El recuerdo de lo vivido durante la primera guerra con Cartago planeó sobre el edificio del Senado y trajo evocación de lo sufrido a la memoria de todos.

—Claro que no podemos olvidar aquello —exclamó Lépido, un senador neutral —. Nadie podría…

—Pues entonces escuchad lo que la embajada de Sagunto nos ha explicado hace unas horas —dijo Catulo retomando la palabra—. Si el comandante de los ejércitos púnicos de Hispania recorre esa ciudad que, según nos han contado los embajadores, dispone de una acrópolis amurallada formidable, puede ser que lo haga por un afán de estudio de dichos baluartes de cara a un posible asedio de la ciudad.

Los senadores comenzaron a hablar y a discutir entre ellos porque los asuntos hispanos no eran, precisamente, de su máximo interés, aunque el miedo a un nuevo enfrentamiento con los púnicos también pesaba lo suyo.

—Mi estimado Quinto Lutacio Catulo… ¿Ese Aníbal tiene acaso un ejército acampado cerca de esa… cómo has dicho que se llama…? —preguntó Quinto Fabio Máximo con su parsimonia tradicional, pues no deseaba que se enviaran todavía legiones a Hispania en detrimento de otras zonas de influencia donde eran más necesarias y, sobre todo, más rentables.

—Sagunto, la ciudad se llama Sagunto —le aclaró el cónsul Catulo con irritación en la voz, ya que Quinto Fabio Máximo, que también tenía el apodo de *Ovicula* o el Cordero dado su carácter tranquilo y flemático, le solía sacar de quicio.

—Ah, sí, gracias…, Sagunto —agradeció Quinto Fabio Máximo con una voz teatral y una sonrisa bonachona que arrancaron risas entre sus seguidores, que lo conocían muy bien.

—Y no, no hay ningún ejército púnico en los alrededores de Sagunto, lo que no es óbice para que pensemos que Aníbal puede ser peligroso —opinó el cónsul Lucio Veturio Filón—. Nuestros agentes nos han detallado que el joven comandante cartaginés ha estado entrenando un ejército grande y poderoso, al parecer, para conquistar zonas del interior de Hispania.

—Entonces, mucho mejor para nosotros… —intervino de nuevo Quinto Fabio Máximo, hablando con su habitual tono de voz suave, casi dulce—. Pues como iba diciendo antes, si ese Aníbal no agrede a una ciudad aliada, como esta Sagunto tan nuestra…, no tiene acantonadas tropas dispuestas para su asalto y no ha traspasado los límites impuestos por ese caudaloso y asilvestrado río…, no entiendo tanta alarma, ni tamaña inquietud en alguno de los miembros de esta Cámara por los actos y la conducta del púnico, mis dilectos colegas de este sacro colegio senatorial…

Hubo una salva de aplausos que se mezclaban con risas, protestas, toses y todas las variedades de ruido de los que son capaces los humanos que están reunidos en un salón grande.

Publio Cornelio Escipión, sentado al lado de Lucio Emilio Paulo, hablaba con este aprovechando la batahola que estaban formando en ese momento los senadores.

—Lucio, Amílcar fue un rival digno, poderoso y un gran militar con un talento excepcional al que sufrimos tremendamente durante la guerra de Sicilia. Él solo, sin apenas ayuda de Cartago, fue capaz de retrasar la derrota de su república. Y con este análisis coincidió siempre nuestro buen amigo, Lucio Lutacio Catulo que combatió contra él y por ello lo admiraba, tal y como nos contó.

—Y tú ahora piensas que su hijo… —esbozó Lucio Emilio Paulo.

—Pues sí, estoy convencido de ello. Tú sabes, al igual que mi primo el anterior cónsul, que yo he tenido bajo vigilancia a Aníbal por gente muy próxima a él —le confesaba Escipión—, y puedo afirmar rotundamente que el hijo de Amílcar es digno sucesor de su padre y que se ha convertido en un dirigente que me preocupa mucho. Es un hombre excepcional, de una valía y un talento inigualables… Aúna en su persona lo mejor de su padre Amílcar: decisión, valentía, estrategia militar, brutalidad si hace falta; y lo más destacable de su cuñado Hasdrúbal: inteligencia emocional, diplomacia…

—Pero valiendo tanto, ¿tú crees que Aníbal se arriesgaría a una guerra contra nosotros por atacar Sagunto, una ciudad que hasta donde sabemos no se entromete en los asuntos púnicos, o por cruzar el río ese del tratado que firmó Lucio Lutacio Catulo? —dudó Lucio Emilio Paulo.

Escipión permaneció en silencio arropado por el ruido infernal que todavía persistía. Al cabo de unos instantes, contestó:

—Sí, Lucio, rotundamente sí. Aníbal tiene agentes y espías en Roma. Probablemente en este momento haya oídos atentos a todo cuanto aquí se diga, los cuales le informarán puntualmente. Por ello, él es consciente de que tan pronto como arreglemos los problemas que nos entretienen, y hayamos alcanzado nuestro equilibrio, no dentro de demasiado tiempo, la Roma de los seguidores de Quinto Fabio Máximo volverá sus garras de loba contra Cartago…

—Ya veo. Y tú crees que se quiere adelantar a ese golpe fatal —conjeturó Emilio Paulo.

—Eso es lo que yo opino —aceptó Escipión con cara de honda preocupación—. Aníbal está preparando un gran ejército de cerca de cien mil soldados de infantería, diez mil jinetes y cien elefantes, lo va a instruir a conciencia y cuando esté preparado atacará Roma.

—Publio, el cartaginés no tiene una flota tan grande como para embarcar un ejército de esas dimensiones tan colosales —rebatió Emilio Paulo.

—Ya lo sé. Vendrá por tierra desde Hispania —le explicó este sorprendiendo a su amigo, que se quedó mudo durante unos instantes—. Son los viejos planes de su padre Amílcar.

—Son irrealizables, Publio —rechazó categórico Emilio Paulo.

—Me temo que no. Es más, yo me aventuraría a predecir que Aníbal ya ha puesto en marcha la maquinaria bélica y que nosotros estamos en el horizonte de la misma.

Lucio Emilio Paulo se quedó meditabundo durante unos instantes.

—Claro, ahora lo entiendo… Y, por supuesto, no puede dejar una plaza fuerte como Sagunto a sus espaldas —sentenció muy ufano, ante la sonrisa de su amigo.

En ese momento las discusiones cesaban y volvía la quietud.

—Senadores, basta de discusiones y de peroratas baldías e improductivas por hoy —imponía su voz y su autoridad el cónsul Catulo—. Lo que Sagunto nos pide es algo

concreto. Quiere que enviemos ya mismo una cohorte[86] para proteger la ciudad y, de paso, que sirva para lanzar un mensaje a Aníbal, en el sentido de que Roma ya está en Hispania.

—Claro, muy bien, pero ¿quién pagará la manutención de esos trescientos legionarios? —se interesó Scaevola.

Los cónsules dudaron.

—¿Y durante cuánto tiempo estarán en Sagunto? —preguntó otro senador mientras Quinto Fabio Máximo sonreía.

—¿Y qué beneficio sacará Roma de ese desplazamiento militar? —inquirió otro senador más pragmático.

—Y si Aníbal nunca hace nada contra esa ciudad, ¿qué haremos, dejar a los legionarios allí *ad eternum*?…, porque supongo que habrá que relevarlos, lo que nos obligará a estar enviando contingentes militares, con lo necesitados que estamos de ellos —apuntó otro senador.

—No, que se hagan ciudadanos de Sagunto y que su sustento lo pague esa ciudad —soltó un senador cercano a Máximo, arrancando las risas de sus correligionarios.

—Padres de la patria… No perdamos más el tiempo con cuestiones menores e intrascendentes, puesto que los piratas cilicios vuelven a dar señales de peligro en el mar de Iliria y eso sí es un problema de verdad, no una conjetura —intervino de nuevo Quinto Fabio Máximo, que había esperado el momento oportuno para volver a tomar la palabra—. Yo esto de Sagunto lo veo de esta manera. Ese joven general púnico, Aníbal, provoca un temor infundado en los saguntinos que, a su vez, están llevando a cabo una agresiva política expansionista de la que son víctimas las naciones iberas vecinas, y de ello estoy perfectamente informado.

Quinto Fabio Máximo había logrado, una vez más, la atención de todos los senadores de la Cámara, amigos y enemigos.

—Dilectos padres de la patria… Expongo mi conclusión, Sagunto quiere nuestros legionarios para meter el miedo en el cuerpo de los demás iberos que los rodean, no para combatir ni rechazar una política agresiva por parte de Aníbal.

—¡No puedo estar de acuerdo contigo, Quinto Fabio Máximo! —Se opuso Publio Cornelio Escipión poniéndose en pie de un salto—. Mis informadores me han explicado que Aníbal está preparando un ejército poderoso en Hispania, que posiblemente dirigirá contra nosotros, por lo que sería una inteligente política de acción preventiva mandar tropas a Sagunto para que Aníbal se percate de que Roma conoce sus planes…

—¿Pero qué planes son esos?… ¿Probablemente nos atacará?… Mis informadores me han contado… —teatralizó Quinto Fabio Máximo dando pasitos cortos hacia un lado y otro del hemiciclo—. Necesitamos pruebas contundentes, Escipión, no conjeturas…

La intervención de los dos provocó división de opiniones. Pitos, palmas, discusiones… Cuando volvió la calma, Quinto Fabio Máximo de pie remató su faena

oratoria dándole un toque dramático a la cuestión.

—Y es más… mientras los púnicos no ataquen, yo, mis queridos senadores, hijos de Roma… Yo me niego a permitir que se derrame ni una sola gota de sangre romana… De nuestros heroicos legionarios, a los que considero como a unos hijos y, entiendo, que también lo serán para todos vosotros… En beneficio de una ciudad bárbara, poblada por bárbaros y griegos, situada en territorio bárbaro…, unas tierras que no están bajo dominio romano, ni siquiera itálico… en sus luchas y combates entre bárbaros… No, amigos míos, no… por muy aliada nuestra que sea esa Sagunto, yo considero que la amistad y la lealtad no obligan a tanto… En consecuencia, padres de la patria… ¡Yo me niego! —terminó su discurso haciendo pausas de manera teatral.

Ahora hubo casi unanimidad total entre los senadores que, puestos en pie, aplaudían enfervorizados a Quinto Fabio Máximo, quien sonreía con moderación y prudencia dando las gracias mientras pedía calma con las manos. Unos senadores que, en su inmensa mayoría, estaban convencidos de que los cartagineses tenían mucho miedo a Roma y, por ello, cumplían las condiciones del Tratado. Además, estaban plenamente resueltos a no enviar a sus legionarios tan lejos del hogar para beneficio exclusivo de unos mercaderes iberos y griegos que los querían utilizar para salir victoriosos en sus riñas con los pueblos vecinos, a los que deseaban dominar para alcanzar la hegemonía en la región. Unos saguntinos que estaban resultando, asimismo, unos aliados que aportaban bien poco pero, sin embargo, eran demasiado arrogantes y pedigüeños. Mira que solicitar el envío de legionarios para sus cuitas y riñas vecinales.

El resultado de la votación fue elocuente. Casi todos los senadores votaron en contra de enviar tropas a Sagunto, salvo que Aníbal atacara la ciudad, algo que todos descartaron como un hecho improbable porque suponía una declaración de guerra en toda regla y el Senado de Cartago sería el primero que no lo permitiría.

—Esta decisión tan insustancial y ciega constituye un grave error del que nos arrepentiremos bien pronto… porque nos va a costar muchos muertos —opinó Publio Cornelio Escipión con amargura en la voz, pensando en lo que se les venía encima a sus hijos y a los jóvenes romanos.

23

Una vez en Cartago Nova, Aníbal convocó a los generales de su Estado Mayor, entre los que se encontraba su hermano Asdrúbal, recién llegado desde Kastilo. Este llegó acompañado de su cuñada Himilce, que había recibido instrucciones por carta de su esposo para que retornara al hogar cartagenero.

—Felicidades, Aníbal, es una gran noticia, ojalá sea un chico —le expresó con cariño Asdrúbal cuando ambos hermanos se encontraron en una de las terrazas del palacio de Gobernación, desde el que tenían una vista espléndida de la ciudad, el puerto y el mar.

Aníbal dio un fuerte abrazo a su hermano menor y lo mantuvo apretado contra su cuerpo durante unos instantes.

—Sí, será un varón, ya lo verás… Como tú y como yo… Nuestro primer sucesor nacido aquí, en Isphanya, de la fusión con la etnia de los iberos, como habría querido padre —le contestó emocionado. La verdad es que se sentía aliviado y grácil porque había pasado bastante angustia y temor por su hermano Asdrúbal, cuando el asedio de Kastilo, y ahora esta buena nueva y tenerlo ante él le producía una gran alegría y liberación emocional que se reflejaba en el tono de su voz—. ¿Y tu herida, hermano, cómo va?

—Bien, bien, casi curada del todo ya sabes tú que los físicos y cirujanos de nuestro ejército son unos verdaderos expertos en tratar ese tipo de herida producida por un *soliferrum* —contestó con cautela Asdrúbal apoyándose en la barandilla para descansar la pierna y el cuerpo y, pese a la aparente cordialidad de su hermano, como lo conocía muy bien, esperaba una bronca por su parte.

Aníbal sonrió tenuemente y le soltó de improviso con voz severa y expresión adusta.

—¿Por qué te quedaste con tan pocos soldados en Kastilo?… Una conducta así constituye un gravísimo error militar.

—Consideré que eran suficientes, dado que la situación estaba en calma, no era previsible un ataque celtíbero y supuse que no era conveniente ni preciso cargar con su manutención a los oretanos…, que siempre están prestos a protestar e incomodar… —contestó Asdrúbal intentando parecer convincente.

Su hermano escrutó su rostro igual que un gavilán acecha a una paloma, durante unos breves instantes.

—Pues si no llega a ser por Mahárbal y su caballería… no lo contáis —le espetó con acritud moviendo la cabeza en señal de desagrado.

Asdrúbal adoraba a su hermano, pero ahora Aníbal no era tal, sino el comandante en jefe del ejército, así que mantuvo el tipo de la mejor manera que pudo. Además,

sabía que tenía toda la razón en el plano militar y que lo normal era que lo abroncase ante una falta tan incalificable e inexplicable.

—Aníbal, eso no lo sabremos nunca. Es más, yo estoy convencido de que los que quedábamos allí en pie, unos doscientos cincuenta defendiendo el perímetro de los muros, habríamos sido capaces y suficientes para derrotar a los celtíberos, que ya realizaban el postrer ataque a la desesperada.

—La realidad militar es que tuvimos que desplazar una unidad de caballería para rescatar una plaza fuerte, de vital importancia para nuestros intereses, que abre el paso hacia la Meseta, que estaba bien segura bajo nuestro mando pero que tú pusiste en grave peligro —le espetó casi chillando Aníbal, mientras escrutaba su rostro intentando descubrir en él una respuesta convincente a una conducta tan inapropiada militarmente hablando—. Pero ¿en qué estabas pensando?… Yo no me lo puedo explicar… Tú eres un militar muy notable.

Aníbal pasó una mirada adusta y acusatoria sobre Asdrúbal. Y este, agobiado por los remordimientos producidos por la verdad inconfesable, se quedó en silencio, a pie firme, aguantando el chaparrón, con la mirada baja.

—Esos bárbaros podían haber asaltado la ciudad… ¡Y asesinar a Himilce y a mi hijo!… —le recriminó con los ojos muy brillantes, restregándose las manos, y un tono de voz que denotaba y traslucía un terror viscoso. Acto seguido, cerró la boca y se lo quedó mirando en silencio.

Al cabo de unos instantes de mutismo pesado y opresivo, que a Asdrúbal le parecieron eternos, su hermano aflojó.

—Está bien. Por esta vez, pase. Vamos a dejarlo así… Pero nunca, óyeme bien, nunca debemos olvidar la situación estratégica de Kastilo como tampoco podemos permitirnos el lujo de que los bárbaros del norte, de más allá de los altos montes, como carpetanos y demás celtíberos, puedan pensar que es una plaza asequible a sus rapiñas y conquistas —le regañó con ánimo de acabar la discusión, antes de comenzar la reunión de generales—. Ni podemos perder Kastilo por una frivolidad militar… ni yo te puedo perder a ti…

Un momento más tarde, Asdrúbal y Magón Barca, Mahárbal, Hannón Strago, Asdrúbal Giscón, Koré y Hannás se reunían alrededor de Aníbal, en la imponente mesa de conferencias habilitada en la sala donde iban a organizar la expedición que se llevaría a cabo en poco tiempo.

—Señores, vamos directos al asunto. Nuestra primera campaña en Isphanya tendrá como objetivo primordial la consolidación de nuestros dominios. Por ese motivo, nos dirigiremos contra los olcades. —Comenzó explicando Aníbal con el apoyo material de un mapa extendido a lo largo de la mesa—. Nosotros ya controlamos todo el sur de estos territorios, desde la tierra de los turdetanos y la ciudad de Gadir hasta la de los bastetanos. La costa oeste hasta Olissipo. Toda la Oretania. La tierra de los contestanos. Pero los olcades nos han demostrado su hostilidad, su poderío y su audacia. Y, otro problema añadido, esos bárbaros viven

muy cerca de Arse-Sagunto.

Todos escuchaban con suma atención.

—La unión de olcades y edetanos de Sagunto podría ser una alianza demasiado peligrosa para nuestros intereses. Si, encima, se juntan con las tribus de la Meseta, y ya lo han hecho durante su ataque a Kastilo, el ímpetu de todos ellos puede llegar a ser realmente devastador —prosiguió el comandante en jefe cartaginés dando un golpe sobre el mapa con una regla de madera, para reforzar su parlamento—. Por tanto, señores, hay que actuar ya.

Todos se sentaron más derechos sobre sus sillas y pusieron los cinco sentidos para comprender bien todo lo que les iban a exponer.

—Yo considero que antes de que llegue el invierno tenemos que movilizar las tropas para realizar una campaña de castigo que aterrorice a estos pueblos, obtener un importante botín y regresar a invernar a Cartago Nova.

—De acuerdo, Aníbal. ¿Qué ruta seguiremos y de qué fuerzas estamos hablando? —preguntó Asdrúbal, en su condición de segundo en el mando.

—Utilizaremos la calzada que lleva hasta Kastilo, allí atravesaremos las sierras y pasaremos a la Meseta, en esas tierras escarmentaremos a algunas de la ciudades carpetanas que te tendieron la trampa y que posteriormente atacaron Kastilo. Desde allí iremos conquistando territorio olcade a sangre y fuego hasta su capital…, ¿cómo se llama?

—Althaía o Cártala —apuntó Hannás, que era el secretario de las reuniones y anotaba con su equipo de escribas cuanto allí se acordaba.

—Pues eso, hasta Althaía, que conquistaremos sin ninguna duda. Desde esa ciudad bajaremos al lado de la costa con el botín hasta Akra Leuke y, después, una delegación viajará hasta Kastilo con parte del botín para compensar las destrucciones de estas semanas atrás, y el resto cabalgaremos a Cartago Nova antes de que el tiempo se endurezca y empeore.

Todos aprobaron la estrategia y la campaña de inmediato.

—Ah, sí, llevaremos una fuerza considerable. Quiero introducir el miedo en el corazón de esos bárbaros como si fuera una serpiente venenosa. La Ley y el orden cartagineses se deben respetar. Que se maten entre ellos mientras no estén bajo la jurisdicción de Kart Hadasht, pero ahora tienen que recibir una primera lección: no se traspasan los límites de nuestros dominios y, menos aún, para sembrar la muerte y la destrucción en las comarcas de nuestros aliados y protegidos —les explicó Aníbal con vehemencia y un tono muy duro en la voz, que hicieron que todos supiesen de inmediato que sería una campaña férrea e inclemente para los bárbaros—. Y una segunda lección: los oretanos, en su calidad de aliados y protegidos de Kart Hadasht, tienen que percibir que los salvaguardamos y que esa invasión de rapiña no queda impune y sin castigo.

Los allí reunidos hicieron comentarios positivos acerca de la acción militar que iban a emprender.

—Por último, respecto de los pueblos y de las etnias de los alrededores de los olcades y los carpetanos, así como aquellos cuyos territorios transitaremos, quiero que vean pasar ante ellos el poder terrible de Kart Hadasht y que se les quiten las posibles ganas de levantarse contra nosotros o de intentar nuevas campañas de pillaje.

—Aníbal, ¿te parece bien que movilicemos a quince mil soldados en total entre caballería e infantería? Parecen muchos pero…

—Treinta mil soldados solo de infantería —ordenó Aníbal con voz tonante—. Dos mil jinetes y veinte elefantes.

Todos se quedaron un tanto sorprendidos ante las cifras que manejaba su comandante en jefe, en el momento en que un criado penetraba ligero y silencioso en el gran salón, se dirigía hasta Aníbal y le entregaba un billete, de parte de Danón, el jefe de los físicos y cirujanos del ejército, y médico personal suyo, que él leyó de un tirón antes de continuar. En el informe, breve y conciso, el facultativo le comunicaba que acababa de examinar a Himilce, esta se encontraba muy bien, estaba embarazada y el niño se movía dentro del claustro materno sin problemas, y su gestación era de unas veinticuatro semanas. Le entró una alegría interna y un calor vivificante como nunca antes, pero disimuló y prosiguió hablando.

—Ya os he comentado que deseo amedrentar a esos bárbaros de una manera tan brutal como para que ese recuerdo permanezca en sus memorias durante mucho tiempo. Para ese menester, considero imprescindible realizar ante ellos un despliegue de fuerzas de proporciones considerables, que será dirigido individualmente contra cada una de esas ciudades y castros; de este modo se verán aplastados y aislados por una fuerza militar inmensa, enorme e imparable, todo lo cual resultará muy aterrador sin duda alguna —reiteró Aníbal con un tono de voz duro e inflexible—. Señores, las lecciones tienen que entrar bien desde el principio en las cabezas de quienes las reciben, ¿no?…, y como dicen los maestros griegos, la letra con sangre entra mejor y de manera más profunda. Pues yo quiero que esta sea una lección sangrienta e inolvidable para esos miserables, para que la fama y el poder de nuestras armas se extiendan por esas tierras como un incendio voraz, antes de que iniciemos la segunda campaña, que ya os anuncio que no se retardará mucho desde la finalización de esta primera.

Una hora más tarde, cuando finalizó la junta de jefes de Estado Mayor del ejército cartaginés y caía la tarde, Aníbal se dirigió hacia los aposentos de su esposa. Esta descansaba en su dormitorio, dado que había llegado a Cartago Nova hacía tan solo un par de horas. Un viaje fatigoso y polvoriento desde Kastilo, eso sí, en un carruaje muy acondicionado y preparado para el trayecto que fue debidamente custodiado y protegido por una fuerte escolta de caballería turdetana. Como la expedición militar encabezada por él salía a la madrugada, Aníbal deseaba verla y despedirse, a un tiempo, ya que no habían estado juntos desde que él desterró a Himilce a Kastilo.

Había pasado medio año desde aquella infausta fecha y él, mientras caminaba por los pasillos del palacio, rememoraba cuántas cosas habían sucedido: La muerte de

Orisón, el padre de Himilce, a manos de un comando que él mismo envió a Akra Leuke para eliminarlo. Su ratificación como comandante en jefe cartaginés, por parte del Senado de Nueva Ciudad. Su alianza con los númidas. Su viaje por los bosques para conocer el hábitat de los elefantes. Su boda con Saphanbaal. La captura, confesión y crucifixión de Sodalis, el asesino de Asdrúbal el Bello. El oráculo del templo de Melkart el Santo, en Gadir, cuyo mensaje solo él conocía. Y la noticia de que iba a ser padre. Su primer hijo. Y él, ignorándolo, había enviado a la madre de su hijo lejos de su lado. Mira que si llega a pasarles algo a los dos, nunca se lo habría podido perdonar. Ni a su hermano Asdrúbal.

Las criadas, con una alegre sonrisa mitad maliciosa y mitad cómplice, le franquearon el paso a las estancias de su señora. Él penetró con paso ágil y sutil. Mientras pasaba por la antecámara y caminaba hacia la alcoba, en su mente confluían y bullían diversos sentimientos encontrados. Desde un temor infantil e inmaduro a ese encuentro, por unas cuestiones que se enmarañaban en su interior, donde encontraban su cobijo una inseguridad personal notable y un complejo de culpabilidad elevado, a la alegría varonil del esposo por verla de nuevo y tenerla entre sus brazos, pasando por la fuerte ira que le producía que ella no le hubiera informado del embarazo en su momento. Y, por último, un gran alivio y una sensación de felicidad inmensas al sentir que Himilce ya estaba en casa sana y salva, tal como le acababa de informar Danón, su físico de cabecera, que la había examinado nada más llegar al palacio y cuya opinión facultativa no dejaba lugar a dudas, según los plazos de embarazo el hijo era suyo.

Empujó con suavidad la puerta y se quedó parado durante un momento en su umbral.

—Pasa, esposo mío, no te quedes ahí, inmóvil como una estatua —le animó con voz cálida Himilce, haciendo un gesto con la mano, reclinada en un diván que se encontraba envuelto en la agradable penumbra de la estancia, mientras daba una palmada suave.

Al momento entró una criada, Himilce hizo una seña con la mano, y aquella abrió un poco las contraventanas de madera, para que pasara la luz crepuscular del atardecer.

Aníbal caminó hacia su esposa y esta, a su vez, sujetándose el vientre, se levantó y salió a su encuentro, que se produjo en mitad de la alcoba. Ambos se quedaron quietos, separados por varios pasos el uno enfrente del otro. En silencio. Mirándose.

—¿Cómo estás, Himilce…, y el niño? —consiguió decir el cartaginés al cabo de un engorroso momento.

—Bien, muy bien… Los dos estamos estupendamente —contestó la oretana de manera seca y cortante, apretando firmemente los labios.

—¿El viaje?

—Lento, fatigoso, polvoriento… Ya te puedes suponer…

Los dos se volvieron a callar. Él tan elocuente, con tantas cosas que decirle. Con

tanto mal hecho para pedir perdón. Ella tan dolida, con tantas cuestiones y agravios por discutir y reivindicar.

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada cuando partiste para Kastilo? —le soltó el cartaginés de sopetón, ya que no le gustaban en exceso los circunloquios cuando había que abordar un problema y solucionarlo—. Se trataba de mi hijo.

—Era tal tu odio hacia mí, hacia mi padre Orisón, hacia mi hermano Cerdubeles, hacia todo lo oretano… Que supuse que no querrías saber nada de un hijo medio cartaginés…, y medio oretano… —contestó Himilce, echando la cabeza para atrás, con mucha rabia y resentimiento en el tono de su voz.

Aníbal miró a su esposa con frialdad, contrariado y comenzando a notar cómo crecía una furia interior dentro de él.

—Tu obligación era comunicarme que llevabas un hijo mío en tus entrañas —le recriminó Aníbal con acritud, escupiendo las palabras, mientras daba un paso adelante hacia ella.

—Y la tuya era la de estar junto a tu esposa, amarla, respetarla y protegerla…, en lugar de desterrarla como a una loca, incumplidora, estéril… Esos son los votos que tú juraste ante el altar de la diosa Ashtoreth en Kastilo, cuando contrajimos nupcias, ¿lo recuerdas? —respondió Himilce dando también un paso para delante, con ferocidad y la cara muy colorada, congestionada de tanta rabia como sentía en ese momento.

De nuevo se quedaron los dos parados y en silencio, aunque dos pasos menos distantes.

—Yo jamás te he odiado. No podría hacerlo ni aunque lo quisiera con todas las fuerzas de mi ser… —confesó Aníbal dando otro paso hacia Himilce, con un tono de voz más sosegado.

Al escuchar esas palabras, la oretana también se calmó bastante. Suspiró hondo. Los agravios se desvanecían. Las reivindicaciones personales perdían peso. Su furia se disipaba.

—No te puedo creer, Aníbal. Tus palabras dicen una cosa pero tu conducta ha hecho lo contrario…

—Fue un grave error… Pero yo no sabía que estabas embarazada…

Himilce lo miró largo y tendido.

—¿Y qué habría cambiado que supieras lo de mi embarazo?

—¡Todo!

—¿Hasta tu intenso y enfermizo odio hacia los míos?…

Aníbal se vio atrapado. Bajó la cabeza. Pensó rápido.

—El amor lo puede todo. Me casé con una ibera, princesa de los oretanos, por amor…

Himilce aflojó. Quería creerlo. Quería recuperar su vida, necesitaba ese amor sin reservas.

—Aníbal, me hiciste sufrir intensamente, me humillaste al desterrarme al palacio

de mi infancia como a una mujer apestada, casi me repudias… Menos mal que yo supe sobrevivir en la corte del intrigante de mi hermano a todas sus vejaciones e insidias —contestó ella con algo más de suavidad, mientras daba un nuevo paso hacia delante.

—¿Y eso? —preguntó un sorprendido Aníbal, dando otro paso más que le colocaba casi cara a cara con su esposa.

Himilce sonrió recordando cómo se las tuvo que componer sola y de qué modo engañó a su hermano Cerdubeles, cuando arribó al palacio familiar en Kastilo,[87] desterrada por su esposo.

—Él me recibió de manera humillante para mí, sin guardarme el respeto debido a una princesa oretana, arrojó sobre mí toda su envidia y su rencor de años porque me creyó sola y desvalida, y pensó que llegaba repudiada por mi esposo…

—¡Miserable! —soltó Aníbal apretando los puños.

—Pero yo lo convencí de que eso no era así. Todo lo contrario, tú tenías planes políticos y sociales que podrían ser ciertamente muy favorables y beneficiosos para los oretanos, pero que solo dependían de su conducta hacia mí… —le fue desgranando Himilce con una sonrisa de triunfo en los labios—. Es más, persuadí a toda su corte de que yo representaba en Kastilo a mi esposo, Aníbal Barca, y estaba allí en calidad de observadora política de Cartago Nova.

Aníbal soltó una carcajada entusiasmado y admirado ante el despliegue de ingenio de su esposa, y su fuerza para sobrevivir.

—También les expliqué que según me trataran a mí y fuera su conducta y actitud hacia todo lo cartaginés y sus intereses políticos, comerciales y militares, así serían los laureles del triunfo para todos ellos o, por el contrario, la punición que llevaría unida la caída de mi hermano así como la de los cortesanos que lo apoyaran en su actitud anticartaginesa.

Aníbal volvió a reír con alegría, satisfacción y orgullo, y abrazó con todas sus ganas a Himilce.

Ella hizo un movimiento de asentimiento y felicidad con la cabeza, se encogió sobre sí misma y se dejó abrazar y mimar por su esposo.

24

Con las primeras luces del alba, la expedición cartaginesa se puso en marcha y partió. La encabezaban las unidades de caballería númida, que haría las veces de batidores y exploradores, junto con jinetes ligeros turdetanos. A continuación marchaban con su disciplina marcando firmemente el paso, con sus sandalias de cuero reforzado cuyas suelas tenían nudos y tachones de metal, los soldados de la falange de piqueros, organizados por secciones y syntágmatas, llevando todo su equipo de combate encima. Les seguían unidades de mercenarios griegos e italiotas, que se habían alistado recientemente, y cerraba esta primera formación la caballería pesada integrada por escuadrones de arévacos, pelendones y vacceos.

Tras ellos avanzaban los honderos baleares, los arqueros africanos y las tropas ligeras de a pie, especialistas en las escaramuzas. Cerraba la formación una larga caravana de carros destinados a la intendencia, y los que transportaban a los físicos y cirujanos del ejército comandados por Danón, el médico personal de Aníbal.

Según iba avanzando la hueste expedicionaria se les fueron uniendo nuevas unidades y tropas que tenían sus cuarteles fuera de Cartago Nova. La brava infantería turdetana con sus túnicas blancas, con ribetes rojos, portando sus grandes y ovalados escudos de influencia céltica, sus cascos en forma de saco, caído sobre los hombros, coronado por una cimera encarnada de crin de caballo. A continuación, marchaban unidades de fieros lusitanos[88] con sus redondos escudos enlazados a la espalda y las lanzas apoyadas en los hombros, y con sus características largas trenzas lustrosas y brillantes al sol, por el unte de aceite, las cuales colgaban hasta la cintura de los guerreros donde un ancho y potente cinturón de cuero claveteado protegía y sostenía los temibles puñales y espadas de antenas.

Detrás de ellos, numerosos y ordenados clanes de infantería de los vacceos y arévacos, altos, de cabellos y ojos más claros, con cotas de malla y cuero, escudos y cascos de bronce, acompañados por más celtíberos, como los carpetanos, que los seguían armados de manera similar.

Desde unos cerros de escasa altura comenzaron a bajar ordenadamente hacia la Vía de Aníbal la infantería y la caballería pesadas de los edetanos, provenientes de varias ciudades rivales de Arse-Sagunto como Edeta, Saiti y Deniu,[89] avanzaban a corta distancia unos de otros luciendo sus vistosas corazas de cuero reforzado por láminas de brillante bronce, faldellines de resistente esparto, cascos de bronce coronados por cimeras de escamas o de crines de caballo teñidas de un colorado intenso como la sangre de los toros.

Después de varias deliberaciones y votaciones el mando cartaginés decidió que

los escuadrones de elefantes se quedaran en sus cuarteles de la ciudad, porque retrasarían la marcha. Aníbal consideró que su concurso no era necesario para el tipo de expedición emprendida porque iba a tener un ámbito geográfico reducido, y las plazas fuertes no estaban muy amuralladas. También transigió en la cifra de soldados y la expedición quedó formada por doce mil infantes y dos mil jinetes, número más que suficiente para lo que se pretendía.

Al cabo de ocho horas de marcha, durante las que todo el ejército se terminó de unir y cohesionar, se dio el alto a la orilla de un río (actualmente el Guadalentín) y bajo las agradables sombras de las encinas los hombres se situaron para reponer fuerzas.

Aníbal aprovechó la parada para ir de grupo en grupo, como tenía costumbre, para interesarse y confraternizar con sus soldados. Era un culo inquieto, cierto, pero además, como eran muchos hombres y clanes, no podía permanecer sentado mucho rato con cada uno de ellos. Por consiguiente, fue recorriendo los campamentos sentándose un momento con los arévacos y pelendones, aceptando una bota de vino de manos de los edetanos, quienes le reiteraron su odio y rechazo por los habitantes de Arse-Sagunto, a los que acusaron de ser más griegos que iberos. Comió algo de carne seca entre los libio-fenicios de la falange. Una hora más tarde, cansado pero contento, se acercó hasta los fuegos que habían encendido los honderos baleares, capitaneados por su amigo de la infancia.

—Salud, Ahusa, ¿puedo? —dijo sentándose en una piedra cercana a uno de los fuegos encendidos por los honderos, quienes le hicieron sitio de inmediato entre ellos y le miraban admirados y orgullosos porque el estratega se sentara a su lado para hacer su almuerzo con ellos.

—Estratega, gracias por compartir nuestro fuego y nuestras provisiones, los baleares nos sentimos muy honrados por ello —respondió Ahusa con respeto, muy emocionado por el detalle—. Quieres queso, vino…, tenemos unas ollas con liebres y perdices adobadas.

Aníbal se volvió hacia uno de los rudos honderos que se sentaba a su lado y le preguntó:

—¿Tú qué me recomiendas?

—Yo…, yo voy a comer queso de mi aldea con pan —le contestó mostrándole un queso envuelto en un paño aceitoso.

—¿Y tú me darías un trozo de ese queso tan apetitoso, que se parece tanto al que comía de niño allá en Iboshim con Ahusa? —le pidió Aníbal con una sonrisa.

—Todo para ti, estratega, todo… —le contestó el hombre poniéndose muy colorado, henchido de orgullo y satisfacción, en tanto que le entregaba el queso, mientras el resto de baleares sonreía y extendía sus manos ofreciendo la comida que en ellas había.

—Además de ser vuestro comandante en jefe, soy un soldado y un camarada más… Por eso no puedo aceptar todo el queso para mí solo, pero sí un buen trozo

como este —les dijo Aníbal, después de olerlo, cortando una buena cuña del queso con un cuchillo que le ofreció otro balear, en medio de las risas y la adoración de todos los baleares hacia su persona—. Y tú, venga para acá esa bota de vino… Y tú suelta algo de esa olla, que quiero probar el guiso de la liebre de las islas una vez más…

La expedición marítima, comandada por Kharbaal, había partido del puerto de Gadir tal como se había planeado. De ese modo, él se adelantó con un barco mientras las otras dos embarcaciones le seguían a una distancia prudencial. Como solía ser habitual en esa época, realizaron una navegación sin perder de vista la costa.

Todo el material, las mercaderías y los hombres se habían embarcado en tres navíos grandes, anchos y panzudos, de treinta metros de eslora y ocho de ancho, del tipo denominado *gaulos* por los griegos, que contaba con bordas altas como correspondía al tipo de nave atlántica que utilizaban los fenicios y los cartagineses cuando realizaban incursiones por el llamado, por ellos, Mar Grande o Exterior.[90]

La primera escala la realizaron en el puerto de la ciudad de Onuba,[91] que se asentaba en una pequeña península situada en la desembocadura de dos ríos, contaba con buenas defensas y era un puerto que desarrollaba un comercio intenso con Gadir, para dar una oportuna salida a la producción agropecuaria y minera de su entorno, lo cual era lógico y natural en una población que, si bien era de probable origen tartesio, contaba con una rica colonia fenicia fundada a los pies de la ciudad tartesia y posteriormente ibera, hacía ya varias centurias.

En la ciudad onubense, Kharbaal, junto con su gran amigo Uiro el lusitano, con quien había corrido múltiples aventuras desde su llegada a tierras hispanas, el libio Bhocas y el arévaco Iñurbe —estos tres últimos componente del comando que, bajo la dirección de Hannás, había asesinado al régulo oretano Orisón[92] en Akra Leuke —, después de callejear por el laberinto de calles, disfrutaron de los placeres que les brindaba esa ciudad en una de cuyas tabernas, El sol de Tarssis, encontraron acomodo, buen vino y unas danzarinas que le hacían la competencia a las afamadas «bailarinas de Gadir»,[93] famosas en toda la cuenca mediterránea.

—Bueno, amigos, henos aquí de nuevo como hombres libres inmersos en una aventura muy estimulante —les dijo el cartaginés sirviéndose una copa llena a rebosar de vino turdetano—. Y nada menos que navegando por el Mar Exterior, algo que está al alcance de bien pocos.

—Este es el mar inmenso que llega hasta los confines del mundo y luego cae por su borde, ¿verdad? —preguntó Bhocas, con algo de temor en la voz—. O eso es lo que cuentan en las tabernas de Gadir.

—Ya verás como en Onuba te repiten la misma historia, y que está lleno de monstruos que se tragan barcos, y que en medio hay un mar de algas que atrapa a los navíos que llegan tan lejos… y como en cualquier otro puerto cartaginés cercano al Mar Exterior como Malaka, Sexi, Abdera…, más y más fábulas para asustar a los navegantes griegos para impedir que naveguen por estas latitudes —le intentó

tranquilizar Kharbaal sonriendo—. Amigo Bhocas, esto es una cuestión de competencia comercial, Kart Hadasht navega por esas aguas desde hace trescientos años, cuando Hannón el navegante tomó rumbo sur y llegó hasta la costa oeste de Ifriquiya, y otros navegantes tomando dirección norte arribaron a las islas Casitérides del estaño.

—Entonces, ¿nosotros? —dejó caer Iñurbe, arévaco de tierra adentro y con una experiencia náutica reducida a los desplazamientos navales con los cuerpos de mercenarios y el viaje hasta Akra Leuke a las órdenes de Hannás.

—De verdad, tranquilidad. Nosotros vamos a ir bordeando la costa de Isphanya hacia el norte, sin alejarnos y siempre teniendo a la vista el litoral —les explicó Kharbaal con voz pausada mientras servía vino en las copas de sus amigos—. Nuestro barco es grande y estable, y está dotado y aparejado para hacer estas travesías.

—¿Y si se levanta gran oleaje o aparecen los monstruos? —preguntó Uiro sonriendo con un tono muy jocoso en la voz, después de dar un trago imposible a su copa de vino, que vació y engulló de una vez.

Kharbaal hizo como si no hubiera oído a su amigo. Respiró hondo, dio otro largo trago a una nueva copa de vino, y prosiguió:

—Vuelvo a empezar. Navegaremos durante ocho o diez días, como mucho, bordeando la costa, que llevaremos siempre a nuestra derecha. Pararemos en puertos conocidos como Olissipo y Cale,[94] tomaremos tierra cuando sea preciso y en función de la singladura diaria. Y, al final de nuestro viaje, arribaremos a una ensenada muy larga y estrecha, a través de la que el mar entra mucho en la tierra firme entre altos acantilados llenos de robles, pinos y abetos, y bogaremos hasta alcanzar un castro fortificado.[95] Allí contactaremos con un agente nuestro que se ha movido por la zona y ha trabado amistades y concertado alianzas, para que nos ponga en comunicación con algunos régulos kalaikos que controlan las minas y el comercio del estaño.

—No parece mal plan —aceptó Uiro con un tono de voz conciliador y colaborador, ya que había visto la cara de enfado de su amigo, tras su broma.

—Si tú lo encuentras bien, está bien para todos —opinaron Bhocas e Iñurbe.

—Pues para celebrar que estamos de acuerdo, más vino y vengan ya esas bailarinas que nos han prometido —gritó alborozado Kharbaal, que era hombre más de acción que de reflexión filosófica y estudio, y esa discusión y dudas, a estas alturas del viaje, le producían dolor de cabeza.

La mañana siguiente vio la arribada de las dos naves que faltaban al puerto de Onuba. Así las cosas, tras hacer agua y subir a bordo provisiones y otras necesidades materiales, la flotilla se hizo de nuevo a la mar y fue realizando su cabotaje hasta alcanzar una ensenada muy bien abrigada de los vientos y los fuertes oleajes, donde solían hacer parada las naves fenicias y cartaginesas. Allí, Kharbaal le propuso al capitán de la flotilla que, dada la buena situación y el recogimiento que presentaba

dicha rada, podían desembarcar una parte de los hombres con material, agua y víveres para que comenzaran a construir lo que podía convertirse en un puerto de referencia para los marinos cartagineses, antes de que doblaran el gran cabo[96] desde el que se iniciaba la travesía hacia el norte. Se hicieron estudios y observaciones y se llegó a la conclusión de que sería un puerto útil para la navegación cartaginesa.

Tras los preparativos y la bajada del material y las herramientas precisas, el agua y las vituallas, se quedaron en tierra cuarenta y cinco hombres a los que se recogería a la vuelta de las tierras de los kalaikos. Estos, ayudados por los lugareños y algunos marinos que se habían asentado allí, en una pequeña aldea de apenas diez casas, adecuarían y construirían los muelles y almacenes precisos para un puerto.

Cuando iban a embarcar, para seguir su viaje hacia tierras galaicas, el capitán de la flotilla preguntó por el nombre que le pondrían al puerto.

—Puerto Aníbal[97] —contestó muy decidió y convencido Kharbaal.

25

Ese mismo amanecer contempló en Sagunto la llegada del trirreme que traía de vuelta la embajada, encabezada por el magistrado Alcón, que la República saguntina había enviado a Roma para solicitar ayuda contra Aníbal Barca. No hubo ninguna señal de llegada de la embarcación, nadie dio la voz de aviso, no se tocaron ni trompas ni campanas, pero como si un espíritu invisible hubiera ido llamando al oído de cada saguntino, de repente, la ciudad se echó a la calle y bajó en tropel hasta el puerto. Desde los abarrotados muelles, diques, espigones y tejados de los barracones portuarios, una muchedumbre silenciosa y expectante contemplaba cómo la esbelta nave, a golpe de remo, atravesaba la bocana del puerto, se deslizaba por la primera laguna y llegaba hasta la segunda, en uno de cuyos muelles atracó y echó las maromas para su sujeción. Cuando se colocó la plancha para desembarcar, el ruido ganó su batalla diaria al silencio y estalló en todo su esplendor. Sagunto despertaba.

Los miembros de la embajada, encabezados por Alcón, saltaron a tierra, donde los esperaban unos representantes de la ciudad y algunos criados del Senado con mulas sujetas por las riendas. Alcón y el resto de los embajadores montaron con rapidez en los jumentos y partieron al trote, hacia la acrópolis, seguidos por la multitud que les abría paso y les vitoreaba, creyendo equivocadamente en su ignorancia que traían la noticia de la inminente llegada de los legionarios romanos. El grupo montado salió del puerto, pasó con celeridad por el enorme y rico barrio griego, pleno de mercaderes, artesanos y soldados, que se extendía a los lados de la vega baja de Sagunto, donde los helenos habían hecho en el suelo una alfombra de ramas de olivo. Poco a poco, nada más tomar una calle en curva las mulas comenzaron a trotar cuesta arriba ya que la orografía saguntina se empinaba cada vez más hacia la ciudadela fortificada, que era su objetivo.

Según iban subiendo, Alcón podía contemplar un paisaje tan familiar para él, que de tanto verlo sin fijarse mucho, ahora le parecía nuevo. Por eso le impresionaron las maravillosas y fértiles vegas que se extendían a los lados de la ciudad, rodeándola. Allá, campos rebosantes de trigo, escanda y centeno que se movían al compás de un viento que los mecía cual si fueran mares de cereal. Allí, miles de árboles frutales e higueras alineados como un ejército inmóvil verdeaban con fuerza. A su lado, hasta donde alcanzaba la vista, olivares en los que sus árboles se disponían en perfecta formación cual si fueran una falange macedonia. Y por todas partes, alquerías, cortijos, explotaciones agrícolas de gran riqueza que, junto con las quintas de recreo, las casonas de las fincas de regadío y los silos hacían de la ciudad mitad ibera y mitad griega un emporio de riqueza natural que se veía acrecentado y enriquecido por la gran actividad exportadora e importadora de su espléndido y próspero puerto.

Toda esa riqueza y prosperidad hacía que las demás ciudades edetanas envidiaran y aborrecieran a Arse-Sagunto porque era distinta, y se separaba de las maneras y costumbres del resto de los iberos edetanos, mediante un tipo de vida más cosmopolita, moderno y mundano, tan alejado de las viejas tradiciones iberas. En ese sentido, las urbes edetanas estaban en lo cierto porque Arse-Sagunto estaba dividida en dos partes diferenciadas aunque se entremezclaban, vivían unidas y habían llegado a formar una simbiosis perfecta. El núcleo y origen primitivo de la ciudad nació alrededor y dentro de la acrópolis, y constituía la Arse propiamente dicha, la ciudad ibera edetana. A sus pies, extendiéndose hasta el puerto, estaba la ciudad media y baja o portuaria cuyo comienzo bien pudo ser el establecimiento permanente de comerciantes griegos, provenientes tal vez de Massalia, quienes bautizaron a la colonia recién fundada con el nombre de Zakhyntos. La unión de ambos núcleos de población ibera y griega y sus dos perímetros amurallados daban a la ciudad su verdadera importancia y fortaleza, sus características y una identidad especial en el ámbito de Iberia. Esa era la razón por la que era llamada Arse en el mundo ibérico y Zakhyntos en el grecorromano, cuya derivación en latín terminaría dando origen al vocablo Sagunto.

Al ir subiendo por la calle que ascendía hacia la acrópolis, Alcón, los magistrados y embajadores constataban esa mezcla en la ciudad, pues esta se veía engalanada por la belleza arquitectónica de los templos dedicados a dioses griegos como Afrodita, Hermes, Diana, Heracles…, lo cual dotaba a Sagunto de una nueva peculiaridad diferenciadora respecto de Edeta, Deniu o Saiti; asimismo, fueron vislumbrando las casas y palacetes de los comerciantes y pudientes de la ciudad, de clara manufactura helena.

Por fin, alcanzaron el arco de entrada de la acrópolis denominada Puerta del Toro, cuyo grueso e imponente portón de recia madera de sabina, que daba al oeste, estaba entreabierto. Enseguida accedieron a la explanada amurallada que coronaba la meseta sobre la que se asentaba la misma. Esta tenía forma de barco irregular con casi mil metros de largo por cincuenta y hasta ciento cincuenta metros de ancho, según las zonas de la misma.

Alcón y sus embajadores se bajaron de un salto de las mulas y se las entregaron a unos criados del Senado saguntino que les estaban aguardando, quienes se hicieron cargo de ellas. Subieron los seis escalones del edificio y penetraron en la Cámara legislativa y ejecutiva de la ciudad, que también en eso se diferenciaba Sagunto del resto de la etnia edetana. Y mientras que Edeta, como capital política de los edetanos, contaba con un dinasta o régulo de la ciudad, Arse-Sagunto, como capital económica, era una República que contaba con un Senado de principales de la ciudad y con un llamémoslo *praetor*, o magistrado supremo que, a manera de cónsul o *sufeta*, ejercía el poder ejecutivo.

La sede del Senado saguntino era un edificio de dimensiones modestas en comparación con los hemiciclos de las potencias mediterráneas, apenas una casona

grande, espaciosa y bien construida con tejado a dos aguas de tejas, y un frontón griego clásico sustentado por una fila de columnas, cuya entrada estaba custodiada por guardias armados al estilo heleno. Alcón y sus acompañantes penetraron con paso ligero mientras los senadores, vestidos a la griega con influencias romanas, se sentaban en las sillas que estaban colocadas sobre tres filas de gradas que ocupaban, a lo largo, una de las paredes del edificio.

—Salud, Alcón, así como al resto de los embajadores que te acompañan —les dio la bienvenida Abartiaigis, el *praetor* electo por la ciudad, en su calidad de máximo mandatario ejecutivo de la República saguntina—. Informa a este Senado del resultado de tu embajada.

Alcón carraspeó antes de comenzar a relatar el resultado.

—Praetor, nobles senadores… Partimos mis compañeros y yo para Roma con una solicitud clara y expresa… pero, para nuestro disgusto, volvemos con las manos llenas a medias —contestó Alcón.

—Concreta más el desenlace de tu misión, sin circunloquios ni vueltas retóricas innecesarias —le ordenó Abartiaigis, hombre de escasa paciencia.

—Tras muchas deliberaciones y discusiones en el Senado de Roma… Los senadores decidieron, por amplia mayoría, no enviar en este momento la cohorte de legionarios que solicitamos para la protección de la ciudad —les explicó Alcón, cuyas palabras levantaron de inmediato olas de murmullos, innumerables palabras malsonantes, acusaciones de traición a los romanos, risas y chanzas entre los partidarios de Cartago…

—Y qué más —exigió saber Abartiaigis con un tono imperativo en la voz.

—Únicamente si Aníbal ataca nuestra ciudad-estado, Roma embarcará un ejército de liberación que navegará a toda vela hasta nuestro puerto, para castigar la perfidia púnica —les informó Alcón—. Pero solo si asalta nuestros muros…

De nuevo las mareas de bullicio y ruido se elevaron en el edificio senatorial. Las mismas protestas, opiniones, palabrotas, acusaciones…, y más jocosidades, risas y disfrute entre los partidarios procartagineses.

—Más nos valdría a todos enviar una embajada hasta Cartago Nova, para parlamentar con Aníbal, y establecer con él una alianza productiva y razonable dado su poder y cercanía —propuso el líder del partido procartaginés—. Él está a tres días de navegación y a dos desde Akra Leuke, en cambio Roma…

Estas palabras levantaron las más ardientes y vehementes discusiones entre los prorromanos y los procartagineses, incluidos algunos golpes y empujones.

—¡Alto, locos, alto os digo! —aulló Abartiaigis golpeando el suelo desde su sitial con un báculo, símbolo de su poder—. ¡Dejemos de discutir entre nosotros y escuchemos al magistrado Alcón!

Cuando se rehízo la calma, prosiguió el embajador.

—Roma no nos ha negado su ayuda… —retomó la palabra Alcón alzando el volumen para hacerse oír bien—, únicamente ha indicado que en este momento su

prioridad es la guerra contra los ilirios…

—¡Claro, algo natural y muy lógico! —voceó el jefe del partido procartaginés, levantándose de su escaño—, dado que las costas de Iliria están enfrente de Italia, hay colonias y factorías griegas y romanas en ellas, y muchos senadores de Roma tienen allí intereses comerciales muy importantes… Por eso, yo os pregunto, ¿qué le importa a Roma una pequeña República como la nuestra?… ¡Nada, respondo en el acto!… Sin embargo, Cartago Nova está ahí, a dos pasos como el que dice, con un gran interés por formalizar lazos de amistad con nuestra República… Aníbal es un gran estadista, un hombre justo y noble llamado a las más altas cotas y destinos. Un hombre tocado por la mano de los dioses… Y, si queremos, un amigo incapaz de traicionarnos, bajo cuya protección, Sagunto prosperará como nunca.

De nuevo se inició la eterna discusión entre las dos Saguntos. Y, nuevamente, Abartiaigis volvió a regañar a los senadores, a quienes instó para que volvieran el orden y la compostura. Cuando más o menos consiguió el silencio, habló después de suspirar profundamente.

—Senadores… No estamos aquí para debatir acerca de las ventajas de amistad con una u otra potencia, dado que ya votamos y decidimos esa cuestión en su día, con el resultado de aliarnos con Roma, sobre todo por su falta de injerencia aquí en Iberia; sino para informarnos de los planes que tiene nuestra aliada respecto de nuestro potencial enemigo, Aníbal, dueño y señor de los púnicos.

Alcón, hombre inteligente y observador, continuó después de la seña de aquiescencia que le hizo el *praetor* con la mano.

—El Senado de nuestra aliada también está dividido como el nuestro, en el sentido de que hay dos partidos con unos intereses claramente diferenciados. Un partido, llamémoslo de los Fabios, que quiere una expansión por Italia y sus alrededores, en aras a una explotación agrícola intensiva de grandes áreas de esos territorios, que también tiene interés en las cercanas y fértiles tierras ilirias. Y otra facción, llamémosla de los Escipiones, que prefiere una expansión por el Mar Interior, sobre todo hacia las nuevas adquisiciones de Córcega y Cerdeña, sin desdeñar su intervención en Iberia.

Ahora todos los senadores saguntinos sin excepción escuchaban con toda atención el brillante análisis que hacía Alcón, prorromano moderado e inteligente.

—Y ese es el resumen, *grosso modo*, que yo entiendo que se puede hacer de la situación —terminó comentando Alcón—. Roma no mandará soldados ahora para acantonarlos aquí en Sagunto porque considera que no existe un peligro real por parte de los púnicos, quienes siguen remitiendo puntualmente a nuestra aliada la plata acordada para la indemnización de guerra. Ahora bien, he traído el sacro compromiso del envío de una legión tan pronto como los soldados de Aníbal inicien el menor acto de hostilidad contra nosotros…

Tras el correspondiente debate y discusión, el *praetor* les señaló el camino a seguir.

—Senadores… Sabemos por nuestros agentes que Aníbal ha estado recientemente en nuestra ciudad, lo que nos dio pie a pensar que prepara algo contra nosotros y motivó nuestra embajada a Roma —comentó con voz enérgica y rápida Abartiaigis, para evitar ser interrumpido—. Y que Roma no va a enviar tropas por el momento, pero que las enviará si llega el caso de una agresión púnica contra nuestras murallas… Pues bien, yo ordeno, en previsión de los acontecimientos venideros, que se construya una fuerte torre de piedra para proteger la Puerta del Toro.

Los inevitables murmullos a favor y desaprobatorios interrumpieron al praetor, que esperó con paciencia a que se hiciera el silencio de nuevo.

—Es vital edificar esa torre, dado que el oeste es la zona de nuestra acrópolis más vulnerable porque sube un camino ancho hacia la Puerta del Toro, y los otros tres lados del recinto amurallado están cortados a pico y son de un acceso más difícil. Si Aníbal ataca, lo hará por el oeste —terminó diciendo Abartiaigis, que había sido soldado de fortuna y responsable de la milicia saguntina.

—Abartiaigis, tú, sin pruebas de ninguna clase, estás convencido de que Aníbal nos atacará aunque él no haya realizado ni un solo acto de hostilidad contra nosotros. Aun así, tomas una decisión que nos obliga a hacer un fuerte desembolso económico para construir una nueva torre de piedra. Yo me opongo a ello —le gritó el líder del partido procartaginés.

—¡Alto, escuchadme! —solicitó vociferando Alcón, que comenzó a hablar cuando la batahola que se había formado se calmó—. Yo sé lo que he visto y lo que he oído en Roma. Allí no dudan de que Aníbal nos atacará, más pronto o más tarde, porque nuestra política de expansión choca con sus aliados.

—Di mejor que nuestra política expansionista y altanera agrede a los aliados de Cartago —apuntó el líder de los procartagineses—. Y eso traerá funestas consecuencias para Sagunto.

—Tenemos que defender los intereses saguntinos y esos turboletas,[98] amigos de los habitantes de Edeta y de Cartago, están atentando contra nuestras exportaciones de hierro y las manufacturas férricas al suministrarnos cada vez menos mineral —apuntó otro senador.

—Tienen presiones de los de Edeta y les entregan casi todo el mineral a ellos… Como todos sabéis, yo tengo un taller de fabricación de falcatas y mis ventas han descendido notablemente porque esos perros de los turboletas no me suministran hierro —apuntó otro de los senadores prorromano—. Esto lo deberían saber en Roma, a quien vendo puñales para sus legionarios.

—No podemos consentir que nos achanten esos miserables envidiosos que nos rodean porque Sagunto es más fuerte que todos ellos juntos. Tenemos una buena milicia y debemos hacer que turboletas y edetanos nos respeten —propuso otro de los senadores prorromanos—. Además, Roma está de nuestro lado.

—Amigos, parece claro que Aníbal tiene sus propios planes porque nuestros agentes apuntan a que salió de Cartago Nova con un gran ejército y se dirige hacia el

norte —les explicó otro senador prorromano de mucho peso en la Asamblea—. Por ello, yo también propongo que Sagunto continúe su vida como hasta ahora, edifique una nueva torre y no se deje amilanar por los pueblos vecinos, como hemos venido haciendo hasta ahora.

—¡Locos, sois locos!… Aníbal tiene un ejército de cien mil hombres… Una marea tan poderosa que podría barrernos como una ola desbarata los castillos de arena que hacen nuestros hijos en la playa, junto al mar —les expuso el líder procartaginés.

—Que se atreva. Si viene se estrellará contra nuestras murallas mientras llega el socorro de Roma y le aplasta contra nuestros muros. ¿De qué sirve un ejército contra el baluarte mejor defendido de toda Ibera? —preguntó retóricamente Abartiaigis poniéndose en pie en su sitial preeminente, enfadado con los procartagineses—. Yo os contesto, no servirá de nada… Como le sucedió al ejército de los persas que se estrelló en las Termópilas contra los espartanos. Yo apoyo la última proposición realizada y refrendada en esta Cámara.

Esa propuesta hizo que se discutiera acaloradamente, una vez más, pero fue ganando adeptos. Al final, se votó y se aprobó.

—Senadores de Sagunto —habló con voz poderosa Abartiaigis—. Queda aprobada la siguiente resolución: levantaremos una torre para reforzar la defensa de la Puerta del Toro y remozaremos las fortificaciones. Estaremos atentos a los movimientos de los púnicos y entrenaremos a nuestra milicia. Contrataremos nuevos mercenarios. Y proseguiremos nuestra política vecinal. En ese sentido, presionaremos con los medios a nuestro alcance a los turboletas, que ya sabemos que son aliados de los púnicos, para que nos vendan hierro y no se interfieran en el desarrollo de nuestra economía, o tendremos que darles una lección que no olvidarán.

26

Después de varios días de marcha a través de territorio propio, la expedición militar dirigida por Aníbal realizó una parada en Kastilo. En esa ciudad, los cartagineses reforzaron los lazos de amistad y cooperación con los oretanos, se revisaron las cuotas de plata a enviar al Tesoro de Cartago Nova, así como las que correspondían a la plantación de olivos y la producción de aceite. Además, el dirigente cartaginés, según le había solicitado su esposa Himilce, aprovechó para dar visos de verosimilitud a la postura que ella había mantenido ante su hermano Cerdubeles, cuando se hizo pasar por representante de Kart Hadasht. En ese sentido, Aníbal reafirmó su autoridad y le explicó a su cuñado Cerdubeles que él había nombrado a su esposa embajadora de todo lo cartaginés y le confirmó que, efectivamente, había sido enviada por él a Kastilo como representante, razón por la que la conducta favorable a los intereses cartagineses, por parte de Cerdubeles y los oretanos, seguía estando bajo estudio; todo lo cual dejó hondamente preocupado al régulo oretano.

Tras unos días de descanso y avituallamiento, el ejército cartaginés prosiguió su marcha hacia el norte. Atravesó Sierra Morena y avanzó por las tierras aliadas de los oretanos. Su destino era Konsabura,[99] ciudad ya en territorio carpetano que había aportado guerreros a la última incursión que asedió Kastilo. Este castro fortificado estaba edificado sobre un cerro que se eleva en medio de un valle fértil dedicado a la agricultura de cebada, trigo y centeno, estaba regado por un río al que los carpetanos llamaban Sevo, de ahí el nombre de la ciudad, y estaba rodeada por varios bosques de encinas y robles ricos en madera.

La llegada del ejército cartaginés había sido advertida con suficiente antelación por los de Konsabura, ya que el despliegue de fuerzas que iba haciendo Aníbal en su transitar por las tierras carpetanas era extraordinario, con el objeto de aterrorizar a los pueblos vecinos. De esta manera obtuvo sin combatir que muchos pueblos y etnias de los alrededores le enviaran embajadas de sumisión y amistad, presentes y carros repletos de alimentos y forraje para los caballos en lo que cada vez se iba pareciendo más a un paseo militar.

Sin embargo, los belicosos carpetanos de Konsabura habían hecho todo lo contrario de lo realizado por esos pueblos sumisos, ya que habían enviado mensajes con petición de ayuda a sus aliados de Kontrebia Karbika,[100] quienes aceptaron de inmediato y a los que se unieron contingentes de los olcades provenientes de la ciudad de Segóbriga,[101] vecina de esta última, dado que sus dirigentes habían decidido reforzar las filas de los guerreros que se iban a oponer al avance cartaginés al que, de alguna manera, menospreciaban por ser su comandante en jefe un joven al

que consideraban inexperto en comparación con su padre y su cuñado, fallecidos hacía tiempo.

En esta resistencia enconada por parte de los carpetanos también había un evidente sentimiento de revancha militar, ya que no digerían la derrota sufrida bajo los muros de Kastilo. Los carpetanos consideraban que era una batalla que ellos tenían ganada pero que se perdió en el último momento merced a la incursión sorpresiva de los jinetes cartagineses, que habían resuelto a favor de sus enemigos sin haber combatido desde el principio contra ellos.

Una mañana al clarear el alba, los cartagineses llegaron muy cerca de la ciudad. Según había planificado Aníbal, instalaron el campamento principal junto al río, enfrente de los muros de Konsabura y a la vista de todos. Sus habitantes ya le estaban esperando, de esta manera estaban formados en posición de combate al amparo de los muros y a los pies del cerro los guerreros de ambas ciudades carpetanas, así como los olcades de Segóbriga, todos ellos en número de siete mil. Los cartagineses también montaron otro acantonamiento con la caballería de Mahárbal escondida en uno de los bosques de encinas. Y un tercer cuerpo de ejército, compuesto por los hoplitas y los mercenarios griegos e itálicos, que tomaron posiciones en el otro gran bosque de robles que rodeaba el valle.

—¿Qué os parece esa fortificación? —les preguntó Aníbal a Koré, un ingeniero militar de fuerte complexión y de origen griego, y a Gisco, de la familia Magónida, cartaginés y oficial ingeniero de fortalezas, a los que había trasladado desde su aburrido destino oficial, el Cuerpo de Ingenieros encargado de conservar la triple línea de murallas de Kart Hadasht, y los había incorporado a su ejército en Isphanya. Los tres estaban en la tienda del Estado Mayor, en el campamento cartaginés desde el que se veía Konsabura.

—Estratega, como es habitual por estas tierras, se trata de un buen baluarte construido sobre un cerro. Base de piedras ciclópeas bien asentadas, sobre la que se edifica una pared de piedra y tierra apisonada, rematada por una empalizada de troncos afilados y endurecidos al fuego —contestó Koré, más veterano y jefe de Gisco, que estuvo de acuerdo con el análisis de su superior jerárquico.

—Nada que ver con Arse-Sagunto, ¿verdad? —preguntó Aníbal con cara de preocupación.

—Nada que ver, estratega. Sagunto es otra cosa, se trata de una fortaleza casi tan buena como una fortificación griega, siciliana o epirota, y muy bien dispuesta cubriendo toda esa meseta alargada que cae a pico por tres de sus lados —contestó Koré—. Gisco y yo hemos viajado por encargo tuyo y hemos tomado buena nota de esas defensas, y opinamos que su asalto requeriría mucho tiempo y esfuerzo.

—En cambio, Konsabura caerá en nuestro poder en dos o tres días a lo sumo si hubiera que asaltar sus defensas —opinó Gisco, que había notado la cara de contrariedad que había puesto Aníbal al escuchar la opinión negativa sobre el baluarte saguntino.

El caudillo cartaginés asintió y salió de la tienda de campaña. Miró los muros de Konsabura, que estaban a unos centenares de metros de su campamento, y se quedó pensativo. A su lado estaban su hermano Magón, Hannón Strago, Ahusa y Mahárbal.

—Este es el plan, sencillo y devastador —comenzó explicando ante la atenta mirada de todos, al tiempo que se ponía de cuclillas seguido por sus generales, y trazaba con un palo la estrategia de la batalla sobre la tierra rojiza del suelo—. Como ellos no han visto los dos cuerpos de ejército que hemos escondido en los bosques, pensarán que solo se tienen que enfrentar a las tropas que tenemos en este acantonamiento. Pues bien, Magón, tú y tus oficiales dirigiréis los batallones de turdetanos, vacceos, arévacos y lusitanos contra ellos, apoyados por los honderos de Ahusa.

—De acuerdo —dijeron Magón y Ahusa.

—Avanzad y a unos cien metros de ellos parad. Disparad flechas y piedras para provocarlos. Tenéis que conseguir atraerlos y sacarlos fuera del amparo que prodigan los muros de Konsabura —les ordenó Aníbal—. De esta forma, sus pelotones de soldados avanzarán hacia nuestra formación. Cuando los carpetanos y los olcades lleguen hasta vosotros retrocederéis unos metros en orden cerrado para que tú, Hannón Strago, puedas salir del bosque donde se esconden tus tropas. En cuanto se estabilice el frente de batalla, Hannón, tú formarás en primera línea la falange de griegos e itálicos, seguida por nuestra falange libio-púnica, que se quedará sin intervenir, en la reserva, pero aunque no combata quiero que la vean desplegada esos bárbaros y sientan su terrible presencia. Sin detenerte atacarás con los griegos e itálicos por uno de sus costados.

—Y yo, claro está, atacaré el otro flanco con mis jinetes, ¿verdad? —intervino Mahárbal con una sonrisa de felicidad total, ya que era un guerrero de los que disfrutaba con la guerra y las batallas, mientras hacía un dibujo en la arena con sus dedos.

Aníbal se echó a reír y asintió con la cabeza.

—Sí, Mahárbal, tú cargarás a galope tendido con tus jinetes —le confirmó el comandante en jefe—. Pero, además, hoy quiero que pongamos en práctica las nuevas tácticas de la caballería que ensayamos, ya sabes que deseo que algunas unidades de caballería se conviertan, en realidad, en infantería montada, de tal manera que al llegar al lugar del combate desmonten y luchen a pie.

Cada uno ocupó su lugar, al frente de los suyos, y la batalla comenzó. Esta se desarrolló tal y como había planificado Aníbal. Convenientemente incitados, apedreados y hostigados por las flechas que les lanzaron desde el bando cartaginés, los carpetanos y los olcades cargaron furiosamente contra los batallones de celtíberos al servicio de Cartago Nova, que les esperaban en medio del campo de batalla. Tan pronto como dejaron el abrigo de los muros de Konsabura y chocaron con los cartagineses, estos retrocedieron lentamente entre los gritos y alaridos de victoria que los engañados guerreros carpetanos emitían creyéndose vencedores tan pronto. De

golpe, el frente de batalla se estabilizó, momento en el que salieron los jinetes de Mahárbal, a galope tendido, desde el bosques de encinas donde se escondían; mientras que desde el otro bosque de robles salieron dos falanges, una formada por griegos e itálicos y detrás la imponente falange libio-púnica que era el orgullo de Kart Hadasht, desde los tiempos del general espartano Jantipo, desfilando con parsimonia para que se pudiera contemplar adecuadamente su grandiosidad, sus líneas de escudos de bronce, sus filas de cascos áticos coronados por penachos de colores, las perfectas filas de las sarissas.

Como era de esperar, la carnicería fue espantosa, porque los cartagineses no solo eran muy superiores en cuanto al número de combatientes, sino que también contaban con un armamento mejor y sus tácticas de combate no admitían respuesta entre los bravos pero inexpertos guerreros carpetanos. Además, tenían instrucciones de Aníbal de causar el mayor número de muertos posible. «Cuantos más bárbaros matemos durante el combate, menos tendremos que crucificar cuando se rindan, lo que nos ahorrará tiempo, esfuerzos, madera y clavos…»

Cuando el campo de batalla quedó en silencio y los cadáveres de más de cuatro mil guerreros carpetanos y olcades quedaron inertes sobre el mismo, los dirigentes de Konsabura, donde se habían refugiado atropelladamente bastantes supervivientes, enviaron rápidamente una embajada ante Aníbal.

El caudillo cartaginés los recibió en su campamento y, como había visto hacer a su padre Amílcar tantas veces, se rodeó de toda la pompa y magnificencia posibles. Así, vistió su mejor coraza de bronce bruñido con realces en oro y plata, una capa púrpura y un faldellín en cuyas tiras de cuero también brillaba un cordón de oro muy vistoso. Asimismo, los miembros de su Estado Mayor lucieron sus mejores galas para impresionar a los bárbaros. El resultado de la entrevista fue la sumisión de los carpetanos de Konsabura y Kontrebia Karbika, la contribución de estos al ejército de Aníbal mediante entrega de sacos de grano, odres de vino, forraje para los caballos y parte del Tesoro de la ciudad, así como soldados cuando las autoridades cartaginesas así lo requirieran. Por último, los habitantes salieron de las murallas a campo abierto para permitir que los soldados cartagineses entraran en Konsabura y la saquearan para obtener botín, pues así eran entonces las leyes de la guerra. Después de dos días de saqueo los cartagineses, que no causaron demasiado daño a las cosas ni a las personas de los carpetanos, se pusieron en marcha hacia Segóbriga y las tierras de los olcades.

Los comandantes de la expedición naval dirigida por Kharbaal, después de dejar a los hombres elegidos y uno de los tres barcos para fundar Puerto Aníbal, decidieron que seguirían juntos los dos gaulos por razones de seguridad y porque dos naves tampoco causarían tanta alarma entre los kalaikos. Así las cosas, las dos embarcaciones habían seguido recorriendo las costas del oeste de Isphanya —el actual Portugal— hasta llegar a Olissipo. Era esta una colonia que los fenicios habían fundado en la espléndida ensenada que formaba la desembocadura del enorme río

Tagos,[102] y que servía de puerto principal para abastecer las expediciones que seguían hacia el norte o se adentraban en el Mar Exterior hacia las islas que se encontraban enfrente de Ifriquiya.[103] La ciudadela de casas encaladas se extendía a los pies de una alta colina sobre la que se había edificado una pequeña fortaleza, y contaba con un puerto dotado de tabernas, almacenes, tiendas para los mercaderes y numerosos muelles donde atracaban embarcaciones de todo tipo de calado, ya que el estuario del río era profundo, seguro y rico en pesca. Los habitantes de Olissipo comerciaban con la sal que obtenían de unas cercanas salinas, con un magnífico gárum que elaboraban a partir de la pesca del atún, con la manufactura de ese mismo pescado que, secado y ahumado, se transformaba en un alimento fácil de transportar y comer, y con los caballos lusitanos que estos aportaban, para intercambiar, cuando se desplazaban hasta la ciudad.

Los hombres de Kharbaal hicieron la aguada, cambiaron parte de las cartas comerciales que traían desde el templo de Melkart de Gadir en las bancas de los cambistas establecidos en el pequeño templo de Eshmún,[104] y con las monedas de plata obtenidas compraron carne seca, pan y galleta, sal, vino y pescado seco, víveres que fueron guardados en los compartimentos que tenían habilitados en las bodegas los dos *gaulos* para almacenar los suministros, ya que el resto del espacio estaba ocupado con los presentes y mercaderías para negociar con los kalaikos. A la mañana siguiente, pese a la niebla matutina que se desprendía desde el agua quieta como una laguna de cristal, partieron de nuevo hacia el norte. Tras varios días de navegación, durante los que tuvieron la costa siempre a estribor y ninguna incidencia reseñable, arribaron a la desembocadura de otro de los grandes ríos de Isphanya, el río Douros[105] en cuyo estuario se encontraba la colonia portuaria llamada Cale, en uno de cuyos atracaderos amarraron los dos gaulos y saltaron a tierra para beber y descansar, pues el mar estaba encrespado y no era prudente proseguir la navegación.

—Amigos, bebamos este espléndido vino que se produce en la región —les ofreció Kharbaal a Milkatón, el jefe de la milicia que les acompañaba en la expedición, Shabon, el capitán naval de los dos navíos, Uiro, Bhocas e Iñurbe, sentados en una taberna abierta en el puerto.

Los responsables del convoy celebraron ruidosamente la invitación porque ya comenzaban a estar cansados de navegar durante tantos días seguidos, pues casi todos eran gentes de tierra adentro.

—Shabon, háblanos algo de esos kalaikos a los que vamos a visitar, porque tú los conoces bien, ¿verdad? —le pidieron sus compañeros de aventura.

—No se puede decir demasiado de ellos porque su cultura es poco atrayente para gentes como nosotros, que provenimos del culto y sofisticado mundo cartaginés —les dijo con una sonrisa Shabon—. Hay quien dice que son tribus emparentadas étnicamente con vosotros los lusitanos —explicó haciendo una referencia a Uiro—, y se reparten por el territorio habitando poblados fortificados, a los que denominan castros, en clanes no muy numerosos, no más allá de trescientas personas por cada

población. Adoran la naturaleza, los ríos, los bosques y comercian con todo aquello que está a su alcance…

—¿Cómo son las mujeres? —preguntaron con avidez ya que iban a pasar varios días entre ellos.

Shabon se encogió de hombros, antes de proseguir su narración.

—No penséis que los castros están avanzados y tienen tabernas como esta, donde hay vino, cerveza y mujeres disponibles…

—Vamos, vamos… —le apremiaron.

—En líneas generales las mujeres de los kalaikos son atractivas físicamente por su exotismo…

—¿Ah, sí?…, cuenta, cuenta —le pidieron todos, menos el lusitano, babeando como lobos.

—Todos los kalaikos llevan el pelo largo y suelto. Y de entre las mujeres, a diferencia de las iberas y las cartaginesas, bastantes de ellas tienen los cabellos dorados, otras rojizos, otras la piel muy blanca y llena de pecas y puntitos… son esbeltas de talle porque gozan de cierta libertad y se dedican a las labores que son propias para alimentarse, por eso se ocupan de los ganados, mariscan en la costa, trabajan en los campos, cuidan de los hijos y preparan la comida comunal diaria.

—¿Comida comunal? —se extrañó Kharbaal.

—Sí hombre, una costumbre muy común entre los habitantes de lo que llamáis Isphanya los cartagineses —intervino Iñurbe el arévaco—. Nosotros también hacemos comidas comunes en una gran sala comedor, donde se reúne la tribu y hace el almuerzo del mediodía. Y muchas de nuestras mujeres también tienen los cabellos rubios y rojizos, vaya una novedad.

—Eso mismo. Los kalaikos se sientan a lo largo de la pared circular de la choza más grande del castro, en un banco corrido, respetando la jerarquía social y hacen sus comidas diarias cuando el sol está en todo lo alto —apuntilló Shabon—. Verduras hervidas, mariscos y conchas marinas, pescados del bravío Mar Grande que cocinan con manteca, ya que el aceite de oliva, en esos parajes, es un lujo que se paga como el estaño. Por eso traemos tantas ánforas llenas de aceite en las bodegas de los gaulos.

—¿Las mujeres de los kalaikos huelen a manteca? —preguntó en broma algo borracho Bhocas, el libio, que ya se veía rodeado por mujeres de cabellos como el fuego.

—No te hagas muchas ilusiones, babuino en celo, porque las mujeres de los kalaikos tienen un estricto sentido de la moral social y no quieren avergonzar al clan entregándose a unos forasteros como nosotros, salvo en ocasiones feriadas —les espetó Shabon, cuyas palabras tuvieron el efecto de un jarro de agua fría.

Cuando amainó la tormenta, un día más tarde, se hicieron de nuevo a la mar y siguieron hacia el norte, haciendo noche y aguada en la desembocadura del río Bainis,[106] que formaba unos acantilados a pico muy pronunciados, en uno de los cuales se edificaba un castro grande, donde consiguieron panes y algo de pescado

para su sustento, instalando su campamento en la ribera opuesta, donde encendieron fuego y pasaron la noche.

La mañana amaneció brumosa, como suele ser costumbre en esas latitudes, una niebla que se fue haciendo jirones y levantando poco a poco a medida que transcurría la jornada. Gracias a ello, mientras navegaban pudieron ir contemplando el imponente paisaje que se sucedía a estribor de las embarcaciones, pues la costa era muy accidentada, llena de cabos y pequeños golfos, y la tierra entraba hacia el mar formando unos acantilados terribles, llenos de pinos, recovecos y calas, donde batían las olas contra las afiladas piedras con una violencia titánica que levantaba mares de espuma. A su vez, el mar no se conformaba con sus dominios, pues entraba mucho en tierra adentro, como si fueran ríos anchos y alargados, unos brazos de agua que se iba calmando y se veían rodeados a los lados por el verdor insuperable de la tierra, de los acantilados llenos de musgo, de los bosques de pinos que descendían hasta el mar.

Por fin, los dos timones del gaulo que guiaba la expedición se movieron a un tiempo y la nave trazó una curva a estribor penetrando en uno de esos ríos de mar que entraban en tierra. Ambos gaulos bogaron a golpe de remo por el medio de esa agua de mar con forma de río, entre altos acantilados llenos de pinos y robles, en medio de un silencio apenas roto por el ruido de los remos, los graznidos de las gaviotas y el viento sobre las velas. Al cabo de una hora larga de navegación, divisaron a su derecha una playa de arena, un muelle de piedra alargado y una península de proporciones notables cuyo contorno estaba cortado a pico y caía directamente al mar, siendo el istmo que lo unía a tierra firme por donde se accedía al castro amurallado que se había edificado dentro de aquella, del que sobresalían los techos cónicos de paja de sus casas y el humo que salía por los huecos centrales practicados en los mismos.

Cuando arribaron al muelle de piedra, solo había una serie de embarcaciones no muy grandes y de construcción poco elaborada a base de madera y cuero curtido.

Lanzaron las maromas a los hombres semidesnudos que estaban sobre el embarcadero, los cuales amarraron bien los dos enormes gaulos que no tenían demasiado calado, porque estaban adaptados precisamente para ese tipo de navegación atlántica y la posibilidad de anclar en aguas no muy profundas.

Desembarcaron Kharbaal, Uiro, Bhocas, Iñurbe, Milkatón y Shabon, armados de manera discreta, mientras el resto de la tripulación y los presentes permanecían a bordo. Enseguida caminaron hacia el puente que daba acceso a la puerta de entrada del castro, que estaba practicada en la fuerte y alta muralla que cerraba todo el istmo y parte de los acantilados, ante la que se había practicado un foso de tres metros de profundidad. Avanzaban por la playa hacia la península cuando, de repente, desde el interior del castro salieron varios potentes toques de cuerno. Los cartagineses se pararon en seco, en principio alarmados, en el momento en que salía una delegación de kalaikos por la puerta de la muralla, cruzaba a buen paso el puente de madera que salvaba el foso y se acercaba a ellos.

27

La marcha del ejército cartaginés por las tierras del interior de Isphanya continuó siendo un auténtico paseo militar. Los guerreros de Segóbriga supervivientes de la batalla ante los muros de Konsabura huyeron hasta su ciudad y allí contaron lo terrible que era el poder de Kart Hadasht, personificado en un hombre, Aníbal, que bien podía ser la encarnación de Morrigu, la diosa de la guerra, y de Lug, el dios supremo celta; lo que ponía de manifiesto las influencias culturales de los celtíberos en una ciudad del ámbito olcade que años más tarde pasaría a los carpetanos. De esta manera, la ciudad y su comarca enviaron con celeridad embajadores que llevaron tributos y presentes al conquistador cartaginés, quien estableció el vivaque de sus tropas en los fértiles valles cerealísticos que rodeaban el cerro sobre el que estaba edificado el fortificado poblado, perdonando el saqueo y la destrucción de Segóbriga porque tenía otros planes militares y no quería retrasarse en una ciudad pequeña.

Desde allí, Aníbal envió una numerosa embajada a la tierra de los turboletas, concretamente a su capital Túrbula, con regalos para sus régulos con el objetivo de que se renovaran los lazos de amistad de ese industrioso y belicoso pueblo con él y, sobre todo, para que el magnífico mineral de hierro que extraían de las sierras circundantes fuera remitido a Cartago Nova y a Edeta, la capital de los edetanos, sin tener en cuenta las presiones de Arse-Sagunto ni sentir temor alguno ante la política agresiva y militarista de los saguntinos, porque contaban con la amistad del pueblo y el ejército cartaginés, que reprimiría cualquier agresión saguntina a sus aliados. Además, el dirigente púnico despachó otra embajada con presentes al dinasta de Edeta y a sus poblados tributarios, con la misma finalidad, reforzar y mantener los acuerdos de amistad con ellos, unos lazos de alianza que mantenían rodeada a Sagunto por territorios hostiles.

—Es inmenso el interior de Isphanya —le comentaba Mahárbal a Aníbal mientras cabalgaban camino del enorme poblado carpetano de Kontrebia Karbika, uno de los más grandes de esa etnia, que había participado activamente tanto en la invasión de Kastilo como en la defensa de Konsabura pero, pese a la derrota en ambas ocasiones, no había enviado embajadores pidiendo la paz y ofreciendo la sumisión.

—Cierto, tan grande es esta tierra que mi padre nunca sospechó la enormidad de la misma —contestó Aníbal, a quien también impresionaba la magnitud y tamaño de aquellas tierras feroces de Isphanya, llenas de enormes valles seguidos por cadenas montañosas, o estériles zonas desérticas al lado de profundos bosques de encinas y robles, con los que peleaban poblaciones brutales que conseguían arrancar espacios vitales a los mismos, para poder dedicarlos a la agricultura o la ganadería. Con unos ríos tremendos de caudal navegable o míseras corrientes de agua, casi secas, que de

repente se transformaban en torrentes destructivos con una cantidad de agua impensable. De contrastes climáticos tan sorprendentes que lo mismo el calor era tan sofocante como en los desiertos de Numidia, que te dejaban aterido y muerto de frío unos vientos y unas lluvias heladoras inesperadas, o nevaba en épocas no habituales, y qué decir de esas noches de invierno al raso que te encogían el ánimo porque te sentías tan pequeño, observando los millones de estrellas que refulgían en el cielo mientras un hielo helador y manso caía sobre la tierra cubriéndola con un manto blanco—. Sí, son unas tierras en las que yo me he criado, de una belleza y grandiosidad tales que creo que no podría vivir ni conquistar otras distintas en toda la faz de la tierra…

—Y con esa ciudad de los carpetanos, a la que llegaremos mañana al amanecer, ¿qué vamos a hacer? —preguntó el comandante de la caballería, hombre de acción poco dado a filosofar.

—Tendremos que asaltar esa fortaleza y dar un buen escarmiento a sus dirigentes —respondió con frialdad Aníbal—. Como se trata de una de las plazas fuertes más grandes de los carpetanos, situada a unos diez días de marcha de Sagunto y Túrbula, así como de Toletum e Ikesancom Konbouto,[107] su caída y castigo será conocido en todo ese gran ámbito celtibérico y yo espero que sirva de lección sangrienta, pero lección al fin y al cabo.

—Pero ¿y si se rinden?

—No habrá lugar a ello. He decidido asaltar, saquear e incendiar Kontrebia Karbika para que sirva de escarmiento al resto de los carpetanos, olcades y edetanos que todavía tienen intenciones belicosas contra nosotros y para el enriquecimiento de nuestras tropas —le contestó Aníbal con una frialdad aterradora—. Yo necesito un buen chivo expiatorio, eficaz y edificante, y estos carpetanos tan recalcitrantes, al enfrentarse a mí, me van a ser de gran ayuda para que su castigo me facilite la conquista e integración de estas tierras. Algo así como hizo mi padre con aquel desgraciado de Indortes.[108] Ese poblado es muy grande, nos ha retado en dos ocasiones y tiene que perecer para que todos contemplen el castigo severo que reciben quienes se oponen a la Ley y al ejército de Kart Hadasht.

—Ya, pero pueden enviar embajadores de paz que llegarían hasta nuestro campamento, y entonces… —opinó Mahárbal con una sonrisa de triunfo.

—Tus jinetes se encargarán de que eso no suceda, interceptando y matando a cuantos salgan de Kontrebia Karbika con unas intenciones u otras.

Esa noche acamparon muy cerca de Kontrebia Karbika y Aníbal, después de planificar con su Estado Mayor la estrategia para tomar la ciudad, se perdió dentro de su campamento recorriendo los fuegos donde cenaban sus hombres, aquí se sentaba con los arévacos para compartir su pan y sus provisiones de cecina, animándoles al combate del día siguiente mientras libaban el embriagador hidromiel[109] que se preparaba con la miel de los bosques numantinos, tan celebrada entre los celtíberos. Era tan buena esa miel que constituía uno de los productos que exportaban los de

Nomantika y su comarca, junto con armas de hierro, hasta la tierra de los vacceos, mediante grandes barcazas que navegaban por el río Douros, las cuales traían de vuelta toda suerte de cereales en un intercambio rico y fructífero para ambas etnias. Allá, cenando con los lusitanos su carne asada de jabalí, comiendo su queso, exhortándolos al combate mientras celebraban de antemano el rico botín que iban a obtener de tan rica plaza fuerte. Acullá, aceptando vino y un magnífico puñal de regalo por parte de los vacceos. Al final de la noche, se echó un capote militar por encima y se quedó a dormir en el suelo, al amor de la lumbre de uno de los fuegos que estaban encendidos en el vivaque que tenían preparado los edetanos para pernoctar. Estos iberos, henchidos de orgullo y satisfacción por lo que consideraban un honor que los distinguía, hicieron turnos de guardia para velar el sueño de su general, que dormía a pierna suelta en medio de los ronquidos, las ventosidades y los ruidos naturales de sus guerreros con la tranquilidad y la serenidad de un niño, ya que el cartaginés tenía la certeza absoluta de que nunca le pasaría nada malo durmiendo entre sus soldados, que lo adoraban de verdad.

Tal como había previsto Aníbal, al amanecer del día siguiente el régulo de Kontrebia Karbika contempló desde las almenas de la muralla principal el despliegue que hacía el imponente ejército cartaginés, el cual ocupó con disciplina y celeridad los ricos valles plenos de campos sembrados de cereales, que rodeaban su fortificada ciudad situada en lo alto de un cerro, así como las riberas del río Sego;[110] y conociendo lo sucedido en Konsabura, preparó con celeridad una embajada que salió por una de las puertas laterales de la ciudad, ya que el portón principal, defendido por la muralla que daba al ancho camino en cuesta que subía hasta la plaza fuerte, se había tapiado por dentro en previsión de un ataque sorpresivo por parte de los cartagineses.

La embajada, compuesta por seis miembros del Consejo de Ancianos y cuatro guerreros armados, a manera de escolta, comenzó a bajar por una de las laderas no demasiado pronunciadas que descendían desde la colina amurallada hasta el llano, pero no estaban solos. Mahárbal le había encargado a Masinisa, el príncipe númida, que patrullara el contorno del cerro con un escuadrón de caballería compuesto por treinta feroces jinetes norteafricanos, con la orden tajante de atacar y matar a todo aquel que abandonara los muros de Kontrebia Karbika y pretendiera acercarse al campamento cartaginés.

Masinisa, que estaba aprendiendo el oficio militar, quería agradar a sus superiores y ascender. Por eso, tan pronto como observó la presencia de los embajadores carpetanos y su escolta de guerreros, lanzó contra ellos a sus númidas a galope tendido, quienes atacaron emitiendo sus horripilantes gritos y alaridos guturales. Los carpetanos se sorprendieron, bajaron las armas y comenzaron a realizar inequívocas señales de paz, mientras gritaban que eran embajadores que llevaban un mensaje para Aníbal. Aun así, el choque se produjo, fue cruento y rápido. Tal y como era su hábito guerrero los númidas cargaron al galope, rodearon a los carpetanos y les lanzaron una

lluvia de jabalinas mediante dos ataques y retiradas rápidas que dieron pronto por el suelo con los diez carpetanos, muertos o muy malheridos. La indignación que causó este asalto en los muros de Kontrebia Karbika fue espeluznante y, de inmediato, un clamor se elevó desde las almenas en tanto que los ocho mil guerreros que guardaban los muros comenzaron a lanzar flechas y jabalinas contra los jinetes númidas, que se dieron pronto a la fuga no sin antes dejar algún muerto sobre el campo.

Cuando Aníbal oyó el comienzo de la escaramuza, no perdió ni un minuto y dio la orden inmediata de ataque. Con precisión y disciplina según venían ensayando durante un año largo, las unidades cartaginesas se adelantaron según el plan previsto.

Las falanges de griegos e itálicos y la de los púnico-libios se situaron delante del portón principal de la ciudad, en previsión de una salida de los carpetanos, custodiando el ancho camino que subía hasta la misma. Los lusitanos, edetanos, arévacos, vacceos y demás mercenarios celtíberos e iberos fueron tomando posiciones y rodearon la ciudad amurallada al tiempo que subían por sus laderas, que no eran demasiado escarpadas, amparados por sus enormes escudos y los manteletes de madera y piel, así como de paja, que los protegían de las armas arrojadizas que les lanzaban desde los muros. Ahusa y sus honderos comenzaron a barrer las almenas con sus pedradas mientras que los arqueros africanos se situaban al lado de los baleares y lanzaban docenas de flechas sobre los defensores. Poco después, se fueron viendo claros entre las filas de los defensores.

Koré situó varias de sus máquinas balísticas, catapultas y escorpiones,[111] enfrente de la muralla de entrada sobre el portón principal, y otras cubriendo los dos lados que le parecieron más vulnerables de la fortaleza. El gran ariete de madera con cabeza de bronce, que estaba protegido por un tejado de pieles y madera, fue colocado al lado de la puerta lateral por la que había salido la desgraciada embajada de paz. A una orden dada, la artillería comenzó a disparar piedras de buen tamaño y enormes dardos, algunos incendiarios, que provocaron grandes destrozos en la empalizada superior de madera, y en el muro que la sustentaba. Una hora más tarde los baluartes de Kontrebia Karbika presentaban grandes grietas, habían perdido parte de su barbacana superior y, además, los humos que ascendían hacia el azul celeste delataban la presencia de incendios en sus casas y chozas. Por otro lado, el portón principal, que había recibido el grueso de los proyectiles y piedras, aparecía astillado y la tapia de ladrillo de adobe, cañas y barro que se había levantado detrás del mismo, se había derrumbado casi en su totalidad.

—Ha llegado el momento del asalto final —anunció Aníbal a sus oficiales cuando la tarde comenzaba a avanzar—. Cada uno a su puesto, despacharemos la tarea con eficacia mientras aún haya luz porque esta noche cenaremos ahí dentro.

El ataque coordinado cartaginés fue devastador. Los hombres que manejaban el ariete aguantaron a pie firme las rocas, flechas, jabalinas y trozos de muralla que les arrojaban desde lo alto los cada vez menos defensores que se atrevían a ello, porque Ahusa y sus baleares no dejaban uno sano según se encaramaban o se asomaban

desde la defensa superior para arrojar los proyectiles. Así las cosas, después de percutir contra la puerta de duro roble durante unos minutos intensos, el pesado ariete, que colgaba de un mecanismo a manera de péndulo, consiguió arrancar los goznes y de inmediato la puerta destrozada cayó al suelo con gran estrépito. Las trompas y cuernos tocaron las señales de ataque y los escuadrones de celtíberos penetraron en el interior de Kontrebia Karbika, mientras los defensores se precipitaban escaleras abajo desde lo alto de los muros para hacerles frente. Enseguida se trabó un feroz combate mientras lusitanos, arévacos y vacceos empujaban hacia el interior de la ciudad y comenzaban a correr por sus calles matando a cuantos les salían al paso.

Los carpetanos que defendían la puerta principal, al ver que esta se venía abajo junto con la tapia levantada por ellos, formaron hombro con hombro y escudo con escudo, atravesaron su umbral y salieron al camino de entrada de la ciudad para enfrentarse con las falanges cartaginesas, que les estaban aguardando a pie firme, en un intento desesperado por romper sus líneas y lograr escapar. Poco después, se lanzaron de manera suicida, cuesta abajo, en una carrera desenfrenada que duró tan solo unos pocos metros, y fueron a estrellarse contra la blindada y bien plantada falange de griegos e italiotas. Estos, formados en varios cuadros y líneas cerradas, ocupaban todo el ancho del camino que subía hacia Kontrebia Karbika y ofrecían un espeso muro de bronce con sus escudos, sus cascos áticos con penachos carmesíes y sus aceradas lanzas.

El estrépito que se originó al chocar ambas formaciones fue tremendo y, según se planificó, la falange greco-italiota cedió unos metros para que pudiera salir el mayor número posible de guerreros, pues los cartagineses no querían luchar por las calles ni casa por casa en una urbe con esas dimensiones. El toque de las trompas señaló el momento en que la falange de acero y bronce frenó en seco su estudiada retirada y comenzó a avanzar. Según ascendía por el camino, fue cortando, alanceando y masacrando a los desorganizados carpetanos que, pese a su ímpetu y valentía, fueron arrollados y exterminados con frialdad y profesionalidad por los mercenarios.

Entretanto, un número elevado de habitantes comenzó a descolgarse desde los muros en un intento vano por huir de la masacre que se avecinaba. Muchos de ellos, colgados todavía de los muros antes de poder bajar hasta el suelo con la ayuda de cuerdas, fueron descalabrados por los baleares de Ahusa, que dispuestos a lo largo de la muralla, algunos de ellos sentados sobre pedruscos, les tiraban proyectiles con sus hondas y apostaban entre ellos, de manera siniestra, sobre el número de piedras que necesitaban para que aquellos desgraciados cayeran inertes al suelo.

Los que conseguían escapar a esta suerte o lograban eludir a las unidades de infantería púnica o a los honderos, eran cazados sin piedad, campo a través, por los jinetes cartagineses que patrullaban los alrededores de Kontrebia Karbika.

Durante tres días y tres noches, la otrora orgullosa ciudad carpetana fue saqueada e incendiada por las tropas de Aníbal. Sus tesoros, sus riquezas, el botín acumulado

durante años merced a sus rapiñas y violencias contra otros pueblos hispanos, cayeron en poder de los soldados del caudillo cartaginés. No se tomaron prisioneros para venderlos como esclavos, porque estorbarían durante la larga marcha que todavía quedaba hasta terminar la campaña militar. En consecuencia, masacraron a placer a cuantos pudieron, violaron a las mujeres hasta hartarse y clavaron a los dirigentes y cabecillas de la ciudad en unas cruces que colocaron en el camino de subida a la puerta y muralla principal como señal de advertencia.

Después, el ejército de Aníbal emprendió la marcha hacia las riberas del Mar Interior, en concreto a la ciudad de Althaía de los olcades, dejando tras de sí un panorama compuesto por los negros humos de los incendios, que ascendían hasta el cielo, de una ciudad que quedaba arruinada, unas murallas semiderruidas, muertos y malheridos por doquier y las voces, quejidos y lamentos de los escasos y reventados dos mil supervivientes de una ciudad, Kontrebia Karbika, que había llegado a tener más de nueve mil habitantes.

Kharbaal y la expedición marítima que desembarcó en la tierra de los kalaikos llevaba unas jornadas placenteras entre estos. Cuando bajaron de los gaulos fueron recibidos por una delegación de notables del castro, los cuales se mostraron muy dichosos por tener a los hombres meridionales en sus tierras para comerciar con ellos.

Shabon, el capitán de los barcos, les explicó a sus compañeros de expedición que podían confiar en ellos porque él ya había viajado hasta allí en más ocasiones, y podía asegurar que los habitantes de ese castro eran pacíficos en general, aunque los kalaikos eran esencialmente pueblos belicosos que realizaran incursiones guerreras de pillaje entre ellos. Por eso levantaban murallas, para defenderse de las bandas lusitanas, de piratas venidos desde la costa o de las islas de más allá de las brumas o de correrías de grupos guerreros kalaikos de castros no confederados, ya que los poblados de una zona o territorio se solían confederar entre ellos para la defensa común, la realización de obras públicas y el trabajo de los campos. Siendo cada confederación de castros o *castella* jurídicamente una unidad distinta e independiente de las demás con autonomía propia.

Así las cosas, los cartagineses montaron un campamento en la pequeña playa que se extendía al lado del muelle de piedra donde habían quedado bien amarrados sus dos enormes gaulos con maromas de fuerte esparto. Desestibaron la carga de ánforas de aceite, de vino, de cereales, las baratijas, los aperos de labranza de hierro y los lingotes de bronce que llevaban en sus bodegas, y colocaron todo bien custodiado dentro de una enorme tienda de gruesa lona impermeabilizada con grasa y sebo de caballo, rodeada por una empalizada, que hizo las veces de almacén. A cuyo cuidado se quedaron ocho hombres armados.

A continuación Kharbaal, Uiro, Shabon, Bhocas, Iñurbe y Milkatón entraron en el castro y lo hicieron con curiosidad natural dado que, salvo Shabon, ninguno de ellos había visitado un asentamiento como aquel. Nada más pasar el puente sobre el protector foso, que se llenaba de agua con la pleamar, atravesaron la muralla bajo el

dintel de entrada que se cerraba con una gruesa puerta de madera de pino, muy abundante en la zona. El lienzo de la espléndida muralla había sido edificado con enormes piedras, muy bien dispuestas y conjuntadas con argamasa, sobre las que se pegaba el musgo. La muralla defendía el frente y una parte baja de los contornos de la península, y contaba con una altura de cuatro metros en cuyas almenas se veían guerreros dando paseos de guardia. Al entrar en el castro vieron a su derecha unas bañeras labradas en la roca viva, llenas de agua humeante, junto a unos pequeños y bajos edificios de piedra con el techo a dos aguas, que contaban con unas primitivas chimeneas de las que salía humo.

—¿Esas casas tan bajas hundidas en el suelo, qué son?

—Son una especie de sauna ritual donde toman baños terapéuticos que sanan el cuerpo y el espíritu y les predispone para la comunicación con los dioses. Dentro hay unos hornos que producen vapor y agua caliente —les explicó Shabon mientras avanzaban hacia el centro del poblado.

Subieron por una calle de trazado irregular que se adaptaba a la disposición de las viviendas y que estaba cortada y abierta a pico en la misma roca del acantilado que constituía el suelo de la península. La calle serpenteaba y dejaba a los lados las casas de los habitantes del castro, recias chozas circulares edificadas con rocas y barro cuyos techos tenían una forma cónica realizada con fuertes y resistentes maderos y traviesas de pino redondeado, apoyados sobre un poste central, que se cubrían y forraban con diversas capas de paja y brezo. Como era habitual en la cultura castreña, casi todas las casas eran de un tamaño y una forma muy similares, ya que se tendía a la igualdad entre las mismas para que no hubiera envidias ni rencores entre los habitantes del poblado.

Un tratamiento similar se les daba a las tierras de labor, ya que se consideraban comunales, sin existir propiedades individuales. Los ancianos del castro repartían lotes y zonas de pequeñas dimensiones que asignaban a las familias, campos que eran atendidos y trabajados fundamentalmente por las mujeres, pues los hombres se dedicaban a las labores de pastoreo y a la guerra.

Al cabo de unos minutos callejeando por el poblado, durante los que fueron el polo de atracción para los habitantes del mismo, llegaron a la zona más alta de la rocosa península. Allí se abría una pequeña plazoleta rodeada de chozas, en la que se situaba una choza ovalada bastante más grande que el resto, que hacía las funciones de casa comunal y donde les recibieron los ancianos de la tribu. Detrás de esta se levantaba un muro que daba a la ría y protegía esa parte del castro, el cual contaba con una torre de piedra que hacía las funciones de atalaya. Adosado al muro y resguardado por este y por la torre, los lugareños habían edificado un pabellón de piedra ovalado bastante grande que tenía un tejado de lascas de pizarra. Era el almacén donde se guardaban los tesoros y objetos de valor del poblado.

—Sed bienvenidos, extranjeros meridionales de piel oscura por el sol —les saludaron los rectores del castro cuando entraron en la choza grande. Eran tres

hombres altos de cabellos albos, ojos claros y envueltos en unas túnicas de lana de color rojizo y unos mantos de piel de lobo que les cubría los hombros, que estaban sentados en un banco de madera adosado a la pared—. ¿Qué os trae hasta nuestra tierra?

—Venimos a hacer amistad con vosotros y a comerciar —le explicaron a través de Uiro, cuya lengua lusitana tenía ciertas similitudes y sonidos.

—¿Qué nos traéis y qué queréis a cambio?

—Traemos aceite de oliva, vino, semillas de cereales para plantar, adornos de cobre y cristales de colores para las mujeres, lingotes de bronce para trabajar, aperos de labranza —expusieron los cartagineses—. Y a cambio queremos oro y estaño… Y saber si ese mineral se puede transportar por tierra hacia la tierra de los vacceos…

—Hoy, nuestro puerto no está lleno de barcos porque nuestras barcas de cuero y madera para la pesca y el transporte llevan varios días faenando por los alrededores, y las embarcaciones de fuertes bordas que vienen desde las Islas de las Brumas, trayendo estaño, ya zarparon —comenzaron a explicar los ancianos kalaikos—. No obstante, tenemos lo que deseáis y nos place el trueque. Creemos que será muy fructífera la relación entre nosotros. Seguidnos para ver.

La comitiva salió de la choza comunal y se dirigió al pabellón ovalado de piedra, que estaba custodiado por cuatro guerreros armados con cascos, escudos y espadas de tipo celta, quienes les franquearon el paso.

—Pasad —les invitaron los ancianos—. Aquí tenemos lo que deseáis.

Penetraron en el almacén de piedra que olía a cerrado y a humedad, y a la luz de las lámparas de aceite y los escasos rayos de sol que se filtraban por la puerta de entrada vieron una cantidad enorme de lingotes de estaño que estaban apilados y ocupaban en su totalidad una de las paredes del edificio. En las otras había arcones de madera que contenían metales nobles y monedas, armas de todo tipo, grandes vasijas y ánforas con alimentos, el preciado ámbar…

—Estamos agradecidos e impresionados por esta prueba de buena voluntad y de confianza que nos hacéis —reconocieron los cartagineses—. Pues ahora sabemos dónde está lo que buscamos y podría ser peligroso para vosotros.

Los ancianos kalaikos sonrieron antes de que uno les explicara.

—Este almacén podría ser vuestra tumba, al igual que este castro fortificado. Nuestros guerreros, que están armados y rodean vuestro campamento, lo podrían arrasar y arrebataros en un momento cuanto contenga la tienda grande que habéis dispuesto como depósito protegido. Eso si intentarais cualquier clase de violencia contra nosotros. Pero… todos saldríamos perdiendo…

Kharbaal y sus compañeros también sonrieron satisfechos.

—Solo era una expresión.

—Claro, y así lo hemos entendido porque la riqueza y la prosperidad consisten en mantener una actitud leal al tratar negocios de trueque —les comentó uno de los ancianos—. A nosotros nos conviene el mercadeo pacífico y honesto. Vienen grandes

barcas de allende el mar, desde el norte y desde las Islas de las Brumas trayendo comerciantes de cabellos rojos y amarillos, similares a muchos de los nuestros, con largos bigotes y barbas, en cambio, entre los nuestro ahora está de moda afeitarse como los meridionales,[112] y nos traen mucho estaño, armas de calidad y joyas. Y nosotros les damos plata y oro, ámbar, hierro y plomo. Asimismo, desde el interior de las tierras, atravesando los espesos bosques, vienen mercaderes que nos traen caballos, manufacturas de la lana, cerdos y gallinas, hidromiel…

—Entonces, sí es posible comerciar con el interior de las tierras de los kalaikos y salir a los territorios vacceos y vetones, para transportar el estaño por tierra.

—Sí, se puede llevar cargamentos grandes de estaño a través de los bosques y territorios de los castros en carretas tiradas por bueyes o caballos, hasta la tierra de los vacceos, los lusitanos y los vetones —les confirmó uno de los ancianos—. Pero tendrán que ir muy bien guardados por soldados armados y jinetes porque atravesarán territorios y bosques que pertenecen a otros pueblos, con los que podrían combatir para defender sus mercaderías porque no todas las *castella* son aliadas. Aquí somos guerreros y ambicionamos lo ajeno, por eso adoramos sobre todo a Cosus, el dios de la guerra, en cuyo honor celebramos danzas y competiciones de lucha, y sacrificamos caballos y machos cabríos.

—Ya entiendo…

—Pero es posible ya que desde los tiempos de nuestros abuelos y desde el de sus abuelos, y de sus abuelos…, nuestras tierras han enviado estaño y oro hasta el sur —les explicó otro de los ancianos—. Y cuando me refiero al sur, es muy al sur a setenta u ochenta jornadas de marcha desde aquí, más allá de los dominios de los lusitanos, avanzando por un camino bastante recto y transitado que transcurre por los dominios de los vacceos y los vetones, que se ha usado desde siempre para comerciar. Y los sureños nos enviaban a cambio su plata y su cobre.[113] Es una práctica que se sigue haciendo hoy en día.

28

Desde las tierras de los carpetanos el ejército de Aníbal prosiguió su imparable marcha a través de los territorios de los olcades, que le habían demostrado hasta el momento una incómoda hostilidad, lo cual constituía un peligro estratégico por la proximidad de Althaía a la capital cartaginesa del norte, Akra Leuke, y a la aliada de Roma, Arse-Sagunto.

Ante el paso del imponente despliegue militar cartaginés, las comunidades de los olcades, así como sus vecinos los bastetanos y los contestanos, enviaron con toda celeridad embajadas plenas de presentes, alimentos, bebidas y tratados de sumisión y sometimiento al poder de Kart Hadasht, redactados en ibero y escritos en unas tablillas.

Aníbal fue recibiendo a las delegaciones iberas sentado en un trono elevado rodeado de la grandeza y las riquezas de su campamento, en medio de su ejército, para impresionar aún más a sus componentes. Estos al entrar en el campo cartaginés observaban las falanges formadas con sus escudos, corazas y cascos de bronce, las feroces unidades de celtíberos con sus cotas de malla férrea y sus lanzas, los temibles escuadrones de caballería y, recordando la triste suerte de Kontrebia Karbika, temblaban ante la posibilidad de que el general cartaginés pudiera dirigir esa imponente e imparable máquina guerrera contra cualquiera de sus poblados fortificados. Aun así, la capital olcade de Althaía seguía sin enviar ninguna comisión para solicitar la paz.

—Aníbal, los espías enviados a Althaía ya están aquí —le informó Hannás en el campamento que habían montado en territorio bastetano, al pie de la Vía de Aníbal, llamada posteriormente Vía Heraclea por los romanos, que era el camino que comunicaba el Levante cartaginés con la alta Andalucía. El acantonamiento se había montado muy cerca del mayor santuario ibero de la zona,[114] ubicación que había sido escogida a propósito por el dirigente cartaginés porque pensaba desplazar el ejército por su Vía hacia Althaía, y por la enorme significación que tenía ese lugar de culto para los pueblos iberos vecinos. Por ello, aprovechó el establecimiento de sus reales tan próximo para acudir al santuario, rendir homenaje a las damas oferentes y colocar exvotos sagrados y ricos presentes a manera de ofrenda, mientras tomaba las aguas ricas en sales minerales y rezaba con devoción. A su vez, Aníbal recibió el reconocimiento de las sacerdotisas, así como de los innumerables peregrinos que llenaban el santuario a todas horas.

A una señal de este pasaron los agentes destacados en esa urbe, que le informaron de la presencia de emisarios saguntinos en la capital olcade, lo que parecía indicar

algún tipo de acuerdo entre ambas ciudades y la razón por la que todavía no se habían sometido al poder cartaginés.

—Mañana tomaremos la vía que va hacia Akra Leuke y subiremos hasta esa pérfida ciudad para escarmentarla, tal y como hemos planificado, sufrirá una suerte con la de Kontrebia Karbika —les comunicó más tarde a los oficiales de su Estado Mayor, entre los que se encontraba Masinisa el príncipe númida—. Y tú, Magón, hermano mío, nos irás precediendo con unos escuadrones de caballería para ir haciendo notar nuestra presencia y conocer las intenciones de esos olcades. Ah, y llévate contigo a Masinisa, su comportamiento durante el cerco de Kontrebia Karbika ha sido tan ejemplar, tan profesional…

El príncipe númida, que estaba extrañado por su primera presencia en la junta de jefes de Estado Mayor, se ruborizó de orgullo al escuchar las elogiosas palabras que le dedicaba Aníbal, ante el resto de los oficiales.

—Tan cartaginés…, que lo asciendo a comandante de una unidad de cien jinetes —terminó anunciando Aníbal.

Los presentes felicitaron al príncipe númida, le dieron cariñosos coscorrones en la cabeza, algún que otro puñetazo en los hombros, un par de empujones… mientras este se encontraba flotando dentro de una sensación de éxtasis militar y se prometía internamente que daría de sí mismo todo lo más posible para agradar a Aníbal, y poder devolverle la confianza que depositaba en él.

—Magón, cabalgad hasta Saiti (Játiva), renovad allí los pactos de amistad con esa ciudad edetana, donde ya habrán llegado noticias de nuestra expedición de conquista por tierras carpetanas y olcades —le ordenó Aníbal a su hermano—, y después marchad hacia el sudeste, a la costa, para llegar a Althaía desde el norte, ya que yo llegaré desde el sur de esa ciudad, y la cogeremos como una tenaza.

A la mañana siguiente el ejército se puso de nuevo en marcha con dirección este hacia la ciudad cartaginesa de Akra Leuke, mientras que Magón y Masinisa se separaban y avanzaban hacia el norte con mil jinetes escogidos. Al cabo de tres días de marcha, ya cerca de la capital alicantina, Aníbal, que no quería desgastar en exceso al ejército ya que estaba planeando la segunda campaña hacia el oeste de Isphanya a realizar en cuanto comenzara el otoño, plantó sus reales y dio nuevas instrucciones a sus oficiales.

—Señores, para avanzar más deprisa hacia Althaía me voy a llevar conmigo solo a Mahárbal con dos mil jinetes y a seis mil soldados de infantería, lusitanos, edetanos y los carpetanos que se nos unieron durante la marcha por sus tierras —les comunicó en el campamento montado cerca de Ilici,[115] ciudad aliada que pertenecía a la etnia ibera de los contestanos—. Los arévacos y vacceos pueden volver a sus tierras para descansar, y dentro de dos meses, que se presenten en sus cuarteles para tomar parte en la segunda campaña que vamos a llevar a cabo. El resto marchará a las órdenes de Hannón Strago. La mitad de las tropas se quedarán acantonadas en Akra Leuke y la otra mitad irá hasta sus cuarteles en Cartago Nova.

Las órdenes de Aníbal se cumplieron tal cual. Él con Mahárbal y ocho mil soldados emprendió la ruta hacia la capital de los olcades y Hannón se llevó el resto del ejército, tal como estaba organizado. A una jornada de marcha de Althaía se encontraron con los jinetes de Magón que regresaba porque, después de renovar los lazos de alianza con los edetanos de Saiti, se habían desplazado hasta la capital olcade, cuyos habitantes, tan pronto como tuvieron noticias, por sus exploradores, de que llegaba la caballería cartaginesa y de que el gran Aníbal marchaba desde Ilici contra ellos, abrieron las puertas de la ciudad y salieron a recibirlos desarmados, llevando grandes regalos, arcones llenos de oro y plata y el juramento de fidelidad a la causa cartaginesa. Visto lo cual, las tropas de los dos hermanos Barca se pusieron en marcha hacia Cartago Nova.

Cuando estuvieron de nuevo junto a Akra Leuke, Aníbal se reunió a solas con su secretario Hannás.

—Mañana un escuadrón de caballería te escoltará hasta la ciudad. Allí tomarás una pentera y navegarás a Nueva Ciudad —le explicó hablando en voz baja—. Quiero que contactes con Himílcar para que organice a nuestros partidarios en el Senado, en la Asamblea Popular, en el Consejo de los Cien,[116] a cuyos miembros debe explicarles bien las conquistas de territorios que estamos realizando en Isphanya y los beneficios que ello reporta a la República; como en su día hicieron mi padre y Asdrúbal, que ambos gocen de las bendiciones y los dones de Melkart el Santo…

—Voy comprendiendo lo que pretendes.

—Hannás, quiero y necesito que en Kart Hadasht los ciudadanos, el pueblo y los senadores tomen conciencia de la importancia de conquistar Sagunto. Mi querido amigo, yo quiero un apoyo total, ciego, sin reservas ni resquicios… —Ya veo, tú te quieres cubrir las espaldas contra Hannón el Grande y sus partidarios en el Senado cuando Roma envíe una delegación para quejarse y pedir tu cabeza, ¿verdad?

Aníbal sonrió orgulloso y feliz por tener un colaborador y amigo con una inteligencia y una capacidad tan notables que había captado sus intenciones y motivaciones y que, a buen seguro, iba a llevar a cabo la misión encomendada de una manera eficaz y exitosa consiguiendo con toda exactitud lo que él buscaba y necesitaba.

—Mira, Hannás, yo voy a llevar a mi ejército hasta los confines de Isphanya y, para ello, subirá montañas nevadas, atravesará ríos caudalosos, cruzará por desiertos… Luchará contra tribus hostiles, conquistará ciudades… —le confió el cartaginés con los ojos brillantes y un timbre de voz imparable—. En el transcurso de esa campaña mi ejército conquistará Isphanya, pero mucho más importante que eso…, aprenderá a combatir como yo quiero que lo haga, se entrenará en la disciplina de sitiar y tomar ciudades, asimilará una instrucción más afinada todavía que hará maniobrar a los soldados en el campo de batalla al oír los toques de ordenanza de las trompas, se acostumbrará al frío y el hielo, al hambre, a la sed, a las privaciones y se endurecerá hasta un punto tal que los duros legionarios romanos se desharán ante

ellos, como cera puesta al fuego.

—Y cuando cruces el río Iber no quieres dejar un enemigo tan peligroso como Sagunto a tu espalda.

—Eso es. Tampoco quería dejar a los olcades y carpetanos, por eso hemos efectuado esta primera campaña, y en otoño desarrollaremos la siguiente. Antes de ir a por Sagunto —le siguió confiando Aníbal.

—Tú necesitas la toma y caída de Sagunto como una *casus belli*, como dicen los romanos —precisó Hannás con cara de miedo.

—Esto es lo que pasará. Yo conquistaré Sagunto y Roma puede que no acuda en su socorro porque no quiere la guerra contra Kart Hadasht, porque está enzarzada en el conflicto con los ilirios —le explicó el cartaginés a tenor de los informes de sus agentes y espías destacados en Roma—. Pero mandarán una delegación a Nueva Ciudad buscando mi cabeza y si nosotros controlamos el Senado, rechazarán la petición de los romanos y nos apoyarán. Por eso necesito que trabajes con Himílcar y me consigas la mayoría en las tres Cámaras.

—Pero la negativa de Kart Hadasht a atender las exigencias romanas y su apoyo a tu persona, en calidad de comandante en jefe del ejército cartaginés…

—Significará la declaración de guerra fulminante por parte romana, no lo dudes —sentenció Aníbal—. Roma en este momento no quiere la guerra con nosotros, pero dentro de un año o de dos seguro que sí. El partido Fabiano considera que no podemos coexistir dos potencias rivales en esta parte del Mar Interior.

—Aníbal, los planes de tu padre Amílcar no son realizables hoy en día… Roma es más poderosa de lo que era en tiempos de la Guerra de Sicilia —le explicó Hannás intentando hacerle entrar en razón—. Podemos coexistir mientras nos preparamos para repeler cualquier incursión militar romana aquí, en Isphanya, unas tierras que conocemos bien y en las que estamos prosperando…, pero provocar una guerra total será un conflicto bélico de aniquilación que nos destruirá…

El cartaginés lo miró con tristeza y permaneció callado.

—Nunca conseguirás doblegar a Roma. Pero siempre nos podremos defender de ella. Sobre todo si estás planeando invadir Italia —porfió Hannás, convencido de que no estaba consiguiendo torcer la voluntad ni la decisión del caudillo de los cartagineses.

Aníbal sonrió con una tristeza infinita en los labios y en los ojos.

—Mi querido amigo, ya no hablemos más, estoy abatido y muerto de cansancio. El destino ha realizado ya su jugada a los dados y todo está decidido, nuestro futuro está en Italia. Viaja a Nueva Ciudad y consígueme esa mayoría que te pido y necesito en el Senado, en la Asamblea Popular y en el Consejo de los Cien.

Mientras Aníbal conquistaba el interior de Isphanya, en la tierra de los kalaikos Kharbaal y sus compañeros pasaron varios días efectuando los trueques convenidos. Así pues, las ánforas llenas de aceite, de vino y de semillas de cereal para plantar, y las baratijas y quincalla, los aperos de labranza y los lingotes de bronce que habían

llevado los cartagineses, pasaron como mercaderías de intercambio a poder de los kalaikos, y estos a su vez les entregaron lingotes de estaño en la proporción que convinieron.

Durante esos días, en los que de repente llovía y de repente salía el sol, aprovecharon para visitar los alrededores del castro. Lo que vieron les pareció novedoso y les gustó mucho, pues cerca del poblado fortificado se extendían bosques de pinos, encinas y robles cuya riqueza explotaban los lugareños, entre cuyas masas boscosas se extendían unos prados amplios de un verdor extraordinario y muy llamativo para ellos, lógico dada la cantidad de lluvia que solía caer y que no habían visto nada igual antes, en los que pastaban vacas, caballos, ovejas, cabras y cerdos cuidados por pastores armados con lanzas. El resto de los terrenos no ocupados por los bosques se dedicaba a la agricultura, labor que realizaban fundamentalmente las mujeres.

También salieron de pesca y a explorar en las barcazas de cuero y madera que los kalaikos utilizaban para faenar. Eran estas unas embarcaciones con una estructura y un armazón similar a las costillas de una ballena, que se realizaba con madera, que se cubría con ricos y resistentes cueros curtidos e impermeabilizados, lo que las dotaba de una flotabilidad, una ligereza y una maniobrabilidad extraordinarias y que permitía la navegación costera y fluvial, para comerciar, como se hacía por el río Bainis. La pesca marítima era una actividad muy habitual y provechosa ya que utilizaban arpones, redes, pesas y anzuelos muy bien trabajados, lo que garantizaba que volvieran con las cestas, que fabricaban las mujeres, llenas de merluzas, pargos, doradas y jureles; mientras que los mariscadores, hombres y mujeres, peinaban el litoral para atrapar centollos, percebes, mejillones, almejas…

—Mañana parece que no lloverá y montaremos un mercado en el gran prado que se extiende cerca del castro, porque es una de nuestra fiestas principales, por la noche será plenilunio y esas noches adoramos a una divinidad innominada —les explicaba uno de los ancianos que solía ir con ellos, mientras caminaban al lado de la choza de piedra comunal. De repente comenzaron a sonar los cuernos de los guardias que vigilaban desde la alta torre de piedra.

Los cartagineses miraron al anciano y este les explicó que eran los toques de llamada porque se acercaban embarcaciones.

—¿Amigos o enemigos?

—Todavía no lo sabemos.

Inmediatamente, desde los campos cercanos vieron cómo llegaban a la carrera los hombres del castro, cómo entraban en sus casas y enseguida salían armados con escudo, casco de bronce o cuero reforzado con metal y un par de lanzas en la mano.

—Vosotros a la muralla, rápido. Vosotros, proteged la llegada de las mujeres y los niños que están trabajando en el campo —les ordenaron los jefes militares.

Los cartagineses salieron rápidamente del castro con los guerreros que iban a la playa para proteger a las mujeres y niños, que volvían de los campos, donde estaban

realizando labores agropecuarias; y se dirigieron corriendo al campamento que tenían montado al lado del muelle donde estaban amarrados los gaulos.

—¡Vivo, todos a las armas, vienen por el mar embarcaciones que podrían ser hostiles! —gritó Kharbaal en tanto que los hombres que lo acompañaban en la expedición comenzaban a armarse, sin perder tiempo, en tanto que Bhocas, Iñurbe y Uiro se colocaban en posición de defensa armados y preparados, y subían a los gaulos, en cuyas bodegas se almacenaba el tesoro de lingotes de estaño.

Como las llamadas de alarma eran algo relativamente habitual en sus vidas, los habitantes del castro corrieron a refugiarse en su interior, ya que los toques de cuerno y trompa se efectuaban por los vigías tan pronto como veían barcos o gente a pie extraña en lontananza. En apenas quince minutos, todos ellos se encontraban dentro del recinto fortificado con armas en la mano y apostados tras los muros a la espera de los forasteros; que resultaron ser comerciantes britanos llegados desde las llamadas islas Casitérides[117] por los cartagineses, y por los kalaikos Islas de las Brumas, que como en ocasiones precedentes venían a comerciar y, para ello, traían un cargamento de estaño, sal y armas célticas tan apreciadas entre los habitantes del castro y sus contornos.

Kharbaal y los suyos se unieron a los kalaikos para darles la bienvenida. De inmediato apreciaron la similitud de los britanos con muchos aspectos de la cultura y el físico de los pueblos del norte y noroeste de Isphanya. De esta manera, vieron que sus embarcaciones de madera y cuero, aunque más grandes y largas, se parecían a las que utilizaban los pescadores y viajeros del castro. Sus vestiduras con pantalones a cuadros y capas de alegres colores recordaban a la ropa que vestían los celtíberos vacceos y arévacos, aunque era más vistosa. También destacaba el parecido de su armamento, el color de su piel, bastante blanca y rosada, los ojos y cabellos más claros que los de los pueblos iberos, aunque también había morenos y de ojos oscuros. De todo ello dedujeron que, además de comerciar desde tiempo ha, debían de tener algún tipo de parentesco étnico, porque su lengua tampoco terminaba de resultar extraña a los kalaikos y lusitanos.

Al día siguiente no llovió y, tal como estaba organizado, se realizó una feria de productos, para lo que dispusieron un mercado en el verde prado que se extendía próximo al poblado. Allí los castros de los alrededores también participaron y trajeron sus productos para intercambiar. Los britanos se unieron a la fiesta y tomaron parte de una manera muy activa, felices porque hubiera un día de feria, lo cual acortaba los plazos para intercambiar sus productos. En consecuencia, montaron unos puestos con tablas de madera, que les facilitaron donde expusieron sus productos. Así las cosas cambiaron la sal y las armas manufacturadas que traían desde su isla por ánforas llenas de aceite y de vino, que les dieron a cambio los kalaikos, así como por la artesanía muy rica en oro de los orfebres castreños cuyos torques, diademas, brazaletes, fíbulas y arracadas presentaban un notable trabajo de repujado, estampado, filigrana y granulado que entusiasmaba a los britanos.

Los cartagineses aprovecharon para negociar con las últimas reservas de mercaderías que quedaban en las bodegas de sus gaulos, y expusieron sus bellos vestidos y túnicas bordeadas con púrpura confeccionados en Gadir, Lyxus y Malaka, sus capas de lino teñido, su llamativa bisutería de bronce, plata y pasta de vidrio engastada en sortijas, pulseras, medallones y pendientes, de menor valor que la orfebrería castreña realizada en oro, pero muy novedosa y por lo tanto atractiva para los britanos y castreños. Además de más ánforas con aceite y vino, vasijas de cerámica y cuentas de vidrio. A cambio recibieron lingotes de estaño por parte de los britanos, y cueros, plomo y oro en polvo y en lingotes proveniente de los castros de más al norte, de la tierra de los ártabros, que era bastante rica en ese metal.

Por la noche se celebró la fiesta del plenilunio. En el mismo prado donde había tenido lugar el mercado se encendieron unas hogueras enormes en el centro y colocaron antorchas alrededor de la pradera formando un gigantesco círculo. A partir de las hogueras, los participantes se sentaron en el suelo formando círculos concéntricos hacia las fogatas. El primer círculo y más cercano a los fuegos era el que ocupaban los dirigentes de los castros, Kharbaal y sus compañeros, los comerciantes britanos y el resto de las autoridades y personas importantes e influyentes. Sin distinciones se sentaban juntos hombres y mujeres y todos disfrutaban del ambiente festivo.

Comenzó con el reparto de abundantes tajadas de carne de vaca y de cerdo, que se había estado asando en las brasas que se habían extraído de los fuegos del centro, las cuales se comieron sobre grandes rebanadas de pan de trigo y de bellota. Después continuaron con pescados preparados en unas parrillas y en espetos de madera clavados alrededor de las brasas. Como es habitual en las fiestas hispanas, se bebió sin freno cualquier líquido que contuviera alcohol, bien fuera vino, cerveza, hidromiel y diversos licores y destilados que preparaban los castreños fermentando la fruta y las hierbas que tenían a su alcance.

Cuando terminaron de comer y de libar y la luna llena estaba en todo lo alto, en medio del cielo, y las fogatas casi se habían reducido a unas lagunas de brasas incandescentes, muchos jóvenes tomaron a las muchachas que les atraían o con las que tenían algún tipo de relación, las cogieron a caballo sobre sus espaldas y comenzaron a correr hacia las ascuas, mientras otros jóvenes guerreros saltaban sobre ellas y las atravesaban a la carrera con los pies descalzos. Acto seguido, desaparecían las parejas así formadas en la espesura de los cercanos bosques.

—Fiestas muy parecidas a esta se llevan a cabo en mi tierra —les contó Iñurbe el arévaco—. Allí, en los bosques de Nomantika y Visontion,[118] en la noche más corta del año, se prenden hogueras y los mozos saltan o corren por encima de sus brasas con la mujer que les gusta sobre los hombros…

—¿Y qué pasa después? —preguntó Kharbaal muy interesado.

—Allí las parejas se van a los pinares después de atravesar las ascuas para amarse hasta que la luna desaparece del cielo —le contestó el arévaco—, como supongo que

deben de hacer aquí también.

Kharbaal le preguntó a uno de los ancianos que estaba a su lado.

—En la fiesta del plenilunio pueden participar todos los hombres que lo deseen, sean castreños o forasteros —le respondió el kalaiko entre risitas, con evidentes síntomas de embriaguez—. De manera que si lo deseas, puedes escoger una moza, atravesar las ascuas con ella sobre tus espaldas, y después perderos los dos en el bosque… Esta noche es tu oportunidad… —terminó animándolo el anciano mientras sus risitas se convertían en carcajadas.

—Pero me abrasaré los pies —argumentó el cartaginés.

—Es noche de plenilunio… La noche en que todo es posible… Hasta que se curen solas las quemaduras de los pies porque así lo quiera la Luna, o porque lo pueda el amor carnal en el bosque… —le contestó el anciano con voz enigmática.

Kharbaal miró hacia su derecha, tres personas más allá, y encontró la mirada franca y la sonrisa de la mujer que le había gustado tanto nada más llegar al castro. Le hizo señas que ella entendió a medias.

—Uiro, ayúdame —le pidió al lusitano, que estaba sentado a su izquierda y que había hecho de intérprete desde que habían arribado a esas tierras.

El lusitano, que le había echado el ojo a una pelirroja de ojos verdes y generoso pecho, que le sonreía, había oído y traducido lo que el anciano le había explicado a su amigo y, tras atusarse las largas trenzas y mesarse y limpiarse la barba, dijo levantándose:

—Vamos, pero primero voy a acordar el paso de las ascuas con esa mujer de pelo rojo —aceptó mientras salía a buen paso hasta la kalaika sonriente que le dio su conformidad enseguida.

Los dos amigos se llegaron hasta la moza que le gustaba a Kharbaal.

—Veo que te siguen gustando las mujeres parecidas a tu esposa Lythia, pelo trigueño, ojos como el cielo… —comentó jocoso y molesto el lusitano recibiendo en el acto un puñetazo en el hombro, por parte de Kharbaal.

Se acuclillaron ante la joven y Uiro conversó durante unos instantes con ella, que se puso muy colorada pero comenzó a realizar gestos de aprobación con la cabeza mientras su sonrisa y sus ojos lo decían todo, bajo la mirada inquieta y nerviosa del cartaginés que no se terminaba de fiar del todo de su amigo el lusitano, propenso a las bromas.

Un momento más tarde, los dos amigos se bebían buenos tragos de vino para anestesiarse un poco los sentidos, montaban cada uno de ellos sobre sus espaldas a una de las jóvenes, corrían llevándolas a caballo hacia el centro del prado, pasaban las ascuas a la carrera y, sin pararse a gritar por el tremendo dolor que sentían en los pies, se perdían con ellas en la espesura del bosque.

29

Tal y como le había ordenado Aníbal, Hannás partió para Kart Hadasht en la primera pentera que aparejaron en el espléndido puerto de Akra Leuke. La navegación transcurrió con normalidad y en seis días ya estaba en la capital cartaginesa. Allí se reunió con Himílcar.

—Aníbal quiere que movilices las fuerzas vivas que le son favorables en el Senado, la Asamblea Popular y el Consejo de los Cien para que estén preparadas —le explicó al gran colaborador de los Bárquidas en la ciudad.

—¿Qué teme o necesita?

—Va a iniciar la conquista del noroeste de Isphanya y como final de esa proeza, quiere atacar Arse-Sagunto…

Himílcar dejó escapar un silbido moderado.

—Está claro que desea llevar a cabo los planes de su padre —opinó como si pensara en voz alta.

—Me temo que sí —le confesó Hannás.

—¿Quiere el apoyo de las instituciones para declararle la guerra a Sagunto o a Roma?

—No exactamente. Él va a tomar Arse-Sagunto, sin previa declaración de guerra, porque ya tiene decidido el enfrentamiento con los romanos y no quiere dejar una plaza tan fuerte a sus espaldas, en su camino hacia Italia —le comentó Hannás.

—Ya comprendo… Pero teme la reacción de Roma.

—Exacto. Aníbal prevé que los romanos no acudan a socorrer a Arse-Sagunto, porque estén combatiendo en Iliria u otra zona de su interés —le expuso Hannás—, pero está seguro de que enviarán delegados a Kart Hadasht para quejarse, amenazar con la guerra y…

—Pedir su cabeza —interrumpió Himílcar—, que Hannón *el Grande* les entregaría gustoso y feliz para agradar a sus «amigos romanos», quitarse de en medio a su enemigo político y seguir prosperando con el comercio.

—En cambio si Aníbal cuenta con la mayoría en las Cámaras y estas rechazan las exigencias de Roma, cuando la Loba nos declare la guerra, aquellas apoyarán el conflicto, respaldarán sus acciones bélicas y le prestarán el apoyo de Nueva Ciudad…, y como él ya estará preparado, llevará su ejército hasta Italia para, una vez allí, doblegar y abatir el poder romano.

Himílcar puso cara de circunstancias.

—Siento disentir de una plan tan, al parecer, magistralmente trazado —se sinceró —. Creo que conseguir el apoyo de las Cámaras, con ser difícil, es realizable, pero una vez que se ponga en marcha una nueva guerra contra Roma, que Aníbal piense

que la ciudad y sus recursos lo van a seguir apoyando… es disparatado.

Hannás, que compartía temores y opiniones al respecto con Himílcar, quiso saber más acerca de la situación de Nueva Ciudad.

—¿Tú estás seguro de que Kart Hadasht lo dejará en la estacada?

—Mi querido amigo…, soy cartaginés y amo a mi República con todo mi corazón…, pero ese amor no me ciega y sé cómo son las cosas aquí —reconoció Himílcar con voz sentida—. El daño que nos hizo Roma no lo perdonaré jamás, como tampoco seré capaz de olvidar cómo Kart Hadasht le volvió la espalda al León de Cartago precipitando nuestra caída y derrota, por obra y gracia de las intrigas y el poderoso influjo de Hannón el Grande…

Hannás hizo un movimiento de cabeza asintiendo.

—En consecuencia, estoy convencido de que aunque la ciudad y las Cámaras le presten su favor, en el momento en que vengan los delegados romanos, conviene no olvidar quiénes somos y cómo somos los cartagineses… —prosiguió Himílcar con voz afligida— y que una guerra es un período muy largo de tiempo durante el que las voluntades cambian, los apoyos desaparecen, los aliados senatoriales cambian de bando… Sobre todo si el ausente combate muy lejos y el líder de su oposición vive aquí, se enriquece en la ciudad, puede manejar sus sutiles hilos y contactos, y está en disposición de precipitar su caída y perdición…

Los dos amigos permanecieron en silencio, rumiando sus penas, reflexionando sobre la tremenda verdad que encerraban las palabras de Himílcar.

—Puedes creerme si te digo que yo intenté hacerle razonar, aunque todo fue en vano… Argumenté las ventajas de la paz, la prosperidad, el desarrollo económico y social que traerían las riquezas que se pueden obtener de la conquista de Isphanya, la fortaleza y poderío de los romanos, superior al de la Guerra de Sicilia —le reveló Hannás—. Pero todo lo dicho fue inútil… Está convencido desde hace años de que Roma terminará atacando a Kart Hadasht para destruirla para siempre, y que es más beneficioso adelantarse ya a ese momento, marchando hasta Italia y derrotando a Roma en su propia casa.

—Aníbal no lo conseguirá, es un sueño imposible… Nueva Ciudad, Hannón el Grande y todos los grandes intereses creados que prosperan con la paz, comercian y ganan más shekeles de plata que nunca antes, y que se enriquecen con la «amistad» de los romanos, no solo no lo apoyarán, sino que bloquearán sus suministros, le negarán refuerzos, le dejarán aislado en Italia… aunque con eso caven la tumba definitiva cartaginesa —reconoció con tristeza Himílcar—. El Senado manejado por Hannón el Grande no combatirá contra Roma, combatirá contra Aníbal Barca y ganará…, pero perderá la guerra contra los romanos.

—Y esta vez será mucho peor que cuando le negaron su apoyo al León de Cartago, porque los romanos se asustarán de verdad al sufrir la guerra ante sus puertas y padecer el poderío del ejército de Aníbal en su tierra, y su venganza será terrible ya que estará alentada por el miedo.

—Así será, asistiremos al ocaso de la Señora de los Mares… Pero mientras tanto, lucharemos para conseguirle a Aníbal esas mayorías que tanto necesita —se comprometió Himílcar denotando con sus palabras y el tono de su voz el pesimismo depresivo cartaginés, una característica de sus compatriotas.

En Cartago Nova, cuando iba a comenzar el otoño del año 220 a. C., Aníbal reunió de nuevo a sus oficiales para poner en marcha su segunda campaña de conquista de las tierras del interior y el noroeste de Isphanya, siempre respetando la frontera del río Iber en cumplimiento del Tratado del año 226 firmado con los romanos. Todo marchaba según lo planificado y, a esos efectos, tal y como le había ordenado a Kharbaal, este le había enviado un detallado informe desde los territorios de los kalaikos, que acababa de recibir, en tanto que aquel regresaba por mar a Gadir con los dos gaulos de la expedición. Los mensajeros elegidos para llevar la documentación por tierra fueron Uiro, Bhocas e Iñurbe, quienes cabalgaron durante veinticinco días hasta llegar a la capital cartaginesa. Primero a través de las sendas y caminos habilitados entre los bosques galaicos, después por la Ruta de la Plata atravesando las comarcas de los vacceos y los vetones hasta alcanzar territorio cartaginés. Posteriormente, atravesaron el centro de Isphanya por tierras turdetanas y oretanas, hasta llegar el puerto púnico fundado por Asdrúbal el Bello.

Uiro, Bhocas e Iñurbe, a su vez, le explicaron a Aníbal con todo lujo de detalles todo cuanto habían visto y oído en los territorios por los que habían cabalgado, así como los pueblos que los poblaban, sus ciudades, costumbres y demás, que todavía vivían fuera del dominio de los cartagineses. Toda esta información fue de gran utilidad para Aníbal, dado que se iban a adentrar, precisamente, en los dominios de los vetones y los vacceos.

—Señores, esta es la ruta que seguiremos hasta ganar el noroeste de Isphanya, es la misma que han seguido los exploradores que han llegado desde esos confines y que ya utilizaban desde tiempo inmemorial los tartesios —les comenzó a explicar—. Los propósitos de esta campaña son los siguientes: Quiero tener el control de esa vía de comunicación, para que el estaño de tierras galaikas llegue hasta nosotros. Necesitamos extender nuestro dominio al centro y al norte, para entrar en contacto con los pueblos que allí viven, me han hablado de los astures, cántabros, vascones… Mi intención es conquistar y someter toda la que nuestros navegantes y exploradores consideran una gran península. Ya dominamos todo el territorio que va desde Olissipo hasta Akra Leuke, y desde Onuba a Cartago Nova. Digamos que más de la mitad de esa península ya es nuestra, pero hay que seguir avanzando.

Los oficiales comentaron en voz alta sus impresiones positivas ya que estaban deseosos de comenzar cuanto antes.

—Como la prudencia es una virtud que conviene atender, no entraremos en los dominios de los carpetanos cercanos al río Tagos —prosiguió el comandante en jefe —. No tenemos tiempo para entretenernos en una guerra de desgaste con las principales ciudades de estos formidables guerreros. Avanzaremos por la ruta

indicada dejando lejos la Carpetania. Hannón Strago os pondrá al corriente de los detalles.

A la mañana siguiente el poderoso ejército cartaginés se puso en marcha tomando la dirección habitual hacia Kastilo, que era uno de sus puntos clave para avituallarse, donde al cabo de unos días de marcha paró una jornada para reponer fuerzas, provisiones y recibir a los mercenarios turdetanos que volvían a sus unidades para tomar parte en la campaña. A continuación, marcharon por las campiñas de la Turdetania, zonas ricas en bosques con abundante caza, ríos y arroyos tributarios del Baitis, que garantizaban el agua para los hombres, los caballos y los elefantes, en las que pequeñas poblaciones se dedicaban a la agricultura.

—Aníbal, no sé si es prudente llevar al ejército tan al norte. Estamos en otoño y muy pronto comenzarán las lluvias, el frío, la nieve… —le confesaba en voz baja su hermano Asdrúbal, que cabalgaba a su lado.

—Por eso precisamente he iniciado la campaña ahora, porque quiero que nos habituemos a esas condiciones climatológicas. Quiero comprobar la resistencia de nuestros hombres, no me refiero a los hispanos porque esos aguantan todo, sino a los libios, los africanos, los griegos e italiotas… Y los númidas, sus caballos, los elefantes…

—Pero muchos morirán…

—Y yo lo sentiré como el que más porque como, duermo y vivo entre mis hombres como no hacía ni Alejandro de Macedonia, y los quiero como a hijos —le contestó Aníbal.

Asdrúbal hizo un gesto de conformidad a medias.

—Mira, hermano, en todas las guerras los hombres mueren y esta campaña no será una excepción, pero si nuestros soldados conocen los tremendos aguaceros, los fríos, hielos y vientos de esta parte de Isphanya… se acostumbrarán a esas terribles condiciones y no les extrañarán tanto las que sufrirán cuando atravesemos los altos montes nevados camino de Italia.

—Hasta mis pobres elefantes… —dijo Asdrúbal con un tono de voz simpático e infantil, ya que él era el responsable máximo de los escuadrones de proboscídeos africanos traídos a la Península.

—Esos son los primeros que se tienen que habituar a las nieves y al hielo. Es su oportunidad de recibir un entrenamiento y una instrucción militar adecuadas antes de que crucemos los Alpes, que a lo mejor tienen algo de hielo y nieve —le explicó Aníbal con los ojos brillantes y la cara arrebolada—. En esta tierra tenemos todas las condiciones geográficas, físicas, climatológicas del mundo. Isphanya es como un mundo en sí misma.

—Tú amas Isphanya tanto como a Kart Hadasht —apreció Asdrúbal, que compartía ese sentimiento con su hermano.

Las siguientes jornadas llevaron a los cartagineses hasta la plaza fuerte de Conisturgis,[119] capital de los conios, que estaba situada en la orilla izquierda del río

Anas,[120] en el que establecía un vado natural para cruzarlo. Una vez que el ejército cartaginés pasó el río siguió por la Ruta de la Plata, hacia el norte, llegando en un par de jornadas al castro de Turgalu,[121] plaza que se disponía como la más grande antes de atravesar la Sierra de Gredos y penetrar en territorio de los vetones, un pueblo celta que vivía fundamentalmente de la ganadería y una desarrollada industria textil y lanera, y que se extendía por un enorme territorio entre los ríos Tagos y Dourios, con unas ciudades fuertemente amuralladas como Abula, Miróbriga, Bletisa y, sobre todo, Salmantia,[122] que era la más grande y la que deseaba conquistar Aníbal porque esos significaría el control, pacificación y sumisión de los vetones, a los que iba a dejar a sus espaldas cuando entrara en territorio vacceo.

El paso de la Sierra de Gredos para el ejército cartaginés supuso un esfuerzo notable porque el tiempo empeoró y, al atravesar los puertos, sufrieron venticas, tormentas de nieve y un frío considerable. Aníbal descabalgó y realizó la travesía al lado de los soldados de infantería para darles ánimo y ejemplo de entereza. Acompañó a los libio-fenicios y a los africanos durante el mayor trayecto para que se sintieran reconfortados, bromeaba con ellos, compartía su vino, incluso se arrojaba con ellos bolas de nieve como si fueran niños. También resultó admirable el comportamiento de los cuarenta elefantes que iban en la expedición, pues estos caminaron a su paso tranquilo, dirigidos por las hembras dominantes, y en muy escasas ocasiones dieron muestras de nerviosismo, que fue rápidamente controlado por sus cuidadores y los hombres de Asdrúbal, que también caminaba junto a ellos, al lado de su hermano.

Tras las sierras, las tierras de los vetones se abrieron ante los cartagineses mostrando un paisaje formado por dehesas de hierba donde pastaba la innumerable cabaña de esta etnia de pastores. Como suele ser natural con un ejército marchando en campaña, los forrajeadores se apropiaron de vacas, corderos y cerdos sin que los pastores pudieran oponerse.

Según avanzaban los cartagineses, desde Miróbriga y Abula llegaron sendas delegaciones que rindieron inmediata pleitesía a Aníbal, se declararon aliados de los meridionales y entregaron rehenes, así como alimentos, corderos y vacas para el sustento de los soldados; de esta manera su estatus de federados a Cartago Nova les libraba de la presencia del ejército púnico en sus ciudades y la posible destrucción de las mismas.

Pese a que los vetones no eran un pueblo guerrero, los dirigentes de Salmantia, tal vez confiados en la muralla que rodeaba la ciudad, o en el emplazamiento de esta misma, en el tiempo, que estaba empeorando de manera drástica con nevadas, o en el río que rodeaba parte de aquella, que se había congelado casi en su totalidad, o en los mercenarios vacceos y lusitanos que había contratado, no solo no enviaron emisarios para solicitar la paz y la amistad de Cartago, sino que rechazaron la embajada que Aníbal envió a esos efectos.

—Hermano, ya tienes un reto a la altura de tus aspiraciones y deseos —le decía

Asdrúbal en el campamento púnico, montado sobre un cerro desde el que se veía en su totalidad Salmantia.

—Así es —reconoció Aníbal mientras se pasaba la lengua por los labios y el bigote para quitarse los copitos de nieve que se enredaban en su barba. Entornó los ojos y miró el paisaje que se extendía ante él, sobre el que tenía que preparar el plan de ataque y la batalla que se iba a desarrollar. Ellos estaban acantonados a lo largo de varios cerros. A sus pies, un nevado valle ancho y alargado iba hasta la colina y los altos sobre los que estaba edificada la amurallada ciudad, que parecía fuerte y bien defendida. Entre medias, discurría el río Tormes, ancho y caudaloso, crecido por las últimas e intensas lluvias, pero que ahora estaba congelado en algunos tramos de su recorrido y, en otros, transportaba lentamente láminas gruesas de hielo.

Los zapadores y miembros del cuerpo de ingenieros del ejército, a las órdenes de Koré y Giscón, comprobaron el grosor del hielo, la densidad del agua y la escasa fuerza de la corriente del río y concluyeron que el hielo sería más resistente y seguro al amanecer, y que era el mejor momento para cruzar sobre el mismo. A esos efectos, se reforzaría su congelada estructura y estabilidad mediante un puente de barcas construido en la zona del río donde el hielo se licuaba y el agua comenzaba a arrastrar láminas.

Un poco antes del amanecer, a la luz de una luna llena que refulgía en medio de un cielo raso estrellado y helador, y aprovechando el espectral resplandor que emitían los suelos nevados y el hielo del río, que devolvían la luz de la luna y el de las antorchas de los cartagineses, estos haciendo el menor ruido posible pasaron a la otra orilla del río Tormes. Primero los elefantes sobre el camino hecho por los ingenieros con una gruesa capa de arena y paja sobre el congelado río. Tras ellos, la caballería númida, celtíbera y turdetana, y enseguida, la infantería libio-fenicia. Lo último que se transportó fue el tren de artillería a lomos de mulas. A su vez, los bravos lusitanos y vacceos habían encontrado un vado un poco más abajo de la ciudad, en una zona donde el río se estrechaba bastante, que estaba formado por rocas y grandes trozos de hielo, los cuales cubrieron con tablones y ramas, y con su agilidad natural cruzaron con ligereza y sigilo, formando al otro lado del río, cuya ribera remontaron para unirse al resto del ejército.

Al salir el sol, que no calentaba, de un día helador los salmantinos contemplaron desde sus muros las nubes de vaho que se desprendían del suelo sobre el que estaba formado el ejército cartaginés, listo para iniciar el asalto. Rápidamente, los magistrados de la ciudad se reunieron en asamblea y deliberaron, en tanto que el ejército cartaginés iniciaba los movimientos para cercar y acometer el asedio de Salmantia. Cuándo habían cruzado las tropas púnicas el río y cómo podían estar ya prestas para el ataque eran las dos preguntas que se debatían. Enseguida surgió una respuesta. ¡Rendición!

La puerta principal de Salmantia se abrió y a través de ella salió una delegación portando túnicas blancas y agitando ramos de olivo sobre sus cabezas. Los

cartagineses los condujeron hasta Aníbal.

—Veo que os habéis vuelto razonables —les dijo el jefe púnico sentado en un trono en medio de sus tropas, mientras los embajadores salmantinos permanecían de pie bajo su mirada.

—Mándanos qué quieres.

—Quiero trescientos rehenes escogidos y trescientos talentos de plata —exigió Aníbal.

—Es demasiado…

—No es demasiado por salvar vuestras vidas y haciendas —les interrumpió el cartaginés sin ganas de negociar ni de regatear.

Los emisarios volvieron a su ciudad y contaron el acuerdo alcanzado, que fue rechazado por los ancianos dirigentes, quienes discurrieron que si entregaban la mitad de lo acordado, una cifra sin embargo muy considerable, los cartagineses se conformarían. Así lo hicieron pero se encontraron con un Aníbal muy enfadado que se negó a recibir menos de lo pactado, y dio orden inmediata de atacar y saquear la ciudad.

Al ver cómo los soldados púnicos se acercaban a los muros, los salmantinos abrieron las puertas de la muralla y enviaron una nueva embajada.

—Me habéis disgustado mucho con vuestra infidelidad a lo estipulado —les espetó gritando el caudillo cartaginés—. Estas son mis nuevas condiciones. Abandonaréis la ciudad sin armas, sin tesoros y con un solo vestido de recambio, mis tropas entrarán y la saquearán durante tres días. Después podréis regresar.

—Son condiciones de guerra muy duras… —intentaron protestar los delegados salmantinos.

—Salvaréis la vida y la ciudad, si eso os parece poco… Porque Salmantia está condenada al asalto y al saqueo pero, si os empeñáis, también a ser incendiada y destruida.

A la mañana siguiente se abrieron las puertas y fueron saliendo los salmantinos formando una hilera de cinco filas que, custodiados por jinetes númidas, se alejaron de la ciudad en dirección a unos montes cercanos. Entretanto, el ejército cartaginés fue entrando en la ciudad para proceder a su saqueo. A una señal dada, las mujeres de los salmantinos sacaron armas, que llevaban escondidas debajo de sus ropas, y estos atacaron a la escolta que los custodiaba matando a muchos de ellos. Sin esperar, iniciaron una alocada huida hacia los cercanos montes.

Aníbal fue informado enseguida del ataque de los vetones y, fuera de sí, ordenó la pronta persecución y aniquilación de aquellos. Sin pérdida de tiempo los oficiales llamaron a una parte de los soldados quienes, demostrando su gran disciplina y preparación, dejaron las labores de saqueo y se lanzaron en persecución de los salmantinos. Grande fue la matanza que hicieron entre estos, tanta que los supervivientes mandaron repetidas delegaciones y embajadas al general cartaginés, para conmoverle, en tanto que una buena parte de sus tropas saqueaba a conciencia la

desierta ciudad.

—Hermano, convendría actuar como lo hacía nuestro cuñado, el Bello —le aconsejó Asdrúbal ante la mirada impasible y fría de Aníbal—. Yo sé que este tipo de conductas te sacan de quicio, pero conviene mostrar magnanimidad y no perder más tiempo en estas tierras, que ya tenemos sometidas, dado que todavía tenemos que alcanzar y conquistar el territorio de los vacceos, antes de que el invierno nos bloquee en estas latitudes. Recuerda que deseabas llegar hasta Arbocala…[123]

Aníbal perdonó a los supervivientes salmantinos y consintió que estos volvieran a su ciudad cuando él y sus tropas la abandonaran.

30

En Kart Hadasht, las jornadas siguientes las pasaron Hannás y Himílcar recorriendo la ciudad de cabo a rabo. Visitaron a los principales seguidores de los Bárquidas, a los simpatizantes de ese partido, a los leales, a los neutrales, a los desafectos. Desde senadores y comerciantes poderosos, que deseaban expandir sus negocios, a otros que rivalizaban con Hannón el Grande y sus sociedades, y a nuevos mercaderes a quienes la perspectiva hispana parecía de lo más sugestiva para iniciar una carrera sin obstáculos hacia la riqueza, y jóvenes integrantes de asambleas populares que deseaban tener posibilidades de mejorar.

No pararon de efectuar gestiones entre los miembros de las diversas Cámaras para recabar los apoyos y las lealtades precisas. Ambos desarrollaron una labor encomiable y, sobre todo, muy discreta y con todo el tacto necesario ya que no podían descubrir los planes de Aníbal respecto de Arse-Sagunto. Tan solo podían alertar sobre los planes de los romanos, que más pronto que tarde, pedirían la cabeza de Aníbal con la amenaza de una declaración de guerra. Y lo harían en connivencia con Hannón el Grande, cuya soberbia y envidia no perdonaban los éxitos de los Barca en la lejana Isphanya; todo lo cual redundaría en perjuicio de la ciudadanía cartaginesa, que perdería los ríos de plata, mercaderías y riquezas que esta familia de abnegados militares, al servicio de la República, proporcionaba a Kart Hadasht. Así como las grandes posibilidades de iniciar una nueva vida en las tierras civilizadas de Isphanya, donde era fácil hacer fortuna.

Para cada segmento humano que integraba las tres Cámaras cartaginesas hubo un mensaje: Gracias a Aníbal y su adecuada política podéis seguir ganando plata y beneficios como la élite que sois, o podéis comenzar nuevos negocios lucrativos que antes estaban vetados por la exclusividad excluyente de la talasocracia de Hannón y sus partidarios, o se puede emigrar a Isphanya donde se adquieren tierras y negocios y se hace fortuna iniciando una nueva vida mejor… Por tanto, hay que negarse a entregar a Aníbal porque Roma nos dejaría sin el mejor de los cartagineses para destruirnos posteriormente sin tener posibilidades de defensa.

Tras esas jornadas intensas de trabajo, que deberían proseguir de inmediato porque no había tiempo que perder, Hannás recibió la invitación de Sapaníbal, la madre de la camada del León, para acudir al palacio familiar situado en la mejor zona residencial en lo alto de la colina Byrsa.

—Esclavo, por fin te dignas visitar a la madre de tu amo —le soltó Sapaníbal a manera de saludo, con una mirada plena de malicia, cuando ambos se sentaron bajo unos toldos que daban una agradable sombra en una de las espléndidas terrazas del palacio de los Barca, desde la que se veía la ciudad y los puertos—, ah…, no

perdona, que eres un liberto… Es verdad, me olvidaba de que mi hijo tuvo la ocurrencia de concederte la libertad… Con la de shekeles de plata que nos ha costado tu manutención, tu educación, tu formación…

—Señora, discúlpame, he tenido que atender numerosas…

—No me lo digas, fiel servidor de mi hijo, déjame que lo adivine… —lo interrumpió Sapaníbal con algo de descortesía por su parte—. Has danzado por toda la ciudad y te has reunido con los senadores afines a mi familia, tienes que entrevistarte con esos estirados del Consejo de los Cien… Y andas en tratos con esos palurdos de los miembros de la Asamblea Popular, ¿verdad?

Hannás no se extrañó ni se maravilló ante el despliegue de información que hacía Sapaníbal, porque desde que la conocía era la mujer que lo averiguaba todo, lo indagaba todo y sabía absolutamente todo aquello que afectara, para bien o para mal, a su familia. Y hela aquí ahora, delante de él, con su precioso pelo negro surcado por hebras de plata, estirado y peinado en un moño. Su rostro hermoso con no muchas arrugas donde dos ojos, como soles, refulgían y escrutaban como los de un halcón, unos ojos iguales a los de Aníbal. Con el talle estirado y recto, sentada y vestida como si fuera a recibir al rey de Persia.

—Tu hijo necesita el apoyo de la mayoría de las Cámaras ante un previsible movimiento de los romanos en su contra, que contará con la ayuda de Hannón el Grande y sus partidarios.

—Esa jugada política de Roma, ¿de cuánta gravedad y calibre estamos hablando?

—La máxima gravedad. Aníbal está seguro de que pedirán su cabeza al Senado y a las Cámaras cartaginesas —le explicó Hannás preocupado—. Roma querrá que le entreguen a tu hijo o declarará la guerra a Nueva Ciudad.

—¿Qué atrocidades va a cometer Aníbal para hacerse acreedor a semejante petición, atacará naves romanas…, saqueará Italia o Sicilia…, matará a un cónsul…? —preguntó con un timbre bromista Sapaníbal aunque se estaba preocupando de verdad.

—Tu hijo está conquistando las tierras de Isphanya. Y dentro de unos meses piensa asaltar y someter a Arse-Sagunto, ciudad aliada de Massalia y de Roma en la que viven muchos comerciantes griegos.

—Ya veo… Roma enviará una delegación exigiendo la entrega de mi hijo, al vulnerar el tratado que firmó con mi yerno, Asdrúbal el Bello —coligió Sapaníbal.

—En realidad el tratado deja libertad de acción a Aníbal sobre los territorios al sur del río Iber, que hace de frontera, y Sagunto está en tierras cartaginesas, pero seguro que los romanos dan la vuelta jurídicamente al Tratado del 226.

—Siempre hacen igual…

—Por eso Aníbal quiere que Kart Hadasht rechace la solicitud de Roma, porque después de conquistar Arse-Sagunto, habrá guerra entre las dos potencias.

—Ya entiendo, esa ciudad tiene que quedar en poder cartaginés cuando el loco de mi hijo lleva a cabo los planes de mi difunto esposo… ¡Ay de mí!… Los Barca, una

familia de mártires que dan la vida por esta ingrata Kart Hadasht. Primero mi esposo Amílcar, después mi yerno Asdrúbal, después… —reflexionó con pesadumbre la mujer con el rostro ensombrecido recordando tanto vivido y sufrido.

—Tiene pensado marchar hasta Italia con un ejército…

—Lo sé, lo sé… Las mismas ideas locas de su padre. Contra Roma, vencer o morir —reconoció Sapaníbal con amargura.

—Y para eso hasta los palurdos de la Asamblea Popular son necesarios.

—Claro, claro, pero para buscar y obtener votos favorables a muestra causa ahí también tendré que intervenir yo, habida cuenta de que siempre se necesitará el apoyo de los Jhanto, la familia de mi nuera, y de los Bálcar, y de los Bomílcar, de los Giscón, y de los Magón, ah, claro, y los… Bomílbaal, y la familia Cartalho… ah, y los Cartbaal, sin olvidar a los…

Aníbal y sus tropas prosiguieron su campaña de conquista y sumisión del territorio de los vacceos. Eran estos un pueblo celta establecido en las ricas llanuras centrales cerealísticas que se extendían a partir de la ribera norte del río Dourios. Magníficos guerreros, también eran el pueblo prerromano que más y mejor explotaba los recursos agrícolas de la Meseta Central, ya que las tierras eran ricas en sustrato orgánico, no faltaba agua y el modo de explotación colectiva era muy beneficioso y rentable. De acuerdo con sus costumbres, la propiedad de las tierras de cultivo era comunal y cada año se repartían las parcelas y campos para cultivarlos, al recoger lo sembrado le daban a cada agricultor una parte de los frutos obtenidos en común. De esta manera todos se alimentaban adecuadamente, había reservas de alimentos en los almacenes comunes por si escaseaban y, entre ellos, no existía una aristocracia campesina que se enriqueciera más que los demás y que, en consecuencia, tuviera más poder en sus pueblos y plazas fuertes. Así que puede afirmarse que se trataba de una etnia en la que no había ni ricos ni pobres. Y los excedentes de trigo, centeno, escanda… que la comunidad consideraba que podían ser objeto de trueque, se enviaban con mercaderes en grandes gabarras navegando por el río Dourios hasta la tierra de los arévacos, a Nomantika, desde donde volvían también por el río, cargados de miel y de armas como cotas de malla, espadas y cascos.

También contaban los vacceos con una importante cabaña lanar y buena parte de los campos y llanuras, no dedicadas a la agricultura, se sorteaban y servían para el forraje y alimentación de los grandes rebaños de ovejas, que eran de la comunidad, y con cuya lana además de realizar tejidos y ropa también comerciaban y se enriquecían, tras el consiguiente reparto entre los comuneros.

Como le había ocurrido al ejército cartaginés en tierras vetonas, tan pronto como penetraron en el territorio de los vacceos, ciudades y plazas fuertes como Pallantia, Cauca, Octodurum y Septimanca[124] enviaron rápidamente a Aníbal embajadas y delegaciones con un mensaje claro: sumisión al poderoso gobernante y general meridional. Todas menos Arbocala, que cerró sus puertas al invasor y se negó a pactar con él la rendición.

—¿Por qué los hispanos son de esta manera de ser tan escasamente racional? —reflexionaba en voz alta Asdrúbal mientras caminaba en medio del ejército por un camino de tierra helado, a cuyos lados se extendían enormes campos sembrados cubiertos por la nieve—, aquí también hay solo una plaza fuerte que nos provoca y desea enfrentarse con nosotros, como pasó con la Salmantia de los vetones.

—Hermano, hazme caso, es de todo punto imposible entender a los hispanos. Son verdaderamente sorprendentes y lo que hacen a veces resulta inexplicable…

—Estoy de acuerdo, Aníbal, pero a los habitantes de Arbocala les ha tenido que llegar la noticia del saqueo de Salmantia —seguía reflexionando Asdrúbal Barca, en tanto que le daba una patada a una piedrecilla del camino—. Entonces, ¿por qué pueden pensar que van a ser capaces de derrotar a nuestro poderoso ejército?… Una ciudad sola cuando el resto de las plazas importantes del ámbito vacceo se nos han unido con tratados de amistad, han entregado rehenes, nos han dado tributos en plata y en especie…

—Ya te digo yo que la conducta colectiva de los hispanos es, en ocasiones, inexplicable, igual que es una pérdida de tiempo intentar encontrar una respuesta lógica a la misma.

Arbocala —hoy en día Toro— era una plaza fuerte bien amurallada, estaba edificada en lo alto de una colina relativamente accesible, rodeada por el río Dourios, dominaba unos valles de cultivo a su alrededor, y sufrió el destino que era de esperar. El poderoso ejército de Aníbal pasó el río, cercó la colina y batió sus murallas durante dos días utilizando la poliorcética que había dispuesto a tal fin. Durante esas jornadas los escorpiones, las catapultas y los arietes de Koré y Giscón machacaron la muralla consiguiendo que uno de los lienzos de esta se viniera abajo.

Inmediatamente y bajo una intensa nevada, las unidades de arévacos, lusitanos y la infantería libio-fenicia penetraron por la brecha y se hicieron con el control de la ciudad, en tanto que los hoplitas griegos e italiotas iban cogiendo prisioneros a los habitantes que huían por otras puertas de la muralla o se descolgaban desde esta.

Con la conquista de Arbocala y la pacificación y sumisión de toda la Meseta Norte, los dominios de los cartagineses en Isphanya se extendían a lo largo y ancho de una porción enorme de la península Ibérica, casi las tres cuartas partes de esta.

Las últimas jornadas se aprovecharon para formalizar acuerdos y tratados con los vacceos, que entregaron rehenes a Aníbal junto con grandes cantidades de sacos de grano, ovejas, quesos y todo tipo de alimentos. Cuando las tropas descansaron durante un día entero, emprendieron el camino del sur para regresar a Cartago Nova, pues el invierno se echaba encima y los hermanos Barca temían quedarse bloqueados entre nieves, vientos helados y lluvias glaciales, hasta la primavera.

Los hombres iban alegres y satisfechos. Volvían a casa sin haber sufrido demasiadas bajas, con un botín más que notable y la posibilidad de próximas y rentables campañas venideras.

—No es mala vida esta, ¿eh? —les preguntaba Aníbal con una sonrisa a los

componentes de una unidad de lusitanos, entre los que caminaba, y que se iban a licenciar en cuanto pasaran cerca de sus tierras.

—Nada mala, estratega, todo lo contrario, no hay una vida mejor —le contestaron orgullosos de marchar al lado de su comandante en jefe—. Buenos combates, hemos aprendido una disciplina militar imprescindible, nos hemos acostumbrado a maniobrar todos juntos como un solo hombre al sonido de las tubas y cornetas, llevamos las alforjas llenas de un botín sustancioso… Qué más se puede pedir.

—A la altura de Salmantia marchad a vuestra tierra. Allí descansad en casa y aprovechad para gastar lo ganado con vuestro sudor, vuestra sangre y vuestro valor —les dijo con un lenguaje similar al de cualquiera de ellos, levantando risotadas de satisfacción entre los rudos lusitanos—. Y volved en cuanto os llamen los oficiales reclutadores.

—Así lo haremos, estratega, estate seguro porque contigo podemos conquistar cualquier tierra y derrotar a todos los enemigos.

—Ah, y ganar un buen botín para gastar en cerveza y mujeres…

El tiempo fue empeorando y las inclementes lluvias, que se combinaban con fuertes vientos del oeste que casi tumbaban a los hombres cuando caminaban, así como las ventiscas de nieve, decidieron la nueva ruta de retorno.

—Podemos acortar camino si marchamos por los territorios vetones de nuestros aliados de Abula, donde nos proporcionarían suministros, y seguiríamos hacia el sur, bordeando la Sierra sin tener que atravesarla, hasta llegar a Talabara,[125] una plaza cercana a un buen vado para atravesar el río Tagos. Esta ciudad nos envió embajada de paz cuando la campaña contra los olcades, y las ciudades de Konsabura y Kontrebia Karbika —propuso Mahárbal en el campamento cartaginés levantado a unas jornadas de Abula, mientras se calentaba las manos junto a uno de los fuegos del campamento.

—Me parece buena elección. Pero esa ruta nos acerca demasiado a Toletum y a las ciudades carpetanas que se resisten a un pacto de amistad con nosotros, y eso es peligroso —argumentó Aníbal—. Ya hemos menguado nuestras fuerzas al licenciar a los lusitanos que se han ido para su tierra.

—De acuerdo, pero estamos casi en invierno, todavía somos un ejército poderoso con elefantes y caballería, ¿de verdad creéis que los carpetanos van a intentar algo contra nosotros? —preguntó Hannón Strago.

—Los hombres han luchado bien y están muy cansados —apuntó Carthalón, que era uno de los jefes de caballería—. Si les acortamos la marcha y les evitamos las nieves nos lo agradecerán.

—Mi temor, más que los carpetanos, es quedar bloqueados por este invierno prematuro que se nos está echando encima. Y también considero que los soldados han respondido muy bien a todas las exigencias físicas y climatológicas de esta campaña y no sería conveniente forzarlos más —expuso Asdrúbal Barca—, yo acataré lo que decidamos entre todos, pero un enfrentamiento con una confederación de tribus y

plazas carpetanas ahora sería catastrófico para nosotros.

Aníbal estuvo pensando durante unos instantes. Evaluaba las opiniones de sus oficiales, las razones expuestas, pensaba qué era lo mejor para los soldados, para todos en general. Posiblemente un enfrentamiento con los carpetanos sería un sacrificio militar más pero les serviría para controlar de paso la Meseta Central, así les evitaría penalidades físicas y climatológicas por la Sierra de Gredos a los soldados ya que él tampoco quería exigir más esfuerzos a sus hombres.

—Señores. Al sur, hacia Abula y Talabara —aceptó el caudillo cartaginés—. Creo que son más los beneficios que los riesgos de ese camino. Pero vamos a tomar todas las medidas de cautela posibles. Quiero que se redoblen las escuadras de exploradores y de batidores a caballo, que nos irán precediendo y peinando los alrededores en busca del enemigo.

—Y si a esos malditos carpetanos se les ocurre enfrentarse a nosotros, ¡ay de ellos!, lo que nos vamos a divertir a su costa… —soltó Mahárbal arrancando las risas entre sus compañeros.

Los cartagineses tomaron la dirección que acortaba la marcha de retorno a sus cuarteles y penetró en territorios cercanos y de influencia carpetana y, tal y como se había temido Aníbal, los carpetanos insumisos organizaron una confederación a la que se unieron muchos vetones supervivientes de Salmantia y muchos olcades resentidos y desplazados después de la campaña cartaginesa contra ellos; así como grandes contingentes de celtíberos que se unieron por ganar el botín que transportaban los cartagineses. Así las cosas, consiguieron reunir un ejército de cerca de sesenta mil combatientes que comenzó a moverse hacia el río Tagos, pues sus espías y exploradores les informaron de que los púnicos se dirigían posiblemente hacia los vados cercanos a la plaza fuerte de Talabara para cruzar el Tagos.

—Aníbal, un escuadrón de exploradores al mando de Masinisa ha localizado varias partidas de carpetanos y vetones de Salmantia que nos siguen, a corta distancia, con intención de emboscarnos y de luchar contra nosotros haciendo guerrillas para debilitarnos —le informó Mahárbal en presencia de Asdrúbal, Masinisa, Hannón Strago, Carthalón, Giscón, Koré y Ahusa.

—¡Ojo rojo de Melkart! Debí crucificar y empalar a esos irreductibles salmantinos —aulló el caudillo cartaginés.

—No te exasperes, hemos capturado a cuatro de ellos y los hemos hecho hablar —le explicó Mahárbal—. Nos llevan observando y vigilando desde hace una semana, han deducido hacia dónde nos dirigimos y tienen intención de movilizarse hasta los vados de Talabara con un ejército bastante numeroso.

—¿Cuántos son esos bárbaros? —preguntó Carthalón.

—Unos cincuenta y cinco mil…

—¡Maldición, nos doblan en número!… Así pues, tendremos que llegar antes de que ellos alcancen la orilla del Tagos y esperarlos allí, no podemos arriesgarnos a que nos sorprendan cruzando el río, eso sería una masacre que acabaría con todos

nosotros —razonó Aníbal.

—¿Qué ordenas? —preguntó su hermano Asdrúbal.

—Que el ejército se ponga en marcha de inmediato. Mahárbal, envía escuadrones de exploradores por delante y que un grupo escogido de ellos continúe hasta el Tagos, quiero que busque y encuentre más vados en el río, corriente arriba y corriente abajo. Es de vital importancia que demos con remansos nuevos en el río por donde podamos cruzar —ordenó Aníbal con voz poderosa, mientras sus oficiales de Estado Mayor sonreían, pues estaban convencidos de que su comandante en jefe preparaba alguna maniobra que iba a sorprender a los celtíberos.

—¿Dejamos a los prisioneros clavados en cruces para que escarmienten a los que nos siguen? —preguntó Carthalón con una sonrisa morbosa.

—No, no, de eso nada, esos prisioneros se vienen con nosotros. No quiero que los celtíberos que nos persiguen, al verlos crucificados, crean que estos nos han revelado sus planes bajo tortura. Prefiero que los celtíberos sigan pensando que nos van a sorprender y a derrotar con facilidad junto al Tagos. Ahora no nos conviene que ellos sepan que nosotros conocemos sus planes… —dispuso Aníbal.

31

Durante los días siguientes el ejército de Aníbal se movió con disciplina y rapidez. Gracias a ello, una mañana soleada y fría alcanzó la ribera del río que estaba próxima a la plaza fuerte de Talabara. Allí sus zapadores e ingenieros comprobaron que el paso del río era posible, pues el agua llegaba hasta el pecho de los soldados de infantería y al vientre de los caballos. La temperatura del agua era bastante fría pero se podía soportar.

Poco después, llegaron grupos de jinetes exploradores que informaron a Aníbal de que el ejército celtíbero, muy numeroso por cierto, se encontraba a media jornada de marcha de ellos y, en consecuencia, lo tendrían a la vista esa misma tarde.

Inmediatamente, en los arenales del río se estableció y montó el campamento. Aníbal dio orden a los cartagineses para hacerlo lo más pequeño posible y fortificarlo. A esos efectos, excavaron un par de trincheras en derredor y colocaron estacas aguzadas al fuego. También levantaron un terraplén con tierra apisonada sobre el que montaron una empalizada de madera. El caudillo cartaginés quería dar la sensación de que eran poco numerosos a los ojos de los celtíberos, y dictaminó que los cuarenta elefantes y la mayoría de la caballería se escondieran en un espeso bosque de pinos y encinas que había detrás de ellos. De esta manera, conseguía engañar visualmente a sus enemigos, pero dejaba cerca a los paquidermos y a las divisiones de jinetes, en previsión de que los hispanos atacaran nada más alcanzar el río y él pudiera necesitarlos.

—Estamos de suerte, subiendo por esta orilla, más o menos a unas seis millas de distancia desde aquí, antes de llegar a Talabara, hay otro paso parecido a este, y unas doce millas más abajo, hay otro —le explicó Mahárbal, frotándose las manos de satisfacción, mientras el resto de los oficiales sonreía.

—Loado sea Melkart el Santo… —exclamó con alegría Aníbal, pues ya estaba disfrutando con la añagaza que les preparaba a los hispanos.

—Aunque nos desplacemos al otro paso del río, los hispanos también nos sorprenderán cuando lo crucemos y será muy peligroso para nosotros —opinó alarmado Asdrúbal.

Aníbal miró con cara maliciosa a sus colaboradores militares más cercanos, se mesó la barba y se pasó la mano por los rizos de su cabello, que había crecido bastante más de lo habitual en él, que lo solía llevar corto como todos los oficiales púnicos.

—Vamos a hacer lo siguiente. Al estar aquí acantonados y fortificados, impediremos a los celtíberos que se desplacen aguas arriba pero tampoco podrán cruzar el río, porque nosotros estamos vigilantes. Así que no les quedará más remedio

que establecer su campamento en esta orilla, unas millas aguas abajo, enfrente del nuestro, desde donde les podremos observar y controlar todos sus pasos.

Todo el Estado Mayor cartaginés, en absoluto silencio, se bebía literalmente las palabras de su comandante pues esperaban la explicación sencilla a un plan genial. Este siguió hablando con tranquilidad y precisión.

—Esta noche encenderemos fuegos bien visibles en el campamento para que los hispanos crean que estamos dentro. Cuando sea bien entrada la noche, sin hacer ruido los elefantes dejarán el bosque, subirán corriente arriba hasta el otro vado, seguidos por los hombres de infantería, allí cruzarán el Tagos todos. Pienso dejar nuestro acantonamiento y cruzar el río en silencio aprovechando la oscuridad, mientras que nuestros enemigos cenan, beben y duermen confiados en aniquilarnos al día siguiente.

—¿Y la caballería? —preguntó muy interesado Mahárbal.

—Saldrá del bosque a la vez, cabalgará haciendo un amplio rodeo alrededor de los celtíberos, para no ser descubierta por ellos, y cruzará el río por el otro paso que descubrieron los exploradores, el que está aguas abajo a unas doce millas de aquí. Una vez cruzado el Tagos, todas las unidades avanzarán hasta situarse enfrente del campamento hispano, solo que esta vez tendremos el río de por medio, separándonos.

Los oficiales comenzaron a reír porque entendieron de inmediato la maniobra que preparaba Aníbal.

—Vamos a desaparecer ante sus narices como si fuéramos fantasmas babilonios —soltó Koré entre las risas de sus compañeros.

—Y mañana si quieren combatir, los celtíberos se verán obligados a cruzar el río porque nosotros estaremos en la otra orilla, donde los esperaremos preparados y bien pertrechados —apuntó Hannón Strago.

—Y apenas comiencen a cruzan el río los acosaremos y abatiremos con el lanzamiento de todo tipo de proyectiles —reía Asdrúbal.

Tal y como habían informado y previsto los exploradores, a la tarde fueron llegando los contingentes vetones, los olcades, los carpetanos, así como partidas de oretanos desafectos, todos ellos en un número aproximado a los cincuenta y ocho mil combatientes. Llegaban alegres entonando cánticos guerreros, confiados en su segura victoria sobre los cartagineses valiéndose de su superioridad numérica, excitados ante la ocasión propicia para hacerse con un inmenso botín, felices porque iban a aplastar a los meridionales sin mucho esfuerzo, ya que los veían bastante escasos en número, dentro de su reducido recinto defensivo y sin el apoyo de los elefantes ni la caballería que habrían debido de escapar cruzando el río al verlos llegar.

Enseguida se reunieron los caudillos hispanos después de montar el campamento a la orilla del río, alejados de los cartagineses unas cuantas millas para evitar ser atacados por sorpresa por estos, pero lo suficientemente cerca como para poder ver a lo lejos los fuegos de sus hogueras y tenerlos controlados. A la mañana siguiente les atacarían y los destrozarían. También acordaron que tenían que coger vivos a Aníbal

y a sus oficiales para poder torturarlos y matarles entre horribles suplicios, para que sirviera de escarmiento a los demás cartagineses y una advertencia terrible para que no volvieran más a sus tierras y, menos aún, con pretensiones de conquistarlas.

Llegada la noche, miles de hogueras iluminaron en lontananza el campamento de los hispanos, lo que ponía de manifiesto la gran cantidad de guerreros que allí se concentraban, en tanto que en el acuartelamiento de enfrente los oficiales cartagineses daban órdenes claras: avivad nuestras fogatas para que parezca que seguimos aquí, e id saliendo en silencio por la parte de detrás del campamento.

El escuadrón de elefantes había partido previamente del bosque y sus componentes fueron conducidos por sus *mahuts* o cuidadores-conductores —que solían ser muchos de ellos de origen indio—, a lo largo de la orilla en busca del vado por el que tenían que cruzar. Acto seguido, la caballería de Mahárbal salió de la espesura y desapareció en la oscuridad para iniciar la cabalgada prevista, realizando una amplia curva lejos del campamento celtíbero.

Aníbal y alguno de sus oficiales de alto rango junto con su escolta y algunas unidades de griegos e itálicos permanecieron en el campamento hasta el final. Escuchaban atentamente, desde los puestos de guardia, por si se producía cualquier señal de alarma que pudiera provenir desde el campamento de los hispanos, situado a suficiente distancia de ellos pero lo bastante cerca como para verlos y oírlos.

Enseguida se tranquilizaron, el viento traía en oleadas que iban y venían gritos, cánticos, música, risotadas…

—No se lo pasan mal esos bárbaros de ahí enfrente, ¿verdad? —comentó entre susurros Carthalón observando los fuegos y la algarabía que montaban los hispanos.

—Puedes hablar con voz normal, se supone que estamos en nuestro campamento cenando y preparados para dormir —le corrigió Aníbal, provocando las risas de los otros oficiales.

—Nos conviene mucho que lo pasen bien esos de ahí enfrente, que beban hasta hartarse celebrando su victoria, que duerman soñando con nuestra sangre y nuestro pellejo… Que se descuiden mientras nosotros cruzamos esta noche al otro lado del río —sentenció Hannón Strago con la coraza sucia de barro como la de todos en el ejército púnico, para que los posibles reflejos y brillos metálicos no descubrieran su escapada a los hispanos—. Hoy ríen, mañana llorarán.

Unos minutos más tarde una escuadra de cartagineses, los últimos que quedaban en el acantonamiento, echaban mucha más leña a las fogatas esparcidas por el mismo para que se mantuvieran vivas durante toda la noche, salían con prontitud y ligereza del campamento para seguir y encontrarse con sus compañeros, y cruzar con ellos el Tagos.

La hábil maniobra de Aníbal fue todo un éxito y se desarrollo de una manera impecable y sin contratiempos, gracias a la disciplina de los soldados, a la adecuada dirección de sus oficiales y a la suerte, tan importante en este tipo de acciones militares. Así las cosas, cuando faltaban tres horas para el amanecer, todo el ejército

cartaginés se encontraba reunido y estaba en la otra orilla del Tagos, enfrente y a salvo de los confederados hispanos, y descansaba combatiendo como podía y sin hacer fuego el intenso frío de una noche invernal, bajo un cielo raso y estrellado que lloraba hielo sobre ellos.

La mañana amaneció sin nubes y el cielo despejado, con un suelo escarchado que brillaba cual si fuera de cristales y con una neblina que se desprendía de las aguas del Tagos formando una barrera sutil entre las dos orillas del río. Los cartagineses recibieron permiso para encender fuego con el que combatir el frío, desentumecerse y desayunar algo caliente. Así lo hicieron en tanto que desde la otra orilla apenas si se oía algunos relinchos, toses y escaso ruido en el campamento.

—Esos de ahí enfrente siguen durmiendo la borrachera de anoche —opinaba Asdrúbal mientras bebía una taza de vino caliente con especias, mordía un trozo de pan con queso y se arrebujaba bajo la espesa y confortable capa de lana vetona ribeteada con piel de oso.

Su hermano sonrió mientras se frotaba las manos y se calaba un poco más el gorro de gruesa lana que le cubría la cabeza, como a casi todos los soldados y oficiales, ya que los cascos de metal daban mucho frío y los habían guardado durante la marcha nocturna para evitar llamar la atención de los hispanos, con sus posibles reflejos broncíneos.

—Se les quitará pronto la resaca, ya lo verás… De manera bastante brutal.

Una hora más tarde, la neblina se fue deshaciendo en jirones y comenzaron a ser visibles ambas orillas bajo un sol que iluminaba mucho pero que calentaba más bien poco.

—Mirad, allí enfrente, los celtíberos comienzan a despertar y no tardarán mucho en descubrir nuestra maniobra escapatoria —les avisó Mahárbal apurando un buen trago de vino de una bota que llevaba colgada de la silla de su caballo.

Según se iba deshaciendo la neblina y el sol iluminaba cada vez más, los celtíberos fueron saliendo de su campamento comprobando, por medio de unos exploradores a caballo que enviaron, que los cartagineses ya no estaban en su campamento. Rápidamente se fijaron en la otra orilla, donde estos no disimulaban ya su presencia, y cuál no fue su sorpresa cuando constataron que sus enemigos se encontraban fuera de su alcance, instalados en la otra orilla del río. No se lo podían explicar. Parecía cosa de magia pero era cierto. Los cartagineses no se sabía cómo, habían cruzado el Tagos, evidentemente no por el vado que ellos custodiaban, pero el hecho cierto es que lo habían atravesado y ahora estaban al otro lado del río.

—Rápido, soldados, hay que tomar posiciones, los hispanos no tardarán mucho en atacar. Cada unidad al lugar que se le ha asignado. Ahusa, tú con tus honderos baleares cerca de la orilla, en esa elevación. Asdrúbal, que tus cuarenta elefantes patrullen la ribera. Mahárbal, la caballería presta a nuestra derecha. Los lanceros, arqueros africanos y los lanzadores de jabalinas, formad tres filas allí, en esa parte de la orilla —ordenó Aníbal con voz de trueno—. Las falanges y las unidades de

infantería, aquí, en estas marcas, a la espera de instrucciones.

—¿Estás seguro de que van a atacarnos? —le preguntó escéptico Hannón Strago.

—Sí, sin ningún género de duda —contestó Aníbal—. Son guerreros de Isphanya fuertes, valientes, duros, resistentes, pero con más ímpetu que cabeza, son más de embestir que de razonar, por eso van a pensar que son más que nosotros, que son muy bravos, que cruzar el vado del río no es obstáculo para ellos y no van a reparar en las condiciones tan desiguales bajo las que van a combatir.

Como si los hispanos quisieran darle la razón, en ese momento se elevó un griterío ensordecedor desde sus filas, que cruzó en un instante a la otra orilla, y al toque de cuernos, trompas y bocinas los confederados celtíberos fueron saliendo de su campamento golpeando sus escudos al tiempo que cubrían el arenal de toda la orilla y lanzaban toda clase de insultos a los cartagineses. Los hispanos se veían burlados por la perfidia de los meridionales, estaban furiosos por su añagaza, se encontraban fuertes y seguros de vencer, eran más que ellos, más valientes y la huida vergonzosa de los cartagineses, durante la noche, solo refrendaba la opinión que tenían de ellos: Eran como mujeres cobardes que intentaban escapar de unos guerreros valerosos como ellos. No tenían dudas, iban a destrozar a los cartagineses. Únicamente tenían que cruzar el Tagos, que era fácil por el vado y, llegando a la otra orilla, aplastar y masacrar a los meridionales y sus perros fieles sería cosa sencilla. La batalla ya estaba ganada.

Al grito de batalla y adelante, los celtíberos comenzaron a penetrar en las frías aguas del río entonando sus cantos guerreros, acompañados por la fanfarria de sus tubas, trompas y cuernos que tocaban estridentemente desde su orilla. Con el agua hasta el pecho, llevaban los pesados escudos y las lanzas a pulso sobre sus cabezas para que no se mojaran y para que tampoco hicieran resistencia al avanzar. Los cartagineses observaban fascinados aquella enorme masa de hombres que avanzaba cantando a través del río. Cuando estos alcanzaron la mitad del Tagos, los cartagineses comenzaron a realizar cuanto les habían enseñado.

Los honderos baleares hicieron caer sobre los celtíberos trescientas piedras cada vez que cargaban y lanzaban, descalabrando a cuantos alcanzaban con cada descarga, dada su extraordinaria puntería. Los arqueros africanos no les fueron a la zaga. Asaeteando a los celtíberos que seguían avanzando de manera suicida. Acto seguido, las tres filas de lanceros y lanzadores de jabalinas hicieron caer sobre los que, a duras penas, se iban cubriendo con los escudos una lluvia de proyectiles, la mayoría de ellos mortales.

El agua se empezó a teñir pronto de sangre y la corriente comenzó a arrastrar a los centenares de cadáveres, así como los cuerpos de los hispanos malheridos que flotaban sin vida y sin ánimo para hacer otra cosa que no fuera dejarse llevar. En ese momento, la caballería de Mahárbal penetró a galope en el río, levantando espuma y olas de agua y atacó a los valerosos celtíberos que todavía seguían avanzando empujados por el resto del ejército confederado que deseaba cruzar el Tagos para

aniquilar a los cartagineses. El estrago que produjeron los jinetes desde lo alto de sus caballos sajando, golpeando y masacrando a los agotados infantes que avanzaban luchando contra la resistencia de las frías aguas fue brutal; tanto como el que causaron los elefantes de Asdrúbal que pisoteaban sin piedad a los escasos guerreros que alcanzaban la orilla, amén de ser alanceados por los soldados púnicos que iban montados en sus lomos.

Dos horas más tarde el ejército cartaginés, siguiendo instrucciones impartidas por Aníbal, se retiraba de la orilla unos centenares de metros para permitir que el ejército celtíbero pudiera pasar el río y formara en la misma orilla que estaban ellos. A los toques de ordenanza se pararon y quedaron formados por unidades enfrente del enemigo, que seguía pasando el río.

—Han debido de perder la mitad de sus efectivos —comentó Hannón Strago a Aníbal, desde un pequeño cerro que dominaba el campo de batalla.

El caudillo cartaginés observó las posiciones bélicas de ambos y consideró que su compañero estaba en lo cierto. Los hispanos habían dejado en el empeño a la mitad de sus guerreros, mientras que los púnicos apenas habían tenido bajas, estaban empapados y ateridos de frío, agotados por el esfuerzo físico de cruzar el río, desorientados, desorganizados y con los ánimos muy apagados. En cambio, sus soldados estaban descansados, secos, en perfecta formación de batalla y con toda la moral de combate necesaria. Era el momento idóneo para dar el golpe definitivo a los hispanos, decidir la batalla y volver a casa.

Aníbal hizo una señal con la mano, sonaron las tubas y, de inmediato, avanzó la falange de los griegos tras sus escudos de bronce y con las lanzas en ristre. Otro toque de las cornetas y se movilizó la falange de los italiotas, uniformados de similar manera que los helenos. El movimiento de una banderola de color púrpura indicó a Asdrúbal que sus elefantes debían marchar contra los hispanos, desde el ala izquierda, en tanto que la caballería de Mahárbal recibía órdenes de un jinete para que cargara con sus jinetes númidas.

El movimiento táctico de los cartagineses y su empuje fue excesivo para los hispanos, que se vieron aplastados por el avance de sus enemigos. Enseguida comenzaron a caer guerreros celtíberos bajo las filas de lanzas que les reventaban sin poder defenderse apenas con sus escudos, mientras eran apedreados por los certeros baleares de Ahusa. Además, el terror que les provocaba la carga de los elefantes con aquel aspecto, con esa fortaleza, con las amenazadoras trompas en alto, fue demasiado y el ala celtíbera que recibió la carga de los paquidermos, apoyados por unidades de feroces lusitanos, comenzó a retirarse antes de emprender una huida desordenada.

El frente hispano se vino abajo. Los guerreros solo pensaron en abandonar el campo de batalla e intentar salvarse huyendo ante la imposibilidad física y anímica para resistir el embate de los cartagineses. Muchos se retiraron, volvieron las espaldas, arrojaron sus armas y comenzaron a correr por la orilla intentando alejarse

de sus perseguidores. Otros muchos huyeron en la otra dirección. Y bastantes de ellos, azorados y sin otro lugar por el que escapar, se lanzaron de nuevo a las frías aguas del Tagos. La masacre fue espantosa. Las unidades cartaginesas embriagadas por la violencia y el olor a sangre se lanzaron como posesos contra los que huían, y perpetraron una matanza terrible.

El sonido de las tubas y las cornetas cartaginesas llamando a filas y a retirada impidió que aquella carnicería continuara. Los hispanos habían perdido cerca de cuarenta mil guerreros y dejaban un botín muy notable en su campamento, amén de rehenes, cientos de esclavos para las minas de Cartago Nova y algunos centenares de posibles reclutas para el ejército cartaginés.

Aníbal dejó descansar a sus tropas durante dos días mientras se hacía el recuento de pérdidas y ganancias, se repartía parte del nuevo botín entre sus soldados y se curaban las heridas de los suyos. Además, no perdió la oportunidad que se le presentaba para aprovechar la victoriosa batalla y sacar un beneficio político importante. Mientras se reponían los suyos, envió delegaciones a las ciudades de los carpetanos y de los olcades que acababan de sufrir tan espantosa derrota, con un mensaje claro y conciso: O se sometían los carpetanos y los olcades insumisos a la majestad de Kart Hadasht, con entrega de tributos y rehenes, o les declaraba la guerra y, en consecuencia, sería el regreso del general invencible al frente de un ejército aún más poderoso y terrible para atacar y destruir sus plazas fuertes, y reducir a los carpetanos y olcades a la esclavitud.

Mientras el ejército cartaginés tomaba el camino que llevaba hacia Kastilo, Aníbal fue abordado por las embajadas de los carpetanos y los olcades que le enviaban rehenes, tributos en plata y oro, y tratados de vasallaje y sumisión a la majestad y el poder de Kart Hadasht.

Aníbal cabalgaba satisfecho. Había conseguido la obediencia de los vetones, los vacceos, los carpetanos, los olcades… Una gran parte de Isphanya estaba bajo el dominio cartaginés. Ahora marchaba con un inmenso botín hacia Cartago Nova. Por fin podría descansar unos meses, ya que cuando la primavera floreciera, se tendría que ocupar de la cuestión saguntina.

32

Cartago Nova los recibió como si fueran semidioses. Las calles adornadas con flores y guirnaldas, atestadas por miles de personas, el suelo convertido en una alfombra de pétalos de rosas, ramos de olivo y palmas. Un bullicio indescriptible saludaba el paso del desfile militar de las tropas escogidas para esa ocasión por Aníbal y sus oficiales.

Entre los vítores, el regocijo de mayores y pequeños y el asombro generalizado de todos al ver de cerca a sus soldados, a los sones de la marcha militar que tocaba la banda de música del ejército púnico con flautas dobles, tambores, tubas y trompas, primero marcharon los edetanos: Una compañía de infantería y detrás un escuadrón de caballería. Todos ellos con sus uniformes, cascos y corazas limpias y bruñidas. Tras ellos, pasaron una compañía de turdetanos con sus uniformes blancos con ribetes púrpuras y sus originales cascos en forma de saco coronado con un penacho rojo, y una sección de los aguerridos lusitanos. A estos les seguían, al paso, un escuadrón de jinetes númidas con Mahárbal y Masinisa a la cabeza. Unos metros detrás, cabalgaban Asdrúbal, Carthalón, Hannón Strago y el resto de los oficiales, que sonreían y recibían el fervor popular.

Cuando tras estos pasó en el medio del desfile su líder, Aníbal Barca, montado sobre un elefante indio que le acababan de regalar, llamado Surus, y conducido por su cornaca, el entusiasmo y el delirio del pueblo cartagenero se desbordaron sin límites. Rompieron el cordón de seguridad y rodearon al elefante dando vivas y entonando loas en favor del hijo del León de Cartago en tanto que intentaban encaramarse al lomo del paquidermo para besar la mano, la ropa o una pierna del Barca, un baño de multitudes que duró hasta que la guardia armada consiguió restablecer el orden. Tres unidades de las falanges griega, itálica y libio-fenicia, marchando con sus vistosos uniformes de estilo helenístico, con sus cascos de metal empenachados, sus corazas y sus escudos de bronce, llevando sus largas lanzas sobre los hombros, seguidos por una formación de arévacos con cota de malla y sus llamativos escudos pintados, cerraron el desfile.

—Señores, ya estamos en casa para descansar. El invierno ha llegado y es mucho más suave y llevadero aquí, en Cartago Nova, que en las duras tierras del interior de Isphanya, ¿no os parece? —opinaba Aníbal con una sonrisa de satisfacción por el deber cumplido, ante los jefes de su Estado Mayor, unos días después de su llegada y el desfile de las tropas por las calles de la capital, en el cuartel general del ejército cartaginés.

—No hay duda. Ahora a descansar, parece mentira todo lo que hemos conseguido durante estos meses —reflexionó Asdrúbal Barca en presencia de su hermano menor, Magón Barca, que los miraba con envidia ya que él se había tenido que quedar en la

capital en calidad de gobernador.

—Hemos conseguido nada menos que conquistar Isphanya —exclamó exultante Mahárbal—. Míranos, hace nada de tiempo éramos una cuadrilla de amigos que corría por tu isla, recordó dirigiéndose a Ahusa el balear, nacido y criado en la isla de Iboshim,[126] y ahora somos los líderes de Kart Hadasht y estamos conquistando un imperio.

—Estamos conquistando tierras y riquezas no para nosotros, sino para mayor gloria y engrandecimiento de la República cartaginesa —le corrigió Aníbal con el ceño fruncido mirando fijamente a todos de uno en uno—, cuya capital está en Ifriquiya y se llama Nueva Ciudad, a cuyo Senado obedecemos y estamos sometidos…

—Bueno, yo quería decir…

—No combatimos para nosotros, ni conquistamos tierras para nosotros, ni las riquezas son para nosotros, porque no vamos a fundar un reino helenístico en estas latitudes —aclaró nuevamente Aníbal con voz tajante reiterando y redundando las palabras para dejar muy claro su mensaje, una vez más—. Todo lo que hacemos es por mandato de Kart Hadasht, una República de la que formamos parte y a la que servimos con lealtad y una entrega total.

Todos los presentes escucharon sin replicar.

—Y ahora escuchemos los informes de Magón, que ha gobernado en nuestra ausencia —solicitó el caudillo cartaginés.

El hermano pequeño de los Barca se aclaró la garganta, carraspeó y comenzó a relatar.

—Las minas, los campos de esparto, las fábricas de armas y las factorías de gárum han experimentado una notable alza en su rendimiento. Las obras de mejora de la muralla que da a la laguna del Almarjal ya han terminado y esta se ha visto recrecida y robustecida con sillares y muros más altos. El puerto cuenta con nuevos muelles y toda la ciudad de Cartago Nova progresa y se enriquece.

Los asistentes hicieron comentarios elogiosos y dieron la enhorabuena al pequeño de la Camada del León.

—También tenemos las informaciones de nuestros agentes, respecto de los aliados y los enemigos —continuó Magón ante el interés mayor que provocaron esas palabras—. Prácticamente todos los pueblos vetones, vacceos, carpetanos y olcades se han sometido, han enviado tributos y rehenes, y podemos afirmar que esa gran parte de Isphanya está bajo nuestro control.

Hizo una pausa para beber y consultar unos papiros que tenía sobre la mesa, antes de proseguir.

—Kharbaal ha establecido relaciones permanentes con algunos castros kalaikos, lo que nos permitirá traer estaño y oro desde esas tierras, a través de los territorios de los vacceos y de los vetones, sin necesidad de circunnavegar Isphanya.

De nuevo la satisfacción por lo logrado arrancó palabras elogiosas por parte de

los allí reunidos.

—Para terminar, diré que la paz se extiende por los dominios cartagineses en esta península, pero tenemos la absoluta certeza de que al volver de la última campaña militar, el ataque postrero que sufristeis en los pasos del río Tagos, cerca de Talabara, por parte de una confederación de carpetanos, vetones de Salmantia y olcades insumisos tenía su origen, su financiación con provisión de monedas de plata y su planificación en Arse-Sagunto…

Estas palabras causaron gran indignación entre los asistentes, que alzaron sus voces contra los saguntinos.

—¿Estamos seguros de eso? —preguntó Aníbal con el rostro encendido.

—Nuestros agentes y espías en Arse-Sagunto así lo afirman, y lo aseguran porque tienen pruebas irrefutables de ello —respondió muy firme y convincente Magón, que era además jefe del servicio secreto cartaginés en Cartago Nova—. Los saguntinos están detrás de ese alzamiento contra nosotros, pero también incitan y sublevan a otros pueblos contra nuestros intereses.

—Y en la sombra, escondiéndose tras de Arse-Sagunto estará con toda certeza Roma —apuntó Asdrúbal con cara de enfado.

—Eso seguro. Los lazos de complicidad entre la Loba y los saguntinos, a través de su ciudad amiga Massalia, son ciertos y muy sólidos. Nuestros hombres en Roma confirman que los romanos están enzarzados en guerras en el norte de Italia contra tribus galas irredentas y en Iliria, enfrente de las costas italianas, en una campaña que defiende intereses económicos muy importantes de senadores muy acaudalados e influyentes —les explicó Magón desgranando poco a poco la información de la que disponía—. No obstante, eso no les distrae de su gran enemigo, de su verdadera obsesión, Kart Hadasht. Por eso siguen a distancia, pero con todo interés, nuestros progresos en Isphanya y los entorpece todo lo que pueden.

—De la misma manera que los saguntinos presionan e intimidan a los turboletas para que el hierro que extraen de sus minas en la montaña sea comerciado y vendido únicamente a ellos, lo que perjudica la productividad de nuestras fábricas que necesita ese hierro —informó Asdrúbal—. Sobre todo porque los saguntinos tienen talleres para la manufactura de armas de hierro, que venden por toda la costa, y también comercian directamente con lingotes de hierro turboleta que exportan al mercado de Massalia, su aliada.

El líder cartaginés dio un puñetazo en la mesa, muy enojado.

—Pues esto se acabó. Hay que enviar inmediatamente un nuevo mensaje claro y terminante a Túrbula: todo el hierro que extraigan será vendido en exclusiva a los mercaderes de Cartago Nova, ya que garantizamos nuestra protección militar a la nación turboleta y les ofrecemos nuestro mejor trato de favor en el comercio mutuo en cuanto a mercaderías, plata y todo aquello que necesiten —ordenó Aníbal.

Las victoriosas campañas dirigidas por los hermanos Barca en Isphanya también tuvieron su repercusión en Kart Hadasht. Un río de plata, de riquezas y de esclavos

revertió sobre la gran ciudad, que enriqueció a la población, amén de activar el comercio y mantener abiertos y con abundante disponible monetario a las plazas hispanas como Gadir, Kart Iuba, Malaka, Spali, Akra Leuke…, receptoras de muchos productos manufacturados por la metrópoli, ocupándose posteriormente de la reventa y distribución de los mismos en los territorios hispanos.

Aníbal exigió que los porcentajes que le correspondían al Tesoro y a la Hacienda de Nueva Ciudad se apartaran cuidadosamente, antes de los repartos de los botines, así como de su envío e ingreso en las cámaras acorazadas de estas instituciones.

Así las cosas, la mejor propaganda a favor del partido de la familia Barca y de su primogénito Aníbal fue la conquista de las nuevas tierras hispanas, que facilitó el traslado a Isphanya de familias enteras[127] para iniciar una nueva vida; las riquezas y la plata hispana, que provocaron una mejora del nivel de vida del pueblo llano, aparte de que los poderosos comerciantes vieron engrosar sus caudales, y un resurgimiento del orgullo nacional cartaginés ante las victorias cosechadas por sus ejércitos.

Todos esos factores provocaron un fuerte movimiento ciudadano muy favorable a Aníbal que, debidamente fomentado y dirigido por Himílcar y Hannás, se convirtió en una poderosa corriente de opinión que volcó los ánimos y las voluntades de los cartagineses, sin importar el escalón social que ocuparan, a favor de aquel, movimiento social que caló en el Senado, en el Consejo de los Cien y, por descontado, en la Asamblea Popular.

El resto del invierno lo pasó Aníbal disfrutando de la bondad del clima cartagenero, preparando minuciosamente el asalto a Sagunto y, en su calidad de estratega de Isphanya y Libia, enviando tropas leales a Kart Hadasht y su territorio norteafricano y trayendo a la Península soldados acantonados en el norte de ese continente.

—Asdrúbal, Magón, Hannón… Hay que ir tomando medidas. Además del ejército con el que contamos y que nos ha acompañado en las campañas, necesitamos en Isphanya otras tropas leales e insobornables, así como en Ifriquiya, en previsión de posibles invasiones romanas, sublevaciones y golpes de mano contra nosotros financiadas por nuestros enemigos… —les explicaba una mañana en la que se encontraba personalmente muy nervioso, ya que Himilce estaba a punto de dar a luz a su hijo.

—¿Qué has pensado?

—Aquí tengo un estadillo que he preparado, escrito en este papiro —contestó Aníbal enseñando el documento—. Creo que podemos enviar a los cuarteles de Útica, Hipona, Bizerta y Nueva Ciudad catorce mil soldados de infantería acostumbrados a la temperatura suave y al calor, como turdetanos, edetanos, mastienos… Así como ochocientos honderos baleares… Ah, y mil doscientos jinetes también edetanos.

—Bien decidido —opinó Magón con sinceridad—, y de Ifriquiya, ¿qué tropas nos traemos?

—Yo había pensado en trasladar cuatro mil falangitas libio-fenicios de Útica e

Hipona hasta Kart Hadasht, y hacer una leva de doce mil reclutas africanos para traerlos a los cuarteles de Cartago Nova e instruirlos en las artes bélicas de la falange, amén de más jinetes númidas, elefantes…

—Es una política muy acertada, prudente y previsora. Dejar tropas leales aquí y en Libia, cuando marchemos a Italia con nuestro disciplinado y poderoso ejército curtido en cien combates, que te seguiría sin dudarlo hasta el Hades —exclamó con voz alegre Asdrúbal, que no se percató de la cara seria que ponía su hermano.

—Tú no vendrás con nosotros a Italia… —le comunicó con una cara seria Aníbal.

—Pero… ¿por qué? —preguntó desolado Asdrúbal.

—Porque en mi ausencia tú eres el más capaz para gobernar Isphanya y para enfrentarte y derrotar a los ejércitos que, sin ningún género de duda, Roma enviará contra nuestras bases en esta tierra —le explicó su hermano mayor—. Tendrás que lidiar con la dura tarea de gobernar aquí y en Libia, reunir recursos, hombres, refuerzos y enviarlos hasta Italia para que yo no me quede allí solo, descolgado y aislado. No espero que la ayuda de Kart Hadasht sea permanente y continuada en el tiempo. Sé que fallará, Hannón conseguirá privarme y negarme refuerzos y suministros, y ahí estarás tú para movilizar las fuerzas y las reservas que tenemos en Isphanya.

—Y… ¿nuestro hermano Magón? —preguntó Asdrúbal cual si fueran todavía unos niños.

—Se viene conmigo a Italia —le contestó Aníbal con voz firme, en tanto que Magón ponía los ojos en blanco de alegría y su corazón se aceleraba de la emoción.

Los allí reunidos se quedaron en silencio durante unos instantes que fue roto por las voces entrecortadas de una mujer que se acercaba corriendo hasta la sala de reuniones del Estado Mayor cartaginés.

—¡Señor, señor, ha sido un niño…, ha sido un… tu mujer acaba de parir!

Todos se levantaron de los asientos como un solo hombre cuando entró a la carrera una de las parteras de palacio.

—¿Qué dices, mujer? —preguntó Aníbal alterado por los nervios y la emoción.

—Que acabas de ser padre. Tu esposa ha parido un niño fuerte, sano y hermoso —le informó la buena mujer, respirando entrecortadamente por el esfuerzo.

Aníbal se quedó parado durante un momento, en estado de atontamiento, como dentro de una burbuja de aire, mientras todos a su alrededor le felicitaban, le abrazaban, le daban palmadas y gritaban efusivamente.

—Y… ¿cómo está ella? —acertó a decir por fin.

—Himilce está muy bien, son muy fuertes y duras estas iberas, casi no ha gritado durante el parto.

—Y el niño bien, ¿verdad?

—Es un chico fuerte y robusto, y con unos pulmones… —le explicó la partera con una sonrisa de satisfacción mientras Aníbal comenzaba a reír y echaba a correr en dirección a los aposentos de su esposa.

Ese invierno fue probablemente el más feliz en la existencia de Aníbal. Tuvo la calma, el sosiego y las gratificaciones personales que no había tenido antes, pues disfrutó de todo lo que le podía dar la vida. Una esposa tierna y bella que le amaba y por quien él sentía una pasión devoradora. Un hijo, su primer hijo y heredero, al que pusieron por nombre, Áspar, que estaba sano y crecía bien. Una prosperidad y estabilidad que enriquecía los territorios cartagineses, que no sufría guerras ni penalidades. Un estado centralizado y organizado políticamente en Isphanya, cuyas tierras estaban en su gran mayoría bajo el control de los cartagineses, y una ausencia de problemas y de dolores físicos casi única en su vida. Sí, sin duda aquel fue el mejor invierno de su existencia.

Para colmar aún más su dicha, los saguntinos pasaron el invierno atacando a los turboletas, poniendo cerco a su capital Túrbula, así como a los habitantes de Edeta, ambas ciudades y etnias aliadas de Cartago Nova. También, confiados en la ayuda romana y en sus excelentes murallas, los saguntinos atacaron a otros pueblos de los alrededores. Para ello, Arse-Sagunto movilizó un poderoso ejército de ciudadanos saguntinos y de mercenarios griegos, todos ellos fuertemente armados con cascos y corazas de bronce, escudos, espadas y lanzas, que alcanzó la cifra de nueve mil soldados de infantería y mil quinientos de caballería. Una notable y eficaz fuerza de combate a la que no se pudieron resistir las ciudades atacadas.

Aníbal ya tenía su *casus belli*, su justificación legal para conquistar Arse-Sagunto, aunque fuera una urbe aliada de Roma. La razón jurídica estaba clara, se trataba de una ciudad que estaba situada dentro de los límites territoriales de la zona de Isphanya que correspondía a los cartagineses, según el Tratado del Iber del 226, y que, no obstante ello, se dedicaba a agredir, atacar y hacer la guerra a los aliados de Kart Hadasht, razones que obligaban a esta a intervenir en defensa de sus aliados. Era la Ley de la guerra y de los tratados de amistad, toda potencia debía socorrer a las naciones que se pusieran bajo su protección.

Ya tenía su justificación legal. El ejército estaba preparado y listo para intervenir. La intendencia y los encargados de los suministros estaban preparados y prestos a partir. La marina aguardaba dispuesta en el puerto a que se le diera la orden de zarpar para navegar hasta Arse-Sagunto e iniciar el bloqueo marítimo de su puerto. Todo estaba a punto. Lo único que había que hacer era esperar a que llegara la primavera.

33

Los días pasaron, también pasaron los fríos, los caminos encharcados se secaron, cesaron los vientos del noroeste, las lluvias se disiparon, el temporal en el mar remitió, la temperatura comenzó a templarse, los árboles y flores empezaron a descapullar, los almendros florecieron cubriendo los valles de una nevada de vida y sobre ellos se posaban bandadas de insectos y de gorriones, y el canto de las golondrinas y los vencejos trajeron un aire suave y estimulante. La primavera comenzaba y Aníbal dio la orden de marcha hacia el norte, hacia Arse-Sagunto.

Durante el último mes del final de la estación de los fríos se habían llevado a cabo todos los preparativos necesarios. Miles de millas de soga y centenares de cestas y espuertas de esparto se habían confeccionado y esperaban en los almacenes. Las catapultas, los escorpiones, los arietes y las piezas sin ensamblar de dos enormes torres de asalto, recién fabricadas, estaban listos y guardados en un gran depósito situado en el puerto, junto al muelle donde serían embarcados en los gaulos que los transportarían hasta el pie de las murallas saguntinas. Las fábricas de armamento cartageneras habían desarrollado una actividad extraordinaria y, en consecuencia, habían fabricado cientos de corazas de bronce, espadas, cascos, escudos, lanzas y flechas pero no para su exportación, como había sido su destino otras veces, sino para abastecer y armar al ejército de Aníbal. La intendencia se había ocupado de cocinar y almacenar miles de kilos de galleta —una muy alimenticia torta de trigo endurecida que se conservaba muy bien y que se comía ablandándola en agua, vino o leche—, miles de sacos de harina, toneladas de carne ahumada y seca, toneles llenos de pescado seco y en salazón, ánforas y toneles llenos de vino y de aceite, centenares de sacos llenos de sal…

Una parte importante de las tropas cartaginesas había ido llegando desde sus cuarteles de invierno hasta Cartago Nova, y se había instalado en la gran llanura que se extendía a continuación de la laguna del Almarjal. Los soldados que tenían sus acantonamientos en la propia ciudad y los alrededores recibieron la orden de marchar, unos por tierra y otros embarcados en navíos de transporte militar. El resto de los contingentes se iría uniendo en la medida en que avanzaran hacia su objetivo.

En Sagunto la noticia de la movilización del ejército púnico no causó excesiva extrañeza ni sorpresa entre sus habitantes, puesto que de alguna manera lo esperaban. Por ello, reforzaron la muralla occidental que daba a la ancha calle en cuesta que venía desde la ciudadela y el puerto, punto más accesible para un asalto, y terminaron de levantar una alta torre de piedra junto a su puerta de entrada, la Puerta del Toro, que también se reforzó. Además, contrataron más mercenarios griegos e italianos, redoblaron su producción de armas, lanzas, jabalinas flechas y terminaron de

perfeccionar una nueva arma.

Se trataba de un tipo de lanza y jabalina arrojadiza que se iba utilizando cada vez más por los ejércitos iberos denominada falárica. Esta se fabricaba con sección cuadrada de madera de abeto o de tejo, contaba con una punta de metal delgado que oscilaba entre los doce y los sesenta centímetros de longitud, según que fuera de tamaño jabalina o lanza. Lo que habían ideado los saguntinos para perfeccionar el arma era cubrir la punta de muchas de ellas con estopa y una sustancia combustible para prenderla antes de lanzarla. Con esto querían provocar el terror entre las filas cartaginesas al ver llegar desde el cielo una lluvia de fuego sobre ellos, que incendiaría sus escudos, las armaduras de cuero y les obligarían a huir; eso sin contar el efecto destructivo que se conseguiría sobre las máquinas y torres de asedio, que eran de madera. Para poder lanzar las faláricas por encima de la muralla, se habían hecho con una batería de escorpiones y catapultas, y solo faltaba encontrar el lugar idóneo donde emplazarlos y desde donde se pudieran disparar en ángulo para poder sortear las murallas y hacer más daño a los cartagineses y a Aníbal al caer sobre ellos, para quienes esa arma iba a constituir una auténtica sorpresa.

Dos semanas más tarde, la maquinaria de guerra cartaginesa había alcanzado los alrededores de la ciudad. Lo primero que ordenó Aníbal fue ocupar el puerto e incautarse de los barcos saguntinos. Lo segundo fue que rodearan toda la meseta sobre la que se levantaba la acrópolis con zanjas y empalizadas, cada ciertos tramos, para que los asediados tuvieran una mayor sensación del cerco, y evitar que pudieran recibir ayuda militar o suministros comestibles desde fuera.

—Señores, ya estamos aquí, en Arse-Sagunto, y todos tenemos que dar lo mejor de nosotros —arengó Aníbal a sus oficiales—. Ojalá Melkart el Santo nos socorra y proteja y podamos tomar esa maldita ciudad en un plazo razonable.

Como los saguntinos habían abandonado los barrios portuarios, la parte baja extramuros de la ciudad y el puerto, la infantería cartaginesa no tuvo ninguna dificultad para ocupar esas zonas, tomar posiciones, apoderarse del puerto e incautar las escasas naves que allí habían dejado. Un día más tarde entraron en este las naves que traían desde Cartago Nova tropas, máquinas de asedio, suministros, armamento, comestibles… Cuando se desembarcó todo el material y los recursos humanos y el resto del ejército llegó, se tomaron posiciones alrededor de la plaza y los púnicos fortificaron los alrededores del río Palancia, para impedir el suministro de agua a los saguntinos. Entonces comenzó el asalto que iba a durar ocho largos meses para desesperación de Aníbal.

Durante el primer mes los cartagineses ganaron con cierta facilidad la ciudad baja y media, cuyos muros fueron asaltados sin encontrar oposición porque casi todos los defensores corrieron a refugiarse en la acrópolis. A continuación, y ya teniendo solo como objetivo esta, los cincuenta mil hombres del ejército púnico asaltaron las murallas, sobre todo la occidental por ser de subida más accesible, con idea de ir colocando las dos torres de asalto en apoyo de los dos arietes. El acceso hasta el pie

de los muros de la acrópolis saguntina fue un suplicio para los asaltantes ya que recibieron una auténtica lluvia de proyectiles, entre los que destacaron las novedosas faláricas, bien fuera como jabalinas o en forma de lanzas incendiarias, proyectadas por las catapultas y los escorpiones, porque su llegada desde el cielo causó una gran conmoción y mortandad entre los cartagineses. La respuesta a ese incesante lanzamiento desde el adarve de la muralla y desde detrás de esta fue la acción contundente de Ahusa y sus baleares que, protegidos tras unos manteletes de madera y cuero portátiles, sembraron con sus hondas desde los tejados de las casas o entre los árboles la muerte de los saguntinos que estaban en las almenas, a quienes descalabraban los glandes de plomo y barro endurecido arrojados. Aun así, lentamente los atacantes ganaron posiciones día tras día hasta que consiguieron llegar hasta el pie de los muros. Una vez allí comenzaron a golpearlos con sus arietes hasta que una lluvia de aceite y pez hirviendo, junto con más proyectiles y piedras, cayeron desde lo alto de los muros, provocando la huida de los que manejaban los arietes y la de sus tropas de protección.

Los días siguientes, vuelta a empezar, asaltos y combates encarnizados con pérdidas por ambos bandos, más por el del cartaginés, cuyos soldados tenían que escalar muros y trepar por terraplenes llenos de arena, piedras y escasa vegetación, mientras eran asaeteados y alanceados por los defensores que solo caían cuando eran alcanzados por una pedrada balear o una flecha africana.

Aníbal asistía desesperanzado al asalto haciendo cuanto podía, pero llevaban ya dos meses largos de combates y se había avanzado poco. Las pérdidas humanas entre sus tropas eran muy cuantiosas y solo se encubrían y disimulaban por la gran cantidad de mercenarios que, a diario, se unían a los asaltantes. Los profesionales y soldados de fortuna enseguida saben dónde hay una buena oportunidad para combatir y ganar buena plata. Ese asedio de desgaste iba a ser largo y él no tenía paciencia, le gustaba resolver las batallas con ingenio, astucia, valor y decisión y, claro está, la imprescindible fortuna; y eso ahora no era posible. Durante todo el día los suyos lanzaban centenares de piedras, de dardos, de proyectiles sobre los muros, estos se resquebrajaban pero resistían. A su vez, los saguntinos les devolvían los regalos con igual gentileza y puntualidad y cientos de piedras, faláricas y todo tipo de proyectiles caían sobre sus tropas. Se redoblaba el ataque a la caída de la tarde para que la luz del sol molestara a los defensores del muro occidental, pero esa circunstancia no parecía tener demasiado efecto entre estos porque seguían defendiendo el muro y la puerta con igual eficacia y ferocidad.

El asalto se estabilizaba porque los defensores realizaban salidas suicidas por las noches, mataban a cuantos asaltantes podían, incendiaban las máquinas de asalto y se llevaban prisioneros a los que, a la mañana siguiente, torturaban salvajemente en los muros a la vista de todos arrancándoles los ojos, desollando sus pieles y castrándolos antes de tirarlos muertos desde lo alto de la Puerta del Toro, que seguía resistiendo el golpeo de los arietes. No tenían mejor suerte los saguntinos capturados, quienes se

retorcían de dolor, clavados en cruces o empalados por el ano ante los muros de su ciudad, lejos del alcance de un dardo salvador que les diera la muerte.

—Aníbal, acaban de desembarcar las cuadrillas de mineros procedentes de Cartago Nova —le informó el ingeniero militar Koré en presencia de su colega Giscón y algunos oficiales del Estado Mayor—. Ya podemos excavar el túnel que llegará hasta debajo de los muros de la Puerta del Toro, donde excavaremos unas minas que una vez incendiadas, derribarán la torre y parte de la muralla.

El comandante en jefe asintió en silencio, con la mirada apagada, desfondado, agotado. El desgaste físico que suponía para él ese asalto era tremendo. Casi no dormía porque, pendiente de las salidas suicidas saguntinas y del efecto psicológico negativo que producían sobre sus hombres, reforzaba con su presencia a los que hacían la guardia nocturna, que se había redoblado ante la Puerta del Toro. Y cuántas veces había ayudado él personalmente a rechazar un ataque, dando ánimos a los suyos. Y por el día iba de aquí para allá, al lado de los que manejaban la balista gritando frases de entusiasmo cuando destrozaban una almena con una piedra, que enseguida era reconstruida, o un dardo incendiario lanzado por un escorpión arrasaba a los defensores y sus manteletes defensivos, o mezclado entre los que iban a subir con cuerdas y escalas por uno de los lados más escarpados, o tomando un trozo de carne salada con pan entre los edetanos en un momento de descanso.

Dentro de Sagunto las cosas no iban mucho mejor. Los casi cuatro meses de asedio comenzaban a pasar factura. El agua escaseaba mucho. La comida se racionaba y, como prevalecían los combatientes a la hora del reparto por aquello de tener fuerzas para sostener el asedio, la desnutrición entre la población civil se extendió y comenzó a ser tremenda. Pronto los ancianos, los enfermos y los niños comenzaron a fallecer, sin que ello supusiera que los guerreros estuvieran mejor alimentados.

Enseguida surgieron las primeras voces de la disidencia en el sentido de que se debía enviar una embajada a Aníbal, dado que la ayuda romana no llegaba. Cada mañana, cada tarde, cada noche, docenas de saguntinos escrutaban cada palmo del mar que veían desde sus almenas, con la esperanza de contemplar la llegada de la flota enviada por Roma, pero cada amanecer las esperanzas, las ilusiones y los ánimos se desvanecían, de igual modo que los alimentos y la sensación de poder sobrevivir. Los escasos miembros que quedaban del partido procartaginés, pues ya había habido una persecución y asesinato de muchos de ellos antes de comenzar el asedio, alzaban la voz de nuevo e insistieron en la necesidad de negociar con el Barca para salvar la vida; muchos les escuchaban y comenzaron a apoyarlos tan desesperados como estaban. El resultado de ese enfrentamiento dialéctico fue el del despeñamiento, muros abajo, de los que más insistieron en llevar a cabo la negociación con Aníbal, fueran procartagineses o prorromanos. Las posturas dentro de Sagunto se habían endurecido hasta límites exagerados. Se impuso el partido de los militares. La consigna era que no se negociaba. Se resistiría hasta que llegaran los

romanos. Y si no llegaban, se combatiría hasta el final.

Una mañana del mes de junio la ciudad despertó alborozada y la moral ciudadana se elevó hasta cotas olímpicas, pues se divisaron dos velas. Dos naves inequívocamente romanas navegaban en lontananza hacia el puerto de Sagunto, ahora en poder cartaginés. Se tocaron trompas, fanfarrias, tubas, campanas y casi todos se lanzaron hacia la parte del muro oriental que daba a la ciudadela y el puerto. Por fin llegaban los romanos, ese trirreme grande y poderoso que se acercaba con la vela desplegada donde se leía SPQR, al que seguía otro trirreme igual de majestuoso y potente debían de ser la avanzadilla de la flota llena de legionarios, caballería y material de batalla que navegaba detrás y que venía en su auxilio. Pronto verían a los cartagineses batirse en retirada. De nuevo renacieron la esperanza, la alegría, las ganas por vivir, la moral colectiva. Qué bien hicieron en no parlamentar con Aníbal.

La realidad fue que únicamente llegaron esos dos trirremes, ninguna flota, ni apariencia de ella, navegaba detrás. El navío que portaba los estandartes e insignias oficiales de embajada, en el que viajaban los senadores Quinto Baebio y Valerio Flaco, y el que lo custodiaba fuertemente armado. Ambos trirremes llegaron sin contratiempo ni impedimento hasta el puerto saguntino, donde los recibió a pie de muelle Aníbal, sentado en un trono y rodeado por una escogida guardia de corps y muchos de sus oficiales.

—¡Salve, senadores de Roma!, ¿qué os trae hasta esta desdichada y condenada urbe? —los saludó en griego, sin permitir que bajaran a tierra.

Los senadores romanos, sorprendidos y disgustados, de los cuales solo Valerio Flaco entendía el griego, solicitaron bajar a tierra para ser recibidos como merecía su rango de embajadores.

—Mis dilectos embajadores romanos, no puedo consentir vuestro desembarco habida cuenta de que no puedo garantizar vuestra seguridad, Sagunto es territorio de guerra —les explicó declinando su solicitud—. Hablad, desde la protección inviolable de vuestro trirreme, cuanto tengáis que decir y, pronto, navegad en paz.

—Esto es un ultraje a Roma, a los tratados internacionales, a los protocolos diplomáticos… Siempre se recibe a los embajadores…

—Y yo lo estoy haciendo, señores senadores y delegados —les replicó Aníbal con una sonrisa en los labios, mientras que a sus espaldas una batería de catapultas, que se habían acercado un poco más a la ciudad sitiada, comenzaba a lanzar enormes piedras que se estrellaban contra los muros, en tanto que otras rocas ya caían sobre las casas saguntinas, sembrando el terror entre sus ocupantes, pues hasta el momento los proyectiles cartagineses no habían alcanzado esos objetivos—. Veis lo que os digo, estamos en zona de guerra…

—Está bien. ¿Vas a poner fin al asalto de Sagunto? —Le espetaron sin preámbulos los senadores romanos—. O… ¿tendremos que acudir al Senado de Cartago para pedir tu cabeza?

—Queridos embajadores… Podéis pedir mi cabeza y, si ello os place, el resto de

mi cuerpo al Senado de Cartago —les soltó levantándose del trono, en tanto que arreciaba la lluvia de piedras y proyectiles sobre la acrópolis saguntina—. Me asiste el derecho, el Tratado del Iber y las leyes de la guerra. Pues yo solo defiendo a mis aliados de las agresiones y vejaciones saguntinas. Esa ciudad está al sur del Iber y, por tanto, en territorio de Cartago y no voy a consentir que se maltrate a las naciones y los pueblos que se ponen bajo mi protección.

Poco más tarde, los saguntinos observaban con lágrimas en los ojos y una desesperanza inabarcable cómo los dos trirremes salían del puerto, navegaban hacia mar abierto y desaparecían de sus ojos tomando dirección hacia el sur, mientras seguían cayendo inmisericordes cada vez más piedras y más dardos enormes sobre sus cabezas.

—Casi siete meses ya de asedio…, no nos quedan alimentos, una escasísima cantidad de agua y eso gracias a las tormentas… Han muerto de inanición, heridas y enfermedades las tres cuartas partes de los que vivíamos en Sagunto… Nos estamos muriendo en vida… y Roma, nuestra maldita aliada, traidora y ruin a los ojos de los dioses y de los hombres… No vendrá en nuestro socorro… Si acaso, llegará cuando los buitres y los cuervos aniden en este solar que se alzó en armas, para contar muertos… —exclamaba con vehemencia, voz entrecortada y poca fuerza Alcón, el prudente senador saguntino prorromano. Miraba a sus vecinos y le espantaba lo que veía. Todos flacos como cadáveres, macilentos, casi sin pelo, los ojos hundidos y con un brillo agónico. Sucios, enfermos, muriéndose. Los soldados, otro tanto, bailaban dentro de sus corazas, casi sin fuerzas para repeler los asaltos cartagineses, a los que se veía bien alimentados, vigorosos y con la fuerza interior del que sabe que va a vencer—. Nos hemos comido todo. Hasta los burros, los caballos, los perros, los gatos, el cuero de nuestras corazas, armas y sandalias. Y ya no nos queda nada salvo los cadáveres… que también devoraremos. Nos morimos sin remisión… Y solo hemos tenido una alegría efímera que llevarnos al alma… El día que herimos con una falárica a su caudillo, Aníbal… Tenemos que parlamentar una rendición honrosa. Estoy seguro de que los cartagineses querrán poner fin a este sitio tan prolongado…

Un asedio que, efectivamente, se prolongaba más de lo deseado en ambos lados, porque no quedaba otra solución.

—Visto el estado de las cosas, no queda más remedio que montar un asedio de posiciones, como nos explicaba en sus lecciones de estrategia militar nuestro maestro griego, Sosilo el lacedemonio, cuando éramos jóvenes —les había explicado hacía más de un mes Aníbal a sus hermanos, a Mahárbal y a los demás altos oficiales, ante la mirada expectante de estos—. Por tanto, quiero que prosiga la construcción del túnel hasta la base de la muralla, que las dos torres de asalto sigan disparando piedras y proyectiles sobre el muro oeste y avancen lo que puedan, que los arietes continúen su labor. No expondremos a los soldados a una muerte cierta, que ya planea sobre esa ciudad, que se tiene que estar muriendo de hambre.

De esta manera se había desarrollado el cerco, con cierta parsimonia, con

mayores medidas de seguridad, dando pasos seguros, sin exponer las vidas de los suyos inútilmente, ante el elevadísimo número de bajas que había sufrido el bando cartaginés. Y todo ello se paralizó un poco más el día que Aníbal fue herido.

Estaba, como siempre, entre los suyos, más cerca de la primera fila de combate que de la última. Estaban avanzando unos manteletes subiendo hacia la Puerta del Toro cuando, de repente, esta se abrió y salió una aguerrida tropa saguntina, cuyos componentes parecían espectros de lo delgados que estaban, que se arrojaron literalmente de manera suicida contra las posiciones cartaginesas. Aníbal arengó a los suyos mientras una nueva lluvia de proyectiles, provenientes de los muros, caía sobre ellos silbando de manera siniestra. Los saguntinos lo llamaban: «la muerte silenciosa que baja del cielo». El chaparrón de dardos y faláricas hizo menos daño que en ocasiones precedentes porque los asaltantes se cubrieron con los manteletes, pero al avanzar se encontraron casi cara a cara con los que habían salido de Sagunto a vida o muerte.

Aníbal vio venir la falárica que le lanzaba un soldado que cayó abatido al instante, como todos sus compañeros de carga. Saltó para meterse tras un mantelete pero no le dio tiempo a resguardar todo el cuerpo y esta le alcanzó en la pierna derecha. Rodó por el suelo muy dolorido y humillado, con la jabalina que ensartaba todo el ancho del muslo y cuya punta de hierro salía por la otra cara del mismo.

—Llevo un mes postrado en el lecho, ¿te pagan los saguntinos para retenerme aquí, en el dique seco? —le espetó Aníbal de muy mal humor a Danón, su médico de confianza. Este lo miró con cara de pocos amigos y no respondió.

—Hermano, ahí fuera aguarda una embajada de Arse-Sagunto —le anunció Asdrúbal—. Se trata de Alcón, un magistrado con poder para cerrar acuerdos. Quiere una rendición con condiciones…

—¡Cómo que quiere condiciones! —gritó exasperado Aníbal, mientras Danón, impertérrito, procedía a retirarle la venda, examinaba la herida y procedía a cambiar la cataplasma hecha con hierbas curativas, musgo, corteza de sauce y miel—. Ese Alcón no me puede ver así, postrado y herido… Yo soy Aníbal Barca, el invencible, el hijo del León de Cartago… ¡Despídelo, que se vaya!… Ya pasó el tiempo para la clemencia y para las negociaciones. Que Sagunto nos hubiera firmado antes un tratado de amistad y cooperación, en lugar de restregarnos con sus viles ataques a nuestros aliados que son amigos de Roma… ¡Pues mira cómo trata Roma a sus aliados!…

Cuando Alcón regresaba apesadumbrado, le alcanzaron unos emisarios de Aníbal, entre ellos Alorko, un celtíbero que había sido, en tiempos, jefe de los mercenarios pelendones, un pueblo vecino de los arévacos al servicio de Sagunto. Alorko le explicó que llevaba una propuesta generosa de Aníbal, que se mostraba impresionado y admirado por la valentía y la lealtad incorruptible demostradas por los saguntinos durante esos casi ocho meses de resistencia sin esperanza.

Alorko entró en Sagunto y, aun siendo veterano en más de cien combates y

habiendo contemplado mil horrores diversos, se espantó ante lo que vio. Él recordaba una ciudad rica, espléndida, alegre y bulliciosa, llena de vida… Lo que veía era a la muerte instalada en la otrora joya del levante hispano. Un hedor nauseabundo le acompañaba según subía a lo más alto de la urbe. Casas y palacios semiderruidos, ni un ruido, ni un llanto, como si estuvieran todos muertos. Fue avanzando seguido por un ejército de espectros flacos y sucios que se movían arrastrando sus míseros pies descalzos, sin hacer casi ruido, con los rostros desencajados, la mirada perdida, los cabellos escasos o muy ralos, sucísimos. Le parecieron la muerte andante.

—Esta es la propuesta de Aníbal, el árbitro de vuestras vidas. Salid de la ciudad tal cual… Se os proporcionará otro emplazamiento, lejos de la costa, donde bajo la tutela cartaginesa y con medios para ello, volveréis a empezar… ¡Aceptad y salvad la vida! Él quiere esta ciudad para hacer de ella una próspera colonia aliada de Cartago.

La respuesta a la proposición de Aníbal llegó por la noche. Esa vez no hubo salidas suicidas, ni ataques inesperados, ni lanzamiento de faláricas incendiarias, ni arrojaron piedras desde los muros de Sagunto. Un inmenso incendio tiñó de rojo la oscuridad nocturna. Un fuego pavoroso de unas proporciones titánicas y gigantescas iluminó la acrópolis de la ciudad, a la cual engullía con sus voraces llamas alimentadas con muebles, tablas, madera… todo lo que sirviera para alimentar la hoguera de su holocausto. Era una contestación épica y grandiosa solo a la altura de la tragedia que protagonizaban saguntinos y cartagineses. Se inmolaban muchos de ellos junto con sus bienes y joyas, mientras destruían la ciudad.

«Que conquiste cenizas y un montón de cadáveres incinerados, qué espectáculo tan siniestro y amargo para el vencedor», decían al arrojarse dentro de las llamas los que llevados por la desesperación y una locura colectiva suicida ponían fin a sus sufrimientos.

Epilogo

Los trabajos del túnel concluyeron y los ingenieros militares cartagineses trabajaron eficazmente bajo los muros de la Puerta del Toro, sin haber sido detectados por los saguntinos. Prepararon una gran mina, sacando tierra y piedras mientras sujetaban y apuntalaban los cimientos de la muralla y de la torre con gruesas traviesas de madera de pino, muy abundante en la zona; de esta manera ambas quedaron sustentadas por un bastidor de madera sobre un enorme hueco excavado bajo ellas. Después, rellenaron los pozos formados por la mina con esparto, yesca y aceite. Prendieron fuego, que contaba con unos canales de ventilación, a ese combustible y esperaron que se quemara el andamiaje que sujetaba las defensas saguntinas. Unas horas más tarde, se derrumbaba un lienzo completo de la muralla, la Puerta del Toro y la gran torre.

Sonaron las tubas de ataque y los cartagineses se lanzaron como fieras asaltando el terraplén formado. Se combatió con ferocidad inusitada sobre los cascotes y escombros, que constituían un nuevo baluarte que, no obstante la valentía suicida de los saguntinos, fue despejado porque los defensores fueron barridos con las andanadas de proyectiles que les lanzaron desde las torres de asalto móviles que avanzaban ya sin demasiada oposición.

Aníbal subió a lomos de su elefante Surus rodeado por su guardia personal, mientras los oficiales lanzaban el que iba a ser el último ataque. Según iba llegando a lo más alto de la acrópolis constataba todo aquello que le había narrado Alorko. Su espanto era tan grande que únicamente era superado por el alivio que le producía que todo aquello terminara ya.

Los últimos combates fueron extinguiéndose así como los fuegos que devoraban la ciudadela, según órdenes de su comandante en jefe, que mandó apagarlos enseguida. Al final, terminó toda resistencia y la batalla por Sagunto terminó.

Los supervivientes, en un número aproximado de dos mil, fueron entregados a los tratantes de esclavos, que pagaron cantidades no muy elevadas por ellos dado lo flacos que estaban y que tendrían que invertir bastantes shekeles para alimentarlos.

Del gran fuego central, casi extinguido ya, que había ardido en el centro de la acrópolis de Sagunto, los especialistas del ejército cartaginés consiguieron extraer del enorme montón de brasas apagadas un tesoro inmenso de oro, plata y metales preciosos, que se había fundido pero no desaparecido. Una vez desalojados los supervivientes, Aníbal permitió el saqueo de la ciudad durante dos jornadas completas, antes de emprender el regreso con el gran botín y los prisioneros a Cartago Nova. El otoño comenzaba a dejarse sentir en toda su magnitud, era noviembre, y ellos habían estado combatiendo ante los muros de Sagunto desde el

inicio de la primavera. El ejército tomó el camino del sur, hacia Akra Leuke, dejando tras de sí a docenas de ingenieros cartagineses y a cientos de operarios con la tarea de reconstruir las murallas y la ciudad, que pasaba a ser colonia de Kart Hadasht.

La noticia de la caída de Arse-Sagunto en manos púnicas llegó a la metrópoli cartaginesa en pocos días, causando el natural regocijo entre los capitalinos de toda clase y condición social, así como en todo su orbe de influencia. El orgullo y la alegría se instalaron en toda la capital desde la colina de Byrsa, sede del gobierno de la República, la Casa de Contratación y el domicilio de las sociedades mercantiles de los más ricos, hasta los barrios más humildes, el puerto, las plazas, el ágora central, los barrios que eran bañados por el gran lago. Todos estaban orgullosos de ser cartagineses y de Aníbal Barca, el glorioso hijo del León de Cartago, digno sucesor del mismo.

Ese mismo año del 219 a. C., Roma fue plenamente consciente de todo lo que había conseguido Cartago, su rival, así como de su desidia. Con la conquista de Sagunto los púnicos dominaban por sumisión, tratados de amistad o conquista casi toda la Hispania, salvo la costa mediterránea por encima del río Iber, donde se asentaban sus aliadas las ciudades griegas de Emporiae y Rhode, la costa del norte y la tierra de los kalaikos, con alguno de los cuales tenían tratados comerciales.

Además, los cartagineses controlaban el hierro de los turboletas y todas las riquezas mineras del interior, más los puertos, las ciudades, el estrecho de las Columnas de Hércules y las riquezas de más allá, habidas en las costas bañadas por el Mar Tenebroso. Roma se había descuidado y había perjudicado grave y directamente los intereses económicos de su aliada Massalia, así como la de numerosos senadores romanos que tenían importantes inversiones económicas e intereses de explotación financiera en esas ciudades griegas del sur de la Galia e Hispania. No quedaba más remedio, había que declarar la guerra a Cartago. Una de las dos potencias sobraba en el concierto internacional de ese siglo segundo antes de Cristo.

Una embajada romana, encabezada por los cónsules electos Marco Livio Salinator y Lucio Emilio Paulo, a los que acompañó el líder del partido Fabiano, Quinto Fabio Máximo, se desplazó hasta Cartago y fue recibida por el Senado cartaginés. Ante los senadores y sufetas, cual si se tratara de una República conquistada y sometida, exigieron sin miramientos ni protocolo alguno la cabeza de Aníbal, una sustanciosa indemnización de guerra, así como la devolución de Sagunto y las reparaciones monetarias pertinentes por dicha conquista. Dando a elegir entre la paz o la guerra si no se atendían en el acto sus demandas.

El Senado cartaginés, dividido entre pro-Bárquidas y anti-Bárquidas no se terminaba de decidir y estaba casi en empate técnico, pero la innoble y rastrera conducta de Hannón el Grande, que avergonzó a casi todos los senadores, poniéndose de lado de los romanos y apoyando la entrega de Aníbal Barca, inclinó la balanza. Casi por unanimidad los senadores de Cartago rechazaron las exigencias romanas.

Era la guerra, pues. La Segunda Guerra Púnica, y una nueva página de la historia

se abría en blanco para ser escrita.

Bibliografía

ALCAIDE, José A., *Los mercenarios españoles de Aníbal*, Almena Ediciones, 2010.

ANDERSON, James M., *Guía arqueológica de España*, Alianza Editorial, 1997.

ASIMOV, Isaac, La República Romana, Alianza Editorial, 1981.

BLÁZQUEZ, J. M. y TOVAR, A., *Historia de la Hispania romana*, Alianza Editorial, 1975.

BLÁZQUEZ, J. M. y otros, *Historia de España 2. Colonizaciones y formación de los pueblos prerromanos (1200-218 a. C.)*, Gredos, 1989.

BLÁZQUEZ, J. M., ÁLVAR Jaime y WAGNER, C. G., *Fenicios y Cartagineses en el Mediterráneo*, Cátedra, 1999.

BLÁZQUEZ, J. M., *Historia de Oriente Antiguo*, Cátedra, 1992.

CABRERO, Javier, *Escipión el africano*, Alderabán, 2.000.

CONNOLY, Peter, *Aníbal y los enemigos de Roma*, Espasa Calpe, 1981.

ESLAVA GALÁN, Juan, *Yo, Aníbal*, Planeta, 1988.

ESTRABÓN, *Geografía III, Iberia*, Gredos, 1984.

FIELDS, Nic, *Roma contra Cartago*, Osprey Publishing, 2007.

—, *Carthaginian Warrior*, Osprey Publishing, 2010.

GARCÍA y BELLIDO, Antonio, *Veinticinco estampas de la España antigua*, Espasa-Calpe, 1967.

—, Fenicios y cartagineses en Occidente, Espasa Calpe, 1942.

GOLDSWORTHY, Adrian, *Las guerras púnicas*, Ariel, 2002.

KOVALIOV, S. I., *Historia de Roma*, Akal, 1975.

KONSTANTIN, Nossov, *War elephants*, Osprey Publishing, 2008.

LAGO, J. Ignacio, *Cartago Nova 209 a. C.*, Almena Ediciones, 2010.

—, *Baecula e Ilipa 208-206 a. C.*, Almena Ediciones, 2011.

—, *La batalla de Zama 208 a. C.*, Almena Ediciones, 2013.

MAZEL, Jean, *El secreto de los Fenicios*, Bruguera, 1970.

MIRA GUARDIOLA, M. A., *Cartago contra Roma. Las guerras púnicas*, Alderabán, 2000.

MOMMSEN, Theodor, *Historia de Roma*, *volumen IV*, Turner, 1983.

PELLÓN, José R., *Iberos. La vida en Iberia durante el primer milenio antes de Cristo*, Espasa, 2001.

POLIBIO. *Historias*, *Libro III*, Gredos, 1991.

—, *Guerras de Aníbal*, Gredos, 1991.

SÁEZ, Rubén, *Cartago contra Roma*, Almena Ediciones, 2006.

SANTOS, Juan, *Los pueblos de la España antigua*, Historia 16, 1999.

TITO LIVIO, *Historia de Roma desde su fundación*, Gredos, 1986.

TREVIÑO, Rafael, *Rome's enemies. Spanish armies*, Osprey Publishing, 1986.
TUÑÓN DE LARA, Manuel, Historia de España. Tomo I, Labor, 1983.
WARMINGTON, B. H., *Cartago*, Luis de Caralt, 1969.
WISE, Terence, *Armies of the Carthaginian Wars*, Osprey Publishing, 1982.



LUIS DE LA LUNA VALERO (Madrid, 1957) es abogado y trabaja para un gran banco español, actividad que compagina con la creación literaria y la poesía. Ha cursado estudios de Derecho y Dirección de empresas, y de Geografía e Historia.

Residente en Madrid, ha visto publicadas tres novelas históricas, El triunfo de los bárbaros (2006), Hipatia de Alejandría (2009), y El león de Cartago (2012), con una excelente acogida de crítica y público.

Notas

[1] Santuario donde, al parecer, se realizaban sacrificios humanos infantiles en tiempos de crisis. <<

[2] En Cartago podría situarse la primera Bolsa de la Historia, con algunas semejanzas con las actuales. Son asombrosas las similitudes existentes en el ámbito financiero entre nosotros y los cartagineses y fenicios. Hay autores que indican que el término Bolsa procede del púnico Byrsa, nombre de la colina donde se asentaba. <<

[3] Ibiza, dominio cartaginés. <<

[4] Cádiz. <<

[5] Nombre que daban a España los fenicios y cartagineses. Según algunos autores significaba (tanto en hebreo como en fenicio *sphan*) «La costa o tierra del norte». Denominación lógica vista desde África, que estaba al sur y era desde donde llegaron navegando. Otros señalan que era «La tierra de los conejos» (*span* es conejo en esas lenguas). En cualquier caso, los romanos transformaron la Isphanya de los púnicos en Hispania, como tantos otros nombres púnicos Spali = Hispalis = Sevilla; Kart Iuba = Corduba; Malaka… <<

[6] Cartagena fue fundada en el año 228 a. C. por Asdrúbal Giscón, el cuñado de Aníbal, con el nombre de Kart Hadasht, que significaba Nueva Ciudad, denominación que también ostentaba Cartago en el mundo púnico. Por ello, para no confundir ambas villas, a la urbe española la llamaremos como lo hicieron los romanos, Cartago Nova. <<

[7] La posterior Cástulo romana, sus ruinas están muy cerca de la actual Linares. Junto con Bailén (Baikor) fue la ciudad principal de los oretanos. <<

[8] Orisón, caudillo de los oretanos que atacó y acabó con Amílcar Barca. Véanse las novelas anteriores *El León de Cartago* y *La Camada del León*. <<

[9] Situado en una isla cercana a Gadir, en la antigüedad se le conocía como el santuario de Heracles. Griegos y posteriormente romanos lo transformaron en Hércules. Sus ruinas permanecieron en pie hasta la Edad Media, pues en 1146 los almorávides lo destruyeron durante la búsqueda de un tesoro. En la actualidad, sobre sus cimientos y restos se alza el Castillo de Sancti Petri. <<

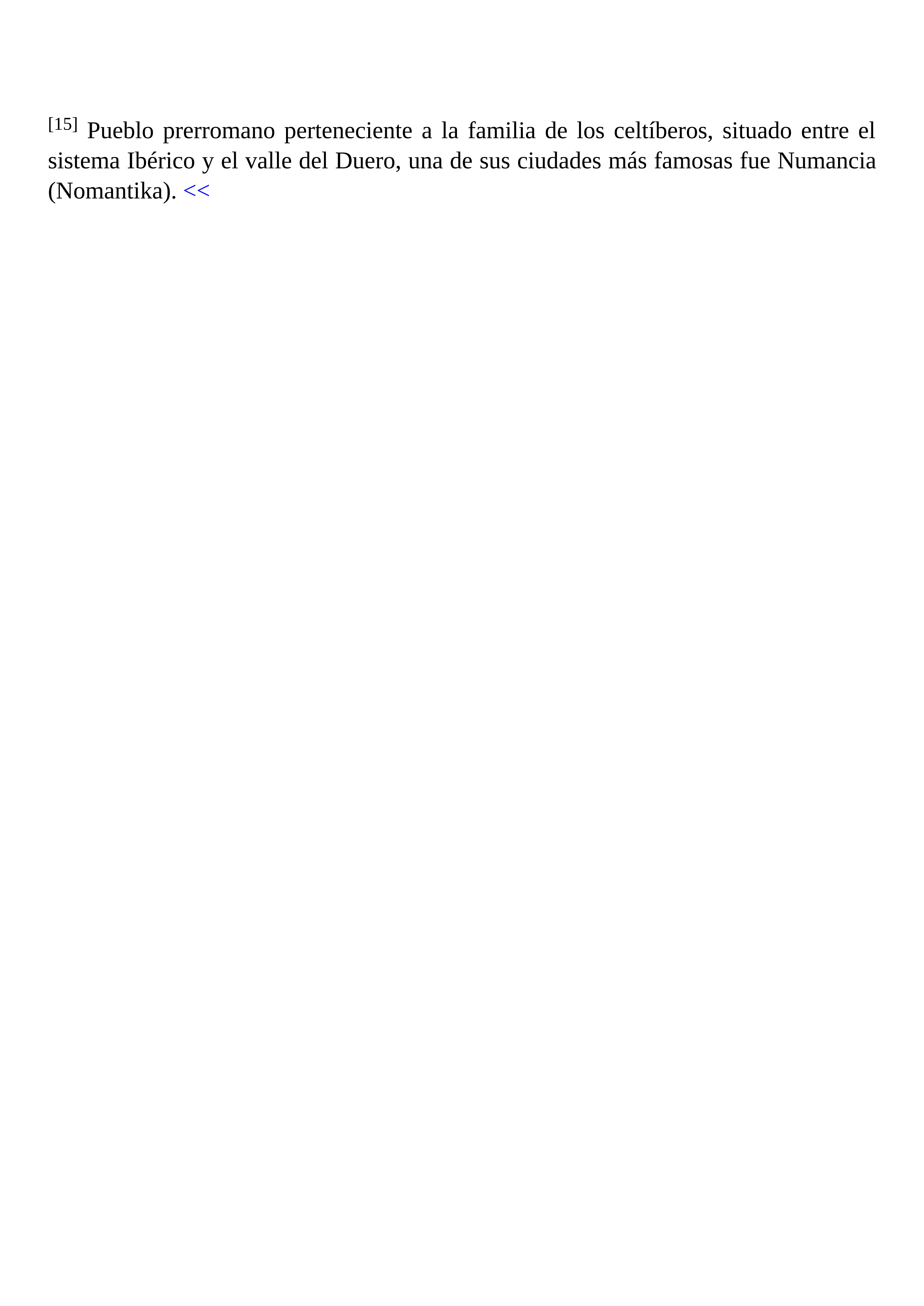
[10] Sabinar situado cerca de la actual Calatañazor (Soria). <<

[11] Tribu posiblemente ibera situada en las tierras meridionales del sistema Ibérico y de la cuenca del Júcar al sur de la serranía de Cuenca. Los yacimientos arqueológicos indican que todo el territorio manchego al sur de la serranía conquense era de cultura ibera, lo que sitúa al pueblo olcade dentro de ese ámbito ibero. Su capital pudo ser «Kelin», en el yacimiento de Los Villares, en Caudete de las Fuentes. También apuntan otros autores a que era Althaía o Cártala, que identifican con la actual Altea, y que Segóbriga y Ercávica les pertenecieron en tiempos, antes de desaparecer, pasando a los carpetanos, lo que demostraría que alcanzaban hasta las tierras de Alicante. No obstante, son un misterio arqueológico y hay autores que los consideran celtas. No hay unanimidad entre su origen celta o ibero. <<

[12] Alcalá de Henares. Los romanos transformaron Konbouto en Complutum. <<

[13] Consuegra (Toledo). <<

[14] Villas Viejas (Cuenca). <<



[15] Pueblo prerromano perteneciente a la familia de los celtíberos, situado entre el sistema Ibérico y el valle del Duero, una de sus ciudades más famosas fue Numancia (Nomantika). <<

[16] Carpetanos: pueblo celtíbero belicoso y guerrero establecido entre la sierra del Guadarrama, los montes de Toledo, el río Guadiana y la sierra de Alcaraz, abarcaban algunas zonas de Madrid y Castilla-La Mancha. Sus vecinos del sur eran los oretanos. <<

[17] Posiblemente Elche de la Sierra. Véase la novela *El León de Cartago*. <<

[18] Bailén, ciudad rival próxima a Kastilo. <<

[19] Véase la novela *La Camada del León*. <<

[20] Los cartagineses formaban su falange con unidades llamadas *syntágmata*, lo cual les otorgaba más movilidad que a las pesadas y compactas falanges macedonias y helenísticas. Cada *syntágmata* se formaba con un cuadrado con filas de 16 soldados por lado, lo que hacía una unidad de 256 hoplitas con escudos, cascos y corazas, que atacaban con largas picas. <<

[21] Estratega del griego strategós. Era como denominaban a los generales en jefe en los ejércitos cartagineses, que utilizaban el idioma griego como idioma vehicular común para que todos los mercenarios, con cien idiomas distintos, comprendieran las órdenes y se entendieran entre sí. <<

[22] Cincuenta años más tarde, Roma había derrotado al imperio de Antíoco, a Macedonia y a Siracusa; y Egipto se convertía en una fruta madura que caería bajo poder romano en tiempos de Julio César, siendo Octavio quien lo incorporó al recién instaurado Imperio Romano. <<

[23] Isla de Ibiza. <<

[24] Traducción de Kart Hadasht, Cartago para romanos y griegos. <<

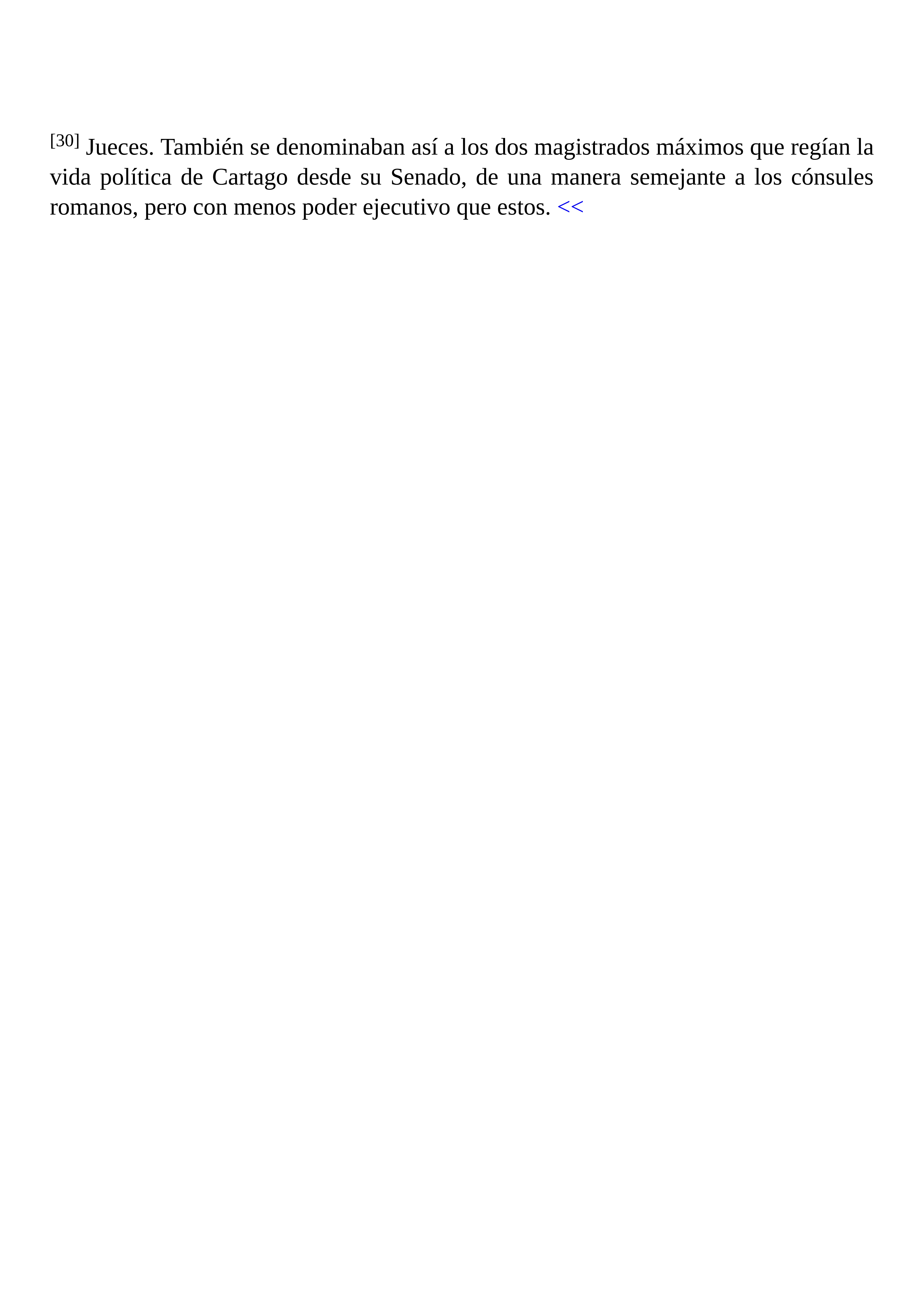
[25] Recuérdese *El León de Cartago*. <<

[26] Lanza hecha enteramente de hierro, forjada de una sola pieza, que medía alrededor de 2 metros. Dotada de una punta muy corta, era frecuente que tuviera dos pequeñas aletas y, a veces, varios pequeños ganchos diseñados para dificultar la extracción de la punta de la herida, con objeto de provocar desgarros. Recuérdese la emboscada en la novela *La Camada del León*. <<

[27] General espartano contratado por Cartago durante la Primera Guerra Púnica. Tras varias derrotas ante los romanos, los cartagineses incorporaron destacamentos reclutados en Grecia. Jantipo entrenó y dirigió a los soldados cartagineses en la Batalla del Bagradas, donde derrotó a la fuerza expedicionaria romana y capturó al cónsul Marco Atilio Régulo en el año 255 a. C. <<

[28] Se trata de la famosa *gladius hispaniensis*, que adoptarían posteriormente los romanos a partir de Escipión *el Africano*. Era una espada con una longitud de 50 centímetros, dotada de una hoja ancha, de doble filo, y una punta larga y muy afilada. Su temple y resistencia eran sobresalientes y se utilizaba para dar estoques y clavar, ya que era capaz de penetrar las cotas de mallas que usaban celtíberos y romanos. <<

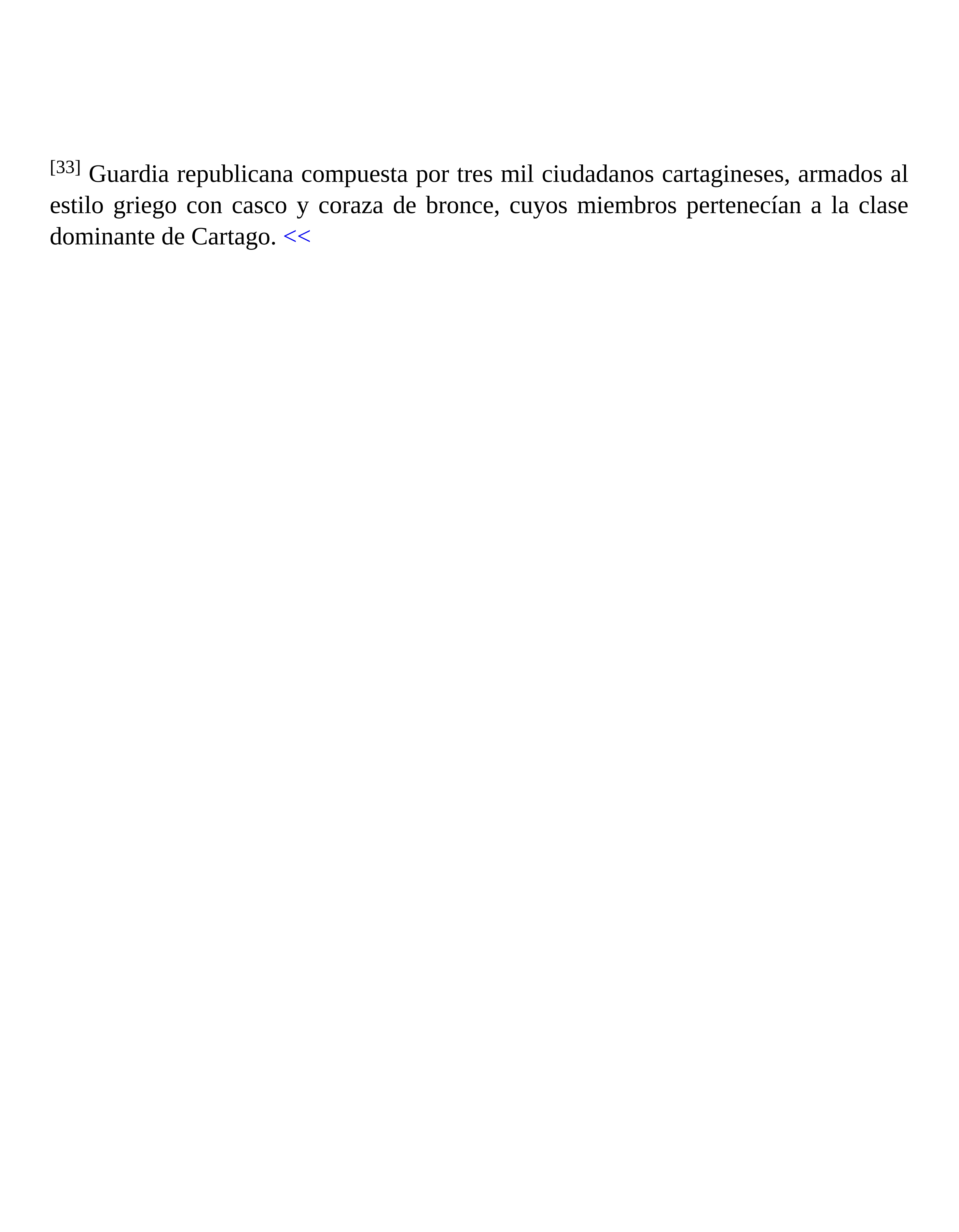
[29] Veánse las novelas anteriores *La Camada del León* y *El León de Cartago*. <<



[30] Jueces. También se denominaban así a los dos magistrados máximos que regían la vida política de Cartago desde su Senado, de una manera semejante a los cónsules romanos, pero con menos poder ejecutivo que estos. <<

[31] Tanit era la diosa más importante de Cartago, ciudad de la que era patrona. Consorte del dios supremo Baal, el Señor de los Altares de Incienso. Era equivalente a la diosa fenicia Astarté. Fue una diosa muy venerada en Iboshim (Ibiza, islas Baleares). <<

[32] Recuérdese la novela anterior *La Camada del León*. Masinisa (238-148 a. C.) será el primer rey de Numidia. Rigió sobre los massilios y sobre los masesilos, dos tribus númidas, después de derrotar a su caudillo, el pro cartaginés Sifax. Comenzó como líder tribal de los beréberes, sucediendo a su padre Gaia. <<



[33] Guardia republicana compuesta por tres mil ciudadanos cartagineses, armados al estilo griego con casco y coraza de bronce, cuyos miembros pertenecían a la clase dominante de Cartago. <<

[34] Cádiz. <<

[35] Sagunto. <<

[36] Denia. Recuérdese *El León de Cartago*. <<



[37] Carros de guerra abiertos tirados por dos caballos, iguales que las cuadrigas de las carreras de los circos romanos. <<

[38] No hay constancias arqueológicas definitivas de que Alicante capital fuera esta ciudad, pero sí se han encontrado en la Albufereta de Alicante junto al cerro de Manises (Tosal de Manises). Y, posiblemente, en el Castillo de Santa Bárbara, enclave bastante elevado que domina la ciudad, pudo instalar Amílcar Barca la fortaleza y embrión de la ciudad púnica a sus pies donde administrar los territorios conquistados en España. <<

[39] Diez años más tarde, en el transcurso de la Segunda Guerra Púnica y estando ausente Aníbal por estar en Italia, Publio Cornelio Escipión *el Africano* asaltó y se apoderó de Cartagena, precisamente mediante un ataque sorpresa a través del Almarjal, cuando la marea se retiró lo suficiente como para permitir que parte de los legionarios avanzaran por la laguna con agua hasta la cadera. <<

[40] Provenían del sur de África y para los cartagineses representaban la idea de inmortalidad, ya que aunque los huevos aparentaban ser como grandes piedras exánimes e inertes, en su interior latía la vida y esta se materializaba cuando nacía el enorme polluelo del avestruz. <<

[41] Las estatuas y bustos de la antigüedad estaban pintados con vivos colores. Hoy en día nos parece natural que aquellas tengan el aspecto y el color del mármol, pero no tienen color porque han perdido la pintura que las cubría. En la actualidad, como no estamos acostumbrados, nos chocaría mucho que presentaran un aspecto multicolor y nos parecería algo de dudoso gusto que estuviera pintado el mármol o la piedra caliza. <<

[42] Lisboa. <<

[43] Recuérdense las novelas anteriores *El León de Cartago* y *La Camada del León*. <<

[44] Puñal que contaba con una hoja de 24 centímetros de largo y 6 de ancho, muy afilado y con una punta tan estrecha y en pico que podía atravesar una cota de mallas de anillas de acero entrelazadas. Era mortífera en el cuerpo a cuerpo. Era como un *gladius hispaniensis* en miniatura. <<

[45] Armados con tres hondas y proyectiles (glandes de piedra, barro o metal), los honderos baleares atacaban los primeros junto a los lanzadores de jabalinas y arqueros. Era tal su potencia de tiro que rompían escudos, yelmos, cascos y cualquier defensa causando gran mortandad entre el enemigo. Aníbal contó con 2000 honderos, los consideró muy importantes y los protegió a lo largo de sus campañas como soldados insustituibles, dado que la honda tenía mayor alcance y precisión que el arco. <<

[46] Recuérdese la novela *La Camada del León*. <<

[47] Recuérdese *La Camada del León*. <<

[48] Tratado del año 226 a. C., en el que se pacta que el río Iber (Ebro), que dio nombre a Iberia y que se convierte en frontera entre Cartago y Roma en sus conquistas por Isphanya, no puede ser traspasado por ninguna de las partes firmantes. Fuente de discusiones jurídicas tras la toma de Sagunto, en territorio púnico pero aliada de Roma, que dio origen a la Segunda Guerra Púnica. <<



[49] Islas Británicas. Nótese que los geólogos denominan casiterita al bloque de mena que contiene estaño. <<



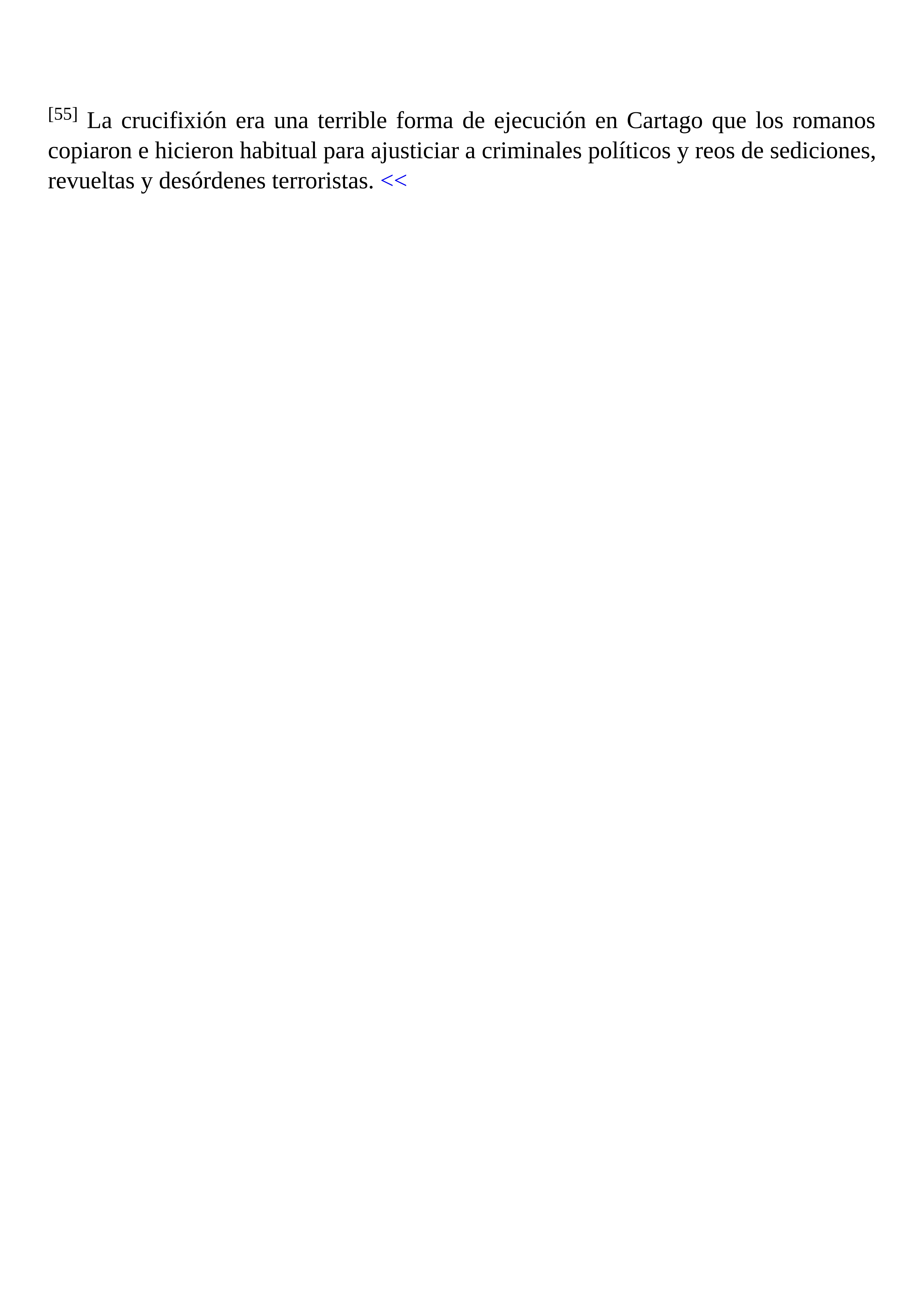
[50] Pequeños escudos redondos de tablas de madera encolada, con un umbro o resalte central de bronce. <<

[51] Guadalimar. <<

[52] Los númidas fueron posiblemente los mejores jinetes ligeros de la antigüedad, ya que cabalgaban desde muy pequeños a pelo y sin estribos, freno ni riendas. Solo una pequeña soga de esparto alrededor del cuello del caballo servía para conducirlo y atarlo, pues lo dirigían con sus rodillas y sus movimientos corporales. Su especialidad era el hostigamiento y la persecución de los enemigos. Solo los hunos, ávaros, turcos, mongoles y demás jinetes de la estepa asiática tuvieron una simbiosis parecida con sus caballos y una capacidad de trato similar, si bien es cierto que utilizaron sillas con estribos, bocados y riendas, razón por la que, en ese sentido, los númidas norteafricanos fueron superiores. <<

[53] Astarté, la Isthar babilónica, era la representación de la madre naturaleza, la vida y la fertilidad. Y, en consecuencia, la exaltación del amor y los placeres carnales que fecundaban el mundo. Posteriormente, fue la diosa de la guerra y recibió cultos sangrientos y se la representaba desnuda o cubierta con un velo, de pie sobre un león. Su templo contaba con prostitutas/os consagradas/os que se entregaban sexualmente a los clientes, quienes por sus servicios pagaban una ofrenda monetaria al templo y el culto. <<

[54] Recuérdese la novela *La Camada del León*. <<



[55] La crucifixión era una terrible forma de ejecución en Cartago que los romanos copiaron e hicieron habitual para ajusticiar a criminales políticos y reos de sediciones, revueltas y desórdenes terroristas. <<

[56] Cádiz, al igual que su ciudad fundadora, Tiro, se extendía a lo largo de una isla. Ambas, con el transcurso de los siglos se convirtieron en penínsulas. Tiro, por acción del hombre durante el asedio de Alejandro Magno. Cádiz, por las circunstancias naturales del golfo donde se asienta. <<



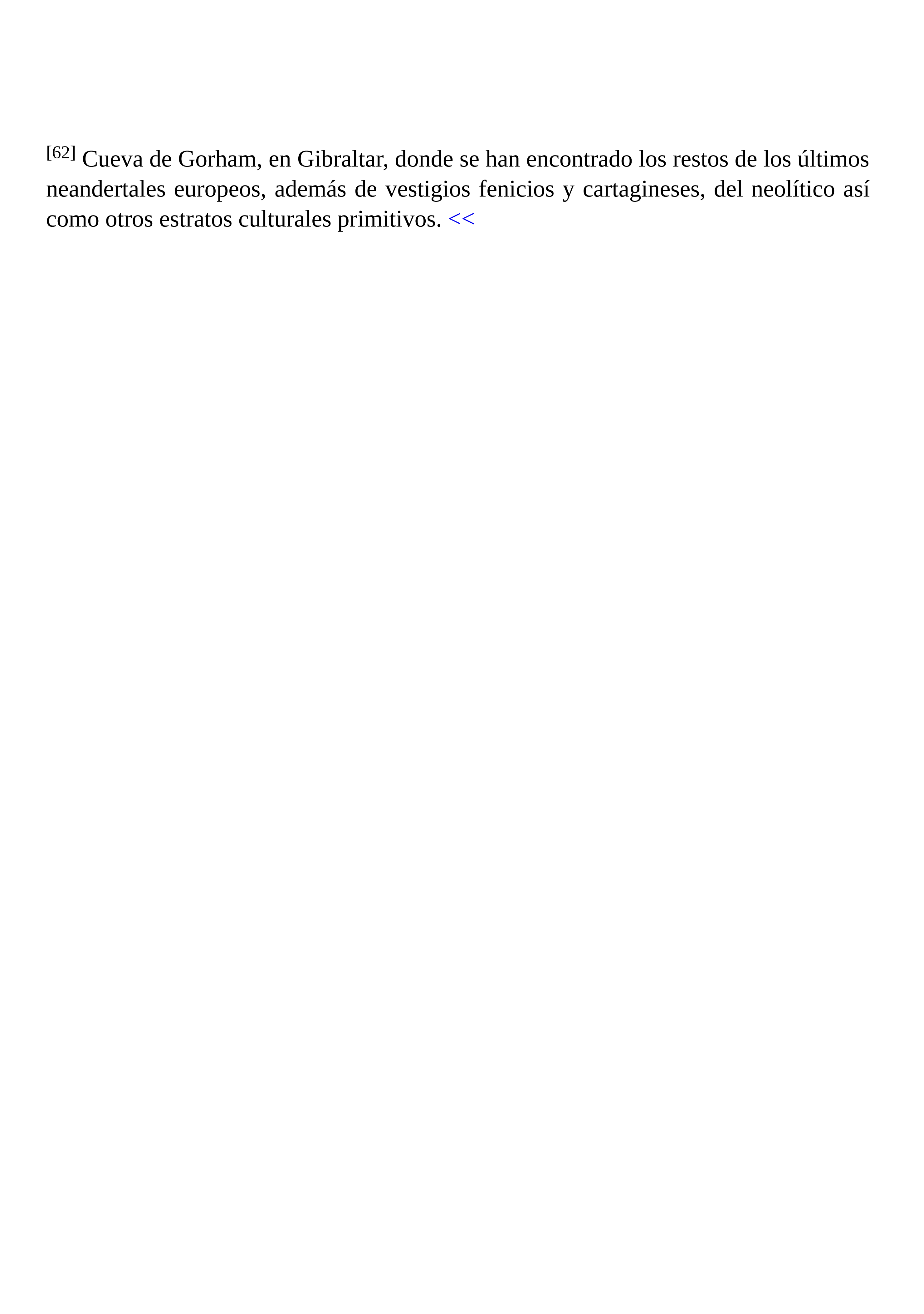
[57] Recuérdense las andanzas de los dos por los bosques del Atlas en la novela *La Camada del León*. <<

[58] Galicia, tierra de los kalaikos. <<

[59] Adra (Almería) y Málaga. <<

[60] Aunque posteriormente se popularizó enormemente entre los romanos y se vendió por todo el Imperio Romano, comenzó siendo un producto fenicio y después cartaginés que controlaban las factorías de gárum y de salazón de pescados, tanto en España como en Marruecos y Mauritania, lo que constituyó una enorme fuente de riqueza y de ingresos para estos porque los comerciantes griegos y cartagineses lo distribuyeron y vendieron por todos los puertos del Mediterráneo. <<

[61] En época romana fue llamada Baelo Claudia, en la playa de Bolonia muy cerca de Tarifa. Hay constancias arqueológicas de la presencia fenicia y cartaginesa tanto en Baelo Claudia como en Tarifa, y en el Peñon de Gibraltar, donde posteriormente los griegos pensaron que estaba una de las columnas de Hércules, por la presencia de un templo púnico-fenicio dedicado a su dios Melkart o Herakles; más tarde asociado al Hércules griego. <<



[62] Cueva de Gorham, en Gibraltar, donde se han encontrado los restos de los últimos neandertales europeos, además de vestigios fenicios y cartagineses, del neolítico así como otros estratos culturales primitivos. <<

[63] Dádiva o gracia o favor de Baal es la traducción de Aníbal. <<



[64] Cádiz o Gadir, que significaba en lengua púnica «Recinto cerrado o fortaleza», fue fundada por navegantes de Tiro alrededor del año 800 a. C. <<



[65] En el actual islote de Sancti-Petri, el templo de Melkart fenicio, o de Hércules, es hoy un castillo recientemente restaurado. <<

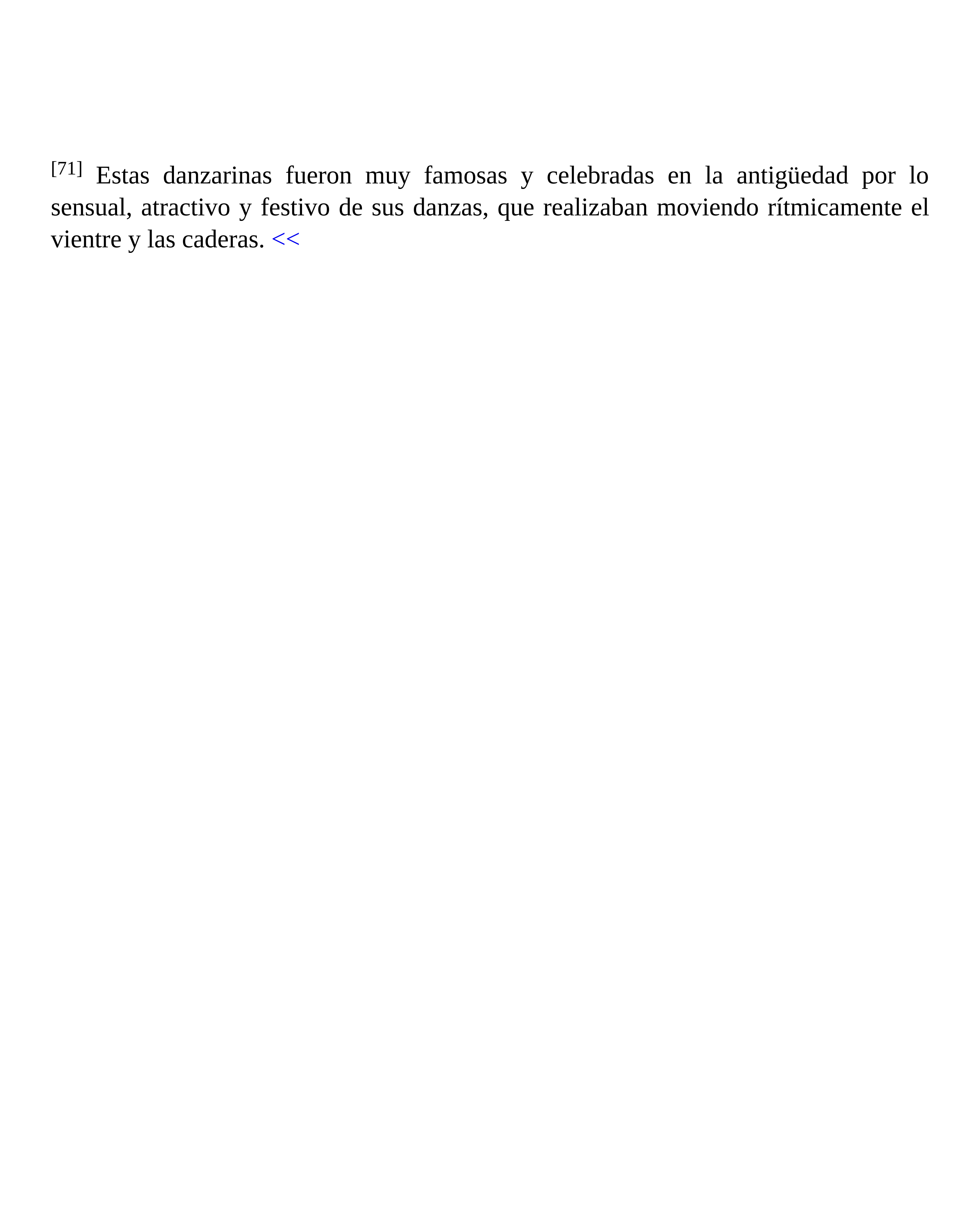
[66] Guadalquivir. <<

[67] Muchos años más tarde, la familia Baalbo, compuesta por banqueros y empresarios gaditanos, ayudarán y apoyarán decisivamente tanto a Julio César como a Augusto, teniendo mucha influencia, junto a la colonia hispana gaditana, en la Roma imperial. Serán los conocidos y destacados Balbo. <<

[68] Nave mediana de poco calado de fenicios, gaditanos y cartagineses. Llamada así porque su mascarón de proa era una cabeza de caballo. Capaz para 20/30 hombres, podía remontar muy bien los ríos navegables. Las futuras naves vikingas ofrecerían características similares. Recuérdese *El León de Cartago*. <<

[69] Lisboa. <<

[70] Se la conoce hoy en día como Vía de la Plata. Sobre la misma, los romanos construyeron una calzada desde Mérida hasta Astorga. La denominación no tiene nada que ver con la plata ya que podría ser por derivación del vocablo árabe *al-Balat* («camino empedrado», por la calzada romana), palabra muy habitual en otras zonas españolas bajo dominio árabe y origen de topónimos como *Albalate*. Su pronunciación llevaría a cambiar el sonido por el de plata, y de ahí que comenzara a denominarse Vía de la Plata en época medieval tardía o principios de la edad moderna. <<



[71] Estas danzarinas fueron muy famosas y celebradas en la antigüedad por lo sensual, atractivo y festivo de sus danzas, que realizaban moviendo rítmicamente el vientre y las caderas. <<

[72] Recuérdese la novela *El León de Cartago*. <<



[73] En el mundo antiguo cananeo, fenicio, cartaginés, judío… los banqueros y cambistas situaban sus puestos y bancas dentro de los templos. <<



[74] Recuérdense las novelas *El León de Cartago* y *La Camada del León*, y sus aventuras infantiles en la isla de Ibiza y en Cartago. <<

[75] Marsella. <<

[76] Sociedades mercantiles y financieras con ánimo de lucro; similares a nuestras sociedades anónimas y comanditarias. Sorprende la cantidad de instrumentos y operaciones financieras que realizaban en Cartago, tan parecidas a las de ahora. <<

[77] Recuérdese la novela *La Camada del León*. <<

[78] Probablemente Altea. <<

[79] Elche. <<

[80] Arse o Sagunto. En la actualidad, la costa está a unos siete kilómetros de la ciudad, y en la época de Aníbal no llegaba a un kilómetro, producto de la sedimentación del río Pallancia. Fue tomada y destruida el año 218 a. C. por Aníbal. <<



[81] Liria. Capital de los edetanos. Sus restos se encuentran en Tosal de San Miguel-Liria-Valencia. <<

[82] Lérida. Los ilergetes, aliados de los cartagineses, tras la Segunda Guerra Púnica se enfrentarán a los romanos para no caer bajo su poder en los comienzos de la conquista de Hispania por Roma. <<

[83] Zaragoza, ciudad de los sedetanos (iberos) que tenía un vado cerca. <<

[84] El Senado le nombrará dictador en el año 217 a. C. y tomará el mando de las legiones tras el desastre del lago Trasimeno. Fabio, consciente de la superioridad militar de Aníbal, rehusó las batallas campales. Y con paciencia y perseverancia hostigó desde cerca al ejército cartaginés, en una guerra de desgaste sin perder apenas efectivos. Son las llamadas tácticas Fabianas que salvaron a Roma, junto con las genialidades militares de Publio Cornelio Escipión el Africano. <<

[85] Recúerdese a Lucio Lutacio Catulo y sus decididas acciones militares en el mar, derrotando a los cartagineses en la Primera Guerra Púnica. Véase *El León de Cartago*. <<



[86] La cohorte republicana, hasta la reforma introducida por Mario, el tío de Julio César, alrededor del 100 a. C., estaba formada por trescientos legionarios. <<

[87] Recuérdese la novela *La Camada del León*. <<

[88] Los lusitanos fueron probablemente los pueblos prerromanos más famosos en la literatura histórica y popular en la península Ibérica dada su ferocidad en el combate, baste recordar las hazañas de Viriato. Estaban situados en Extremadura, parte de Huelva, el centro y sur de Portugal, y parte de la España central entre el Duero y el Tajo, pero se movían hacia el centro y sur de la península Ibérica haciendo incursiones. Su origen parece ser celta, incluso se apunta a los montes de Suiza como lugar de nacimiento, pero como pasa con muchas etnias celtas, iberas y celtíberas estaban muy mezclados en cuanto a lengua, cultura y costumbres, razón por la que hay teorías sobre su origen celta puro, o acerca de su posible origen como pueblo autóctono. En todo caso, se les suele clasificar como pueblo céltico. <<

[89] Játiva y Denia. <<

[90] Océano Atlántico. <<

[91] Huelva. <<

[92] Recuérdense las novelas anteriores *El León de Cartago* y *La Camada del León*. <<

[93] Estas danzarinas fueron muy famosas y celebradas en la antigüedad por lo sensual, atractivo y festivo de sus danzas, que realizaban moviendo rítmicamente el vientre y las caderas haciendo sonar crótalos, castañuelas y collares con monedas. <<

[94] Lisboa y Oporto. <<



[95] Castro de Baroña en el actual pueblo de Porto do Son en la ría de Muros e Noia. La Coruña. <<

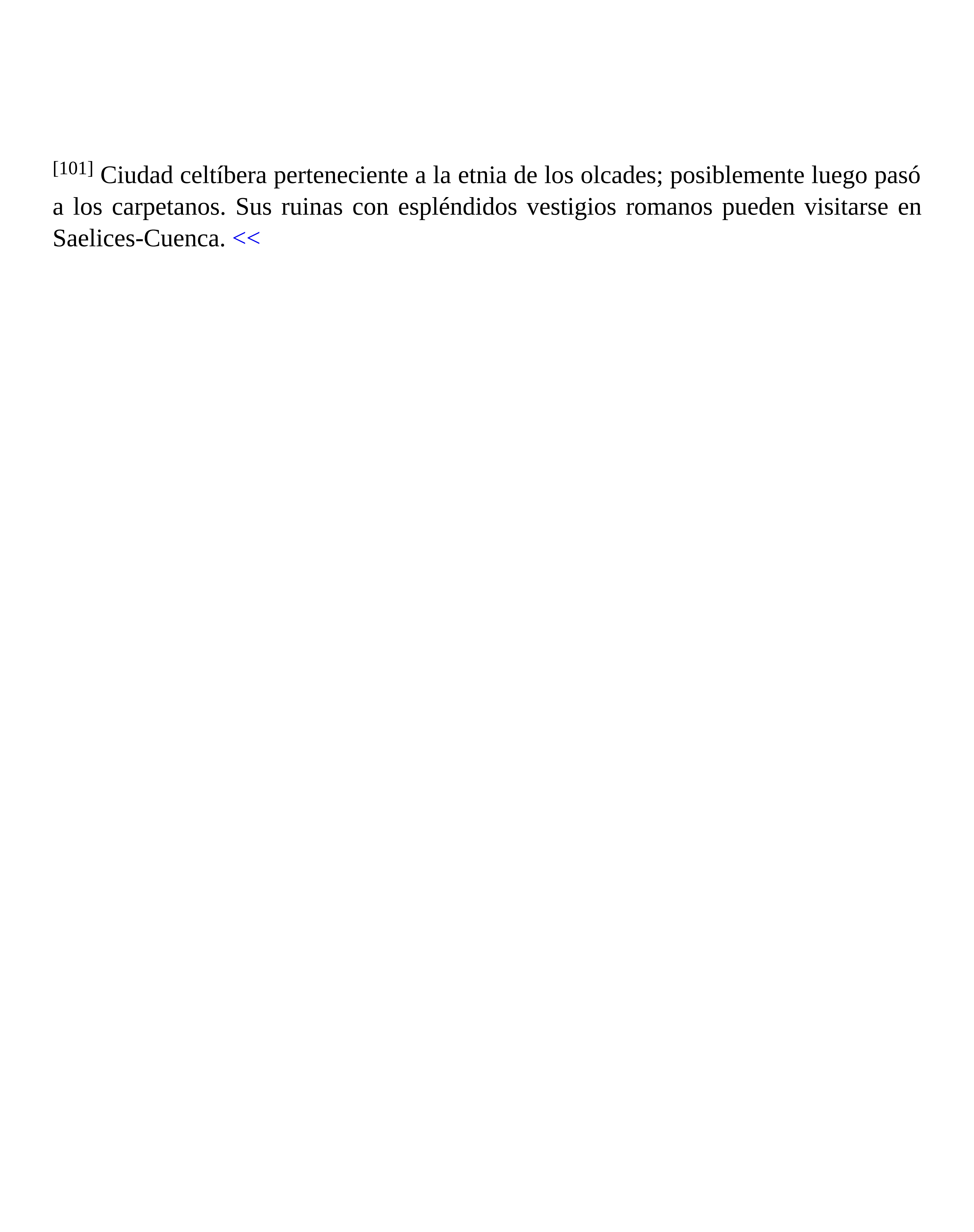
[96] Cabo San Vicente. <<

[97] Al parecer, Portimao, en Portugal, se llamó o proviene de Portus Aníbalis. <<

[98] Pueblo ibero o celtíbero, no se sabe a ciencia cierta, vecino de los edetanos. Su capital pudo ser Túrbula (Teruel). Extraían un excepcional mineral de hierro de las sierras de Albarracín. Lo que provocaba la pelea entre Edeta y Sagunto, que querían la exclusiva del uso y comercialización del hierro. Belicosos y buenos combatientes. <<

[99] Consuegra (Toledo). <<

[100] Villas Viejas (Cuenca). <<



[101] Ciudad celtíbera perteneciente a la etnia de los olcades; posiblemente luego pasó a los carpetanos. Sus ruinas con espléndidos vestigios romanos pueden visitarse en Saelices-Cuenca. <<

[102] Río Tajo, que desembocaba en Olissipo, hoy en día Lisboa. <<

[103] Los cartagineses y gaditanos comerciaban con las islas Canarias, y hacían escala en las mismas cuando viajaban hasta el golfo de Guinea en busca de oro, marfil y plumas exóticas. <<



[104] El sanador, el dios de la salud y los cuidados médicos, equiparado al griego Asclepios y al romano Esculapio. <<

[105] Río Duero, que desemboca en la actual Oporto. Cale fue llamada posteriormente Portus Cales, de donde probablemente deriva el término Portugal. <<

[106] Río Miño, y castro de Santa Tecla. <<

[107] Alcalá de Henares. Los romanos transformaron Ikesancom Konbouto en Complutum. <<

[108] Recuérdese en *El León de Cartago*, la derrota y crucifixión del régulo de los bastetanos, iberos de Jaén, Murcia, Granada y Almería, que de aliado se transformó en enemigo de Amílcar, que lo derrotó. Sufrió esa horrible muerte delante de sus combatientes, mientras cantaba canciones guerreras y emitía carcajadas. <<



[109] Bebida alcohólica que, fermentando agua y miel, producían en Iberia los celtas y celtíberos. <<

[110] Río Cigüela. <<

[111] Máquina de guerra empleada por griegos, cartagineses y romanos tanto para atacar como para defender fortalezas. Se le llamaba así porque contaba con unas tenazas —similares a las del escorpión— con las que agarraba las piedras o dardos que tenía que proyectar. <<

[112] En los castros gallegos se han encontrado cantidad de navajas de afeitar con filo y tijeras que prueban la existencia de una moda de rasurado, lo que pone de manifiesto una influencia meridional. <<

[113] Se trata de la Ruta de la Plata utilizada desde tiempos inmemoriales. Tartesos y después turdetanos y fenicios enviaban plata y cobre hasta Galicia a cambio de oro y estaño. También se usaba para la trashumancia, para el transporte de personas y mercancías. Era una vía de comunicación norte-sur que unía la Península. Ya se explicó anteriormente que Plata era una deformación lingüística del árabe. <<

[114] Santuario ibero del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete), asociado a manantiales de agua y sales minerales. Se han encontrado decenas de figuras de mujer oferente. Famosa la Gran Dama del Cerro de factura ibera con influencias fenicias y griegas, similar a la Dama de Baza. <<

[115] Elche. El prefijo Ili en ibero significaba ciudad. <<

[116] Formado por senadores en número de ciento cuatro, era un órgano de control ante el que los generales debían rendir cuentas después de las campañas militares. <<

[117] Islas Británicas. <<

[118] Numancia y Vinuesa, en Soria. <<

[119] Medellín (Badajoz). <<

[120] Río Guadiana. <<

[121] Trujillo. <<

[122] Ávila, Ciudad Rodrigo, Ledesma, Salamanca. <<

[123] Los autores la suelen identificar con la actual Toro (Zamora). <<

[124] Palencia, Coca, Zamora y Simancas. <<

[125] Talavera de la Reina (Toledo). <<



[126] Ibiza. Recuérdense las andanzas infantiles de estos en la novela *El León de Cartago*. <<

[127] Libio-fenicios se trasladaron en número importante a la Península, ayudados por la política favorable para ello de Aníbal, y se instalaron en la provincia de Cádiz, cerca de la Lusitania y en la Beturia, dentro de Andalucía, comarca entre el Guadiana y el Guadalquivir, compartiéndola con celtas y túrdulos. <<